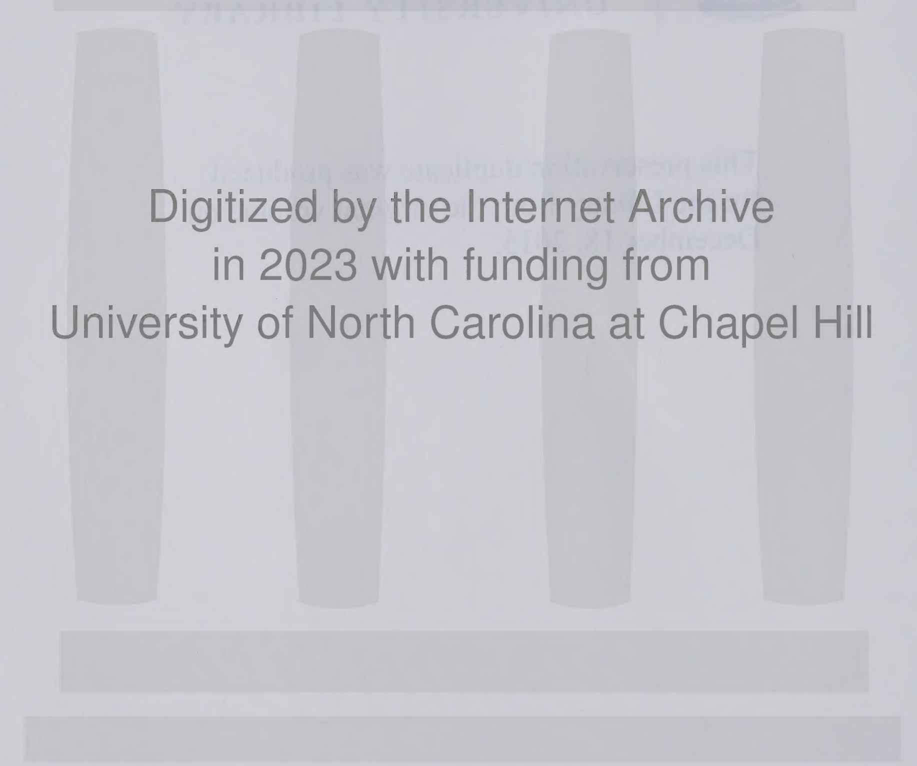






GENERAL MÁXIMO GÓMEZ Y BÁEZ

REVOLUCIONES...

CUBA Y HOGAR

DR. BERNARDO GOMEZ TORO

HABANA

IMPRENTA Y PAPELERIA DE RAMBLA, BOUZA Y CA.
PÍ Y MARGALL, NÚMS. 33 Y 35
1927

A los Estudiantes

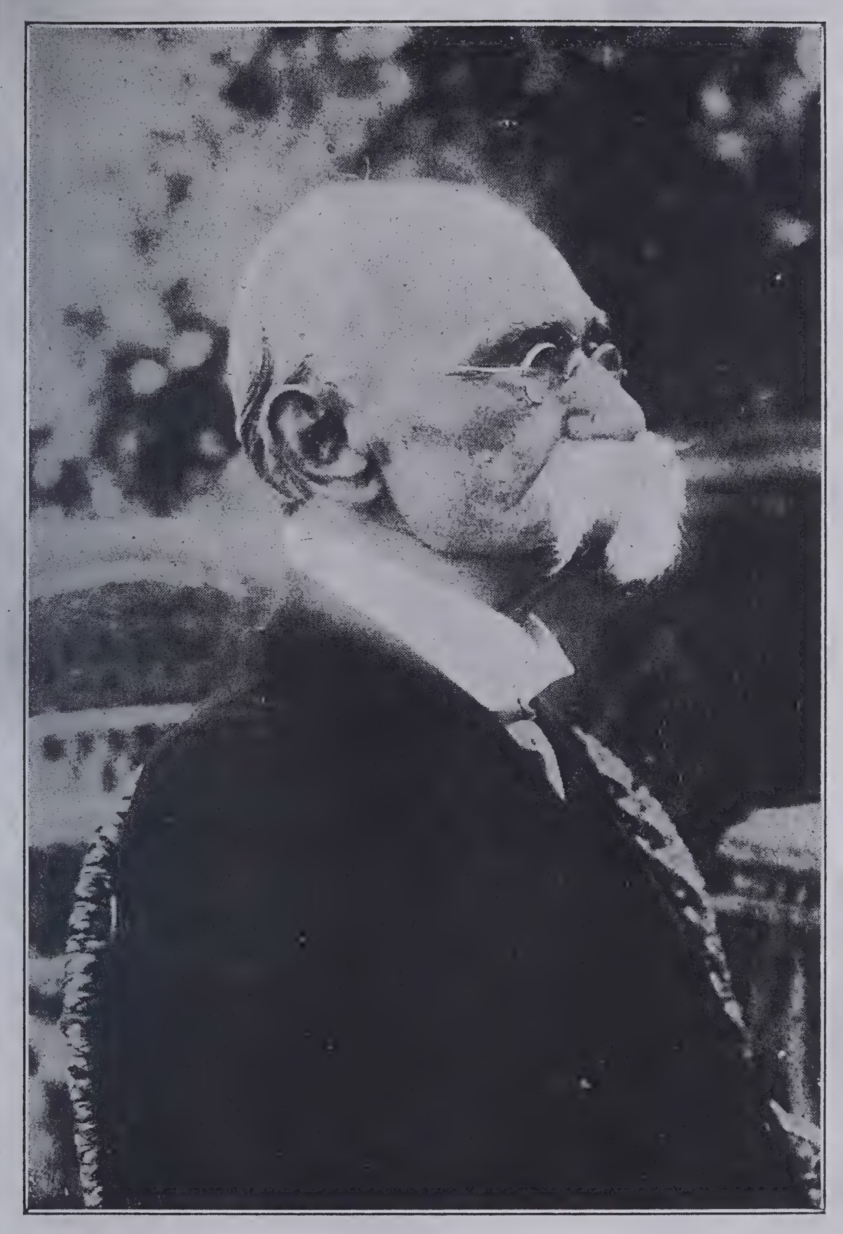
de la Universidad Nacional

(AÑO CIVICO DE 1927)

Y con el corazón: a mis hijos, Gloria y Máximo Gómez e Izaguire, alumnos de la Universidad también; para que se inspiren, a nuestro modo de ver, *en la acción y prédica de la sacrosanta libertad de la Patria.*

DR. B. GOMEZ TORO.

Habana, 1927.



MAXIMO GOMEZ

(1836-1905)

Penúltimo retrato en su residencia de Avenida de Italia No. 45.

Instantánea por un Artista Norte-Americano.

PARA LA HISTORIA

PARA LA HISTORIA

Este libro, obra del amor filial, no es ofrenda ni evocación; es testimonio de un deber. Por circunstancias que no es dable por cierto a mi palabra el mencionarlas, está la vida del General Máximo Gómez tan estrechamente unida al ingente proceso de la Revolución cubana, al siglo genético de la República, fué tan decidida y tenaz su consagración a Ella; que su pluma lo mismo que su espada no descansó mientras Cuba era esclava, mientras libre después hubo necesidad de atender a la Entidad Nueva en la obra de reconstrucción; o en fin, mientras le quedara a él un soplo de aquella su accidentada existencia.

Por eso es deber para mí, reproducir los trazos más culminantes de su pluma, aquellos que escribiera en el exilio, cuando errante por Centro y Sur América interroga el horizonte por donde había de surgir la otra Patria que amara tanto como a su propia Santo Domingo; o cuando en el rudo batallar, bajo su tienda de campaña, en las horas fugaces que le permitían las obligaciones de su alta jerarquía aún tenía tiempo para irrumpir en alas del pensamiento hacia el lejano hogar: su mejor blasón en el extraño concepto de su corazón inagotable.

Precisamente al cumplirse 22 años de su muerte y coincidiendo el momento actual con la efemérides del primer cuarto de siglo transcurrido desde la constitución de la República, queremos dar a la estampa este libro de *verdad histórica;* cuando la primera generación libre de cubanos dentro de la nueva República, se interesa y rebusca en bibliotecas y archivos el conocimiento preciso del cruento y doloroso proceso que por vía de honda y luminosa raigambre hizo brotar el esfuerzo portentoso de una generación, en el cinturón de América, la última República libre.

Los libros que forman este volumen, contienen en líneas generales el conjunto de folletos que publicara el General Máximo Gómez en diversas épocas de su vida, intercalándose además algunos escritos epistolares inéditos hasta ahora, que son necesarios al objeto que nos proponemos; aparecen agrupados aquí obedeciendo a un orden de concepto discrecional sin que se adopte método técnico alguno, o selecto si se quiere, porque hemos querido hacer resaltar en la obra las tres cualidades más predominantes de su personalidad: el Guerrero, el Patriota y el Hombre en fin, dedicado al Bien, que comienza con la prédica y el ejemplo en la familia para culminar en su paso por la Sociedad hacia la Humanidad misma...

De esas tres características en él, en su personalidad, reciamente delineadas, pero estrechamente intrincadas, puesto que a poco que se leen los documentos más interesantes en orden a la Revolución o al Estado se vislumbran en forma sutil a veces las otras dos; de estas tres características repetimos, surge lo que pudiéramos llamar la trilogía de su filosofía moral: la Justicia, el Bien y la Verdad.

Esta última, considerada en su aspecto histórico en lo que a la Independencia de Cuba se refiere, es la que promueve, la que nos impulsa por manera irresistible a considerar un deber la reproducción de sus trabajos y por ende la publicación de esta obra.

La producción literaria del General Máximo Gómez (cualquiera que sea el juicio que las Letras le reconozcan o le nieguen en el orden excelso de sus dominios) durante los 37 años que consagró a la Independencia de Cuba, incluídas sus proclamas, arengas, cartas y Diario de Campaña, así como también su epistolario de Alta Política, que desde 1898 hasta 1905 en que fallece, fueron el interés de la prensa nacional, todo ello inédito aún, alcanza los límites aproximados de 20 volúmenes en cuarto. En preparación estos trabajos no será dudosa su publicación en tiempos muy próximos a venir.

DR. B. GÓMEZ TORO.

Víbora, 17 de Junio de 1927.

PRIMERA PARTE

EL PENSAMIENTO DE MAXIMO GOMEZ

(1899)

Cuba no tiene más de un millón y medio de habitantes. Yo no vine aquí para ayudar los intereses de este pueblo microscópico. Vine a obrar y a sufrir aquí porque yo creí que peleaba por la humanidad. Cuba debe estar abierta a todos los hombres de buena voluntad que deseen elegir en esta tierra riquísima el campo de su actividad. NI PENA DE MUERTE, NI CULTO PRIVILEGIADO EN NUESTROS CÓDIGOS; NI SOLDADOS NI FORTALEZAS en nuestras Ciudades, y la Escuela poco a poco tiene que suprimir la Ley.''

* * *

''En mi vida no he odiado más que una cosa: la Guerra.''

* * *

''Los pueblos para ser felices y dichosos, no deben tener el gobierno de la espada, sino el gobierno de la Ley.''

M. Gomez.

Sagua, 12 de Febrero de 1899.

CONSPIRADOR

POR LA INDEPENDENCIA DE CUBA

(1867)

CONSPIRADOR

POR LA INDEPENDENCIA DE CUBA

(1867)

En 1867 ya conspiraba con los hombres de la localidad,[1] valiéndose de un negocio en maderas que por cuenta de Miguel Lavastida, dominicano, hacía en aquellos momentos con la casa Ramírez y Oro, de Manzanillo, para entablar relaciones con muchas gentes del campo, desde dicha Ciudad a la de Bayamo. En iguales circunstancias se hallaban todos los dominicanos que por aquellos contornos vivían, como los hermanos Marcano, Modesto Díaz, Francisco Heredia, etc. Puestos en relación, ya con los conjurados de Bayamo, ya con los de Manzanillo, como Carlos Manuel de Céspedes, Masó y otros, la conspiración no tardó en extenderse y consolidarse. Con el primero que se entendió Gómez fué con Francisco Estrada, concuñado de José Joaquín Palma—el poeta—, y dueño de la finca *Valenzuela*, de la que era mayoral el cuñado de Gómez, Santiago Pérez.

Todo esto comprometió a Gómez grandemente. Tenía a su madre y hermanas en el Dátil,[2] pueblo próximo a Bayamo, y él pasaba temporadas en *Guanarubí*, estancia situada entre ambos lugares, que to-

---

(1) Nota autógrafa del General Máximo Gómez, fechada en Calabazar el 25 de Octubre de 1901, como rectificación al último párrafo de la página 468 de la obra del Dr. Vidal Morales y Morales, ''Iniciadores y Primeros Mártires de la Revolución Cubana'', escrita en un pliego de papel que el mismo General adhirió a un ejemplar de dicha obra dedicado a él por el Sr. Morales, y que se halla en el Museo Nacional.

(2) La primera, Doña Clemencia Báez, falleció a principios de 1868, y su cadáver fué enterrado en la iglesia de la localidad.

mó en arrendamiento a Rafael Caíñas de quien había recibido buena acogida. Pero para evitar ser observado por el enemigo, al que empezaba a hacerse sospechoso, y como sitio estratégico para cuando llegase la hora, frecuentaba, sobre todo, el *Corojo,* donde D. Eduardo Bertot y Miniet, hombre de buena posición, honrado padre de familia y presidente de esa subdivisión—que era uno de los barrios o cantones en que revolucionariamente había sido dividido el distrito—poseía una hermosa y rica finca de crianza llamada *San Luís del Corojo.*

Pepe Vázquez, joven hacendado bayamés, vecino y amigo de Máximo Gómez, creyó conveniente ponerlo en relaciones con Bertot, a cuya agrupación pertenecía, y a ese efecto lo llevó a *San Luís.* La escena allí pasada la describe así el General: ''D. Eduardo tenía una familia interesante y unas hijas muy lindas. La mayor, Ninita, de unos 18 años, era una bella mujer. Al llegar a la finca se me hizo el honor de ser presentado a la familia, y sin más preámbulo—con gran sorpresa mía—, fuí invitado a pasar al cuarto privado donde dormía el matrimonio. Yo no salía de mi asombro; todo aquello me parecía extraordinariamente sagrado; era una escena de gran efecto. D. Eduardo, sin más testigos que yo, se sentó en la cama, ricamente adornada, mientras me ofrecía un cómodo sillón, cerca de él. Trató a fondo la cuestión, exponiéndome el proyecto que se venía madurando para lanzar a Cuba a una revolución contra España, y, como era natural, contaba con el elemento dominicano. Apenas había expuesto su idea, apareció la niña mayor, Ninita, por una puerta reservada, llevando en sus manos una bandeja de plata con lujoso servicio de café y dos tazas de este rico néctar, ofreciéndome una de ellas. Impresionado como me encontraba por las palabras del patriota, lo sagrado del lugar que nos servía de escena, la presencia de aquella joven que me pareció una visión celeste, y la cortesía que se me dispensaba, ejercieron tanta impresión en mis sentidos no acostumbrados sino a la soledad y al olvido, que, debo confesarlo, quedé anonadado, fascinado y dispuesto a secundar los planes del patriota. Acepté cuanto se exigió de mí, y desde aquel ins-

tante, quedé iniciado en la conspiración y obligado a seguir los destinos de aquel pueblo que, herido por las mismas manos que el mío, solicitaba mi concurso. Se me exigió la natural cautela, y sobre todo, que no me franqueara con mi protector, el dueño de la finca que me había dado abrigo.''

Llegó el 10 de Octubre de 1868. Céspedes lanzó el grito de Independencia en *La Demajagua,* y todo Oriente ardió presa de la llama de la revolución. Luís Marcano apoya a Céspedes con un buen contingente de hombres, y juntos marchan sobre Bayamo, avisando a la gente del Dátil, que a las órdenes de Esteban Estrada, Francisco Maceo Osorio, Lucas del Castillo y Eduardo Bertot, se sublevan el 16. ''Aquel día memorable para mí, dice Máximo Gómez, en ese natural entusiasmo alocado de un pueblo, en medio de un maremagnum atronador, no se oía a nadie, que no era posible organizar nada, fué cuando se le ocurrió a Joaquín Palma nombrarme sargento, título que yo no desdeño, por el contrario, amo con amor sincero, por quien fué, por lo que fué y en donde fué. Pero Joaquín ignoraba que ya hacía mucho tiempo que yo estaba comprometido en la conspiración de Bayamo, que había perdido muchas horas de sueño, que había hablado y tentado el corazón de muchos hombres ignorantes que pudieron denunciarme, que me había ganado la confianza de muchos hombres serios del campo, por el trato puro y dadivoso con sus mujeres y sus hijas, lo que me costó empleo de tiempo y dinero.''

Bayamo fué tomado por los cubanos el 20, y todo el afán de los españoles consistía, por el momento, en recuperarlo. Con ese objeto salió una coulmna de Manzanillo, mandada por el Coronel Campillo, y otra de Santiago de Cuba, compuesta de 700 hombres y una pieza de montaña, a las órdenes del Coronel Quirós. Ambas columnas debían converger sobre Bayamo. Campillo llegó hasta el río Guabatuaba, a cuatro leguas de la Ciudad, y allí fué rechazado por Francisco Vicente Aguilera y Modesto Díaz; y Quirós, pasando por Palma Soriano, cruzó el Contramaestre por la finca Venta de Casanova, y llegó a Baire, don-

de se encontró con fuerzas al mando de Luís Marcano y Donato Mármol—armadas con fusiles ocupados a la guarnición de Bayamo—a cuya vanguardia marchaba Máximo Gómez.

EL HEROE DE PALO SECO

(EPISODIO DE LA REVOLUCIÓN CUBANA)

EL HEROE DE PALO SECO

(EPISODIO DE LA REVOLUCIÓN CUBANA)

El heroísmo—esto pienso yo filosofando a mi modo—es la abnegación completa, intencional y presentida de sí mismo. Al heroe que sobrevive al acto de su heroísmo muy bien puede decírsele sin lisonja: *Perdonado sublime de la muerte, tuyos son mis respetos y mi cariño.* El que sucumbe es un suicida sublime en aras del deber. Por eso nos parecen dioses tendidos sin vida encima de tantas grandezas que nos encantan y asustan.

No de otro modo podemos contemplar a Ricaurte y a tantos otros más.

Eso he pensado yo muchas veces, ha largo tiempo, a larga distancia, a través de los años y de los mares, de Palo Seco y sus heroes: y esto cuando ya ni remotamente se puede oir el eco que se tragaron el espacio y la montaña de aquel combate desesperado y rudo. El ruido de los disparos, el humo, el sordo y retemblante estruendo de aquella caballería frenética y desbandada, a la rienda suelta, cargando en desorden imponente; más que al orden y el método, la resolución decidida que la hace incontrastable y temible. El grito del herido, el quejido del moribundo, el chasquido de un machete con un hueso roto, el hondo pujido de un caballo que cae herido y pugna por pararse; todo eso pasó, ya se ha perdido; acaso se conserve tan estupenda algazara humana, intacta en la misteriosa fónica del destino. A nosotros nos cuesta trabajo recordar tantos y tantos detalles que cual relámpagos, en aquella tempestad de hombres, pasaban por nuestra vista, en aquel combate sangriento, pecho a pecho y brazo a brazo. Apenas hoy tal vez existan en aquel campo de muerte que un día

quedó sembrado de cadáveres españoles, ni señales que den testimonio del triunfo conseguido por los defensores de la Libertad contra los soldados de la tiranía. Todo lo borra el tiempo. ¡Cuántos viajeros pasarán por allí ignorantes del recuerdo cruento y honroso a la vez, que el país cubano guarda en las solitarias llanuras de Palo Seco! ¡Cuántos abrevarán su caballo fatigado, en la laguna de Palo Seco, mitad agua y mitad sangre en aquel día memorable, sin sospechar siquiera que de tal modo sucediese allí tan tremenda matanza, que en la noche de ese mismo día, la luna como una lámpara funeraria, alumbrara más de quinientos cadáveres, tendidos, en fatídico desorden, magullados en fin por el casco de los caballos sobre aquel suelo duro y seco! ¡Qué imponente se nos presentó aquel campo de batalla, cuando al siguiente día el sol alumbraba de nuevo tantos despojos humanos, tantas cosas ensangrentadas! ¡Contemplar todo aquel cúmulo de cosas quebradas e informes, hombres y caballos muertos esparcidos por todo aquel campo de horror con olor de guerra, y con el entusiasmo natural de vencedores, nos causaba emociones inexplicables. Luego, los comentarios en detalle, de aquel drama terrible eran suficientes para llenar un libro. Quién, al disparar al contrario a boca de jarro le mintió el arma y usándola como maza lo derriba en tierra y de un pisotón lo remata su propio caballo y ¡adelante! Otro, que sin notar que las riendas que lleva entre sus manos ya están despedazadas e inútiles para dominar su caballo, va adelante. Aquél, deja apenas mal herido al contrario para que los que le siguen de cerca consuman su obra...! Y tal vértigo se apodera de la gente cubana, y tantas ansias de triunfo sienten todos ese día, que muchos ni hieren ni matan, sino atropellan, lo que en parte ayudó poderosamente a recoger el laurel de la victoria; desconcertando, aturdiendo al enemigo, que muy pronto fué vencido.

El plan de ataque salió como se había pensado y preparado.

¿Quién podrá recordar bien todo eso? Sin embargo, probemos a narrar, sin pasión, siquiera sea los principales rasgos, los más sobresalientes de aquella brillante función de guerra, escasa en absoluto de

maniobras, sin cuidarse de reconocimientos, de acomodamientos, de situaciones de terreno, de flancos cubiertos, de exploraciones anticipades, de retiradas previstas, de reservas oportunas y bien situadas, de nada de eso, y sin embargo, donde nunca han podido caer en un instante más hombres muertos como heridos por un rayo, o como descabezados por una hoz formidable movida por el brazo poderoso de un gigante exterminador caído en aquellos momentos y de improviso desde las nubes.

Probemos sí, a narrar aquella jornada, lustre y brillo de las armas cubanas en su guerra de Independencia; que este trabajo nos proporcionará, sin duda, la bella ocasión de dedicar un recuerdo de compañero amoroso a la memoria del *Heroe* principal de aquel día memorable que da para la historia una página gloriosa.

Si la historia ha de representar en sus páginas la *justicia* y la *verdad* más pura, inspirado en ellas es que me propongo narrar la brillante de Palo Seco en la década guerrera de Cuba, con mi propio criterio, mis impresiones propias, mi estilo inculto y desaliñado; pero con propósito leal y honrado, como fiel servidor de la noble causa cubana. No tienen acceso en mí—bueno es decirlo—ni ansias ni deseos de gloria, tampoco motivos de renombre que protesto con firmeza no merecer.

Tocó diana y llamada y tropa a la vez, el clarín cubano en los campos libres de Cuba, a la madrugada fresca y deliciosa de un día sereno como suelen ser casi siempre en la hermosa Antilla.

Acababa de desaparecer la luna llena, por los confines de Occidente, dejando ver apenas algunos reflejos de su fugitiva luz por entre la arboleda de espinos y *jiquíes* que circundaba el campamento de los patriotas, al mismo tiempo que por Oriente empezaban a notarse tenues y blanquecinos resplandores, nuncio de la aparición de Venus matutina, que en aquella época sirve de brillante y luminoso guía al Astro-Rey.

—¿A dónde iremos?—dicen algunos soldados, desperezándose y bostezando no tan lejos de mi tienda que no pudiese yo oirlos.

¿Quién sabe eso? contestó otro—si acaso el Jefe del Estado Mayor. ¿No saben ustedes quién es el General? El no consulta a nadie; pero de seguro que a algo serio nos encaminamos hoy, pues él no se mueve nunca para boberías.

Aquellas frases me ruborizaron interiormente, pues nuestra marcha por aquella zona no envolvía un designio de importancia militar como lo auguraban nuestros soldados, sino simplemente una excursión con el propósito de, amagando primero al pueblo de Guáimaro, ocupado y fortificado por los españoles, corrernos después sobre la loma del *Bagá* para interrumpir los trabajos de una trocha que diz que intentaba construir el enemigo.

La plática que sobre el mismo tema continuaron aquellos soldados con un poco de buen humor, muy habituado para la gente de guerra en campaña, me produjo al cabo una especie de complacencia al oir aquellos valientes, con la sangre fría que se ocupaban de su incierto destino, en la jornada a que la guerra nos guíaba aquel día; a la vez que honraban mi autoridad de jefe demostrando confianza en las operaciones por mí dirigidas, según ellos, con reserva y habilidad.

Y no es extraño que en una campaña como la que sostuvo Cuba existiese entre los defensores de su Independencia, un lazo de verdadera fraternidad.

No hay vínculos más fuertes que aquellos que se forman entre los hombres frente a frente de peligros y desgracias comunes: son más sinceros y puros que los formados en los festines alegres y dichosos de la vida.

Para sentir eso, para gozar de esas íntimas satisfacciones, no se necesita ser ni general ni soldado, afiliados por un reglamento, pendientes de una ordenanza y subvencionados por un horario: basta sentirse hombres y que un noble sentimiento y alto designio los congregue.

En marcha la columna de tropa cubana, mixta de jinetes e infantes, fuerte de cuatrocientos hombres abandonó su campamento de *Santa Lucía* en la mañana del 2 de Diciembre de 1873. La distancia de dos a tres leguas próximamente de Guáimaro, no era nada para nuestra gente andarlas en un momento, y

muy pronto nos encontramos frente a frente, desplegados en batalla, a filas abiertas de los cañones de Guáimaro. Las avenidas principales hacia aquel poblado estaban tomadas a distancias convenientes por destacamentos de caballería de antemano preparados, que en el acto efectuaron la ocupación y tocóle al regimiento de caballería ''Agramonte'' dar el que debía cubrir el camino principal que conduce de aquel poblado a la ciudad de Camagüey.

La consigna era para esos grupos la de que en el caso de presentarse enemigo superior batirse en retirada hacia nuestro centro, haciéndolo todos a la vez no obstante fuese solamente uno el atacado. Debía el oficial encargado del puesto enviar a mi presencia todo individuo extraño que se presentase por sus cercanías.

Dispuestas de esta manera las cosas, los españoles al notar nuestra presencia se sorprendieron terriblemente, y tocando a rebato, se aprestaron en el acto para la defensa, causando la alarma consiguiente en el poblado, cuyos habitantes estaban prevenidos para concentrarse en caso de agresión enemiga. Este caso se había presentado para ellos, así fué que no pasaron muchos minutos sin que principiaran a limpiar a cañonazos el campo dominado por sus armas. Ni un tiro—se le había dicho a nuestros soldados.

Se quería el menor ruido para que el enemigo defensor del punto objetivo acudiese en auxilio de Guáimaro, o se moviese a perseguirnos, para, dejando entonces aquel punto indefenso o débil, lograr nosotros nuestro objeto a poco costo y con fortuna.

—Un caballo muerto—dijo un oficial a la sazón que acababa yo de rectificar en consulta con los coroneles Rafael Rodríguez y Gregorio Benítez, el primero jefe de Estado Mayor, el desfile de las tropas a favor del humo del cañón enemigo y como a opuesto rumbo para dejarlo desorientado.

—Que abran más las filas—dijo Rodríguez al oficial que trajo el parte de un soldado desmontado por una bala de cañón, mientras yo me fijé con interés en dos jinetes que a escape se destacaron por la sabana hacia mí. Eran el coronel Gabriel González, mexicano, con un soldado de caballería que conducía en las ancas de su caballo a un hombre des-

conocido que no portaba armas, blanco y bien parecido.

—General—dijo el Coronel ya en frente de mí—aquí tiene usted este hombre que me envía el oficial de mi avanzada y el cual trae noticias importantísimas.

—Que las diga, pues, pronto y bien—repuse yo a seguida.

Justicia divina. Algunos minutos más y aquel mensajero enviado no obstante por la Providencia no nos hubiera encontrado allí. El hombre, que era un fiel comunicante, residente en Guáimaro—y cuyo nombre es aún prudente silenciar — se expresó de esta manera.

—Dios los ha traído a ustedes por aquí hoy, porque sucede lo siguiente: en la madrugada de ayer ha salido de aquí la columna del coronel Vilches, fuerte de más de 600 hombres de caballería e infantería, con rumbo a Lajas; va a marcha forzada con el propósito de apoderarse de un gran depósito de parque del que tomó el General Vicente García no hace mucho en el campamento español de Zanja. La noticia la han obtenido por prisioneros hechos en las Tunas, los mismos que conducen amarrados y les van sirviendo de guías.

Eran efectivamente dos hombres de color, soldados, leales defensores de la causa cubana, como se verá después.

La relación substancial que me hizo el comunicante produjo en mi ánimo una impresión dolorosa y triste, pues sin duda estaba perdido para nosotros lo que estimábamos como un tesoro; pero muy pronto un rayo de luz animó mi esperanza y solo hice dos preguntas al cubano:

—¿No puede usted precisar la hora en que se movió esa columna?

—Serían las cuatro de la mañana.

—Ya está lejos—pensé yo—pues ya eran las 10 cuando hablábamos.

—¿No sabe usted qué distancia tendrá que recorrer?

—No puedo saberlo; pero sí sé que su rumbo es hacia los montes de la Zanja o Lajas.

—En marcha—dije—y como por encanto ya el Coronel Rodríguez había hecho formar las tropas fuera de la vista del enemigo atrincherado en Guáimaro, y una vez allí dispuse formar una columna de gente escogida y bien dispuesta, así de caballería como de infantería, siendo esta última de la división de las Villas al mando de su intrépido jefe, Coronel José González Guerra. El resto de la tropa debía quedar ocupando aquella zona hasta nueva orden y al mando de un jefe de valor y pericia reconocidos: el Coronel Gonzalo Moreno.

El Teniente Coronel Baldomero Rodríguez —¡que hombres aquéllos! — con cuarenta jinetes distinguidos en cien combates debía ocupar la vanguardia de aquella pequeña columna que se preparaba a perseguir un enemigo notablemente superior en número. No alcanzábamos a trescientos por todo número.

—¡Soldados!—se les dijo a aquellos hombres en formación—una columna enemiga bastante fuerte ha salido ayer de ese pueblo a cogernos un depósito de parque que guarda el General Vicente García, y nuestro honor está comprometido si a todo costo no evitamos esa desgracia. El General García a estas horas ignora lo que pasa, iremos en marcha ahora mismo y el rastro del enemigo nos conducirá hasta él.

Al Teniente Coronel Baldomero Rodríguez se le dieron las instrucciones siguientes: "Ocupará usted la vanguardia con esos cuarenta jietes que se han puesto a sus órdenes; pondrá una pareja de exploradores a corta distancia que le dé aviso del enemigo a la vista, y sin darme parte ninguno, usted cargará en el acto sin detenerse por ningún motivo, y como quiera que el enemigo reciba la carga, bien que avance o se defienda a pie firme, usted simulará una retirada falsa hacia mí que iré guardando siempre una distancia conveniente para que usted tenga campo y tiempo de efectuar ese movimiento con rapidez, que [illegible] cargaremos todos reunidos en [illegible]. Si el enemigo se mantuviere firme, veremos lo que [illegible] dispone, y si le persigue a usted, mucho mejor: entonces le sorprenderemos, porque puede suponer que usted va huyendo de veras y avanzará confiado y ciego.

Cuando el Teniente Coronel Baldomero Rodríguez se fué penetrando del verdadero espíritu que envol-

vía el movimiento peligroso a él confiado para ejecutarlo cara a cara con el enemigo, sus ojos (lo recuerdo bien) parecía como que relampagueaban.

—Si usted ha comprendido bien todo lo que se ha dicho, sólo resta ahora que usted lo explique bien claro a su gente para que lo comprenda también, y pueda usted desde luego ejecutarlo con precisión—concluí diciéndole—, y se retiró a su puesto.

Algunos minutos después emprendimos la marcha a paso vivo y en la forma que queda explicada sobre el rastro polvoroso de los soldados de Vilches. Nos alumbraba y calentaba lo bastante un sol ardiente para hacernos sentir la sed que quita toda su poderosa influencia al hombre, aunque ese día ninguno de los que allí íbamos recordaba que debíamos comer. La marcha igual, sostenida y silenciosa demostraba que todos íbamos animados del mismo espíritu, del ansia de llegar a un desenlace final en aquella operación delicada de un rescate, en que todos, jefes, oficiales y soldados, teníamos la seguridad de batirnos, pero ninguno podía saber cómo, cuándo y dónde, pues para lo primero podían entrar por mucho las condiciones topográficas del terreno donde tuviese lugar el encuentro, y disposición defensiva que acampado o en marcha conservase el enemigo, bien dispuesto a defender su presa. Hasta los caballos parecían poseídos del mismo espíritu: ni un tropezón, ni un resoplido, ni un relinche. La infantería, detrás, no se hacía esperar de la caballería; aquella gente de las Villas, lo mismo que la de Oriente, camina como en zancos. La caballería no la deja atrás ni aún en la carga. En Naranjo fué ecesario contener a los infantes orientales para que la caballería pudiese ejecutar su avance. Así se explica que ese día nos tragásemos las leguas y eso que se marchaba como en acecho, olfateando, atisbando. La columna semejaba una leona que encontrando su guarida desierta, se lanza terrible y fiera, arrastrándose cautelosamente, para no ser sentida, sobre las huellas frescas del robador de sus cachorros, que persigue para devorarlo.

Todos íbamos vueltos ojos y oídos. A la una en punto habíamos llegado a Lajas y allí encontramos evidentes señales de haber pasado el enemigo la no-

che. Vilches se había movido muy temprano; las cenizas de sus fogones, apenas estaban tibias. En aquel momento me asaltaron las dudas de que si Vilches se había apoderado efectivamente del depósito, muy bien pudiera torcer su rumbo, tomando para su regreso otro camino, prevenido de un encuentro funesto en su marcha, que por de contado, debía ser pesada y lenta, quedando desde luego burlado nuestro intento de recuperarlo; o por el contrario, si retornaba por el mismo camino, no tardaríamos mucho tiempo sin encontrarnos con él.

Como me había detenido allí un momento para dar un ligero descanso a la tropa, ví el reloj y eran las dos; en seguida ordené la marcha, que continuamos, observando el mismo orden.

El camino que teníamos que seguir era bastante amplio y claro, pues cruza por terrenos de sabanas pobladas de *espinos*, árbol que se da en las tierras bajas y áridas; pero aún es más abierto a trechos al desembocar en la sabana larga y angosta de Palo Seco.

Serían las tres de la tarde próximamente, y en una pequeña revuelta del camino acababa de desaparecer el último de los soldados que terminaba la fila de los cuarenta de Rodríguez, a la distancia que jamás en marcha alguna se ha conservado siempre tan igual, cuando sonó un tiro. Un sordo murmullo se oyó por la fila de los nuestros, y un preparar de armas.

—¡Silencio!, grité sin alterar la marcha. Puede ser un tiro escapado, pensé. Pero en el mismo instante sonó otro y otro, y entonces dijimos todos a la vez: ¡Ellos son!, poniéndonos al trote, y teniendo necesidad de detener a muchos que sin poder dominar el impulso acometieron a pasarse delante. Algunos segundos bastaron solamente para ganar la vuelta y disminuir la distancia. Nos encontramos todos frente al enemigo.

Describir exactamente todo lo que después pasó allí, eso es imposible. No hubo, no pudo haberlo, un espectador tranquilo, reteniendo en su memoria los detalles de aquel remolino de hombres, matando a machetazos y a golpes de culatas. Los hombres de memoria y letras habían desaparecido confundidos entre aquel apretamiento de combatientes. Los Lua-

ces disparando pecho a pecho; los Díaz, los Rodríguez, los Mola, los Roa, dejando atrás enemigos muertos o estropeados; los Sanguily allá dentro dando pechazos con sus caballos desbocados; todos en frenética confusión; no había quien pudiese dar órdenes y recibirlas ya; tampoco había órdenes que dar; no había para que, el clarín guerrero no se hubiese oído, sólo debía dejarse hacer y concluir.

Cuando el grueso de nuestra columna—que pasaba de trescientos hombres incluso los cuarenta de Rodríguez—se enfrentó con el enemigo, ya había logrado despejar a la caballería enemiga de su infantería, y aquélla lo perseguía ciega y confiada, apoyada por su infantería, que también quebraba y desunía sus filas. El Coronel Vilches sin duda creyó habérselas con una simple guerrilla, y se cuidó poco de tomar posiciones.

Eso de atacar a la desbanda, y triunfar, es privilegio exclusivo del cubano; así fué que al volver Baldomero y sus cuarenta, machete en mano, a veinte pasos del enemigo, que traía detrás, no era posible ni resistirlo ni rechazarlo y como un ariete en forma de hoz se abrió una ancha vía por en medio del apretamiento desordenado de seiscientos hombres enemigos, dejando atrás de su espantoso empuje al que no muerto, aturdido, y yendo a parar al centro, donde cayó muerto instantáneamente el valiente Vilches, al querer, inútil y tardío, hacerse fuerte. Lo que dejaron por detrás sin hacer los cuarenta, muy fácil es comprender que no fué nada difícil y costoso para los doscientos el rematarlo. Así se explica también lo que de otro modo hubiera sido imposible, que se causara tanto daño recibiendo tan poco.

No nos las entendimos con cobardes, nada de eso; ¿cuándo pueden serlo los españoles?; es que allí fueron superiores le destreza, la resolución y el arrojo de los cubanos.

Dispersos los soldados españoles por entre los espinos, a donde nuestros jinetes no podían penetrar, tocóle a nuestro sinfantes *limpiar la manigua.* En aquella tenaz persecución practicada casi a discreción por nuestros soldados, a cual más interesado en el triunfo, no era muy fácil que los oficiales impusieran el perdón de los vencidos; pero un grupo per-

seguido por el Coronel Rafael Rodríguez acompañado de unos pocos, tuerce hacia los escombros de una casa; y allí se hace fuerte y trata de defenderse a la desesperada, a cuyo tiempo también acude en auxilio González con la infantería, y tratan de ir al asalto; mi presencia detiene el movimiento, y Rodríguez avanza a pecho descubierto hasta ponerse al habla, e intima la rendición con promesas de la vida.

El Comandante Martitegui [1] se rinde con sesenta de los suyos; cinco oficiales y el resto de la tropa.

En mi diario, que en este instante consulto en donde anoté, en el descanso de la noche de aquel día memorable, los detalles de tan brillante triunfo, se lee entre otras cosas lo siguiente:

Por nuestra parte veinte bajas: diez y siete heridos y tres muertos. Entre los primeros, el Coronel Gregorio Benítez, de alguna gravedad, y un oficial de la Brigada del Este. Entre los muertos, mi buen soldado de la escolta Juan Rodríguez, combatiendo a mi lado desde Oriente. Todos se han distinguido, y como sobresaliente el Teniente Coronel Baldomero Rodríguez.

Todo quedó en nuestro poder: el equipo rico y valioso de una columna de seiscientos hombres que se prometía conseguir un triunfo de trascendencia militar. Conducido al lugar donde primeramente había hecho el depósito de municiones el General García, ya aquel depósito no estaba allí. Los dos prisioneros habían ayudado efectivamente al traslado; pero condujeron a Vilches derechamente al primer punto, donde quedaron, como era natural, patentes señales de que por allí había pasado aquel tesoro.

—Desde luego, sabiendo el General que estamos en poder de ustedes, con el secreto, ha venido corriendo y lo ha traspuesto; ¿Quién es capaz de encontrar eso ahora?, dijeron a Vilches aquellos dos hombres, y Vilches, como cualquier otro lo hubiera creído, lo creyó, retornando desde luego contrariado, pero confiado, por una zona donde la guerra no pasaba con frecuencia.

---

(1) El entonces Comandante Martitegui es hoy Teniente General, y ha sido ministro de la guerra en su país.

¡Cuán inciertos son los destinos humanos! Vilches, más dichoso en su intento; rechazándonos triunfante después, y sobreviviendo a su fortuna, hoy sería un personaje en España. Pero otro debía ser su destino, y, triste es decirlo, me conmovió ver el cadáver de aquel hombre joven y bien parecido, tendido insepulto en aquella sabana, y sólo un recuerdo, que me asaltó en aquel instante volvió la serenidad a mi espíritu: las cenizas aventadas de Agramonte.

El Teniente Coronel Baldomero Rodríguez sobrevivió al acto de su heroísmo en Palo Seco, añadiendo notas brillantísimas a su hoja de servicios, y muriendo más tarde de resultas de una herida. Era camagüeyano, joven y de arrogante presencia.

¡Duerme en paz, atrevido y osado guerrero; tu memoria no ha muerto, ni puede morir para tus compañeros que lidiaron junto a tí por la redención de la patria!

M. Gómez.

Monte-Cristy, Rep. Dominicana, 1892.

EL VIEJO EDUÁ
O MI ULTIMO ASISTENTE

EL VIEJO EDUÁ
O MI ULTIMO ASISTENTE

¡La guerra de Cuba! ¡Qué guerra aquella tan llena de grandes pequeñeces y de pequeñeces asombrosas por sus grandezas! Así son todas.

Cinco años habían transcurrido, y día por día alumbraba el sol los episodios más sangrientos, las escenas más conmovedoras, de aquel combate permanente que sostuvo Cuba con sin igual bravura para conquistar su independencia. Se combatió con denuedo y sin descanso largo tiempo y se hicieron asombrosos esfuerzos de valor por los que se atrevieron a luchar.

En aquella guerra sostenida por la santa indignación de los menos, nacida de la inmerecida y brutal opresión bien armada de un pueblo entero, tuvieron lugar hazañas heroicas de diferentes modos y maneras. De mil modos se le puede servir a la patria. Lo esencial es servirla.

La lucha era por demás desigual. Cuba, encolerizada y enloquecida, con el corazón herido por tantos dolores y ofendida su dignidad con tantos ultrajes, no se aprestó bien para aquella batalla, y sobrante de fé y entusiasmo, pero sin fusiles ni pólvora, se levantó para sacudir su oprobiosa tutela. No quiso otra cosa España y abocó sobre ella todos sus cañones y con ellos todo el refinamiento de la matanza y el exterminio para saciar su venganza y producir el terror, sin comprender que las revoluciones ni se asustan ni se exterminan.

¿Cómo matar a una idea?

Cuba sigue erguida y poderosa solamente por el derecho y la razón que le asisten, pero sus defensores no tenemos armas, y el derecho y la razón con-

tra la tiranía, no significan nada cuando no son pregonados por la voz de los cañones. Sin embargo, aquel alzamiento asustó a los españoles y se quedaron un instante a la defensiva, mientras hacían sus aprestos de guerra.

La revolución, ¡funesta ilusión! se durmió sobre sus primeros laureles, y hasta llegó a ser—cosa extraña en aquellos momentos de loco entusiasmo—magnánima y generosa con sus propios enemigos, pagando más tarde, y muy caro, su cordial entusiasmo. "¡Ay de aquel que es humano y conspira!"

No se hizo esperar mucho tiempo el látigo de la guerra que España despiadada debía dejar caer encima de la colonia sublevada, y un cuerpo de ejército de tropas regulares que comandaba, como General en Jefe un hijo o hermano del Duque de Alba, sin duda se aproximaba sobre la márgen derecha del caudaloso Cauto: el General español que más sangre inocente derramó en Cuba, y que más ayes arrancó, y más lágrimas hizo verter a la mujer cubana, General y Conde por añadidura, para ser más fiero: era Valmaseda, que venía dispuesto a exterminar en la heroica Bayamo la Revolución. Como si las revoluciones fueran de un solo punto y una sola fuera su cabeza! La Revolución de Cuba no está sólo en el corazón y la mente de sus hijos, está en sus brisas, en sus palmas, en sus arroyos, en sus cavernas, y está en toda la América.

Se quiso poner resistencia a aquel cuerpo de ejército, y se empeñó el propósito de impedir el paso del Cauto al Conde de Valmaseda. Empresa temeraria por cierto: un ejército de desarmados enfrentarse a otro ejército erizado de cañones y bayonetas. No puede haber mayor arrojo, más inaudito.

Yo me encontraba a la sazón disputándole otro paso del Cauto,—Palma Soriano, en Oriente,—a Campillo,—segundo tomo de Bóves, aunque no tan valiente, que con una fuerte división también forzaba marcha hacia el interior a darse las manos con Valmaseda: esa era la combinación. En "La Cuchilla" de Palma Soriano, le tuvimos detenido diez días, hasta que refuerzos llegados de Santiago de Cuba le ayudaron a continuar.

Los Generales Donato Mármol y Modesto Díaz mandaban de consuno el ejército de operaciones contra Valmaseda.

A tres o cuatro mil llegaría el número de patriotas con más de 2,000 libertos desarmados unos y mal armados otros, con pésimos machetes y viejas escopetas. Aquella masa de hombres indefensos se arrojó sobre los cañones de Valmaseda: la metralla hizo su carnicería espantosa, muchos se abrazaron de los cañones. Los patriotas al fin se retiran y el Conde plantó su tienda, triunfante, según él, sobre los escombros humeantes de la heroica Bayamo.

A Bayamo seguramente reservará la Historia una página tan honorable como gloriosa. Aquel pueblo no se reservó nada: todo, absolutamente todo lo ofrendó a la Revolución. Sin distinciones de clases ni categorías, la población en masa, sin quejas y sin esfuerzos, más bien con altanero orgullo y satisfacción extraña y digna a la vez, abandona el campo al enemigo poniendo fuego a sus hogares.

Tal acto de asombroso sacrificio confundió al Conde, cuyo primer impulso fué mandar a preparar cuarteles en la vecina villa de Manzanillo para ir allí a alojar su ejército. Pero tamaño desaire debía ser castigado a fuego y sangre, y eso se propuso después. Puso en práctica la persecución más despiadada y feroz, cebando su rabia en aquella masa de poblacines indefensas que errante vagaba por las montañas y las selvas, teatro de las escenas más crueles de sangre y de dolor.

Valmaseda, a mi juicio, no nos hizo daño en cierto sentido. Aquel Bóves de su época, ayudó al afianzamiento de la idea, a lo verdaderamente definitivo de la revolución, al "diente por diente" de las revoluciones cuando son buenas porque son implacables con sus enemigos: de otro modo es decir, cuando demasiado sensibles y generosos los pueblos no les cantan himnos como la "Marsellesa" ni les levantan altares como la guillotina. Entonces tal parece que los pueblos no tienen plena conciencia de sus derechos y anda escasa en ellos la dignidad.

De la masa aquella de patriotas desarmados que en forzosa retirada dejaban libre el paso a las huestes devastadoras del Conde, los 2,000 libertos llenos de

espanto se dispersaron por todo el territorio insurreccionado, y muchos de ellos todavía aún ciegos, pues no había tenido tiempo de alumbrar su cerebro la antorcha de la libertad, se presentaron a sus antiguos dueños.

Eduá, el viejo Eduardo, de 60 años, formó parte de aquella masa arrollada con la metralla y después dispersa; pero él guardó la fe en su corazón y siguió vagando entre el torbellino y la matanza de la guerra.

Atacada la revolución por todas partes, España empleó todos los elementos de que podía disponer, que eran muchos.

Le puso sitio. Cuidóse muy mucho de aniquilar en perjuicio nuestro todos los recursos del propio suelo, al mismo tiempo que atenta y vigilante impedía que nos viniesen de fuera. Y sin embargo, la Revolución no pudo morir. ¡Ay de España si Cuba, como deberá suceder, se levanta para que se cumpla su destino! Españoles, o quedaos con nosotros como hermanos o arreglad la maleta!

Del acosamiento y la persecución sin descanso, de la matanza sin piedad, de las terribles y constantes privaciones, de todo eso, grande y feroz, resultó otra cosa más poderosa e incontrastable y sublime: la necesidad. Esa es una madre severa, pero buena. España no supo lo que hizo. Nos enseñó a pelear de firme. Llegando a los extremos, nos hicimos seriamente cargo de nuestra situación, y la aceptamos. Hubo más, la amamos. !Qué amor tan grande! El combatiente amó la montaña, el matorral, la sabana; amó las palmas, el arroyo, la vereda tortuosa para la emboscada; amó la noche oscura, lóbrega, para el descanso suyo y para el asalto al descuidado o vigilado fuerte enemigo.

Amó más aún la lluvia que obstruía el paso al enemigo y denunciaba su huella; amó el tronco en que hacía fuego a cubierto, y certero; amó el rifle, idolatró al caballo y al machete. Y cuando tal amor fué correspondido y supo acomodarlo a sus miras y propósitos, entonces el combatiente se sintió gigante y se rió de España. España estaba perdida. No sé qué Genio fatídico batió sus alas sobre Cuba. Caprichos siniestros y menguados del destino.

Casi no nos explicamos el Zanjón, cuando nos ponemos a pesar situaciones...

En alas de mis amados recuerdos me desvío, sin advertirlo, de la hilación verdadera, del relato sobre mi futuro viejo asistente, Eduardo. Perdonen mis lectores, pero probaré a encontrarlo. Soy buen práctico de Oriente, donde debe hallarse.

Había transcurrido el tiempo,—¡se vivía tan aprisa!—olvidándosenos muchas veces hasta las fechas; tan llenas de emociones diversas pasamos aquella vida, siempre al trote, unas veces detrás del enemigo y otras veces delante.

Ya yo tenía casi olvidada la sangrienta y asoladora invasión del Conde de Valmaseda a Bayamo y una casualidad insignificante al parecer, me hizo recordar aquel fatídico suceso. Advierto que tampoco en una guerra como la que sostuvo Cuba pasaba nada insignificante y que no tuviera su importancia relativa, del propio modo que no hubo un solo hombre que fuera completamente inútil. De aquí aquel heroico axioma: "si no sirvo para matar, serviré para que me maten".

Explicaré el caso, pero antes es preciso citar antecedentes.

La muerte natural del General Donato Mármol, Jefe que comandaba el ejército de Oriente, fué causa de que yo abandonara, por orden superior del Gobierno, el mando de la División, ya bastante veterana, con que sosteníamos la campaña de Charco Redondo al Sur de Jiguaní. Los españoles en Oriente, como en el Camagüey, al saber la muerte del invicto General trataron de aprovechar el desaliento y el desconcierto, que torpemente suponían pudiera acontecer en aquellas tropas ya aguerridas, por la falta de su Jefe. En las revoluciones pocos hombres son necesarios. El que se crea eso está en un ridículo error.

Trataron, pues, de activar sus operaciones en toda aquella parte que por nuestra organización territorial se denominó Departamento Oriental. Reforzaron sus campamentos y puestos fortificados y establecieron otros más, multiplicaron sus columnas y guerrillas en operaciones, y fué más activo y cauteloso su sistema de espionaje.

Los batallones más aguerridos, probados y prácticos ya en aquella comarca, marcharon en seguida a engrosar las filas de aquel ejército exterminador y sanguinario.

En las guerras, como es sabido, los lugares, como los hombres, adquieren, por los sucesos que en ellos o por ellos se suceden cierta celebridad y renombre que la Historia no puede prescindir de mencionar. Y en Cuba los tenemos de bastante resonancia, especialmente aquellos donde se han dado batallas quedando vencedoras las armas de la República, de la misma manera que tenemos hombres que apenas si tiraron un tiro, y la Historia no podrá menos que colocar sus nombres al lado de los más esforzados combatientes. Como por ejemplo, en Oriente, ''La Demajagua'', ''Yara'', ''Tacajo'', ''Las Dos Palmas'', ''Miranda'', ''Arroyo del Rosario'', (pocos saben el por qué de éste). Como en el Camagüey, ''Guáimaro'', ''Najasa'', ''El Horcón'', y ''Siguanea'', en las Villas, y por último el ''Zanjón''.

Me ocurre poner al lado de Céspedes a Aguilera, al lado de Agramonte a Luaces, al lado de Argilagos a Moralito, al lado de Henry Reeve a L. Ayesterán, y así a muchos.

A los unos les escribiría yo en sus hojas de servicio las siguientes notas de conceptos: *Valor fuera de toda duda.* A los otros: *Terribles.*

Miranda, uno de los lugares citados, es o era, una finca derruída y abandonada, a la que la tremenda escoba de la guerra barrió hasta los cimientos de sus viviendas.

Está situada al norte de la Ciudad de Santiago de Cuba, a larga distancia, y en el camino que conduce a Holguín. Se respalda la posesión por el Norte en un monte enmarañado y tupido, pedregosos en algunos puntos, pero tan terrible como los de Remedios, arsenales misteriosos de Carrillo y Serafín Sánchez, y posee al mismo tiempo algunas cuevas y cavernas capaces de facilitar alojamiento a algunos hombres, y conocidas solamente de nuestros hombres de confianza.

Ocupado el asiento de la mencionada finca por un campamento enemigo, bien guarnecido y mejor abastecido, que servía de proveeduría y descanso de las

columnas y guerrillas, siempre en activas operaciones en aquella zona, me ocurrió un día que tal vez no sería difícil apoderarnos por sorpresa de aquel puesto, que nos daría abundantes y buenos elementos, y lo que es más, quitaríamos de aquel centro tan perjudicial como peligroso estorbo.

Para poder llevar a cabo con algunas probabilidades de éxito, operación de tanto riesgo, era necesario estudiar bien y muy de cerca la posición, y no queriendo confiar a otro tan delicado encargo, me propuse yo mismo ejecutarlo. Con tal propósito, y acompañado de tres hombres de mi confianza, Juan Millares uno de ellos, salí una tarde de nuestro campamento situado en los montes de Barranca, a dos leguas del punto objetivo, y pretextando que salía a ver a mi esposa oculta más al interior del monte. Para inspeccionar o explorar mejor, con más seguridad y menos peligros el campo enemigo, la hora más propicia era al rayar la aurora, pero es preciso tomar puesto con bastante antelación. Mientras se despereza el soldado se puede ver mucho: luego el soldado, el centinela que en la madrugada oscura ha estado vigilando sin novedad, no la espera al comenzar el día y sólo piensa en su relevo y en el café. Siguiéndome por estas reglas procuré estar a la caída de la tarde en el monte cavernoso de Miranda. Allí, en efecto, llegamos a buena hora, y al internarnos para buscar un buen puesto para dejar mi caballo, Juan Millares, que era todo ojos, oídos, y nariz, dijo:

—Me huele a candela.—Y cuando él nos advirtió eso, entonces nos olió a los demás.

—Efectivamente, repuse yo, Juan, veamos eso y no nos fiemos de una celada.

Cuando nos preparábamos para hacer una pesquisa alrededor de nuestro campo, divisamos por el claro oscuro de la espesura del monte, una especie de espectro o fantasma, que a paso muy lento se dirigía rumbo a nosotros, apoyándose en un palo largo.

—¡Quietos!—dije preparándonos—y mucho ojo para ver si alguien más viene detrás.

A medida que el espectro se aproximaba a nosotros, tomó las formas de un hombre viejo, enfermo y extenuado, casi un cadáver, apenas sí tenía un andrajo que le cubriese las partes pudorosas. Mi pri-

mera idea fué, que de seguro aquel viejo negro, que tal vez no sabía hablar, ya, sería un cimarrón antiguo de aquellos que preferían a la esclavitud los riesgos del arranchador y de los perros de presa, y se refugiaban en las montañas o en los grandes montes.

—¿Quién eres tú?—le dije una vez llegado a nosotros—y con acento claro y despejado me contestó:

—Yo soy Eduardo, un viejo negro de los que estábamos con el General Mármol. No lejos de aquí le enterramos. Con su muerte todos nos dispersamos y yo triste y enfermo, me refugié en este monte. Por allí tengo mi cueva donde vvio.

—Entonces ¿conocerás bien todas esas cercanías de Miranda?

—Como la palma de mi mano.

—Pues me servirás de guía, quiero ver de cerca ese campamento.

—Es inútil,—me contestó,—no puede ser hoy, pues ha entrado mucha gente.

Entonces para quedar cerciorado ordené a Juan, fuese con otro número lo más cerca posible, sin dejarse ver, a saber lo cierto. En efecto, al regresar éste, confirmó la noticia. Una columna de tropa de las tres armas acampaba allí.

Quedó sin efecto mi exploración, y dejé instrucciones al viejo Eduardo, tanto para el espionaje, como para que hiciera todo lo posible por comunicarse con algún camarada que tal vez habría en el campamento enemigo, teniendo yo buen cuidado de mandar a recoger las noticias.

La importancia de Miranda databa desde muy atrás: siempre había sido acampadero de los patriotas, por cuya razón se habían librado allí algunos combates.

Es el punto céntrico, y el Mayor General Donato Mármol había fijado en él su cuartel general. Allí murió tan insigne patriota, mi primer compañero en aquella guerra, y allí están depositados sus restos.

Como he dicho antes, la campaña se embraveció, si es permitida la comparación, a la manera de huracán furioso que intranquiliza o ensoberbece al mar. No permitiendo que nadie se estuviese quieto, yo era el primero en moverme, por eso y por que luego pensé que aquel infeliz viejo negro, enfermo y extenua-

do y por consiguiente inútil, poca cosa haría de provecho no me ocupé más de él. Sus días debían estar contados, pues los alimentos que a duras penas podía proporcionarse por aquella vieja estancia abandonada, tenían que ser muy exíguos. Su muerte era segura e ignorada en su caverna oscura, o cogido infraganti y rebelde liberto, por España, escarbando un triste boniato y allí mismo ejecutado. Los procedimientos en todas las guerras son tremendos: de otra manera no pueden ser, no obstante la benevolencia de los directores. Pero en la de Cuba eran terribles. Y así son mejores para acabar más pronto. No hay que tener miedo. El decreto de Trujillo lo hizo todo.

Volviendo a mi viejo Eduá. ¡Pobre e infeliz esclavo!—pensaba yo. La libertad le alcanzó demasiado tarde. ¡Qué destino! Lo ha sacrificado más bien que redimido. Morirá desamparado y solo! Y yo seguí marchando sin ocuparme de aquel cadáver (tampoco me era posible), ni de Miranda. Pero me dije: "voy a ver si logro que el enemigo, no solo abandone este puesto, sino otros más. Probemos a obligarlo.

Serían las nueve de la noche tempestuosa del día en que me ocurrió esto, cuando mi secretario, que lo era en aquellos días el Comandante Vicente Pujals, patriota sin igual y más sufrido que Job,—tomo segundo de Enrique Collazo—me avisó que estaban extendidas varias órdenes y que sólo esperaban mi firma para despachar.

Firmé y en seguida partió un hombre protegido por la oscuridad, al que se le dijo: "cuidado con descansar". ¡Qué hombres aquellos!

Diez días después estaban concentrados nuestros batallones en las casi inexpugnables posiciones de la "Galleta" y los batallones más bravos del enemigo, entre ellos "San Quintín", que nutrieron las filas del ejército español en Cuba, allí quedaron fusilados.

Así son las cosas. La verdad histórica ante todo. Yo no pude llegar a tiempo y por eso fué deshecho "San Quintín".

Yo necesitaba mucha gente entera y a tenerla, el combate se hubiera excusado.

Pero ¿quién iba a convencer a Prado, a Maceo, a Paquito Borrero, a Moncada, a Mayía Rodríguez, a

Marín y cincuenta oficiales más, bravos y resueltos, de que no convenía batirlos allí? ¡Ah! Cuando evoco estos bélicos y grandiosos recuerdos, apenas me puedo dar explicación del Zanjón a pesar de saber muchas cosas cubanas.

Aún no despejadas las hondonadas de aquella agreste montaña, — del humo de tan terrible combate, que se resolvió cuerpo a cuerpo a favor de las armas de la República; aunque enteros los cadáveres de los bravos de "San Quintín", allí abandonados y ya estaban enseñoreándose nuestras huestes en la rica y españolizada comarca de Guantánamo. La destrucción del famoso campamento de la Indiana dejaba franco y seguro nuestro centro de operaciones, y nuestro ejército provisto de todo lo más necesario de que había carecido en absoluto.

De ahí el inútil esfuerzo de Martínez Campos, el General español más bravo y astuto que nos combatió. El General llegó tarde, ya conocíamos el terreno y los recursos eran nuestros.

De ahí deduzco que Cuba será de los cubanos a la hora y punto que ellos quieran. Un querer y un rifle. Esto lo venden baratísimo los yankees.

Los partos más felices son aquellos que se hacen menos acomodaticios. Para una cosa solamente debemos pensar mucho los hombres, para hacer el mal.

Es verdad, dejamos casi abandonada la jurisdicción de Cuba, pero en su vecina la de Jiguaní estaba Calixto García con su brazo aún vendado sosteniendo la combinación. ¿Pero cómo lo hizo?

Un hombre enfermo y herido yendo a buscar a su atrincheramiento a los españoles. ¿En dónde hubiese estado un General español en idénticas circunstancias y de los méritos de aquél? En el Palacio del Capitán General en la Habana, o en la Quinta de los Molinos, que según me explicó un día de campamento, Pepe Urioste, era espléndida. Yo no la he visto.

Las comparaciones, además de ser odiosas, tienen mucho de vulgar, pero algunas veces son necesarias u oportunas, y entonces se deben perdonar. Esa es la verdad histórica, lo digo por si en un momento de ofuscación se me pueda suponer apasionado por

Calixto a quien nunca podré dejar de amar, aunque viva en España siendo Cuba esclava. Existen lazos entre los hombres que se han comprendido, que ni las circunstancias más poderosas y potentes en apariencia pueden romper. La nobleza de pensamientos y alteza de miras se levantan siempre por encima de las pequeñeces de hábito o de carácter. No sé si me explico bien.

Inaugurada del modo que quede explicada la campaña de Guantánamo, forzoso me fué volver la cara a la jurisdicción de Cuba. Lo sentí, estaba hastiado de hacer todos los días lo mismo en los idénticos lugares. Lo monótono en la paz es abrumador, pero en la guerra es insoportable. Un mensajero de la ''Guardia secreta'' (ese es otro misterio) me entrega un pliego, era del General García Iñiguez. Me avisaba de la llegada al territorio de sus operaciones de los Supremos Poderes y que por orden del Gobierno pasase allí a conferenciar.

Al siguiente día, después de haber nombrado al Teniente Coronel Antonio Maceo, Coronel en comisión, (esto quiere decir que aún no tenía un Coronel para dejarlo Jefe superior de operaciones) me puse en marcha. Con poca gente y de pie ligero, a la cuarta jornada fuí a pernoctar a Miranda. Los españoles lo habían abandonado como también a Mayarí Abajo, Jaragüeca, Piloto y muchos lugares más que ahora no recuerdo.

Yo hubiera podido pasármela esa noche sin avanzadas, no había peligro.

A muchas leguas a la redonda no había españoles.

No encontrándome ya sino a una jornada bien andada de la residencia del Gobierno, me propuse no madrugar, pues me sentía molido de cansancio, y fué así que hubo tiempo para que se me estuviera espiando mientras yo dormía.

''Los montes tienen ojos'', dice el refrán, y eso no deja de ser una verdad.

Muy al amanecer me envió el Jefe de la avanzada principal, un hombre de color, un liberto, de estatura y formas de Hércules, que se le había presentado.

—¿Y tú quién eres y adónde vas?

—Yo soy Simón y vengo del campamento.

—¿Qué campamento?—repuse yo asustado.

—Donde mi amo dejó a Eduá.

—¿Eduardo vive? Anda, corre, dile que venga.

Media hora después se me presentó el viejo Eduardo, el liberto desamparado, el abandonado de todos, menos de Dios, ya repuesto, ya otra vez hombre, rico de fuerzas y rebosando de fe y contento.

Le acompañaban tres hombres más, con Simón. Le tendí la mano a aquel hombre y él se conmovió.

—Vacía ese saco, le dije a uno de los suyos.

—¿Y eso qué es, Eduá?—le dije creyendo que eran golosinas.

—Doscientas cápsulas, General, que hemos recogido en ese puesto abandonado, y aún tenenmos en nuestro campamento (esto lo dijo con orgullo) ropa, galleta, tocino, y otras boberías.

—Cuéntame bien cómo ha pasado todo, y entonces dijo:

—Cumpliendo la orden que usted me dejó, desde aquel día me puse largas horas en acecho en estas cercanías para ver si podía verme con algún negro como yo. Pasé muchas horas crueles de hambre y de sustos, hasta que un día logré que éste, Simón, me viera y se acercase, y como él y sus compañeros deseaban coger el monte, pero no se atrevían a salir por no ser prácticos de por aquí, pronto nos entendimos y todo quedó arreglado. Ellos me dijeron que pasaba alguna cosa grande y que creían que los *gringos* se iban a ir de aquí, pues habían venido muy de pronto a llevarse muchas cajas de parque que tenían en este campamento. Desde ese momento nos pusimos en acecho y apenas ellos salieron entramos nosotros.

Me hizo gracia la entusiasta conclusión de su relato, pues tal parecía que había tomado el campamento por la fuerza.

Momentos después continué mi marcha con cuatro hombres más, de alta, en mi pequeña escolta. El Comandante Marín anotó sus nombres: Eduá, Simón, Polo y Tacón. Sigamos, pero primero un poco de geografía mambisa.

Del asiento de Miranda, desde donde yo partí en aquella mañana al paso del Cauto, por Barranca, habrá aproximadamente hora y media de marcha. Este trayecto, de terreno llano y firme, era entonces po-

bre de vegetación montuosa, se componía de maniguas o matorrales, testimonio en Cuba de viejas tierras de cultivo abandonadas; pero una vez vadeado el Cauto y siguiendo rumbo franco al Oeste, que era mi itinerario aquel día, una vereda tortuosa (vereda mambisa), conduce al viajero por el centro de un espeso monte fresco y seguro, de árboles corpulentos, que forman con las enredaderas preciosos pabellones y cortinajes lindísimos. Ese monte mide por su parte más estrecha cuatro leguas, las mismas que yo tenía que caminar para llegar a un lugar nombrado, ''El Bejuco'', residencia de los Supremos Poderes, en aquellos momentos.

Internado un poco, y a orillas de un manantial, (Catunda) de fresca y cristalina corriente, dispuse hacer alto para tomar algún descanso y alimento. La menestra no era abundante, y dispuse que los recién incorporados saliesen por allí a ver si conseguían *jutía,* a excepción del viejo Eduardo, que por intuición pensé no sería muy leído en asuntos culinarios.

Desde que la brillantez de las acciones de Juan Millares, y por ellas las distinciones militares y sociales con que la patria le honró, me privaron de sus servicios personales, yo estaba sufriendo por ese lado. Verdad es que difícilmente hubiera encontrado el sustituto de Juan. Yo lo pasaba como Dios quería y me resigné buenamente al servicio de cualquiera. Tenía a la sazón de asistente a uno nombrado Manuel, liberto, puntual, listo, sin miedo, oficioso y sin pereza; pero con el pequeño defecto de que se servía él primero que servirme a mí, me dejaba el ala y se tomaba la pechuga. En cuanto al café mi bebida favorita, de seguro que si el mal espíritu viraba la cafetera, la parte derramada era la mía y no la suya.

Un asistente no es un ente vulgar, de cualquier parte y de cualquier ejército. ¡Oh!, la servidumbre, aún largamente remunerada, siempre me ha parecido tremenda. ¡Cómo será a abayoneta calada! ¿Y en campaña? El asistente es un amigo, pero en aquella guerra de Cuba era un bienhechor a todas horas. Para poder tener una idea de eso es necesario haber estado allí, haber pasado el Rubicón.

Aquel que tenía necesidad de un asistente y no lo tenía o lo tenía malo, inútil o inepto, ese sufría,

sufría mucho. Llegar (eso de llegar era serio allí) cansado, fatigado, molido, con hambre, el agua calada hasta los tuétanos y en noche tenebrosa, y en un "santiamén" y como por encanto ver fabricado un rancho, después tendida la hamaca, e improvisar la cama, vivo y calentador el fuego, lista la comida aunque fuera un boniato, y después venga el café aunque fuese amargo, que es mejor y luego que llueva, y departir con el compañero, de hamaca en hamaca, de cosas de la guerra y de la patria... A comentar las peripecias extrañas y fabulosas del triunfo conseguido por la mañana y burlarse de la desgracia en la derrota sufrida por la tarde...

Todas estas cosas las saboreábamos acariciados por la puntualidad oficiosa del asistente, por su infatigable asistencia.

Compañeros tuvimos que mucho sufrieron porque su carácter les obligaba a cambiar con frecuencia de ese servicial, y eso es lo peor que puede suceder porque no hay lugar a la reciprocidad del cariño; pero hubo otros a quienes siempre les conocí uno mismo. Tomás Estrada Palma fué de éstos. ¿Pero quién no vive con don Tomasito? como le decían los asistentes y los que no lo eran.

Mas tengo que advertir una circunstancia muy importante, y es, que no era lo mismo ser asistente en Oriente que en otra parte, como no es la misma cosa ser esclavo en un ingenio que en un cafetal. Ser esclavo es una desgracia, y soportar ese yugo en un ingenio es la suprema desgracia.

Para el asistente oriental la tarea era más dura por varias razones: por lo fragoso del terreno, en que la carga tenía que ser más pesada o molesta, puesto que conducía lo suyo y lo de su Jefe; por la necesidad de buscar y conducir provisiones para dos, y por otras razones de no escasa importancia.

Atizaba el fuego el viejo Eduardo y en pocos momentos ya estaba listo el café. Yo observaba los ágiles movimientos de aquel hombre canoso, y cierto cuidado y pulcritud en el oficio, y eso me llamó la atención.

—¿De qué lugar eres, Eduardo?—le pregunté.

—Yo era del cafetal "San Juan", Guantánamo. Al principio un tal Rendón nos sacó de allí y yo

salí muy triste porque dejé mi mujer y dos hijitos, después me consolé con la guerra. En el Cauto por poco no queda uno de nosotros y yo llegué a ponerle la mano a un cañón. Después lloré otro día en la cueva, pues creía que iba a morir y me vino a la cabeza mi mujer y mis hijitos.

Aquella relación hizo sentirme interesado por aquel hombre. Un momento después regresan los monteros de jutías diciendo: "No hay".

—Sí hay, repuso Eduardo con viveza, y como hubiese a diez pasos de allí un gigantesco cupey, a él se dirigió y buscó algo por el suelo. Yo lo comprendí: rebuscó y levantando una hoja y con ella en la mano encarándose a Simón, le dijo:

—Aquí hay, mira esta mancha algo parecida a sangre, esos son sus *miaos,* buscarlas arriba.

Eduardo jefiaba, derecho natural de la superioridad intelectual, y había nombrado a Simón su Teniente. Simón le obedecía sin replicar; no hay para que decir que también lo hacían ciegamente Tacón y Polo. Su edad madura, sus timbres de viejo mambí, su mano tendida para sacarlos a las selvas libres, y luego un poco de mejor intelecto: no es extraño que aquellos hombres consideraran al viejo Eduardo como su protector y maestro. Y en realidad lo era.

El cupey (puede haber algún cubano que no lo conozca, y voy a pintárselo) es un arbol corpulento, gigantesco, tiene mucho de parecido al catalán, amo de la tienda de campo en Cuba, con la pequeña diferencia que el cupey casi siempre sobrevive poco a la muerte de su víctima, su castigo no es dilatado, no profundiza sus raíces y el viento se encarga de la ejecución de la sentencia. El catalán muere, pero su prole vive después alegre y contenta frente a frente de la choza del veguero pobre, sin dinero, y su deudor eterno. Parásito el cupey, sus cuerdas son enormes y bajan hasta el suelo, donde en vano tratan de arraigarse lo suficiente para sostener aquella inmensa arboleda, pues semejan a lo lejos un montecillo.

Obedeciendo Simón al superior mandato del viejo Eduardo, se asió a una de aquellas cuerdas y principió la ascensión, más apenas adelantó quince pies se detuvo y respiró, quiso proseguir y no pudo, y

entonces se dejó rodar hasta el suelo, exhalando un resoplido algo parecido al del caballo. No sé si aquel acto de imposibilidad física de su Teniente indignó al viejo Eduardo, lo cierto es (yo me quedé espantado) que tirando con enfado su sombrero viejo, despojo de un soldado español, y sin decir una palabra agarró la cuerda y cual un experto marino que maromea por los mástiles de su barco, así aquel hombre de 60 años, sin detenerse un instante, subió al árbol perdiéndose entre la espesura de su follaje.

Un momento después cayó herida de un machetazo una jutía y por la misma cuerda que subió se deslizaba el viejo Eduardo.

No hay que decir que el almuerzo fué espléndido. Llegada que fué la hora de marchar, proseguí, y a la caída de aquella tarde fresca y dichosa, llegamos a la residencia de los Supremos Poderes de la República de Cuba.

La historia de Cuba, y sobre todo aquel brillantísimo período del 68, no se puede profanar relatando los sucesos de cualquier modo, impulsado por el mero deseo de escribir. No; cosas son esas respetables para nosotros—por lo menos así me lo dictan los impulsos de mi conciencia—y por esa razón digna y levantada no debo (y lo dejaré para otra ocasión) ocuparme en este episodio de los interesantes e históricos detalles de mi confidencia con aquellos hombres que representaban lo más selecto de la revolución. Perdónenme esta frase los que se supongan más demócratas que yo.

Se encontraba allí el Presidente Carlos Manuel de Céspedes con su E. M., la Cámara de Representantes entera y verdadera, y el Brigadier entonces Calixto García Iñiguez con todos sus oficiales, vencedor de la víspera sobre las trincheras de Jiguaní.

Sigo, pues, mi sencillo relato por gratitud a mi viejo asistente, y ojalá pudiera yo ser tan feliz como fué Dumas, para decir tanto y tan bien sobre la tumba de aquel servidor mío, como dijo él a la memoria del mulato dominicano que le enseñó a conocer las letras siendo aún muy niño en los baños de no recuerdo donde.

Seguía la guerra con todas sus peripecias sangrientas, con sus bruscas alternativas sorprendentes.

Un día, poseídos de incomparable satisfacción de alegría (como los niños) victoriosos sobre el campo de batalla, al otro, sorprendidos y fatigados en retirada comprometida, con varios compañeros heridos y siempre salvados, al siguiente, dando vivas a la patria encima de las trincheras enemigas al romper la aurora, tomando el campamento por asalto y por la noche apesarados y tristes a la noticia de capturas de amigos y compañeros como Antonio Luaces. Pero siempre en medio de ese constante vaivén de los sucesos, de ese flujo y reflujo de cosas graves y serias, como el mar, aunque arriba, tenga estrellado el cielo.

Sentíamos en el alma la esperanza más pura en el triunfo, hasta que sonó la hora menguada de la tregua...

El viejo Eduardo siguió conmigo, y está de más decir que nos llevábamos muy bien. Generalmente se cree que la juventud es la edad de los amores; así sea, pero en la edad madura los afectos son más puros y duraderos. Mientras más se acerca el hombre a su fin, más se descarta de lo superfluo, y se va quedando con lo útil, lo positivo. Por eso alguien ha podido decir que "no hay anciano sencillo".

El viejo Eduardo sustituyó, con gran provecho mío y en perjuicio de aquél, al malicioso y poco considerado Manuel, y éste pasó de alta a las filas de lo que llamábamos convoyeros. Este fué otro cuerpo, gran auxiliar, que bien merece un episodio aparte escrito por una pluma como la de Ramón Roa o Fernando Figueredo.

Atento siempre a la buena organización, pues soy de los que creen que sin ésta no se anda seguro y derecho, ni aún en el cielo, organizar me propuse.

De las tareas que cuestan fatigas y disgustos, la de organizar está en primera línea. Cuando se dice "fulano es organizador", ese tiene que ser muy hombre y organizar allá entre nosotros, eso tenía tamaños bigotes. Como era natural, para mi procedimiento me apoyé en la ley. Aquellos hombres nos la dieron para todo. Por ejemplo, un Mayor General con el mando de tropas, solamente tenía derecho a cuatro asistentes, y después así relativamente en escala descendente hasta el Alférez.

Tenía necesidad de dar el ejemplo y dije: "fuera convoyeros, y venga la Ley". y fueron mis cuatro números: el viejo Eduardo, Simón, Tacón y Polo. Dije antes que las organizaciones proporcionan disgustos y a mí me proporcionó ésta más de uno.

Como yo tenía mi esposa, puse dos a su servicio, a Simón y Tacón, y por supuesto, el viejo Eduardo se quedó conmigo teniendo por auxiliar a Polo. Había muchos Jefes y Oficiales que tenían un número excesivo de asistentes y convoyeros para ellos y sus queridas, y aunque la época en que por la carencia de recursos de boca se tenía necesidad de ir a extraerlos de lejanas zonas, podía estar justificado este abuso que nos privaba del servicio de algunos cuantos hombres para las armas, no era así en la actualidad, porque la posesión adquirida por la fuerza de las armas de la rica comarca de Guantánamo había acabado con nuestra miseria.

Por fin, después de una gran lucha algo pude hacer en ese sentido.

El viejo Eduardo sin perderme "ni pie ni pisada", lógica y natural fué que al llevarme mi destino a otras regiones fuera el primero en preparar el *jolongo*.

Debía pasar al Camagüey y me puse en camino, pero ocupada mi mente en asuntos de grave importancia, no me ocupé durante la marcha, ni aún después de llegar al Camagüey, de la situación en que iba a encontrase mi viejo sirviente, y que había que montarlo allí para que me pudiera ser útil. Y fué así que al moverme el primer día al frente de algunos escuadrones, me encontré al viejo Eduardo todavía de infantería, y forzoso me fué dejarlo por allí con gente acampada hasta mi próximo regreso.

—Ya usted, mi General, me va a dejar! me dijo muy apesarado.

—No, Eduardo, volveré pronto y seguirás conmigo.

Pocos días después el viejo Eduardo era caballero en una hermosa mula bien aperada y que él cuidaba con esmero.

Todo nuestro reducido equipaje lo llevaba en un pequeño serón, así como jamás faltaba un trozo de carne asada, que muchas veces después de una fogosa carrera y debido al sacudimiento, aparecía con-

fundida con algunos zapatos viejos, riendas de frenos ya desechados u otros cachivaches que somos los viejos muy dados a conservar.

Además, el viejo Eduardo portaba terciada una balija tremenda que contenía todos mis papeles y libros y que pesaría 15 libras aproximadamente. Aquel hombre viejo, en las horas de refriega, era necesario que el lance fuera muy comprometido para que se retirara a larga distancia, por más que yo, en tono de reconvención cariñosa le decía:

—Eduá, si me pierdes la balija te fusilo.

—No, mi General, no se perderá, me contestaba.

Como por cualquier circunstancia, por un mal paso del declive del terreno, para desviarse para desechar un arbol caído, una zanja, un pozo, en fin por cualquier tropiezo que implicara retardo, todos los combatientes no pueden ir apareados en una carga contra el enemigo, sucedió muchas veces que el viejo Eduardo, sin tener en cuenta estos detalles, gritaba detrás a hombres muy valientes:

—Adelante! esa gente no ve que los Jefes van allá!

Y como nuestros soldados, lo conocían, aquel mandato más bien les hacía gracia que molestarlos, y después en la quietud y solaz del campamento, a la sombra de los palmares celebraban los arranques bélicos del viejo Eduardo.

Pero sucedió un día que me hizo pasar un gran susto y sufrir una pena. Lo contaré.

Invadidas por nuestras tropas las Villas, quise en uno de los viajes que hice al Camagüey llevar mi esposa que ya había hecho venir de la de Oriente, para aquella comarca. No teníamos más hijos que a mi Clemencia, de tres años de edad. Dos o tres familias de gente de las Villas quisieron aprovechar mi pasada para irse conmigo y me dió pena negarles mi amparo, así fué que se formó una impedimenta delicadísima. El paso de la Trocha solamente constituía un peligro: en aquellos días estaba muy reforzado y vigilado. Los españoles trataban de impedir a todo trance el paso de los batallones orientales que yo había pedido para reforzar el ejército invasor y concluir de una vez. Llevaba yo un buen práctico, Tranquilino Cervantes, además un croquis

minucioso de toda la línea. La gente que me acompañaba no pasaba de quince hombres, eso sí, quince leones. Uno de los oficiales de E. M. era el Coronel Enrique Mola. Cuando llegamos al punto designado para el paso, era ya la caída de la tarde, hora esperada de intento. Mientras aguardábamos a que cayera más la noche para que la oscuridad protegiera nuestra marcha y de este modo evitar la persecución de fuerzas muy superiores de que el enemigo podía disponer, se oyó un toque de corneta, punto de atención sobre nuestra izquierda, y que a seguida fué contestado en la derecha. Nuestro paso fatalmente, tenía que ser por entre dos campamentos casi a la vista uno del otro. La situación era crítica por lo impedimentado que iba en aquella marcha, si como era cuerdo creer, aquel toque significaba que el enemigo nos había descubierto, el paso que se hacía difícil sino imposible y podíamos ser perseguidos.

Incontinenti ordené al Coronel Mola que acompañado del práctico y un hombre más se acercase lo más posible sin dejarse ver, al punto de donde primero partió el toque, en averiguación de lo que pudiera ser. El Coronel Mola partió y yo esperé. Quince minutos después estaba de vuelta. Una gran columna estaba entrando en el campamento, y a consecuencia de eso se repitió el toque. Entonces me dije: mejor, aprovechemos la ocasión, el descuido es consecuente, pero es preciso no dar tiempo a que los soldados se desparramen, y organicé la marcha. Hice entonces que el viejo Eduardo tomase de los brazos de la criada a mi Clemencia ya dormida.

—Cuidado, Eduardo, le dije.

Ya oscurecía, y no contando con que de la parte opuesta el paso estaba obstruído por muchos yareyes derribados para su aprovechamiento, nos fué forzoso cargarnos hacia la derecha, pero lo hicimos tanto que llegamos a cincuenta varas del fuerte, que rompió fuego sobre nosotros. Ordené en seguida que continuara el práctico con toda la impedimenta y nos quedamos los demás entreteniendo el fuego al enemigo para que no quedara envalentonado. Pero cuál no sería mi sorpresa cuando siento a mi lado gritando: "¡Viva Cuba libre!". Era el viejo Eduardo haciendo fuego con un revólver viejo y sin cui-

darse de que tenía la niña en sus brazos. Las balas enemigas no dejaban de ser bien dirigidas, pues los enemigos tomaban por blanco el relampagueo de nuestros disparos.

—No seas bruto, Eduardo! le grité qué, sé yo con qué voz.

En seguida nos retiramos. A poco encontramos a mi esposa, que desesperada y loca volvía en busca de la niña que juzgaba ella que seguía detrás. Alcanzamos la demás gente y continuamos la marcha para poner distancia entre nosotros y aquel enemigo, que sino a aquella hora, muy temprano podía perseguirnos. Como a la media noche, la luna se elevaba a su mayor altura, hice alto en un gran potrero, se exploró el campo a la redonda y acampamos. No fué suficiente todo el tiempo que duró la marcha para calmar mi disgusto con el viejo Eduardo. Tampoco la diligencia y asiduo cuidado en preparar la cena a algunos pasos de donde yo con mi esposa y los oficiales comentamos el hecho. Aquello me tenía mortificado, lo llamé y con acento de cólera le dije:

—Eduá, ¿cómo te atreviste a hacer aquello contra mis órdenes, exponiendo a mi hija?

Y aquel viejo, con la sinceridad de un gran corazón, me contestó llorando:

—Se me olvidó, General, que yo llevaba a Monchita. Así le decía él.

—Lo creo, le dije.

Quedé desarmado de mi enojo, y añadí:

—Pues no te apures por eso y anda, apura el café.

Al rayar la aurora de aquel día despaché el práctico con la impedimenta a esperar en lugar seguro y me quedé retrasado con la gente de pelea.

No hubo novedad. ¿Y cómo la había de haber si más tarde supimos por las confidencias que la creencia era que yo había forzado el paso esa noche por allá con mil hombres?

El Teniente del fuerte que se dió por atacado, ascendió a Capitán. Nosotros dejamos en el campo unos cuantos hombres y caballos según él, y no habíamos recibido ni un arañazo.

Los acontecimientos inusitados de las Villas me obligaron a volver a Camagüey y volví acompañado del viejo Eduardo.

Las cosas siguieron de mal en peor y sonó al fin la hora fatídica y siniestra del *Zanjón*.

Yo no podía quedarme en Cuba. El General Martínez Campos me hizo ofertas brillantes para los que no piensan como pienso yo, a fin de que me quedara en ayuda de la *reconstrucción* del país como él llamaba eso, sin lo moral. No quise; amé más la miseria cubana que el oro español, y resuelto puse mi rumbo camino del destierro sin más amparo que Dios. En este trance tremendo para un hombre de ideales reuní al viejo Eduardo, Simón, Polo y Tacón y les hablé de esta manera.

—Como ustedes oyen, ya esto se concluyó por ahora. Yo no me quedo aquí pero en realidad no sé dónde iré a parar.

Si ustedes quieren correr mi suerte, el mundo es bastante grande y no nos moriremos de hambre; juntos trabajaremos.

Aquellos hombres no podían contestarme, tal era la impresión. El viejo Eduardo fué el primero que entre sollozos me contestó:

—Mi General, yo quisiera irme, pero no sé de mi mujer y mis hijos.

No lo dejé concluir, y le repuse con viveza:

—Eduá, la mujer y los hijos no pueden abandonarse sino por la patria; quédate, ese es tu deber ahora.

Aquel hombre quedó tranquilo.

Tacón dijo:

—Yo tenía mi mujer, y me quedo para ver si la encuentro.

—Nosotros somos solos en el mundo, nos vamos con usted, dijeron los otros dos.

Aquella despedida fué tierna. Yo no tenía ni una prenda que dejarles en recuerdo. ¡Estábamos tan pobres! Al darles las espaldas formulé estas frases:

—Siquiera he ayudado un poco a romper sus cadenas!

Después de todo eso nos refugiamos en Jamaica. Simón y Polo me acompañaron en los primeros meses a pasar aquellos días terribles, martirizados por la miseria y por la injusticia. Simón a poco tiempo se casó con una mujer inglesa de su propia raza, cuyo suegro, que no era muy pobre, lo protegió.

Un día fué a verme y le brindé asiento en mi pobre mesa.

Polo también se separó de mí, se fué a trabajar a un ingenio y lo perdí de vista.

Después de mi desgraciado fracaso, donde hasta las prendas de mi mujer naufragaron, pobre y abatido, nos fuimos a trabajar al canal de Panamá, y un día que me encontraba triste y enfermo se me presentó un hombre en mi cuarto. No lo conocía.

—¿Y tú quién eres? le pregunté.

—Yo soy Polo que vengo a verlo y a traerle estos pollos y a decirle que tengo nada más que una mujer y una estancia (o conuco) aquí, bien surtida, para si quiere irse allá y estará bien cuidado.

Tendrá dos criados.

—Gracias Polo, le dije; yo tendré que irme para Jamaica a morir al lado de mi familia. Tan enfermo me sentí! Después hablamos un poco de Cuba, y se despidió.

No he sabido más de esos hombres, pero ellos deben vivir y quién sabe si un día a los que nos dispersó la paz nos vuelva a reunir la guerra.

("La Reforma", Rep. Dominicana, Julio de 1892).

MARTÍ

MARTÍ

Relación rigurosamente histórica de la expedición en que se trasladó a Cuba el insigne patriota y sus heroicos compañeros hasta su gloriosa muerte en Dos Ríos, el 19 de Mayo de 1895.

(Del diario de operaciones del Gral. Máximo Gómez)

1905

Para más puntualidad histórica voy a copiar de mi diario de la campaña del 85 lo que yo escribí, sobre el campo de batalla, respecto á este cubano ilustre, que principió en un gran tribuno y murió como un guerrero intrépido:

SEPTIEMBRE 11 DEL AÑO 1892

Llega aquí á "La Reforma" (Santo Domingo, Montecristy), José Martí, Delegado del Partido Revolucionario Cubano, que viene á conferenciar conmigo sobre asuntos de la misma Revolución que se organiza. Le he ofrecido á Martí mi concurso en todo y para todo lo que se me considere útil, prometiendo servir á esa Revolución con el mismo desprendimiento, desinterés personal y lealtad con que la serví el 68.

Este mismo José Martí, hombre inteligente y perseverante defensor de la libertad de su patria, fué uno de los que con mayor entusiasmo se puso á mi lado, cuando el 84 me puse personalmente al frente del movimiento que tratábamos de iniciar. Pero Martí se disgustó aquella vez, según parece, por no estar de acuerdo con los métodos que nosotros empleábamos, y me dió las espaldas. Su retirada contribuyó

no poco á acelerar el fracaso que al fin sufrimos, pues la desconfianza pública fué entonces más marcada, quedándonos solos y desamparados los hombres de armas, que fué nuestro pensamiento llevar la Revolución a Cuba.

Muchos hombres prominentes del Partido Separatista, con aparente razón, temían ahora que guardando yo desde entonces algún resentimiento contra Martí por su conducta pasada, negase á la Revolución, que él trata de resucitar, mi apoyo moral y todos mis servicios. No podía suceder así, pues Martí viene á nombre de Cuba; anda predicando los dolores de la Patria; enseña sus cadenas; pide dinero para comprar armas y solicita compañeros resueltos que le ayuden á libertarla, y como no hay un motivo, uno solo, por qué dudar de la honradez política de Martí, yo, sin tener que hacer ningún esfuerzo, sin tener que ahogar en mi corazón el menor sentimiento de queja contra Martí, me sentí decididamente inclinado á ponerme á su lado y acompañarlo en la gran empresa que acometía. Así fué que Martí ha encontrado mis brazos abiertos para él, y mi corazón, como siempre, dispuesto para Cuba.

El día 13 de Sepitembre, después de conferenciar largamente con Martí, salimos para la Ciudad de Santiago de los Caballeros, á donde llegamos el mismo día.

El 15.—Continúa Martí para la Capital de la República y yo regreso para "La Reforma". Todos los gastos que va haciendo Martí corren de mi cuenta.

Para ayudar bien á que Cuba sea libre ¿qué debe hacer todo el que se precie de patriota decidido y honrado? El procedimiento es muy sencillo: ayudar en todo y n o crear dificultades, no presentar en lo más mínimo el menor obstáculo, y cuando se note algún error señalarlo sin ambajes y proponer la manera y los medios más eficaces para remediarlos; porque el triunfo de la Revolución de Cuba es obra de concordia y unificación y, á mi juicio, los trabajos hechos hasta ahora por Martí presentan bastante consistencia, porque poco á poco va consiguiendo la unificación deseada de los elementos discordantes, sin embargo, dentro del sentimiento revolucionario, por

cuya causa, no por ninguna otra, se enterró la Revolución del 68, de Yara, en el Zanjón.

Esperaré, pues, el resultado de los trabajos posteriores que con tanto tesón sé que ha de continuar Martí.

Transcurren los meses de Octubre, Noviembre y Diciembre sin que ocurrencia alguna notable sea digna de anotarse.

Como era natural que sucediera, desde el momento que he celebrado una larga conferencia con José Martí, y puéstonos de común acuerdo en todo para levantar y revivir de nuevo el espíritu revolucionario, así fuera como dentro de la Isla misma, ya yo no puedo pensar con tino y juicio reposado, sobre mis propios negocios, así es que en estos tres meses los he descuidado.

1893

Enero.—Pasa este mes, así como Febrero, Marzo, Abril y Mayo, y el día 3 de Junio vuelve José Martí á Montecristi, á conferenciar conmigo, y me trae buenos informes del estado de los trabajos preparatorios. De los recursos pecuniarios que van aprontando las emigraciones y del buen espíritu de la Isla, debido á su constante prédica y animada propaganda.

Martí se separa de mí el día 5 (Junio) con rumbo á New York, después que de acuerdo dejamos resuelto el modo y manera de auxiliar la Revolución inmediatamente que surja en la Isla, dando al propio tiempo las órdenes convenientes para el levantamiento por Oriente. Con tal motivo he pasado una circular á todos los Jefes principales de la guerra pasada que se encuentran fuer ade la Isla, para que estén preparados, en cuanto cabe. El nombramiento de General en Jefe del Ejército que ha de combatir en Cuba, y del cual título y autoridad me ha investido la Delegación del Partido Separatista, con el beneplácito de los mismos Jefes, me ha autorizado á pasar á todos la referida circular. Lo he hecho también muy privadamente con algunos hombres residentes en la Isla y de manera que no pueda comprometerlos. Pasan los meses de Julio, Agosto, Septiembre y Octubre y recibo contestación de todos los

Jefes y de hombres de dentro, y todos están dispuestos á secundar el movimiento tan pronto surja.

José Martí, como Delegado, continúa los trabajos preparatorios con tino y actividad que nada dejan que desear. Por eso es conveniente dejarlo solo en esta labor, en completa libertad, porque así también es más segura la reserva y el sigilo.

Pasan Noviembre y Diciembre sin novedad.

1894

Enero.—He terminado de poner todos mis negocios en orden, pues la cuestión de Cuba apura, así me lo hacen creer las constantes noticias que recibo de todas partes. Pasan Febrero y Marzo sin novedad.

Abril.—Determino pasar á New York á cerciorarme personalmente del estado de todo aquello. Me acompaña mi hijo Panchito. Nos embarcamos por el puerto de Montecristi, el día 2 de Abril, en el vapor "State of Texas", americano. Hicimos el viaje sin novedad, desembarcando el día 8 en New York. Recibimiento cariñoso de Martí y otros cubanos.

Hemos conferenciado largamente y, según he podido averiguar, los fondos recaudados hasta ahora no son suficientes para abrir la campaña y he creído necesario que Martí gire una visita por todos los puntos en que crea que se puede recabar algo más.

Nos ponemos en relación directa con los hombres de la Isla, que ya todo lo esperan de nosotros. Martí me pide le deje á mi hijo Panchito, accedo á ello, pues creo que puede serle útil, y después de tratar todos los puntos, me retiro de New York, embarcando el día 21 del mismo mes, y en el mismo vapor que me condujo. He rendido el viaje sin novedad, llegando á Montecristi, al seno de mi familia, el día 28 por la tarde.

El único compañero de viaje que me encontré más íntimo en esa travesía fué Francisco Carvajal. Con él me entretenía hablando de las pretensiones de Cuba sin entrar en el fondo.

He aquí el plan, la parte principal: Cuando llegue el momento decisivo, un barco sin nombre se ha de presentar por un lugar convenido, prudentemente escogido de esta Isla, á recogerme á mí, acompañado

de 200 por lo menos, entre cubanos y dominicanos, para conducirnos á la tierra que nos proponemos libertar.

Pasan los meses de Mayo, Junio y Julio sin novedad notable, pequeñas diferencias que vamos subsanando.

Agosto 10.—Regreso de mi hijo Pancho de New York, después de haber acompañado á Martí en su excursión por parte de la América del Sur. Me trae correspondencia importantísima. El Delegado José José Martí va camino de México en demanda de mayores recursos para aumentar nuestro tesoro. Hemos entrado ya en el período de las resoluciones definitivas.

Agosto 16.—Día nacional ó de la Patria. Se cumplen hoy 30 años que España fué arrojada de esta tierra por el valor de sus hijos. En esta población se solemniza el día.

Septiembre 1º—José Francisco Rodríguez llega á "La Reforma". Es hermano del General José Mª Rodríguez (a) Mayía—viene de Cuba, Oriente—y viene con la misión especial de aquella gente de explicarme la grave situación en que se encuentran y que por tanto es preciso ordenar los levantamientos. No debiendo yo solo resolver asunto tan delicado, encamino en seguida á Rodríguez para que diga eso mismo á José Martí, pues yo me encuentro sufriendo atrozmente de una úlcera que á consecuencia de un golpe me ha sobrevenido en una pierna.

El día 15 llega aquí, Montecristi, el Teniente Coronel Alejandro Rodríguez, comisionado por el Camagüey, á informarme del estado de aquella comarca, muy mal preparada para la Revolución, pues aunque algunos de los primeros hombres del 68 están dispuestos á prestar todo su apoyo al movimiento, muchos del elemento acaudalado no lo están, y no solamente no lo están, sino que la rechazan y condenan. Esta situación no cambiará porque ningún hombre rico entrará nunca en la Revolución, y es necesario forzar la situación y precipitar el suceso, pues en la situación avanzada en que ya nos encontramos nosotros, no nos queda otra cosa que hacer. Con estas resoluciones, habladas y por escrito, hago que regrese Alejandro al Camagüey para informar á aque-

lla gente de nuestra resolución, y que los buenos tengan fe y sepan esperar.

Octubre.—Sin novedad.

Noviembre 14.—A Montecristi llega el Coronel José María Rodríguez, de la Capital, y el Brigadier Francisco Borrero, ambos cumpliendo órdenes mías. El primero salió por vía de Haiti, con destino á New York, á entenderse con el Delegado José Martí; va á representarme, poniéndose de acuerdo en asuntos de expediciones. Hasta el 25 de este mes me encuentro en Montecristi, donde hemos cambiado varios cablegramas con New York, para la más clara combinación de venir un vapor á la Bahía de Samaná á tomarme á mí y á la demás gente; con tal motivo, salgo para Santiago, donde me aguarda el Brigadier Francisco Borrero. El 27 en Santiago, é inmediatamente, dispongo emprenda marcha Borrero para la Capital á hacer efectivo un giro de 5,000 pesos. Mientras tanto, yo aguardo en Santiago el último aviso por el cable desde New York.

He dado la espalda á mi hogar querido. Sacrificio semejante ni siquiera yo solo lo puedo comentar, pues cuando se llena el deber, cumpliendo la palabra empeñada, tenemos que ahogar con las lágrimas ocultas los latidos del corazón. Hay situaciones en la vida de los hombres, y la mía es una de ellas, que tienen que ser bien definidas: ó muerto en Cuba luchando por su libertad, ó arrastrar una vida triste y miserable rodeada del más justo y racional desprecio.

Mi familia toda, hasta los niños, me ayudan en esta empresa. Mi esposa, sabedora de todos mis secretos y sabiendo también que la voy á abandonar en breve, es incapaz de cometer la más leve indiscreción que pudiera perjudicar la causa santa de su Patria. Ella y mi hija Clemencia han fabricado las mochilas que han de servirnos para cargar nuestro pesado equipaje de soldados de la Revolución. No se puede pedir más al patriotismo encarnado en débiles mujeres.

1895

Aún en Santiago.—Enero.—Varios cablegramas de New York. Mis compañeros parece que encuentran dificultades para moverse.

Día 14.—Recibo este cablegrama alarmante: *"Imposible negocio, espéreme"*, es Martí.

Determino volver á Montecristi, á cuyo punto llego el 20.

Febrero 1º—Padezco grande ansiedad, pues no he tenido noticia ninguna, á pesar de haber venido un vapor en el cual esperaba correspondencia ó algún comisionado.

Día 7.—Llegan José Martí, José Mª Rodríguez y Enrique Collazo, y después que me informan con todos sus detalles del fracaso que hemos sufrido con nuestros barcos en Fernandina, nos pusimos á resolver lo que debíamos hacer en situación por demás angustiosa, dados los pocos recursos con que podemos contar. Resolvimos pasar á "La Vega", á tener una conferencia con Eleuterio Hatton, recomendado especial y amigo nuestro, encargado del movimiento de Samaná y dispuesto siempre á ayudarnos. El 12 nos movimos por tierra á Santiago, en donde aguardamos contestación de aviso á Hatton 22; en un punto nombrado los Haticos, jurisdicción de la Vega, nos reunimos con Hatton. Todo quedó resuelto para partir de allí (Samaná), lo más pronto, en una goleta con algunos hombres nada más. Hemos pasado todo este mes de Marzo en la fatigosa preparación de nuestra salida. Además, nos encontramos muy vigilados por todas partes, por los españoles. En la 1ª quincena de este mes han salido para New York, Manuel Mantilla, su ayudante, y el Coronel Enrique Collazo, con órdenes y algunos recursos para invadir la Isla por Occidente tan pronto como se sepa que yo he penetrado en ella. En vista de la premura del tiempo y de los pocos recursos que nos quedan después del fracaso, hemos ajustado con Buli Polonay, de este Puerto, Montecristi, en 3,000 pesos nuestro arribo á Cuba, pues no se tiene noticia satisfactoria de la salida por Samaná, y cuando ya todo está combinado y arreglado, y todo gasto hecho, los marinos que tienen que dirigir nuestro barco se arrepienten del compromiso y nos vemos obligados á valernos de otro Capitán, marino, de nombre Bastián; mas éste no acepta sino en su propia goleta, que tenemos que comprarle, pagarle á él una suma y parte á los marinos. Después de estos gastos enormes; después de

vencidos todos estos obstáculos; después de tantos meses de sufrimientos y torturas, hemos logrado embarcarnos, seis hombres, á las 12 de la noche, por la playa de Montecristi: General M. Gómez, José Martí, Brigadier Francisco Borrero, Coronel Angel Guerra, César Salas, y Marcos Rosario, este último dominicano. Nos hemos echado verdaderamente en brazos de un destino incierto. La Providencia premiará con el éxito nuestro arrojo por llenar el deber y cumplir la palabra empeñada acudiendo á Cuba, ya en armas por nuestro mandato. Hemos tenido que navegar con viento flojo 33 horas para llegar á Inagua á las 10 de la noche del día 2 (Abril). Amaneció el día 3 sin novedad, y el Capitán Bastián va á tierra, dijo que á arreglar papeles de la goleta, que con ese pretexto hemos tocado aquí. Saldremos, según él, en viaje supuesto para Nassau. A las pocas horas se nos presenta un oficial de este Puerto á registrar la goleta, porque ha habido denuncia de que va cargada de armas. Ya se puede imaginar el hábil trabajo que nos costó salvar las pocas que llevábamos.

En todo esto no sufrimos novedad, pero la conducta de Bastián se nos ha hecho sospechosa.

A las 6 de la tarde se nos presenta éste y nos hace pagar algunos pesos por derechos de revólver, únicas armas que han visto y cuyo reclamo nos hace la Aduana. Además, nos da la alarmante noticia que de los tres marinos contratados, todos se han arrepentido y que sólo nos queda fiel el cocinero. Yo dije reservadamente á Martí: "Este hombre nos está engañando".

Día 4.—Bastián no encuentra marinos en un pueblo en que todos los hombres lo son. Dispongo que Martí vaya á tierra con Bastián á resolver el problema. Son las 12 del día y regresa Martí con Bastián, sin haber podido conseguir nada práctico. Ya está probada la mala fe de este hombre, y sin quedarnos á nosotros ni el derecho abierto para el reclamo. Pudiera decirse que estamos perdidos, apenas con dinero y sin podernos mover de aquí; con todo un pueblo hostil á nuestros propósitos; bastaría tan sólo la visita de un simple cañonero para ser apresados ó morir peleando, resolución esta última que, en todo

caso, debíamos adoptar, y que sin vacilar estuvieron dispuestos mis cinco compañeros á cumplir. La verdad se ha de decir. Debido á la tenacidad de Martí logramos arrancarle á este hombre cruel 400 pesos, es decir, la misma cantidad que le habíamos entregado en pago de conducirnos á las playas de Cuba. Con este procedimiento quedamos desligados de este hombre funesto, pero aislados, con un barco inútil por falta de marinos.—Aquí la Providencia.—Serían las 2 de la tarde de ese mismo día 5: entra un vapor frutero, alemán, que toca allí en Inagua á coger trabajadores, para después seguir á cabo Haitiano y hacer allí descarga de efectos de comercio y continuar después á Puerto Antonio, norte de Jamaica inglesa. En esta situación determinamos, si nos daban pasaje, embarcarnos en ese vapor para correr la suerte que al pasar cerca del sur de Cuba, nos echase en cualquiera lugar de la costa. Arregladas las cosas de esa manera, compramos un bote que nos costó 100 pesos, despachando al fiel Cubi, el cocinero, con la goleta á Montecristi, á Buli Polonay. En todo esto nos ayudó gratuitamente el Cónsul de Haiti, en aquellos días, los más aciagos que he pasado en mi vida. El día 6 á las 3 de la tarde hemos desembarcado en Cabo Haitiano, dispersándonos por la población para no ser conocidos, alojándonos en casas de amigos de nuestra confianza. Yo me quedé con Marcos Rosario á mi lado. Durante la travesía hemos ajustado con el Capitán, que en nuestro bote y por la noche, nos echara en tierra cerca de la costa en su línea de navegación, todo eso por mil pesos y con la condición que mientras el vapor estuviera en el puerto del Cabo, no estaríamos á bordo, por si acaso resultase una visita de inspección y, además, que no debíamos escribir por ningún motivo el nombre del vapor, ni de él, ni de nadie, que todo eso debía quedar envuelto en la sombra del misterio. Con todas estas condiciones nos quedamos en tierra esperando su aviso.—Para los que no han pasado por esos ó parecidos trances, no podrán darse cuenta de nuestra ansiedad en aquellos tres días de mutuas separaciones: todos nuestros equipajes de guerreros à bordo, ya el dinero en poder del Capitán, pues así nos lo exigió, y con todos esos detalles, suficientes pa-

ra mantener la alarma en nuestro espíritu. El Doctor Ulpiano Dellundé desempeñó en aquellos días su papel de buen cubano, de la manera más patriótica y levantada. Por fin, llegó el día 9 y el aviso del Capitán que nos espera por la noche. Así lo hicimos, embarcándonos. ¡Qué regocijo cuando nos abrazamos de nuevo! Como que hasta el Capitán se alegró, y no hay para qué dudarlo, porque las grandes ideas deben tener su misterioso contagio. Más que nunca pondré cuidado para copiar de mi diario lo que yo anoté en aquellos días inolvidables para mí y Marcos, únicos de los seis que nos salvamos de la matanza terrible de la guerra.

Día 11.—Hemos amanecido en Inagua y el trabajo de poner en tierra á los trabajadores lo dispuso el Capitán en seguida, con el cuidado de no dejarnos ver de ellos, puesto que ya les éramos conocidos, cuanto allí iban los arrepentidos de Bastián, advertencia que le hicimos al Capitán para más seguridad. A las 2 de la tarde se levantó el ancla, y tres horas después, á las 5, las montañas de Cuba se levantan á nuestra vista; digimos al Capitán acortase la máquina mientras fuera de día para verlo todo bien. Navegamos sin novedad, y ya á las 8 de la noche nos dijo el Capitán que estábamos á tres millas de la costa, pero que él se acercaría más—lo que creo no haría.—Nos encontramos en el Sur de Cuba, al Este de Baiquirí. La noche es tenebrosa; el mar se siente agitado; la obscuridad es tal, que el mar parece un negro crespón en donde nos debemos envolver para siempre. Ni una estrella alumbra el firmamento. El chubasco se afirma y hubo un momento de indecisión en que hasta el Capitán parece que vacilaba en dejarnos abandonados en situación tan angustiosa; pero yo fuí el primero que dije, ya detenido un poco el vapor: ¡á tierra! El vapor se detuvo entonces de una vez y rápidamente se deslizó al agua un bote al que bajan seis hombres con sus equipajes de guerreros. Yo no sabía lo peligroso que era la arrancada de un vapor para una embarcación menor que esté arrimada á su costado. Por poco zozobramos en aquella pavura atroz. ¡Quién hubiera dado noticias de nosotros! Ninguno de los seis entendíamos nada de marinería y, sin embargo, con

entusiasmo, cuatro de nuestros compañeros agarraron en seguida los remos, y yo y el General Borrero nos quedamos de reserva, pero yo echándola de marino, me puse á manejar el timón, que al fin un golpe de mar me arrebató de las manos y se pierde; formamos con un remo lo que los marinos llaman *cola de pato,* y continuamos casi sin rumbo.—La obscuridad es profunda y el chubasco arrecia. Hemos perdido el rumbo y no es posible divisar bien la tierra. Por fin, dos fogatas en el lado de tierra, que si bien nos marcan la costa, pueden ser guardias españolas. Sin embargo, al centro de las dos fogatas dirigimos nuestro rumbo. La Providencia, que dirige siempre el destino de los hombres, hizo sin duda que el chubasco, que mantenía la mar picada, calmara; la noche aclaró; la luna empieza á alzarse por Oriente, que salía esa noche á las 10 y minutos, y muy pronto la fortuna nos depara en un recodo de la costa, un lugar llamado las "Playitas", donde atracamos sin novedad ni peligro. — Como Colón, besé aquella tierra. — Después de poner a salvo nuestro pesadísimo equipaje y echar al agua la embarcación, borrando, además, todo vestigio que pudiese indicar que por allí hubiese desembarcado alguien, tratamos de internarnos y emprendimos la marcha, rifle al hombro y con nuestras mochilas, por el abra que formaban dos lomas y por un terreno espinoso y enmarañado, como son casi siempre los cercanos á las costas de las islas. Como media hora habíamos andado ascendiendo y llegamos á una meseta donde hicimos alto para descansar un tanto y, ya alejados de la playa, tomar mejor orientación. Sacamos nuestros relojes con buena hora y eran las doce de la noche. La luna estaba en toda su brillantez. Saqué la brújula que llevaba, y marcamos el Norte franco, rumbo que debíamos llevar. Yo pensé entonces, sin decirlo á nadie, que era de todo punto imposible que con aquella enorme carga pudiéramos continuar por mucho tiempo, y pensé aligerarnos en llegando á mejor lugar. Continuamos, descendiendo entonces, hasta llegar á una llanura, y por allí el canto de un gallo y olor á candela. A pesar de la carga que llevaba, pude contemplar lo radiante de orgullo y complacencia de la fisonomía de Martí, por andar metido en estas

cosas, con cinco hombres duros.—Verdaderamente que la empresa estaba erizada de peligros. Con muchas precauciones avanzamos, y á poco un caserío, era el Cajobal.—Nos resolvimos á llamar, á la ventura, en una casita de la orilla, y tuvimos la fortuna de encontrarnos con gente buena, cubana. Se levantan las mujeres y nos dan café; pero, antes del reconocimiento, sucedió una cosa curiosa. Aquella buena gente al principio se nos mostró algo esquiva, dudosa de que fuéramos nosotros españoles disfrazados, pero por las preguntas que yo le hacía de gente conocida, pronto se convencieron y ya sucedió entonces el entusiasmo. —Oiga usted, Martí, le dije yo, las palpitaciones del corazón de nuestro pueblo.—"Sí, me contestó él, yo no olvidaré nunca todo lo que nos ha ocurrido esta noche; pero mucho menos el encuentro con esta gente, á este fogón y á este café".—En aquella misma casa nos proporcionaron un guía, un muchacho, que por caminos extraviados nos llevó hasta el monte de Mesón, donde había un hombre viejo y de mal corazón, que no quiso ampararnos y determinamos alejarnos de él con Secundino—así se llama el muchacho, el práctico—hasta la cueva—el templo le puse yo—que es hasta donde él sabe, á las orillas del arroyo Caratare. Allí quedamos solos y desamparados, esperando hasta la mañana del 13, á las 12 del día, la contestación de una esquela que le mandé á un viejo oficial de la guerra de los 10 años. Nuestras provisiones se han concluído y Secundino ha ofrecido traernos algunos alimentos. "Mañana será otro día", pensamos nosotros todos, y estropeados como estábamos, el cuerpo y el espíritu, pronto nos dormimos en nuestras camas que improvisamos con hojas secas del monte. La noche triste y lóbrega ha caído sobre estas solitarias profundidades dentro de las montañas de Baracoa.

Día 13.—Amanece, como amanece dentro de las serranías en sus hondonadas, tarde, pues á las 12 es que se ve el Sol, pero alegre con el canto de los pájaros y la montaña. Nuestra resolución está hecha: si los que viniesen son enemigos, morir peleando, y

si nadie viene ni contestan, pues, continuar á rumbo; pero son las 11 y bueno es esperar aún. Un cuarto de hora después llega Antonio, hermano del que le escribí, con el muchacho Secundino, que vienen cargados de comida. La opinión se ha alarmado favorablemente; esta tarde nos llegará un gran práctico que nos llevará hasta donde está Félix Ruen con su gente, al cual, al mismo tiempo, le han mandado aviso de nuestro arribo. Nuestra situación ha cambiado por completo. A las 4 de la tarde llega el práctico y otro hombre más. Como ya es tarde, determinamos quedarnos esta noche en la cueva, donde dormiremos más abrigados, y así lo hicimos. Conversando esa noche con Martí de cama á cama, le decía yo: Desde el día 7 de Febrero que me reuní con usted en Montecristi, no hemos dejado de estar un instante bajo la ruda influencia de las adversas vicisitudes, casi desventuras que ha pasado hombre alguno. "Sí, me decía Martí, pero todo, General, está compensado con la felicidad de esta noche". Ruen nos esperará en Vega Batea, y allí nos dirigiremos el día 14, tan pronto como amanezca. El camino es difícil; trepamos por montañas empinadísimas y de ahí que la marcha sea terriblemente fatigosa. Nos admiramos los viejos guerreros, acostumbrados á estas rudezas, de la resistencia de Martí, que nos acompaña sin flojeras de ninguna clase. Con marcha de todo el día, á las 4 de la tarde hicimos la entrada en el campamento de Vega Batea, casa de un tal Tabera, cuya mujer se llama Nina. De más está decir que el recibimiento fué cariñoso y entusiasta. Félix Ruen, á quien yo había conocido en New York, es un hombre educado y de buen carácter.

Día 15.—Acampado; despachando comunicacioones por todas partes, hasta para New York, por vía Baracoa.—El 16 nos movimos para el Jobo, por ser un punto de más recursos. Acampamos en casa de José Pineda y su mujer Gregoria.—El 17 acampados en espera de prácticos que nos deben acompañar hasta el centro.—El 18 nos movimos hacia el centro de la Isla, y reuniendo primero á Jefes, Oficiales y solda-

dos, después que los arengué, propuse á Martí para el grado de Mayor General del Ejército Libertador; fué aprobado por unanimidad, y el entusiasmo subió de punto.—Continúo la marcha. Como desde esta fecha hasta el 19 de Mayo que murió Martí, toda esta marcha, aunque interesante, la suprimo, pues no hace al caso para lo que se desea narrar, y dando un brinco, salvando los riscos y malezas, voy á conducir á mis lectores hasta Boca de Dos Ríos, donde murió el cubano ilustre, entre muchos que yo he conocido, y por lo cual pasé el día más triste de mi vida.

Del 18 de Abril, que nos movimos del campamento del Jobo, donde nos separamos del Coronel Félix Ruen, al 12 de Mayo, que acampamos en Boca de Dos Ríos, hemos gastado 24 días.—Me parece que fué mucho andar, si se tiene en cuenta las vueltas y revueltas del camino, desviando encuentros con el enemigo, pues según mi plan, no nos convenía estrechar todavía combate; el cambio de caballos, pues debe suponerse que tratáramos en seguida de mejorarlos, por todas esas dilaciones inevitables, nos encontramos en el día y lugar indicados. Permanecíamos acampados dando órdenes para todas partes, así como participando al Mundo nuestros propósitos contenidos en el Manifiesto de Montecristi, que se acaba de publicar. En eso estábamos ocupados, cuando nos llega la noticio de que á Palma Soriano ha llegado un gran convoy custodiado por una fuerte columna enemiga con rumbo á la Venta de Casanova, por el camino real de la sla. En seguida se me ocurrió salir á atacarla y con ese propósito, pude reunir 40 hombres bien armados y con ellos me puse en marcha, dejando á Martí encargado del campamento, despachando y, al mismo tiempo, para recibir al General Bartolomé Massó, al que le he pasado orden que se traslade á la Vuelta Grande, con el número mayor de hombres que pueda reunir.

Día 17.—Pasé muy cerca del campamento enemigo de la Venta de Casanova. El enemigo no ha hecho aún su entrada y me dirijo entonces al de Remanganagua á tiempo que allí hacía su entrada el convoy que pude apreciar con mis lentes desde una loma contigua. Como ya era tarde, bien sabía yo que ese

enemigo no debía moverse, con mayor razón cuando él debía suponer que por allí habían fuerzas cubanas; acampé, pues, no sin tomar primero las precauciones del caso. Amaneció el 18, y muy temprano embosqué convenientemente á mis soldados y esperé. Las cercanías de aquel poblado se prestan para las emboscadas. Yo conozco prácticamente todo aquello. El Coronel Sandoval es el que manda la columna enemiga. Mis escuchas me avisan que ya se han principiado á cargar las acémilas del convoy. Más tarde otro aviso: que se han descargado las cargadas y que todo ha quedado en silencio. Refuerzo mi vigilancia por todas partes. Son las 12 del día y sin novedad. A esa misma hora recibo aviso de Martí que ha llegado el General Massó con caballerías estropeadas. "Que acampe y espere", contesto. Sandoval no se mueve y se acerca la noche. Hemos pasado un día terrible. La gente apenas ha comido, y, lo que es peor, hemos soportado un plaguero horrible que hay por todos estos contornos. A las 5 levanto la emboscada y me retiro á un lugar seguro á donde se pueda pasar mejor la noche. La cosa pasó así: un isleño á quien yo enviaba al poblado á comprar café, con propósitos de darme cuenta de todo, me traicionó y dió cuenta á Sandoval que yo me encontraba por allí con mucha gente esperándolo, pues yo había tenido la precaución de ocultarla; pero como él la viera (que no eran más que 40 hombres) al levantar la emboscada, avisó en seguida al Jefe enemigo, el que madrugó, pronto llegó al lugar de su destino y volvió á salir persiguiéndome por mi propio rastro, á tiempo que yo me dirigía al campamento de la Vuelta Grande, en donde me aguardaban el General Massó y Martí.

Mi llegada al campamento, que sería á la 1 próximamente, fué causa de gran alborozo. Se forman las fuerzas; el General Massó y Martí estuvieron elocuentísimos. Yo también dije algunas palabras, y cuando ya me preparaba acampar y descansar, avisan de la avanzada del camino por donde yo entré, que se habían oído tiros, y á poco un ranchero con el cual habían sido los tiros, y aviso de enemigo por mi rastro. ¡A caballo!, grité yo, y dije al General Massó: "Siga con toda la gente detrás de mí".

De la Vuelta Grande á Boca de dos Ríos, había poco más de una legua y yo deseaba encontrar al enemigo un poco más allá de este último punto, que es bueno para maniobrar con caballería, lo que no pudo ser. La gente toda demostraba un entusiasmo tal, que me hizo pensar por un momento en un "Palo Seco". Avanzamos rápidamente y muy pronto nos encontramos frente á un enemigo, que en la pequeña sabana de Boca de dos Ríos, había formado sus cuadros para esperar el ataque, pues acababa de saber, pro la familia del prefecto Rosalía Pacheco, que no eran solamente los cuarenta hombres que yo tenía en la emboscada, sino que se me había reunido Massó con 300 caballos. Sin embargo, la acometida fué terrible, no sin primero indicar a Martí que se retirara hacia atrás, que aquel no era su puesto. Yo no pude ocuparme más de Martí. Sandoval nos había colocado al frente de sus cuadros, en un punto enmatojado, como 40 hombres emboscados, que fueron muertos á machetazos, á excepción de dos que hicimos prisioneros. Ordené al General Borrero que atacara por la derecha y yo lo hice por la izquierda. Cuando salí con el grupo que arrastré á lo más claro del terreno, me encontré con el cuadro que en vano intenté romper y me retiré para organizarme y volver á la carga; pero cuando llego al centro, veo á Miguel de la Guardia que con su caballo mal herido regresaba del centro, y me dice: "Martí ha quedado herido por allí". ¡Cómo!, dije y me lancé solo por el camino real. Cuando llegué a los troncos de los árboles gordos que allí hay, una descarga me hace notar que el enemigo que había muerto á Martí, estaba allí. No pude ver nada, y cuando retrocedí me encontré con el General Borrero, que como yo se retiraba, y á quien comuniqué lo ocurrido. Ya el cadáver de Martí en poder del enemigo, avanzo con fuego nutrido para limpiar su retaguardia y como nuestra retirada tenía que ser por un camino derecho y estrecho, temí que al enfilar los fuegos nos hicieran mucho daño y ordené al General Massó emprendiera con viveza la retirada hasta ganar la vuelta del camino. Así se hizo y pronto salimos á un claro despejado; allí un momento de alto, y ordené la

marcha para, por un camino transversal que yo conocía, salir al encuentro del enemigo, pues era el mejor lugar para pelear con gente de caballería. No contaba yo con un lugar pantanoso que teníamos que atravesar, y retrasada un tanto la marcha, eso dió lugar á que cuando salimos al camino ya el enemigo había pasado y continuaba su marcha por un terreno accidentado. Sandoval, una vez que recogió el cadáver de Martí, casi entre las filas de sus soldados, emprendió la marcha, lo más forzada posible, temeroso de un segundo ataque por parte nuestra para recuperarlo. Así me lo dieron á comprender dos circunstancias. La primera, el rastro violento que marcaba á su paso la columna y la pérdida ó abandono de muchos cacharros; y la segunda, que habiendo yo avanzado hasta la tienda de Doña Modesta, me entregó ella, escrito con lápiz, un papel donde dice: "Nuestro h.˙. Martí herido, lo cuidaré y se lo devolveré". Agregaba Doña Modesta "que Martí iba muerto ya y que aquel hombre llevaba mucho miedo". Y lo primero debió ser cierto, pues con los balazos que recibió Martí, uno en la cara y otro en el pecho, no podía estar vivo.

Cuando regresamos al campamento de las Vueltas, que fué al anochecer, la hora siempre más triste del día en todas partes, nadie hablaba. No hubo necesidad esa noche de tocar silencio. Todos sentíamos la pérdida del amigo y el compañero. Los soldados me saludaban con tristeza y murmuraban: "Pobre el General; jamás le habíamos visto tan impresionado".

Así murió Martí al comienzo de la lucha que él mismo ayudó tanto á preparar, sin llegar á ver á su Cuba libre. Y ya que él es muerto, copio aquí las palabras que dijo un día delante de los sepulcros de los héroes muertos: "Pues que la misma poesía escrita es grado inferior á la virtud que la promueve y cuando se escribe con la espada en la Historia, no hay tiempo ni voluntad para escribir con la pluma en el papel.—El hombre es superior á la palabra. Recojamos el polvo de sus pensamientos, ya que no podemos recoger el de sus huesos y abrámonos camino hasta el campo sagrado de sus tumbas para doblar ante ellos la rodilla y perdonar, en su nombre,

á los que los olvidan ó no han tenido valor para imitaros''.

* * *

Copio aquí a continuación la carta que dirigí al Coronel Sandoval, que no me contestó.

''Dos Ríos, 20 de Mayo de 1895.

Al Coronel Jefe de la columna en operaciones sobre Dos Ríos.

Coronel:

''En el combate que sostuvimos ayer hemos sufrido una baja sensible, la del Sr. José Martí, que, su arrojo por una parte, y la fogosidad de su caballo por otra, le hicieron traspasar los límites que la prudencia aconsejaba defender. En vano nos tiramos más de una vez encima de vuestras filas para descubrir su cadáver, y no viendo nada, pensamos, entonces, que sano ó herido, se había extraviado por allí mismo en la confusión de la pelea. No le hemos podido encontrar al fin, y confiado en la hidalguía y caballerosidad de usted, como valiente si lo es, envío á usted mi ayudante Ramón Garriga, para saber, por conducto de usted mismo, si el Sr. Martí está en su poder herido y cuál sea su estado, ó si muerto, dónde han quedado depositados sus restos. Eso es todo, porque en el última caso, percances son esos de la guerra y para nosotros, no obstante ser el Sr. José Martí un compañero estimable, nada importa un cadáver más ó menos de tantos que tendrá que haber en la guerra que sostenemos.

''Si mi ayudante Ramón Garriga no vuelve á incorporarse porque usted lo impida, cualquiera que sea la forma que para ello está usted en libertad de emplear, así sea la muerte misma, al joven oficial le importará poco eso y á los que quedamos en pie no hará mella ninguna en el espíritu que nos anima.

''Si por el contrario, el oficial aludido vuelve con las noticias que va á solicitar, nos será usted, desde

luego, acreedor del justo concepto de un hombre valiente y, por lo tanto, generoso y caballero.

"Me suscribo de usted muy atto. y s. s.

(Firmado): M. GÓMEZ.

NOTA.—"No extrañe usted que no le llame por su nombre, pues lo ignoro y tampoco han podido decírmelo dos soldados, Emilio García Rozón é Isidoro Alonso Galante, que tenemos prisioneros y á los que dejándoles en libertad de volver á sus filas no han querido hacerlo".

Es copia:

M. GÓMEZ.

ODISEA

DEL GENERAL JOSE MACEO

(1896)

ODISEA

DEL GENERAL JOSE MACEO

Altagracia Venero, Julio 27 de 1896.

Sra. Bernarda Toro de Gómez.

Mi amada esposa:

Sin la seguridad que tengo de que todas tus miradas y todos tus pensamientos santos de mujer, y de mujer cubana se dirigen a tu Cuba: sin la convicción profunda de que a mí te une un mismo fin de honores y de gloria, como dos cabezas que juntas han sentido y pensado sobre la misma almohada tantas cosas de la Patria, no te enviaría estas líneas para desahogar un dolor buscando alivio a una gran pena.

Y es que creo—Dios me conserve esa ilusión—que cuando tú sabes que yo padezco y sufro, es mucho menos intenso el sufrimiento y me siento consolado en las horas tristes de la vida, plagadas de azares y duras privaciones. Me embarga la pérdida del General José Maceo, que murió el día 5 en combate fiero y rudo, como él sabía pelear contra los enemigos de su Patria. He perdido un amigo fiel y un General que deja un gran vacío en las filas del Ejército a mis órdenes. Ha muerto después de añadir nuevas y brillantes hazañas a sus hazañas antiguas que más de una vez me has oído referir y que han hecho interesantísima su historia militar. Jamás olvidaré la situación y el campo en que nos encontramos yo y mis cinco compañeros de expedición con aquel hombre patriota, denodado y sufrido, al pisar esta tierra de Cuba: aquello fué glorioso y sublime.

Te contaré lo que tú no sabes y aquí mismo saben pocos.

El General Antonio Maceo, al frente de reducidísimo número de compañeros entre ellos José, desembarca en pleno día junto a la plaza enemiga de Baracoa. Se arman al saltar a tierra, y manteniéndose siempre a la vista de la Ciudad, marchan a ocupar una casa situada en una pequeña eminencia del terreno, posición que juzgó ventajosa para repeler el ataque de que indudablemente sería objeto por parte de la guarnición española. Allí acudieron algunos Jefes subalternos que aún permanecían indesisos, a quienes dió sus órdenes y por lo que fué informado que en Baracoa hacía su apresto de salida una columna española; confirmadas sus sospechas, aguardaba resuelto: vieron salir de sus trincheras un enemigo diez veces más numeroso y esperaron. Al pisar la fuerza española al pie de la pequeña loma, la mínima línea de combate de aquellos once hombres, la saludó con una descarga, y no apagaron sus fuegos hasta que el enemigo no se retiró a sus trincheras abandonando todo intento de avance; celebraron, pues su entrada con un combate rechazando al enemigo a las pocas horas de poner pie firme en tierra.

Después se internaron sirviéndole de práctico un hombre que, disgustado o perverso, al tercer día los abandona dejándolos perdidos en lo más intrincado y desierto de las célebres, altas y vastísimas montañas de Baracoa.

Desde aquel instante principió para aquellos veteranos, que a poco se vieron perseguidos por el enemigo, la campaña más desesperada y ruda. Solamente el renombre de los Maceo, los Crombet y los Cebreco, a mi juicio contribuyó sin duda a que los españoles anduviesen con pies de plomo y aquel grupo de valientes no fuese hecho prisionero y conducido derecho al cadalso. Durante aquella marcha a rumbo el General José ayudaba el primero a dirigirla, y así se continuó desorientando muchas veces a sus perseguidores que perdían a cada momento la pista, mientras ellos adelantaban terreno, hasta que después de varios días de marcha tan incierta como fatigosa llegaron a una casa donde trataron de descansar. En mala hora lo hicieron y ojalá no lo hubieran

pensado nunca! Allí fueron sorprendidos por los españoles, y aquellos hombres extenuados, con una carga enorme sobre sus espaldas y los pies ensangrentados, se baten como leones y se defienden cuerpo a cuerpo. Allí es muerto el nunca bien llorado Flor Crombet y algunos caen prisioneros:—el General Antonio Maceo se escapa con un grupo que se dirige siempre a la jurisdicción de Cuba, y José quedó solo, peregrino errante en las desiertas costas de Baracoa. Oir de sus propios labios, como nos la contó a mí y a Martí, la historia tristísima de sus trece días de soledad y desamparo; oir aquella narración del episodio más interesante de su vida tan accidentada, y dicho todo con la sencillez de un hombre que no podía rebuscar frases ni galanuras, era sentirse conmovido profundamente, como si se estuviese participando o palpando aquella dolorosa realidad que sin embargo había pasado ya.

Para mayor desgracia y como para poner a prueba más dura su valor y sus fuerzas, el destino dirige su rumbo por una zona sin agua y desprovista de frutas silvestres, y en tal situación, ya el desamparado ha tenido que botar toda su carga que consistía en 400 cápsulas, ropas y en otras prendas de campaña, reservándose únicamente cien cápsulas y el rifle, con el firme propósito de morir peleando. Todo lo demás ya era una carga insoportable para aquel hombre de hierro; José sigue caminando, o mejor dicho, arrastrándose con rumbo incierto; y ya postrado en un estado de extenuación tal, que empieza a sentir vértigos y alucinaciones de que él mismo no podía darse cuenta. Un día—José era gran tirador—siente revolotear una paloma por encima de su cabeza y la ve a buen tiro; pero al preparar el rifle para dispararle le ocurre que un tiro en aquellas alturas podía perderle, pues denunciaba su presencia en las serranías plagadas de guerrillas enemigas. Sin embargo, se dijo: "Morir de hambre es morir; y haciendo esfuerzo por vivir algunas horas más, quién sabe lo que suceda".

Y alentado por esa racional resolución hizo el disparo, y la paloma vino al suelo a sus pies; comió de ella un poco—por supuesto cruda—y continuó su rumbo un tanto más repuesto; así anduvo alimen-

tándose por la esperanza y una que otra fruta silvestre que escasamente encontraba a su paso.

No tuvo tanta dicha que cayera en un camino cualquiera o serventía que lo condujera a cualquier lado; toda la zona que fatalmente atravesaba era montaña virgen a donde se pueden desafiar las furias de ejércitos aliados que siempre se podrá combatir. Yo, después que también atrevesé con Martí y compañeros por una parte de esas montañas, les he puesto el nombre de "La Vendée Cubana".

El General José Maceo ya en la víspera de su resurrección,—que así me permito yo llamar su aparición entre sus compañeros salió a un camino ancho y trillado,—como era natural se detiene a examinar aquella rastrería y pronto por las huellas de caballos herrados, conoce que por allí solamente transitan fuerzas españolas. Resuelto a emprender su marcha rifle al hombro, paso lento pues apenas podía más, pero con ojo avizor, a todas partes, dispuesto a no hablar sino a morir callado pero en la lucha como un león enfermo. Aquel camino, conato de carretera, pues España en cuatro siglos no ha podido atender más que un pedacito de Occidente, lo tomó el General Maceo casualmente hacia el Norte y es el camino que conduce de Guantánamo a Sagua.

Había caminado más de 40 leguas; si te fijas en el mapa las puedes apreciar, si le concedes además las vueltas y revueltas que como extraviado debió girar. ¡Parece mentira que un hombre que no fuera de la madera y el temple de José Maceo pudiese resistir y escapar de situación tan desesperada y difícil.

Lo hemos dejado en mitad del camino y me vas acompañar a seguirlo conforme a la relación que me hizo él mismo, y que escuché y anoté en mi Diario con sumo interés. Después que anduvo como a distancia de media legua con el dedo en el gatillo de su rifle hizo alto y quiso reconocer sus contornos, diciéndose para sí: "Por aquí he pasado yo una vez", pero nada más y luego continuó en la misma incertidumbre, encontrando a su derecha una vereda poco trillada y la tomó. Dos o tres kilómetros andados descubrió una casa de aspecto pobre, situada al fondo de una estancia, y oyó el ladrido de un perro, y

el canto de un gallo, y a poco la voz de una mujer y de un niño y sintió eso que deben sentir al aproximarse a los seres humanos, los perdidos, los escapados de los naufragios, los resucitados, eso que nadie ni ellos mismos que lo han sentido pueden explicar. Padecemos algunas veces y otras disfrutamos, de emociones tan profundas y serias, que para la honra humana pienso yo no le ha concedido Dios a los hombres sino facultades para expresarlas. Y como todo lo que se pretenda decir en ese sentido siempre será pálido y deficiente, prescindo de intentar siquiera explicar cuál sería la situación de ánimo del General Maceo en los instantes que se apercibió de que en aquella casa habitaba gente cubana, sin duda; pero sin saber a punto fijo que pudieran ser leales, adictos o desafectos a nuestra causa. El encuentro era por demás dudoso y comprometido a la vez, pero él tenía que resolverlo y lo resolvió.

Resguardándose por entre la frondosa espesura de un platanal que terminaba muy cerca de aquella vivienda, logró acercarse lo bastante sin ser sentido hasta llegar algunos pasos próximos a ella y allí aguardó un instante al cabo del cual una mujer hizo salida de la casa por la parte en que él se encontraba en acecho; quiso llamarla y apenas pudo articular palabra, pero que causó ruido suficiente para llamar la atención de la señora que con marcado recelo y a instancias de él se le acercó.

Su diálogo de preguntas y respuestas fué breve, pues él, ya resuelto, le comunicó todo en dos palabras, menos su nombre que tuvo la precaución de ocultarle. La campesina entre asustada y esquiva lo condujo a la casita y le ayudó a sentarse en un viejo sillón que allí había, diciéndole: "Estése usted ahí mientras llega mi marido que no dilata, mientras le preparo algún alimento". Apenas habían transcurrido algunos minutos y descalzado el General los botines, pues tenía destrozados los pies, se presentó un hombre que era el dueño de la casa y enterado por la mujer de lo que ocurría, se dirigió entonces al aparecido y con espíritu espantado le notificó como andaban las guerrillas por todas partes en persecución de los Maceo, ya dispersos; y como prueba de ella la notoria muerte de Flor Crombet,

la captura de Corona y compañero y hasta la de Cebreco, y concluyó diciéndole que allí no podía permanecer, pues la aparición repentina de una guerrilla lo comprometía que las esperanzas eran bien tristes, o mejor dicho, perdidas pues Perico Pérez, apenas contaba ya con 30 hombres, porque todos se habían presentado y los españoles lo perseguían tenazmente; y diciendo así lo invitó a que lo siguiera para ocultarlo en el platanal como a un leproso a quien debía huírsele.

El General quiso ponerse de pie y le dió trabajo hacerlo, tan entumecido se encontraba, mucho menos pudo calzarse los botines, después que sus pies fríos y lastimados se habían adolorido más. El hombre de la casa entonces le facilitó unos chanclos viejos con los que pudo arrastrarse detrás de su guía que lo condujo a lo más espeso del platanal y allí lo dejó medio aturdido. Los botines abandonados del General, que quedaron en un rincnón de la casita contribuyeron no en poco, como tú verás más adelante, para que no se prolongaran más sus sufrimientos y desamparo;—sin embargo, cuando hubo quedado solo varió de lugar y se puso en guardia, y lo que era natural, la desconfianza y la duda principiaron a atormentarle tenazmente porque no podía penetrar los designios de aquel hombre y su mujer, a quienes no conocía y se había confiado.

Por otra parte todas las noticias que había oído de boca del campesino, y que desde el día de la separación violenta de sus compañeros no había podido saber con certeza de ellos, debieron causar honda impresión en su ánimo durante aquella noche triste y pavorosa. Pudo muy bien creer que todo estaba perdido: los principales hombres habían desaparecido y desamparado el pueblo, falto y huérfano de sus viejos y esperados directores, no seguiría mucho tiempo en lucha desigual y deseperada, sometiéndose nuevamente a la servidumbre. La revolución estaría perdida. Mientras tanto y en el interior de la casita pasaba otra escena de confusión y espanto porque marido y mujer no acertaban la manera de salir del paso con la presencia en su casa de un expedicionario que les comprometía de modo serio, y la infeliz

consorte se enredaba en la faena de la cocina, y al fin, terminó invirtiendo un tiempo más largo que necesario. El marido salió en seguida a llevarle un poco de alimento al General el que apenas probó las primeras cucharadas de caldo sintió un desmayo. Después un tanto repuesto conversó un poco con su huésped, y quedó concertado y resuelto que a la mañana siguiente le conduciría hasta ponerlo en una vereda que le debía colocar muy cerca de una zona en donde seguramente encontraría gente de Pedro Pérez.

La noche tendió su velo negro sobre la tierra y más que negro, fúnebre sobre aquel platanal que envolvía con su obscuridad profunda a aquel guerrero intrépido y disperso, preso de las más fundadas incertidumbres. No olvido sus palabras textuales al referirme esta parte ds su episodio. ''General—me decía—me sucedió una cosa extraña esta noche, y fué que las anteriores que pasé en las montañas desiertas del Toa, mi sueño era más tranquilo y por lo mismo reparador; mientras que en esta última noche de mi peregrinación apenas pude conciliarlo.

El reflejo de la luz que despide en su vuelo incierto el cocuyo, el ruido que al posarse en las hojas del plátano producen las aves nocturnas, el canto del gallo y el ladrido del perro de la casa vecina, todo me imponía recelo en aquella noche sospechosa en que solo contaba por compañero un rifle para defenderme teniendo a la espalda un monte y de frente una casa habitada por personas que yo no tenía seguridad de su lealtad y mi suerte estaba absolutamente confiada a su voluntad o a su capricho. Nunca jamás en mi vida me pareció noche tan larga...'' Por fin amaneció y el día con sus claridades debió desvanecer un poco las nebulosidades en que estaba sumergido su espíritu: en este estado el hombre se le apareció con un poco de café, que tomó con insaciable deseo, y a poco emprendieron la marcha por una vereda estrecha y continuaron por deshechos y revueltas del monte firme que debía conducirlos a la zona ya indicada. Media legua caminada y a esa distancia lo deja el práctico y apenas el General caminaba algunos kilómetros se siente fatigado, y tanto por eso como por precaución para esperar si alguien viene detrás o delante, se interna un po-

co al monte dando vista a la vereda y espera. Luego sintió sueño y dormitó un rato, según él; de seguro debió de ser mucho más de lo que pensó, puesto que hubo tiempo suficiente para el encuentro casual e inesperado a la vez que sucedió.

Mientras que el dueño de la casa conducía al General hasta el punto donde lo dejó, dos hombres montados y bien armados llegaron a esta y con notable insistencia preguntaron e indagaban por el dueño de la casa y por alguien desconocido que hubiese andado por allí. La pobre mujer con la presencia de aquellos dos guerrilleros, no sabía que contestar y a lo poco que respondía era de un modo confuso y vago.

"Este palo tiene jutía", dijo uno de ellos y la infeliz mujer tembló, pero tembló más aún cuando vió que uno de aquellos hombres fijándose en los botines del General que todavía permanecían en un rincón, se apoderó de ellos y preguntándole por su dueño, la infeliz no sabía que contestar, pero la presencia instantánea de su marido la sacó del apuro y respirando, como el que se viera libre de una mano de hierro que lo extrangula le dijo a su marido: "Entiéndete tú con esos hombres". Del diálogo que hubo entre los tres a seguida resultó que el pobre campesino se vió obligado a confesarlo todo y marchar al trote largo a enseñar o a alcanzar y hacerle entrega del General José Maceo, ignorando que lo era. Los de a caballo detrás y él a pie delante, en un instante a paso vivo, recorrieron la distancia hasta donde quedó el General, a la sazón que éste salía del monte para tomar la vereda, y continuar; pero sintió ruido y se preparó. No le quedó tiempo ni espacio para ocultarse, también hubiera sido inútil, pues ya los tenía encima y se dispuso a correr todo peligro y terminar, (sus palabras textuales contándome ese lance) "Ya estaba cansado de una vida tan triste". ¡Alto! ¿quién va? dijo, y le contestaron: ¡Cuba! qué gente, repuso: de Periquito Pérez. Adelante uno: y avanzó uno que a poco cayó en sus brazos y después el otro. Y esta escena heroica y tierna a la vez yo no intento describírtela, pues solo él mismo, que nos la relató a mí y a Martí, pudiera haberlo hecho, yo le dije a Martí:—Usted que es-

cribe de manera que encanta, va a tener que narrar la vida errante del General José Maceo por las montañas, con los pies ensangrentados, extenuado por el hambre, desamparado y solo, con un solo pensamiento en el alma: *la redención de la Patria.* Martí me contestó: "Es tan alto y sublime cuanto a ese hombre, escogido por el Dios de la Guerra, le ha pasado, que no importa la manera de ser dicho, pues que siempre aparecerá interesante y conmovedor."

Sigue conmigo un poco más al General, para que sepas que cuando ya hubieron pasado los primeros transportes de alegría de aquel feliz encuentro, pudieron notar con extrañeza que el guía estaba notablemente conmovido, y derramando lágrimas. Confesó entonces que hasta aquel mismo instante había creído que aquellos dos soldados leales no eran otra cosa que dos guerrilleros disfrazados que le obligaban a cometer la villanía de entregar a un insurrecto y ese insurrecto era nada menos que el General José Maceo, a quien él había admirado tanto y deseaba conocer.

El General entonces lo tranquilizó y consoló poniendo en sus manos algunas monedas de oro americano que aún le quedaban en sus bolsillos.

Desde aquel instante el General José Maceo, se sintió hombre nuevo, e irguiéndose encima de uno de los caballos que montaban los jinetes les dijo: "¡Adelante muchachos, y vamos a reunirnos con nuestra gente. Efectivamente con tan buenos guías y columna tan exigua y de pie tan firme, antes que la noche de ese día le envolviera en nuevas tinieblas, el guerrero intrépido había verificado su entrada a un campamento cubano de pocos hombres, pero de corazón bien puesto y probada resolución. Había caminado veinte leguas. Con la aparición, mejor dicho la resurrección del General José Maceo en la comarca de Guantánamo y coincidiendo el acto de presencia del General Antonio Maceo en la de Cuba, el entusiasmo fué tal y de tal manera sentido en todo Oriente, que un sacudimiento revolucionario se efectuó de manera sorprendente, que el Gobierno español en Cuba, representado por el General Martínez Campos, quedó aturdido y confuso, extendiéndose hasta el de la Península tan acentuada situación en que se co-

locaba el Partido Separatista en armas; en tan solemne momento y en noche oscura empujado por las olas y en las playas desiertas de Baitiquirí, yo y el nunca bien sentido Martí y demás compañeros pisamos la tierra cubana.

Como se deja consignado, al día siguiente de la entrada del General José Maceo al campamento cubano, se difundió la noticia de tan fausto acontecimiento, y la reacción producida hizo temblar a los españoles que en vano hicieron esfuerzos para contrarrestarlos.

La revolución se levantó entusiasta y poderosa, reaccionando los espíritus muertos o sin fe, afianzó sus raíces con la firme convicción en la mente popular de que España ha perdido ya su poder en Cuba.

No he querido yo contarte las peripecias y las desdichas que junto con mis compañeros también sufrimos desde aquella noche amarga y dolorosa en que el destino me arrancó de tus brazos y me lanzó a la mar en débil barco, hasta pisar esta tierra que he venido a ayudar a redimir. Todo eso lo sabrás algún día y solo puedo añadir, para terminar esta carta que te envío con mi cariño, que después de varios días de marcha terribles por las mismas montañas de Baracoa, nos reunimos con el General José Maceo que ya al frente de 500 hombres marchaba en auxilio de nosotros, previo aviso. En un lugar poblado que se llama Arroyo Hondo, y a corta distancia oimos un fuego bastante nutrido y cuando ya próximos al lugar supimos que fuerzas al mando de Pedro Pérez se batían, tuve la agradable sorpresa de encontrarme a José Maceo triunfador y glorioso, pues acaba de derrotar a los españoles que a marcha forzada se refugiaban en la Ciudad de Guantánamo.

Ya te puedes imaginar cuál sería nuestro entusiasmo y alegría al abrazarnos todos sobre aquel campo de batalla conquistado por las armas cubanas, dirigidas en aquel combate por tan insigne campeón. Fueron aquellos momentos de gozo inmenso para todos y que a mí no me es dado explicarte en éstos de pena y congoja. Pocos días pude estar con él pues tenía que continuar y continué hasta allá a los

confines de Occidente, donde he ido. La lucha ha sido terrible y grande como grandiosa es la causa que defendemos, y por allá durante aquella campaña recia y dura se han ido quedando la mitad de mis compañeros que tú también despediste con lágrimas y amor de hermana cariñosa:—el primero José Martí, después Borrero y Guerra; ellos cayeron a mi lado como buenos: la tierra guarda sus restos y en nosotros su memoria será eterna.

Solamente aquí quedamos dos: yo y Marcos; de César no sé.

Venía ahora a ver al General José Maceo y a abrazarlo y la muerte no nos dió tiempo, se antepuso a mis deseos y se lo arrebató a la Patria. En esta lucha donde lo natural, lo lógico es la muerte y no la vida, no es extraño que se muera; pero a mí a quien todos los cubanos respetan y aman, me conmueve la ausencia eterna de aquellos que más me han acompañado en los peligros y más me han demostrado su respeto y su cariño; y a este número pertenecía el General José Maceo.

Era preciso haber conocido bien a fondo el carácter de aquel hombre sin dobleces y de rústica franqueza para poder estimarle y estimar su cariño cuando lo demostraba. El General José Maceo era todo verdad y por eso para muchos aparecía amargo.

Descubrí en él la grande y noble gratitud del león que la historia cuenta, y entendía la grandeza de su valor admirable e intrépido cual ninguno, por su generosidad y su amor a las mujeres y a los niños. El español más cruel rendido al General en mitad de la refriega más sangrienta, podía contar con la vida.

El destierro, la prisión, la persecución, la guerra y el infortunio, en fin, le habían educado admirablemente, y de ahí que hubiese aprendido a conocer y a apreciar a los hombres no por el traje ni las palabras ni por las formas, sino por sus hechos y por el fondo; y por eso por la idea exagerada que se había formado del aseo moral de los demás hombres era que muchos engalanados por la fortuna o la astucia o la casualidad no podían caber con él, puertas adentro, en su trato y modo de ser.

La pureza en el manejo de intereses públicos era en él otra cualidad distinguida, y la probaba tomando dinero si creía que debía tomarlo y lo decía con franqueza dando cuenta. No tenía miedo a las responsabilidades, ni jamás se asustaba con los procedimientos, cuando él tenía conciencia de que así debía procederse; y cuando no, lo decía con franqueza rechazando toda imposición. Era un carácter insugestionable. No pedía nada, y mucho menos cabía la queja en su grandeza y abnegación; pero no permitía tampoco que se le cohibieran sus derechos y sus facultades, porque entonces se sentía sublevado. De aquí que algunas veces, con condiciones de carácter tan independiente y exageradas, apareciese como indisciplinado, pero cuando se le cconvencía se dejaba manejar como un niño. Tenía mucho de parecido al intrépido General Páez, según nos relata la historia de aquel heroe de la independencia de Sur América. Pocos cubanos he conocido más libre, más trabajador y más valiente; y más resuelto, ninguno. Puedo decir que la Patria ha perdido en él a uno de sus mejores y más decididos y probados servidores.

En cuanto a mí, vive creyendo para tu satisfacción, pues de ello me dió pruebas, después de su hermano el General Antonio, fué a mí el que más quiso; y como respetuoso y sumiso subalterno, jamás ni siquiera intentó menoscabar el principio de autoridad militar que el país me ha confiado con el mando en Jefe del Ejército.

Ha muerto el General José Maceo, es verdad, como moriremos muchos, pero su memoria no puede ser olvidada; y guarda tú estas líneas que desde estos campos donde retumba el cañón te escribo, porque ellas significan mi duelo de guerrero por la pérdida del compañero y del amigo que murió en su puesto, derribado de su caballo de batalla para aparecer mañana más alto y hermoso en la historia de su Patria. Guárdalas para que sean leídas en nuestro hogar con santo y religioso respeto cuando de las cosas grandes de tu Cuba redimida se trate. Consérvalas que ellas también son memorias mías, porque en esta tierra en donde todos los días caen unos hombres para levantarse otros y donde España siempre cruel hace derramar tanta lágrima y tanta san-

gre, no puede haber nada pequeño ni olvidado para la heroica historia de tu nación. Mucho has llorado la pérdida de tus hermanos queridos que uno a uno fueron cayendo en aquella otra guerra cruel. Lloraste también la muerte de tu amada mamá, separada de tí por el brutal poder de España. Llora ahora y paga con el tributo de tus lágrimas algo de lo mucho que tu Cuba debe al valor y al esfuerzo del heroe de *La Indiana*, de *La Galleta*, del *Jobito*, de *Pinar Redondo*, de *Majaguabo*, *San Luis*, *Dos Caminos*, *Sao del Indio*, *El Triunfo*, *Cauto Abajo*, *Mayarí*, *Arroyo Hondo*, *Sagua*, *Songo* y mil más y *Loma del Gato*, en donde como un atleta invencible rindió su última jornada el Mayor General José Maceo, magnífico soldado de la Patria y amigo distinguido de tu

MÁXIMO.

Postdata.—Pienso que una carta sin ella dirigida a una persona querida no está completa pues eso aparte de otras consideraciones, demuestra que no quisiera uno concluir y esta vez no puedo prescindir de significarte eso mismo.

Debo suponer que te interesarás muchísimo amparando y ayudando a que se ampare a la emigración cubana que busca refugio en ese país. Conozco la bondad de todos los habitantes de esa tierra, y no dudo que el General Pichardo, hombre de corazón hará cuanto pueda en ese sentido y en la localidad, jurisdicción de su mando. No se necesita ser enemigo de España para querer la felicidad de Cuba y proteger a los cubanos—eso sería estúpido—y si los hombres de la actual situación política de ese país comprenden bien eso y lo saben cumplir, no incurrirán en responsabilidades que les ocasionan molestias diplomáticas. Lo natural y lógico nunca ofende ni trastorna, al decoro, pues la justicia, base de toda la felicidad humana así lo proclama.

Santo Domingo es la nación, de todas las Américas, la más obligada por la ley de la Historia y de la Naturaleza (dos leyes que se comete gran pecado en conculcar) a ser la primera aliada de la nación cubana.

En vano los *Yankees* con su poderoso mercantilismo y sus aspiraciones absorbentes tratan de enamorar a Cuba aprovechándose de sus conflictos. Ella será libre; les pagará sus favores cortesmente pero no se echará en sus brazos y Santo Domingo será su predilecta y lo será por la sangre y por la Historia; por su sol y por sus brisas.

A Santo Domingo le conviene eso, le conviene á Cuba. De otra manera no puede ser, del mismo modo que en vano serían mis esfuerzos por querer aparecer más cercana mi parentela con Mr. Cleveland y Mr. Morgan que con los Generales Martínez Campos y Weyler.

(Sueño con una ley, que con muy insignificantes retribuciones declarase lo mismo con Puerto Rico cuando fuese libre) que el dominicano fuese cubano en Cuba y viceversa.

Dígote todas estas cosas para que las pienses y las consideres con mis amigos y los amigos de Cuba que no tienen tampoco por qué ser enemigos de España.

MÁXIMO.

CARTA A MARIA CABRALES

VIUDA DEL GENERAL ANTONIO MACEO

(1897)

CARTA A MARIA CABRALES

VIUDA DEL GENERAL ANTONIO MACEO

EJERCITO LIBERTADOR
DE CUBA

Cuartel General

Las Villas, Enero 1º de 1897.

Sra. María Cabrales de Maceo.
Costa Rica.

Mi buena amiga:

Nuestra antigua amistad, de suyo íntima y cordial, acaba de ser santificada por el vínculo doloroso de una común desgracia.

Apenas si encuentro palabras con que expresar a usted la amarga pena y la tristeza inmensa que embarga mi espíritu. El General Antonio Maceo ha muerto gloriosamente sobre los campos de batalla, el día 7 del mes anterior, en San Pedro, Provincia de la Habana. Con la desaparición de ese hombre extraordinario, pierde usted el dulce compañero de su vida, pierdo yo el más ilustre y al más bravo de mis amigos y pierde en fin el Eérctio Libertador a la figura más excelsa de la Revolución.

Hay que acatar, mi buena María, los mandamientos irrevocables del Destino. Ha muerto el General Antonio Maceo en el apogeo de una gloria que hombre alguno alcanzó sobre la tierra, y con su caída en el seno de la inmortalidad, lega a su patria un nombre que por sí solo bastaría, ante el resto de

la Humanidad, para salvarla del horroroso estigma de los pueblos oprimidos.

A esta pena se me une, allá en el fondo del alma, la pena cruelísima también de mi Pancho, caído junto al cadáver del heroico guerrero y sepultado con él, en una misma fosa, como si la Providencia hubiera querido con este hecho conceder a mi desgracia el triste consuelo de ver unidos en la tumba a dos seres cuyos nombres vivieron eternamente unidos en el fondo de mi corazón.

Usted que es mujer; usted que puede—sin sonrojarse ni sonrojar a nadie—entregarse a los inefables desbordes del dolor, llore, llore María, por ambos, por usted y por mí, ya que a este viejo infeliz no le es dable el privilegio de desahogar sus tristezas íntimas desatándose en un reguero de llanto.

El infortunio hace hermanos. Hágame el favor, María, de creer que fraterniza con usted en toda la amargura de su soledad y de sus sufrimientos.

Su affmo. amigo.

M. Gómez.

CARTAS

Del General Ramón Blanco al General Máximo Gómez

y

Del General Máximo Gómez al General Ramón Blanco

(1898)

CARTAS

MAYO DE 1898

General Máximo Gómez, General en Jefe de las Fuerzas Revolucionarias.

Señor:

Con la sinceridad que siempre ha caracterizado todos mis actos, me dirijo a usted no dudando por un momento que su clara inteligencia y nobles sentimientos; los que como enemigo honrado reconózcole, harán acoger mi carta favorablemente. No puede ocultarse a usted que el problema cubano ha cambiado radicalmente; españoles y cubanos nos encontramos ahora de frente a un extranjero de distinta raza, de tendencia naturalmente absorbente y cuyas intenciones no son solamente privar, a España de su bandera sobre el suelo cubano, sino también exterminar al pueblo cubano por razón de su sangre española. El bloqueo de los puertos de la Isla no tiene otro objeto.

No solo es dañoso a los españoles, sino que afecta también a los cubanos, completando la obra de exterminio comenzada en nuestra guerra civil.

Ha llegado por tanto el momento supremo, en que olvidemos nuestras pasadas diferencias y en que unidos cubanos y españoles, para nuestra propia defensa, rechacemos al invasor.

España no olvidará, la noble ayuda de sus hijos de Cuba, y una vez rechazado el enemigo de la Isla, el enemigo extranjero, ella, como madre cariñosa, abrirá sus brazos a otra nueva hija de las naciones del Nuevo Mundo; que habla su lengua, profesa su religión y siente correr por sus venas la noble sangre española.

General, por estas razones propongo a usted hacer una alianza de ambos Ejércitos en la Ciudad de Santa Clara.

Los cubanos recibirán las armas del Ejército Español y al grito de ¡Viva España! y ¡Viva Cuba! rechazaremos al invasor y libraremos de un yugo extranjero a los descendientes de un mismo pueblo.

Eu affmo. servidor.

(f) RAMÓN BLANCO.

MAYO DE 1898

General Don Ramón Blanco, General en Jefe del Ejército Español en Cuba.

Señor:

Me asombra su atrevimiento, al proponerme otra vez términos de paz, cuando usted sabe que cubanos y españoles, jamás pueden vivir en paz en el suelo de Cuba. Usted representa en este continente una monarquía vieja y desacreditada y nosotros combatimos por un principio americano: el mismo de Bolívar y Washington. Usted dice que pertenecemos a la misma raza y me invita a luchar contra un invasor extranjero; pero usted se equivoca otra vez, porque no hay diferencias de sangre ni de razas.

Yo sólo creo en una raza: la Humanidad, y para mí no hay sino naciones buenas y malas; España habiendo sido hasta hoy "mala" y cumpliendo en estos momentos los Estados Unidos, hacia Cuba un deber de humanidad y civilización; desde el atezado indio salvaje hasta el rubio inglés refinado, un hombre para mí, es digno de respeto, según su honradez y sentimientos, cualquiera que sea la raza a que pertenece o la religión que profesa.

Así son para mí las naciones, y hasta el presente solo he tenido motivos de admiración hacia los Estados Unidos.

He escrito al Presidente Mac Kinley y al General Miles, dándoles las gracias por la intervención americana en Cuba. No veo el peligro de nuestro exter-

minio por los Estados Unidos a que usted se refiere en su carta. Si así fuese la "Historia los juzgará". Por el presente sólo tengo que repetirle que es muy tarde, para inteligencias entre su Ejército y el mío.

Su atto servidor,

MÁXIMO GÓMEZ.

MI ESCOLTA

Ultima Guerra de Independencia

(1898)

MI ESCOLTA

La Historia de la Guerra de Independencia de Cuba, o la Historia militar de los cubanos, o bien la lucha cruenta por la emancipación de un pueblo esclavo—que todo viene a decir la misma cosa—es sin duda una de las más bellas leyendas que se pueden legar a nuestros hijos y a los hijos de los que vengan después. Y debe ser así por lo fecunda en hechos históricos, en grandezas que dignifican y elevan el espíritu de la familia americana, por el respeto y simpatía que justamente ha de inspirar a las generaciones que se sucedan, la gran obra emprendida por la generación presente, y por el sentimiento más noble que puede abrigar el corazón humano: la gratitud nacional.

Los episodios interesantísimos e históricos que pudiéramos escribir de esta lucha grandiosa, serían en verdad suficientes para formar muchos y gruesos volúmenes.

Aquí cada hombre tiene su historia escrita con sangre: éste, un brazo roto cuyos restos han volado en astillas; el otro, los huesos de las piernas molidos y las carnes deshechas; muchos, las mandíbulas perforadas a balazos; otros tantos, atravesados los pulmones, con terribles hemorragias y dejados al acaso, casi abandonados y después, como por obra de milagro, apareciendo de nuevo a caballo, en el campo de batalla, más resueltos y más valerosos. Todos, en fin, unos más y otros menos, llevan en el cuerpo la mano indeleble del plomo enemigo y ya perdida la cuenta de los caballos que les quedaron sin vida en la ruda y diaria pelea.

Y al lado de ese destrozo de huesos y de carne que sangra y duele, el dolor mucho más hondo que se sufre al depositar en el fondo de fosa cavada en la

sabana o en el monte, al amado compañero muerto en el combate. Como diría el poeta:

"¡Cuántos Césares ocultos
descansan en dulce sueño!".

Y al lado de todo eso—repito—y como si el destino no estuviese satisfecho de poner a prueba la fortaleza de estos hombres, les llega entonces la abrumadora noticia de la muerte de la madre, el hijo o la esposa, ocurrida cuando menos en lejana tierra, o en ésta, por la mano del tirano siempre.

¡Ah! yo que he mandado este ejército de valientes, bien quisiera dejar escrita la historia de cada uno de sus soldados; mas como esto no es tan fácil para mí, me limitaré simplemente, por deber y por gratitud, a consignar a grandes rasgos y en conjunto, la historia de mi Escolta, con el propósito de hacer valer la honra militar que cabe a esos hombres, así como también a la comarca, a que pertenecen.

. . . .
. . . .
. . . .

Acostumbramos en esta guerra—y entra en nuestra organización—tomar para sí los generales una escolta, que como es natural, para formarla se ha de escoger siempre entre hombres de las mejores condiciones. Eso hice yo cuando, después de algunos días de peregrinación con mis cinco compañeros expedicionarios, nos avistamos con el General Antonio Maceo en la jurisdicción de Santiago de Cuba. Empero no podía en aquella hora, dada la precipitación con que debía marchar y en medio de aquel dédalo de pronunciamientos, entretenerme en la escogitación de los hombres y hube de tomar a la casualidad, pero montados, los primeros veinte y cinco de que pude disponer. Con ellos emprendí marcha al Camagüey de cuya comarca no teníamos noticias favorables, pues más bien ocurría a algunos la idea de que nuestro movimiento no fuese secundado. Como es natural, esta incertidumbre y las especies que de ella se derivaban no hacían muy buen efecto en el ánimo de los que me acompañaban y traducían su disgusto, de un modo harto significativo, en quejas que, aunque no jus

tificadas, yo me veía en la precisión de atender con prudencia y cariño.

Mi marcha por las riberas del Cauto, perseguido por un enemigo tenaz, sin medios de reponer caballos, bajo una primavera copiosa en lluvias y vadeando ríos y arroyos desbordados, fué una marcha a más de penosa comprometida. Así continuamos hasta el encuentro de "Boca de dos Ríos", donde en combate librado en unión del General Bartolomé Massó, perdimos al nunca bien sentido José Martí.

Desde aquel instante mi situación se agravó considerablemente. Quedé sin salud, sin tropas y sin pertrechos. No era dable que me acompañase mucha gente, por otro lado falto de municiones, preferí caminar solamente con mi Escolta que estaba un poco mejor pertrechada. Ordené entonces al General Massó que operase sobre Bayamo y de nuevo emprendí la jornada, enfermo no ya del cuerpo, sino también del alma.

A medida que las lluvias primaverales arreciaban, los españoles se empeñaban en hacerme infranqueable el paso. El General Martínez Campos, según confidencias, hacía mover tropas con ese fin de Holguín y Las Tunas. No parecía posible que yo encontrase camino o serventía que no hubiera sido ocupada por los españoles. La antigua trocha (ya Camagüey) de San Miguel la guarnecían, de Norte a Sur, destacamentos y columnas volantes. En Guáimaro habían apostado 2,000 jinetes. Además el Camagüey no quería la guerra. A ese respecto se había formado una Junta, cuyos fines eran salir a mi encuentro para manifestarme la decisión de la comarca, obligarme a reembarcar y hasta proporcionrame los medios para hacerlo.

Tal era mi situación y tal el género de confidencias que recibía de continuo en aquellos días pavorosos. Uno de éstos, al amanecer y ordenar la marcha, la Escolta se resiste.—"Ellos eran de Oriente y no debían continuar adelante", —protestaban,— y trabajo me costó reducirlos a la obediencia. Trece días después, ya en límites de Holguín y Tunas, un traidor se presentó al enemigo y le informó de mi situación: la Escolta torna a insistir en su propósito de no seguirme. En vano el oficial que la comandaba interpone su autoridad; los soldados se niegan a obede-

cer; indignado entonces les increpé duramente, llamándoles "desleales y malos compañeros".—"Volved a Oriente—les dije—que yo iré solo a Camagüey."

Aún más indignado que yo el General Borrero se les encara enérgico, cual nunca lo había visto, pues era de un temperamento inalterable, y entre otras cosas recuerdo haberle oído estas palabras: "Sois unos malos cubanos y peores soldados. ¡Nos estáis desacreditando! El Gral. Gómez es un extranjero que viene a ayudarnos en esta guerra santa y queréis abandonarlo enfermo y perseguido por el enemigo. ¡Oh! si así lo hiciéreis, todo el mundo podrá deciros con razón que sois unos cobardes". Los apóstrofes de Borrero hicieron impresión en el ánimo de aquellos hombres, y se dispusieron a continuar, no sin haber desertado dos o tres de ellos en la noche de ese mismo día.

Por más confianza que tuviese en los hombres de Camagüey, había momentos en que no podía menos de sentirme molesto por las dudas más terribles. Pero éstas vinieron a desvanecerse por completo cuando, al alcanzarme en Río Abajo, casi en Las Tunas, un individuo con una carta de un confidente se me daba cuenta de un movimiento de tropas, indicándome al mismo tiempo que el General Campos "recomendaba muy mucho que se impidiese, a todo trance mi acceso al Camagüey, basándose en que, si eso llegaba a suceder España se consideraría perdida."

Desde luego—dije al General Borrero leyéndole la carta—estamos salvados. El hecho de encarecer tanto el General Campos que se me impida mi paso, junto con la orden expresa y terminante de que se me *ataje*, quiere decir que él ha sentido palpitar mucho de Revolución en el Camagüey. ¡Adelante, pues, que nuestros compañeros nos aguardan!

El día 5 de Junio pasé a nado el Jobabo, entré en la comarca camagüeyana extenuado y todavía enfermo, con una pierna deshecha y unos cuantos hombres arrastrados o mejor dicho, empujados hacia mí por el enemigo, pues traíamos detrás 3,000 hombres que no se atrevieron a vadear aquel río, retrocediendo una parte de ellos, mientras que la otra me seguía hasta el Camagüey, pero tomando distintos rumbos.

Pocos días después se me reunían los ciudadanos Salvador Cisneros, Lope Recio, Dr. E. S. Agramonte y otros más que fueron los primeros en llegar al campo. Desde aquel instante comenzó la serie de triunfos obtenidos en el Camagüey por las armas cubanas, y la Revolución cobró consistencia y bríos. Después de la toma de Altagracia, combate de la Ceja, destrucción de una guerrilla y toma de "El Mulato" y "San Gerónimo", despaché para Oriente, bien provistos de todo, a aquellos hombres que, a duras penas, había podido conseguir que constituyesen mi Escolta hasta ese instante.

* * *

Surgieron entonces a mi lado los patriotas valerosos y leales, que estaban destinados a seguirme a todas partes sin reparos y sin miedos.

El cubano en general, está dotado de espíritu de regionalismo; pero es opinión comunmente aceptada de que en el hijo del Camagüey, es donde más se acentúa o se demuestra lo arraigado de aquel sentimiento. Y esto en honor de la verdad, no es así,—porque por experiencia dilatada—sé que en tal sentido, la idiosincracia de los cubanos, sin exceptuar provincia alguna, no varía ni se diferencia en lo más mínimo. Esa cualidad de índole local que los caracteriza a todos, tiene su origen en la misma sencillez de las costumbres del país. El hijo de la tierra es hombre de condición esencialmente doméstica; mejor dicho, es hombre de casa. Ni siquiera es dado a las aventuras callejeras. Joven contrae matrimonio, crea una familia, la educa en el molde de sus hábitos y llega a la vejez sin que la modesta historia de su vida, haya traspasado los límites estrechos del *batey* de su hogar.

De aquí la causa principal de que en esta guerra nos haya sido difícil formar contingentes de individuos de una comarca para ivadir otra. Y de aquí también los méritos excepcionales de los hombres que forman mi Escolta, combatientes en todas partes y en todas partes vencedores, pues cuando no han podido recoger los laureles de la victoria, jamás tuvieron que sufrir la vergüenza de la derrota.

Situado mi Cuartel General en el Centro, principié desde ese punto a organizar el Ejército, cuyo mando se me había confiado, y a preparar el Plan de campaña que necesariamente había de desarrollar en toda la Isla, con los elementos de que pude disponer que, por cierto, eran bien pocos o ningunos. El interés capital de la campaña consistía en la invasión formal de las comarcas occidentales; pero para su ejecución apenas contábamos con algunos cientos de armas y muy escasas municiones en las cananas.

Por más que procuraba activar las operaciones, no pude conseguir que se moviese el Ejército de Oriente antes de la acción de Peralejo, librada por el General Antonio Maceo contra el General Martínez Campos. Hubo necesidad de un intervalo de espera para reponer bajas y reorganizar aquellas tropas bisoñas y mal armadas. Como los contratiempos por lo general se encadenan, el estado de salud del General Maceo, que no era muy bueno, se empeoró, y en vista de que aquella situación se prolongaba indefinidamente, me adelanté a las Villas, ya desesperado, en los últimos días de Octubre de 1895. En esta época, los Generales Carlos Roloff y Serafín Sánchez habían logrado entrar su expedición por las Tunas de Sancti-Spíritus. Al arrancar definitivamente para las Villas, la única fuerza que debía acompañarme, pues no quería debilitar el Camagüey, era mi escolta de 100 hombres. Tuve el buen cuidado de recomendar al Jefe de ella que explorase la voluntad de todos, pues habiendo empeñado, conmigo mismo, mi palabra de no volver grupas sino después de haberme franqueado el camino hasta las provincias más occidentales, no quería ser acompañado sino por hombres resueltos y decididos.

General,—me contestó con arrogancia y orgullo el Jefe camagüeyano—estos hombres nos han de seguir a todas partes. Yo había previsto el caso y tengo mi gente preparada para la hora que decida usted marchar.

El día último de Octubre traspuse, sin novedad, la trocha de Júcaro a Morón, tan guarnecida por los españoles, y entré en la jurisdicción de Sancti-Spíritus. En espera del General Maceo, hice allí una campaña de movimientos continuos, con objeto de

cansar al enemigo sin consumir nuestras municiones, campaña que coronó el éxito, pues nos apoderamos de 25,000 tiros y 50 armamentos en el asalto al fuerte "Pelayo". Después amagué a la ciudad de Sancti-Spíritus y, por último, puse sitio y ataqué al fuerte Río Grande. Me proponía con todo esto que los españoles dejasen libre el paso de la Trocha al General Maceo de quien tenía avisos que venía aproximándose a la cabeza del Cuerpo del Ejército invasor, y secundaba, por otro lado, nuestro plan de penetrar enteros en el territorio de las Villas. La actividad y pericia del General Maceo hicieron lo demás. El Cuerpo del Ejército invasor, sin consumir un cartucho, traspuso la decantada trocha y el día 29 de Noviembre yo y mi Lugarteniente nos dábamos la mano en San Juan. Al otro día acampábamos en el extenso potrero La Reforma,[1] en donde maduramos, retocándolo, nuestro plan de invasión.

El primer paso estaba dado. Se había puesto en ejecución la parte más difícil y escabrosa de toda empresa humana: el principio. A partir de aquel momento, a mi juicio comenzaba la era en que se iba a jugar la suerte de la Revolución. Era preciso proceder con tino y acierto no confiándolo todo a la Fortuna, y a ese fin, con el mapa a la vista siempre, nos concretamos a ejecutar estos propósitos de capitalísima importancia. "Marcha viva ganando terreno, no importa retaguardia o flanco sucio del enemigo buscando siempre frente limpio".

Siguiendo siempre este orden de cosas esperamos el ataque del enemigo en "La Reforma"; arrancamos de allí el 2 de Diciembre y el 3 triunfábamos en "Iguará", el 9 en "Casa de Tejas" y los días 11 y 12 en "Boca del Toro". Después en "Mal Tiempo", y "Calimete", y "Coliseo", y "Güira de Melena",—y la Revolución en fin, fué a plantar su lábaro de redención a los confines de la tierra esclavizada.

España entonces sintió la violenta sacudida de nuestro brazo; los políticos miopes de allende y aquende, se convencieron de que la Revolución era una realidad, y desde ese instante, a mi entender,

(1) Cuna de mi hijo Francisco.

quedó asegurada la independencia de Cuba, porque no cabe en el humano esfuerzo que España pueda, atendidos sus pobres recursos, apagar la llama de este formidable incendio. La lucha ha continuado sin embargo, porque así tenía que suceder, pero eso no ha sido más que la fórmula, fatalmente necesaria, para llegar a la paz decorosa y digna que debe existir entre Cuba y España.

No me propongo ahora relatar la serie de rudos combates que señalan aquella campaña memorable, en los que tomaron parte—siempre en primera línea—mis Ayudantes de Campo y los hombres de la Escolta. Sin precisar fechas, lugares y demás detalles importantes, y—si se me permite decir—preciosos para la hoja de servicios de tanto guerrero intrépido y valiente, supliré esa falta con la nota circunstanciada de ellos y cerraré con eso su historia militar. En ella, como se verá, están consignados el nombre y procedencia de cada cual. No distinguiré a ninguno, sí aseguro que todos ellos son de un valor a toda prueba, disciplinados y asaz inteligentes en el arte especial de esta guerra que se hace en Cuba. Muchos no ingresaron desde el primer instante; pero ¡ay! han sido dignos reemplazos de los que han muerto; otros se han puesto a mi lado por su voluntad propia, muy pocos por elección mía. De este modo se han podido mantener nutridas las filas, a cada instante clareadas, de esta brillante pléyade de jóvenes patriotas, que estuvieron a mi lado en todas las horas de peligro en que me he encontrado durante esta lucha continua, sin que se sepa todavía cuántos faltamos por caer y cuántos seremos los supervivientes gloriosos de esta contienda, en que, para triunfar, se hace necesario que diariamente abonemos con nuestra sangre el suelo que nos hemos propuesto libertar.

Para darse una idea de lo que esos hombres han hecho, basta conocer la nota de sus heridos, casi todos graves, y lista de sus muertos. De su arrojo proverbial son testigos el fuerte Pelayo en cuyo asalto machete en mano, se precipitaron sobre el enemigo, y sin hacer caso de sus fuegos, fueron a caer dentro de las mismas trincheras contrarias; Mal Tiempo, en que los primeros soldados españoles heridos, de arma blanca, lo fueron por los bravos de mi Escolta; Ca-

limete, Iguará, Casa de Tejas, Boca de Toro, Saratoga, El Desmayo, La Purísima y cien y cien combates más en que puede suponerse como verdadera obra de milagro haya quedado alguno de esos hombres con vida.

Permítase ahora delinear, a la ligera, algunos de los caracteres más salientes.

Miguel Varona (Miguelito) el ordenanza, es un niño de catorce años que no se ha separado un instante de nosotros. Tiene carácter de hombre y salud inquebrantable. No hay forma que quiera retirarse del campo de batalla cuando algunas veces se le ha ordenado.

Bernabé Boza, Jefe de la Escolta, ascendido a Teniente Coronel por escalafón desde Teniente, y por méritos de guerra. Puede llamársele el Cambronne camagüeyano; enérgico, sin dejar de ser amable y querido de sus soldados; estatura mediana y formas robustas. Gran jinete, de muñeca ruda para las riendas y el machete. Tirador seguro. Hombre para el campo así como para la ciudad. Ha viajado y me sirve muchas veces como intérprete de inglés.

La guerra del 68 deslumbró su mente de niño y desde entonces, palpitó en su corazón el sentimiento del honor y de la Patria. Cediendo a estos generosos impulsos, dejó el tibio calor de la casa paterna, se lanzó al campo sirviendo a las órdenes de Generales como Benítez, Reeve y Morejón, y logró salir de aquella campaña con una bella hoja de servicios.

Cuando se habla de los españoles se le enciende el rostro y le brillan con extraño fulgor los ojos. Y es que Boza tiene escrita en el alma, con caracteres imborrables, la historia del fin trágico y cruento de su padre. Tampoco podrá olvidar jamás las congojas de su madre, de aquella alma pura, obligada en lo más acerbo de su tribulación, a presenciar el frío asesinato de sus dos hermanos políticos. ¡Oh!, dolorosa es esa historia, pero como esa, puede decirse que casi todos los cubanos tienen la suya. Muy poca mujer habrá en Cuba a quien España no haya hecho derramar lágrimas. ¡Pocas, muy pocas las que no hayan llorado alguna esperanza muerta en el hijo, en el esposo, en el amante! En todos los corazones dejó ella el rasgo de sus agravios, porque España todo lo

ha ultrajado en esta tierra que nunca amó y a la que sólo ha querido poseer de la manera que el Sultán a la bella y espiritual esclava para saciar en ella sus brutales deseos.

En este numerario honroso de mi Escolta, siguen después los Vega, Espinosa, Feria, Salas, Rosario y todos los demás héroes y militares distinguidos que han inscrito sus nombres con sangre vertida al calor de la refriega y envueltos sus rostros en la densa humareda de los combates.

Tal es la historia compendiada de ese puñado de valientes, que viven conmigo en intimidad estrecha y permanentete, junto a mi vieja tienda de campaña, humedecida por el rocío de la noche y secada después por ese Sol testigo todos los días de la bravura heroica de un pueblo que, en desigual contienda, lucha por la Libertad.

Esa es la historia de tantos hombres dignos; unos muertos, vivos aún otros—ejemplos de valor y disciplina—cuyos nombres, en estos instantes de reposo que me dejan las múltiples obligaciones de mi destino, quiero dejar estampado para que se graben en el libro de Inmortales de la Patria Libre.

No sabemos, no se puede saber si estamos a la mitad o al fin de la jornada; lo que haya de ser, será; pero no es dudoso que a ellos corresponda el triste deber de levantar u n día, polvoriento y ensangrentado, el cadáver de su viejo y leal compañero de armas, para depositarlo en fosa abierta a la sombra del bosque, mudo espectador de nuestros dolores y teatro de nuestra abnegación y patriotismo. Entonces, cuando eso suceda, el cuadro que se ofrezca a la vista será bien sencillo: un hombre más caído por la Libertad y un grupo de guerreros, que después de dar su adiós al camarada muerto, volverán la espalda y seguirán de nuevo al campo de la lucha a continuar una obra que el Orbe entero espera con ansiedad ver gloriosamente terminada; esto es, la conquista de la Libertad cubana con la cual el Nuevo Mundo completará y justificará su título de América Libre.

Como he dicho ya algunas veces;—como lo han dicho otros también—en Cuba y en esta guerra terrible, cruenta y prolongada, no puede haber nada pe-

queño. ¡La Independencia será un suceso magno! No, no es la apertura del canal inter-oceánico que sirve a la civilización, al tráfico del comercio y hasta a la satisfacción de los estómagos; no es el hallazgo de un invento portentoso que da renombre y dinero al inventor: la Independencia de Cuba será un suceso de trascendencia tanta para el mundo, que no habrá una sola porción de Europa y América que pueda sustraerse a su influencia bienhechora. España misma, que en los primeros momentos creerá haberlo perdido todo, podrá contener de ese modo el insaciable antojo de sus elementos burocráticos que hoy la desangran, tendrá tiempo de pensar en la unidad de sus pueblos, amenazados por un espíritu latente de cantonalismo, que en vano trata de disimular y rivalidará ante el mundo su título de nación civilizada, borrando de la carta geográfica el estigma de una colonia explotada y de la frente de un millón y medio de almas, la mancha afrentosa de su esclavitud.

Por eso, el último—si es que puede haber primeros y últimos—de los obreros en esta labor sangrienta, aparecerá mañana pobre, mutilado, desdeñado quizás por aquellos que a la hora del sacrificio, no supieron estar en sus puestos,—o muerto tal vez,— pero nunca para la Historia en cuyo altar sacrosanto los que se sacrificaron por la Patria han de aparecer cada día más grandes y más dignos de la apoteosis humana.

¡Ea, pues, compañeros: O juntos con Ricaurte, o al lado de Bolívar y San Martín!

M. Gómez.

NOTA.—Los cuadros Historiógrafos del personal de la Escolta y Estado Mayor (cerca de 143 hombres) entre superiores y subalternos, aparecerán en nuevas ediciones.

CONSEJOS DEL GENERAL
(PROCLAMA DE YAGUAJAY)

Al terminar la Guerra de Independencia

(1898)

[illegible signature]

7/. 1930

CONSEJOS DEL GENERAL

(PROCLAMA DE YAGUAJAY)

Para andar más pronto el camino de la organización nacional elegid para directores de vuestros destinos, a los hombres de grandes virtudes probadas, sin preguntarles en dónde estaban y qué hacían mientras Cuba se ensangrentaba en su lucha por la Independencia.

Debéis ser atinados en la elección de ministros, administradores de los intereses del país; que no alfombren sus casas ni sean arrastrados por carrozas, antes que las espigas maduren con abundancia en los campos de la Patria, que habéis regado con vuestra sangre para hacerla libre.

No tengáis ministros con mujeres que vistan de seda, mientras la del campesino y sus hijos no sepan leer y escribir.

Aprended a hacer uso en la paz de vuestros derechos, que habéis conseguido en la guerra; que no se deben conformar los hombres con menos, porque esto conduce al servilismo, ni pretender más, porque os llevaría a la anarquía.

La observancia estricta de la Ley, es la única garantía para todos.

Yo aconsejo para Cuba, puesto que se alcanzó el sublime ideal, un abrazo fraternal que apriete y una para siempre el augusto principio de la nacionalidad cubana.

El triunfo definitivo debe rodear a este pueblo de magestad y grandeza.

Se debe conceder el perdón a todo el que lo solicite, para que la obra quede completa. Al aproximarnos a las tumbas gloriosas de nuestros compañeros a depositar la "siempreviva", junto con una lá-

grima de guerrero, es preciso en esa hora piadosa, llevar el alma pura de rencores.

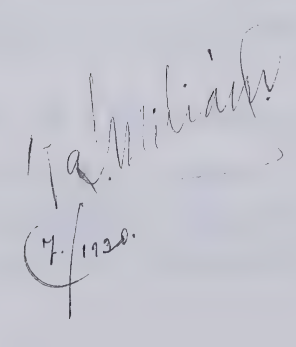
Que no os ofusquen los apasionamientos de la victoria, ni a los que se crean más meritorios les ensoberbezca y ciegue el orgullo, pues por ese camino casi siempre se han perdido muchos hombres, que principiaron siendo grandes y acabaron pequeños.

No se debe olvidar nunca que así como la espada es la bienhechora para dirigir y gobernar bien las cosas de la guerra, no es muy buena para esos oficios en la paz; puesto que la palabra Ley es la que debe decírsele al pueblo, y el diapasón militar es demasiado rudo para interpretar con dulzura el espíritu de esa misma Ley.

Se tiene que dejar de oir el relato de pasadas hazañas. Todo eso cumple a la magestad de la Historia; porque si no, se mortifica a los que debiendo, no supieron ejecutarlas, y aparecería como un cargo que los irrita, y predispone los espíritus a la desunión o a la discordia.

Con todas estas precauciones de obreros abnegados que todo lo han dado a la Patria, y ayudados por tres factores poderosísimos: el trabajo, la educación y las buenas costumbres—la mejor higiene para preservar el alma y el cuerpo de amargos dolores—Cuba será próspera y venturosa. Mientras tanto, si no caigo en lo que falta de la lucha, cuando me vea tranquilo en un rincón de mi Patria, pediré siempre para Cuba la bendición del cielo.

M. Gómez.



SEGUNDA PARTE

NOTAS AUTOBIOGRAFICAS

DEL GENERAL MAXIMO GOMEZ

(1894)

No puedo precisar la fecha en que nací, pues por más que busqué personalmente la partida de bautismo en los libros de mi Parroquia, no pude dar con ella; eso quiere decir que desde la cuna empecé a resentirme del descuido de otros con que somos víctimas los hombres a nuestro paso por este Planeta. Pero por la edad precisada en la fecha de nacimiento de contemporáneos míos, y por la tradición conservada en la memoria de mis buenos padres, pude averiguar sin más datos que esos, que nací allá por el año 36.

En cuanto al mes, día y hora siempre he lamentado ignorar tan preciosos datos para mí; que señalan los primeros instantes en que aparecemos casualmente, a ser miembros de la gran familia humana.

Vine al Mundo, y fué mi cuna un pueblecito ribereño del Banilejo (entonces sería un caserío), que le da su sombra: Baní,[1] tierra de los hombres honrados y de las mujeres bonitas y juiciosas.

Se llamaban mis padres: Andrés Gómez y Guerrero y Clemencia Baez y Pérez; dos almas que formaron del amor un templo y un altar, consagrados a la familia. Solamente hubo dos varones en el hogar, el primero, ya hombre murió siendo yo muy niño, y habiéndome correspondido ser el último y único varón entre mis hermanas, me adueñé de todo el cariño y preferencias de padres tan buenos y amorosos.

Corría allí mi infantil existencia, pura y campes-

(1) Sto. Domingo, Rep. Dominicana.

tre puedo decir, y allí me crié e hice hombre. Mi instrucción se limitó a la que se podía adquirir en aquel lugar y en aquellos tiempos, "del maestro antiguo de látigo y palmeta hasta por una sonrisa infantil". Sin embargo conservo recuerdos amorosos y santos de mis maestros, pues nada se quiere tanto una vez pasado el atolondramiento de la vida, cuando ya los años y los dolores han desteñido nuestros cabellos, como el recuerdo de los primeros que nos enseñaron a balbucear las letras. No se olvida jamás ese sabor a pan de almas. En cambio mi educación fué brillante, bajo la dirección de unos padres tan honorables como severos y virtuosos; y lo digo con orgullo, porque si en mi vida azarosa algunas veces me he sentido bien armado y fuerte contra el vicio y la maldad tentadoras, a sus enseñanzas debo el triunfo, por el aprecio con que me acostumbraron a tratar la virtud y por la fuerza de voluntad, que con la palabra y el ejemplo, pusieron en mi entendimiento y mi corazón.

Ya hombre, fuime derecho a parar, a donde por lo general y por desgracia se ha encaminado siempre la juventud de este país, a la política imperante personal o de partidos, en fin al personalismo puro.

No obstante, yo, por esa senda de mis primeros pasos, siempre conservé las normas sanas y severas que imprimieron en mi carácter la pureza y ejemplaridad de mi hogar.

Un suceso extraordinario vino a variar el curso de mi vida, iniciado apenas en los acontecimientos políticos del país; el impulso absorbente y dominador con que la Invasión haitiana amenazaba sojuzgar a la joven República Dominicana, ante cuya perspectiva se aunaron todos los corazones de mi Patria para rechazar al atrevido invasor. Mi bautismo de sangre lo recibí en los campos históricos de Santomé, la más extraordinaria a la vez que decisiva función de armas contra las huestes haitianas.

Las armas de la joven República salieron brillantemente victoriosas, pero de aquel campo de honor y de gloria salieron los héroes predispuestos y preparados para las contiendas civiles.

Era el año 1855 y el país seguía hondamente conturbado con sus luchas intestinas hasta 1861 en que confuso y aniquilado cayó en poder extranjero. La

República Dominicana dejando de ser lo que era pasa por el trance doloroso de anexarse a la monarquía de España. Tan inexplicable locura más tarde debía pagarse muy cara. Aquello fué un aturdimiento nacional que dejó a la juventud dominicana, huérfana, sin guías ni directores; Santana, Jefe de un Partido, capitanea la anexión, pues se hallaba en el Poder; Báez, caído y fuera del país, viste la faja de Mariscal de Campo del Ejército Español.

Se abisma uno al meditar cómo fué que los hombres patriotas y políticos de aquella situación no preveían que la anexión debía traer aparejada una Revolución formidable, aunque España no hubiese venido aquí con sus bayonetas, con sus impuestos forzosos de bagajes, su Bando absurdo de buen Gobierno, sus alojamientos forzados y sus Brigadieres como Buzetas.

No se hizo esperar mucho tiempo la Revolución Restauradora, y el año 1864 le sirvió a España, para después de una resistencia inútil, abandonar el país, que dejaba sumido en la más espantosa ruina y desconcierto, y maligna, arrastró en su fuga a mucha parte del elemento principal criollo, que más tarde dejó abandonado y disperso.

Joven yo, ciego y sin verdadero discernimiento político para manejarme dentro de aquella situación, más que difícil obscura, porque realmente la Revolución se presentó más que defectuosa, enferma, fuí inevitablemente arrastrado por la ola impetuoasa de los sucesos, y me encontré de improviso en la Isla de Cuba, a manera de un poco de materia inerte que lejos de su centro arrojan las furiosas explosiones volcánicas. Era la primera vez en mi vida que abandonaba el suelo natal, y muy pronto empecé a purgar la culpa cometida, con la pena más cruel que puede sufrir un hombre. Me enfermé de nostalgia, a no ser por los cuidados que me prodigaron una madre y dos hermanas amorosas, no sé el fin que hubiera sido de mí. No fué en parte causa de ello el desdén con que en llegando allí, pagó España a sus leales, que ni yo me sentí herido por eso, ni lo contrario nos hubiera dado más honor. Mejor fué así, porque para los hombres de bien no hay deuda más obligada que la de la gratitud.

Por encima de todo eso que lo consideré como efímero y despreciable, estaban permanentes los recuerdos de mi Valle, de mi Río, de mis Flores, de mis Amigos y de todos mis Amores.

Así viví en Cuba cuatro años, arrastrando una existencia obscura y triste, cargado con los recuerdos de la Patria y la amargura de los desengaños.

Cuba país de esclavos; no había conocido yo tan fatídica y degradante institución, y ni siquiera había podido tener una idea cabal de lo que era eso, tan fué así que me quedé espantado al encontrarme en aquella sociedad donde se despreciaba y explotaba al hombre, por el hombre, de un modo inhumano y brutal.

Me encontraba en una situación excepcional de espíritu; pobre, sin dinero, sin relaciones valiosas, abatido, aislado entre los hombres. La pena y el dolor buscan al dolor y a la pena para asociarse, los que sufren pronto se hermanan. Solamente las almas degradadas se van a curar de sus quebrantos a la orgía y el festín. Muy pronto me sentí yo adherido al ser que más sufría en Cuba y sobre el cual pesaba una gran desgracia: el negro esclavo. Entonces fué que realmente supe que yo era capaz de amar a los hombres.

En esta situación de ánimo, me encontré con la Conspiración Cubana que ya germinaba en el país, dirigida y capitaneada por sus principales hombres, y para mayor abundamieno, mi residencia era en la comarca en donde también existía el foco principal de la Conspiración, a donde yo había cultivado mis relaciones y me había hecho querer de la gente de los campos. Inútil es decir que en seguida quedé afiliado en la lista de los conspiradores, y sin entendérmelas con la "Gran Junta" empecé por mi propia cuenta, a hacer preparativos entre mis amigos y conocidos del campo, que desde aquel momento naturalmente procuré aumentar en número haciéndome más popular y dadivoso. Pero así y todo, me encontré en una situación bien extraña y peligrosa, pues el hecho de haber ido yo con los españoles a Cuba fué causa para que algunos de los conspiradores no me tuvieran confianza, y por otra parte las Autoridades Rurales españolas tenían orden de vigilar mis

pasos; pero como estos destinos eran desempeñados, en su mayor parte por gente criolla, a cuyas familias buen cuidado tenía yo de dispensarles mucho cariño y mucho respeto, por lo que logré despertar en ellos tantas simpatías que se sobrepusieron éstas al celo que debían tener por el Gobierno Español.

Como cuatro o cinco meses pasé en esta situación angustiosa y comprometida, pues al ser perseguido por el Gobierno en caso de denuncia, no contaba, de seguro, con el amparo de los cubanos; porque al estado en que habían llegado las cosas, yo era para ellos de todos modos, un hombre peligroso, tan peligroso estando libre como en la cárcel.

El secreto de una conspiración siempre ha constituído un gran peligro para el que lo posee; pero por circunstancias especiales pocas vidas corrían tanto riesgo como la mía durante el período de incubación de la Revolución Cubana; podía, por denuncia ser apresado y fusilado por el Gobierno Español y podía ser muerto misteriosamente por desconfianza y por mandato de los conspiradores; partiendo del principio que no se conocen medios malos para salvar de sus peligros a las revoluciones buenas. No obstante, no me intimidó lo crítico de mi posición y seguí recto el propósito, con toda la fe y el entusiasmo de mis 25 años, y enamorado de aquel ideal generoso y noble. Soñaba con Bolívar, San Martín, Robespierre, Garibaldi y toda esa gente loca y guapa, pero soñaba despierto.

Para que la Revolución me encontrara más y mejor expedito, acababa de cubrir con el polvo de la tierra los restos mortales de mi anciana madre. ¡Quién sabe, pensé yo enjugándome las lágrimas si su espíritu me proteja y defienda! Mis dos hermanas solteras debían quedar al lado de otra hermana casada. Había quedado huérfano absolutamente, pues el hombre nunca lo es cuando Dios le deja a la madre aunque se lleve al padre o viceversa, yo que acababa de enterrarla a Ella, me proponía tener otra: la Revolución.

No para el Tiempo su carro tirado por las horas, él avanza y todo lo termina o consuma; nos encontró el año 1868 enemigos encubiertos de España en Cuba, pero no bien organizados, para una lucha co-

mo tenía que ser aquélla; más no siendo prudente esperar más tiempo fué necesario precipitar el alzamiento, y el día 10 de Octubre del mismo año sonó para la esclava Antilla, la hora de la Justicia, de las vindicaciones y de la lucha más desastrosa y cruenta que registra la historia de América.

De un lado apareció un puñado de patriotas republicanos, casi desarmados, sin recursos e ignorantes del arte de la guerra; del otro, los soldados de la Monarquía: 100,000 hombres bien armados y ricos en recursos de todo género y el país subyugado sirviéndole de poderoso auxiliar. En medio de la América libre, en esa desigual contienda así luchamos 10 años, desamparados, solos y pobres.

Narrar los episodios horribles y sangrientos de aquella guerra sin cuartel, referir siquiera fuera a largos rasgos, la Historia grandiosa y sublime de aquella desigual lucha por la Libertad de un pueblo, eso sería más propio para escribir un libro que no para unos simples apuntes personales.

Ocupando yo, desde un principio, puesto elevado en las filas de los patriotas, debido a mis pocos conocimientos en el arte de la guerra procuré ayudar a los cubanos durante aquella batalla permanente de 10 años en su obra de Libertad; con todos mis esfuerzos, resolución, lealtad y abnegación. Durante esa década guerrera, jamás el Sol de Cuba me calentó un día fuera del campamento o del campo de batalla; y cuando por desgracia para la infeliz Cuba, en daño para aquella Revolución Redentora, se entró allí en el período de política interior, y como era natural y lógico, la ambición y la codicia empezaron a ser terribles y funestos rivales del patriotismo puro y desinteresado, yo siempre, tanto con la palabra como con el ejemplo, traté de restablecer la concordia y ayudé a conservar el principio de autoridad para que fuera una realidad la unidad de acción sin la cual es dudoso el triunfo de las Revoluciones.

A pesar de tan titánicos esfuerzos, de tantas abnegaciones y sacrificios consumados, la Revolución languidece al fin y de eso nace la idea de la Paz. Cuando se me consultó sobre asunto tan grave, aconsejé tomar la idea como mero ardid de guerra, para ver de lograr la unificación de nuestros elementos

disgregados, y que de aquella situación surgiera un Gobierno o Directorio para la Revolución, fuerte y enérgico, contando a la vez con el desprestigio en que debía caer el Jefe de Ejército enemigo y el Go-Gobierno General de la Colonia. Cuando todos veían perdida la Revolución yo la veía salvada por ese camino. Concentrados y reunidos todos los patriotas con el fin de tratar de la Paz, de seguro que de lo menos que hubiéramos tratado hubiera sido de eso; seguramente el tema de conversación se inclinaría al mantenimiento de la guerra. La revolución no sufría en aquellos instantes más que decaimiento y de ese mal, se hubiera curado con la reorganización de todas sus fuerzas vivas; esa operación no era posible efectuarla porque el enemigo no daba tiempo. En un campamento de 100 hombres aislados era posible que la palabra hiciese eco, pero en un campo cubierto de 2 a 3,000 hombres armados, batalladores de 10 años; hubiera sido hasta peligroso verter la frase.

Pero mi idea que fué acogida al principio, al fin no se llevó a cabo y se fué a parar derecho a la paz. La acepté sin protestar, que no correspondía a mí hacer eso, y ni tomé parte en indicar ninguna otra fórmula. Entendí que mi misión estaba terminada tristemente, pues ella era pelear al lado de los cubanos, y al desear ellos la paz mi presencia estaba de más allí.

En aquella guerra desastrosa de 10 años, había consumido inútilmente el valioso caudal de mi juventud y de mis fuerzas, ahora ya gastado y por todo capital los andrajos de la miseria, era encontrarme parado ante un presente aterrador, teniendo de frente un porvenir tan obscuro como incierto; al lado del pesar por tantos ensueños de gloria desvanecidos, me abrumaba la idea de haber arrastrado a la desdicha que debían compartir conmigo a una mujer y tres hijos, pues me había casado durante la guerra. ¿Qué hacer pues, en situación tan apurada y difícil?

El Jefe enemigo General Arsenio Martínez Campos, rico de oro y rebosando orgullo y satisfacción por un triunfo conseguido a tan poco costo, me hizo ofertas cuantiosísimas para que me quedase en el país *ayudando a su reconstrucción,* pero rechacé con

energía todas esas ofertas, pues que no me pareció digno ni decoroso vivir pacífico, tranquilo y sumiso, a la sombra de la bandera que yo mismo había combatido durante 10 años con tanto tesón como lealtad. El dilema era delicado y serio, donde no cabían términos medios; o resuelto a emprender el camino del destierro hasta morir quizás, con alguna honra; o aceptar del General Martínez Campos su protección y amparo, envainando la espada en Cuba libre para ir a vivir a Cuba española y renunciando de este modo y para siempre de la Revolución, olvidando sus grandiosos recuerdos, confesándome vencido y jurando fidelidad a España; para después de todos estos sacrificios, recoger lo que era natural: el desprecio de los españoles.

Resuelto y sin miedo, dirigí mi rumbo a otras playas cubierto con mi gran infortunio, acompañado de mi esposa y tres niños y sin más amparo que Dios.

La Isla de Jamaica, colonia inglesa me dió hospitalidad, pero fuí como un náufrago arrojado por la tempestad a país desierto, porque de distinta raza y sin saber el idioma, nadie puede esperar nunca nada de los habitantes de aqulle tierra, en donde desde el tiempo de sus aborígenes, el mismo Coolón por poco se muere de hambre y soledad. El elemento cubano que allí había esperando largos años, que le diéramos la Patria libre, se sintió indignado contra todos los que combatimos 10 años sin poder conseguir el triunfo. No contento el destino con mi precaria situación quiso agregar un nuevo suplicio a mi infortunio, pues pensando encontrar allí amigos compasivos agradecidos y generosos, que me amparasen, es por el contrario gente apasionada y de limitados alcances; vieron en mí el primer factor de la Paz que concluyó con una guerra a que nunca fueron ellos a ayudar, de ahí que fuese yo el blanco de su injusto encono y desprecio.

En aquella miseria y orfandad abrumadoras trabajo me costó desvanecer tan negra injusticia, y a fuerza de hacer luz y demostrando la verdad de los sucesos ocurridos en Cuba, logré al fin serenar la opinión y que se me juzgase con más justicia y menos pasión.

No hay mejor consuelo, no hay más firme y se-

guro amparo, para sentirse uno lleno de fortaleza en las desdichas e infortunios de esta vida, que una conciencia sin mancha y tranquila. En mi desventura, en mi miseria extrema, acosado por el desprecio de los cubanos de Jamaica, pero con mi mente llena siempre de grandes recuerdos; mi familia dispersa, mis compañeros muertos, mis amigos dispersos también, el aislamiento entre los hombres que es más triste que la soledad en el desierto; yo sin embargo sentía una esperanza y un consuelo que me hacían tranquilo y resignado.

Después, como no hay médico más insigne para curar todos los males, como es el Trabajo, a él me he dedicado con ahinco y no me ha faltado pan para mis hijos.

No se ha rematado la obra, aún vive España en Cuba. Su poder se sienta sobre las puntas de las bayonetas y como ni aún los Gobiernos legítimos son eternos, veremos cómo se resuelve el destino de Cuba.

M. Gómez.

Monte-Cristy, Rep. Dominicana, Octubre 20 de 1894.

CONVENIO DEL ZANJON

RELATO DE LOS ULTIMOS SUCESOS DE CUBA

POR

MAXIMO GOMEZ

1878

CONVENIO DEL ZANJON

RELATO DE LOS ULTIMOS SUCESOS DE CUBA

POR

MAXIMO GOMEZ

1878

Kingston, 22 de Abril de 1878.

Sr. J. Bellido de Luna.

Muy señor mío:

En uso del ofrecimiento que usted se ha servido hacerme, suplico tenga la bondad de publicar en su interesante periódico las siguientes líneas. Doy a usted anticipadas gracias. B. SS. MM.

MÁXIMO GÓMEZ.

No era de extrañar que el convenio celebrado el 10 de Febrero entre cubanos y españoles para poner término a la guerra que hacía nueve años ensangrentaba la isla de Cuba, causara tristísima impresión en el ánimo de los que siempre pensamos que sería un hecho la independencia del país.

Por este motivo el espíritu inquieto de los intransigentes y sobre todo la conmoción que naturalmente experimenta la opinión pública en presencia de los grandes acontecimientos que suceden a los pueblos, hace que en vez de buscarse con calma e imparcialidad las causas que han producido los efectos que es

muy común las formen un cúmulo de circunstancias, se busque con espíritu irritado y apasionamiento, una víctima a quien inculpar y se hacen de la mejor buena fe, apreciaciones falsas y por consiguiente injustas.

En la actualidad y según el rumor que llega hasta mí, se me quiere hacer responsable del convenio que ha hecho cesar la guerra en una parte de la Isla de Cuba, suposiciones poco favorables a mi título de hombre honrado que trataré de conservar y hacer respetar a todo trance; y para que los cubanos y no cubanos que se ocupan de la cuestión de Cuba, puedan juzgarme con conocimiento de los hechos, que según entiendo desconocen por completo; daré al público un folleto en donde no solamente irán relatados los que han tenido lugar hasta mi salida de aquel país, sino los de épocas más atrasadas.

Con el título de ''Grandezas y miserias de la invasión de las Villas'' debí haber hecho publicar un escrito a fines del año 76, pero la opinión de un amigo que acogí de buena fe, me hizo desistir de aquel propósito, pues según él podía hacerle algún daño a la revolución, porque Cuba, (sus palabras textuales) no estaba para verdades.

Ahora mi objeto no es otro que ampliar aquel escrito hasta el momento del convenio celebrado en Camagüey, con la simple relación de los sucesos en que por mi posición me sentía en contacto con ellos, si no tomaba participación puesto que a mi juicio, sin que arranque desde allí no se podría apreciar ni el valor de mis opiniones ni de mi prestigio, si es que podía contar con alguno.

Así se verá el papel que he representado en la cuestión que nos ocupa y lo que hubiera podido hacer en bien de Cuba; entonces aceptaré sumiso cualquiera que sea el fallo que sobre mí recaiga, pero mientras tanto rechazo y protesto contra toda inculpación que se me quiera hacer, aunque no sea más que por la sencilla razón de que no le concedo a ningún cubano más interés que el que he tenido por

conseguir la independencia de Cuba, no obstante de ser un extranjero.

MÁXIMO GÓMEZ.

ADVERTENCIA

Cumplo mi ofrecimiento dando al público el relato de los sucesos que han tenido lugar en Cuba y que han rodeado, por decirlo así, el convenio celebrado el 10 de Febrero del presente año y al que se me permitirá designar con el nombre del abrazo del Zanjón, siquiere sea por lo abreviado de la frase.

Parece que la opinión de muchos, es, que he representado el principal papel en aquel asunto y hay bastante razón vista la significación política que siempre se me ha querido dar en la Revolución de Cuba, la que no me he explicado ahora ni nunca; por eso es mi objeto que se aclare lo que atañe a mi humilde persona, pues si bien no quisiera obtener por fruto de mis afanes y dolores por Cuba el desagrado de los intransigentes, tampoco deseo recoger plácemes y aplausos de los inclinados a la paz.

Pudiera extenderme sobre otros puntos de la guerra de la independencia de Cuba, pues tengo dos ventajas para ello; la primera y principal, que estuve en todas partes, porque no me agradó la situación de Jefe Local y con ese motivo conocí la mayor parte de sus hombres; y la segunda, que he tenido la fortuna de conservar mis apuntes desde que principié a conspirar en Bayamo, donde tengo anotados la mayor parte de los acontecimientos más importantes ocurridos allí: mas no quiero ni puedo hacerlo y sólo me limitaré a lo que se contrae directamente a mi personalidad.

He hecho esta ligera digresión, solamente para hacer comprender que lo que voy a decir no lo sé por referencias, sino que lo he visto, lo he oído y lo he tocado.

Dejo ya indicado que debo principiar mi relato de épocas muy atrasadas para que se puedan conocer mejor las causas que han producido el efecto, y pue-

da otro con más inteligencia señalar en qué hora funesta y desgraciada comenzó el engendro del abrazo del Zanjón.

Así pues consecuente con mi propósito, no haré más que continuar mi folleto hasta el día que abandoné las playas de Cuba y que por motivos ya indicados había quedado en suspenso.

CONVENIO DEL ZANJON

RELATO DE LOS ULTIMOS SUCESOS DE CUBA

El esperar es toda la venganza
de la verdad.

LAMARTINE.

Poco tiempo hacía que me encontraba en la jurisdicción de Guantánamo (mes de Julio de 1871), cuando el Gobierno y la Cámara de Representantes pasó de Camagüey para Oriente en cuyo Departamento podía contarse en aquella época con alguna seguridad para que los supremos poderes de la República pudieran ocuparse con tranquilidad de sus tareas.

Mientras permanecía en Guantánamo encargué del mando de la jurisdicción de Cuba a mi segundo, entonces Brigadier Calixto García Iñiguez, el que me anunció la llegada del Gobierno a aquel territorio. Con la mayor brevedad marché a ponerme a sus órdenes, teniendo frecuentes conferencias con el Presidente, Carlos Manuel de Céspdes; en todas ellas nos ocupábamos del estado de la revolución que en general era poco halagüeño, pues la única porción del ejército que se sostenía con aparentes ventajas sobre el enemigo, era la que yo mandaba; porque, habiéndose dado algunos golpes como los combates de la Demajagua, toma de Tiarriba, ataque de Jiguaní y la ocupación del rico territorio de Guantánamo uniéndose al feliz desembarco de las expediciones llevadas por los Coroneles Manuel Codina, Rafael Quesada y Melchor Agüero, se había levantado el espíritu público, lo demás anunciaba la ruina y decadencia de la República; Bayamo perdido y desorganizado, el General venezolano Manuel Garrido que lo mandaba había sido desgraciado; Camagüey sosteni-

do tan sólo por un puñado de valientes con el audaz y noble Agramonte a su frente; pues el resto se hallaba con los españoles; Las Villas totalmente abandonadas y las reliquias de su ejército vagando desde Camagüey hasta Oriente; ese era nuestro estado en aquellos memorables y amargos días.

En mis conferencias con el Presidente tratábamos del modo de hacer avanzar la revolución hacia Occidente y recuerdo con placer las palabras del noble caudillo. "Un millón de combatientes en Oriente no bastarán para volver a la Revolución sus días de esplendor y se hace preciso que invadamos Las Villas", desde entonces nació en mi ánimo el pensamiento de la invasión y trabajé sin tregua ni descanso para la realización del plan, obteniendo el nombramiento de Jefes y Oficiales, sobre los elementos con que se podía contar, condiciones del terreno, de la trocha o línea militar de Júcaro a Morón y modo de forzar su paso, estudié en fin todo hasta en sus más mínimos detalles; mas poco pude obtener; pensar en aquellos días de pavorosa situación en avanzar era una locura pues el paso sólo de la línea era un problema de casi imposible resolución, que se presentaba a los ojos de aquellos soldados aún bisoños, como un terrible fantasma que en guardia permanente, nos impedía el paso a aquellas comarcas. No desistí de mi propósito y traté por todos los medios posibles de imbuir la idea, llegando a conseguir muchos adictos, la mayor parte Jefes aguerridos y de prestigio que militaban a mis órdenes como el entonces Coronel Antonio Maceo y otros.

Reúno al Teniente Coronel Pío Rosado, diputado Manuel de Jesús Peña, mi secretario, entonces José Villasana, y también al Coronel José Payan para que me ayudasen a estudiar un plan de invasión, y en su consecuencia pasa Rosado al Gobierno a presentarlo, era el siguiente:

Debía alistar 500 hombres y conducirlos a un lugar de la costa Sur donde esperaría a que el Gobierno hiciese llegar un vapor con algunas municiones en el cual me embarcaría para verificar el desembarque en cualquier punto de las costas villareñas. Sorprendía así al enemigo que estaba desprevenido mientras

que otro General al frente de una columna forzaría el paso de la línea y al que apoyaría inmediatamente; omito el entrar aquí en minuciosos detalles que sería tarea larga y enojosa.

Fué desechada mi proposición y recuerdo también las palabras de Céspedes: "Se quiere hacer como Hernán Cortés, quemar las naves y no puedo permitirlo pues pueden usted y los suyos sacrificarse inutilmente, esperaremos los recursos necesarios para hacerlo de distinto modo." Por más que insistí no pude conseguir su aquiescencia y todo quedó aplazado.

Salió por entonces con la mira de allegar recursos comisionado al extranjero el hermano del Presidente, Coronel Pedro Céspedes, pero yo (debo ahora confesarlo) hice que le acompañasen el Teniente Coronel Pío Rosado y mi Secretario Villasana, con la misión secreta de hablar con el General Francisco Aguilera, encargado entonces de los asuntos de Cuba en el exterior y consiguiesen hacer las cosas de modo que pudiese realizarse mi plan y que una vez arreglado me lo participase Rosado para que sorprendiendo así al Presidente no tuviera más recurso que aceptar y dejarme llevar a efecto el movimiento.

Pasaba el tiempo, las tropas de las Villas que se habían corrido a Oriente volvían al Camagüey y Agramonte las reunía y organizaba de un modo adecuado a la situación del momento y como sucede siempre con todo lo que fracasa, dejó de hablarse con calor de la invasión, conservando únicamente la idea en el pequeño círculo de orientales que me rodeaba.

Pasó el año 1872 y entró el 73 y la pérdida del nunca bien sentido héroe camagüeyano Ignacio Agramonte, me colocó al frente del Ejército del Centro; desde luego mis movimientos todos envolvían siempre la tendencia invasora de modo que insensiblemente me fuesen proporcionado el desarrollo de mis proyectos. En los cuerpos del Camagüey, en talleres y otras comisiones del servicio estaban colocados muchos hombres de las Villas y mi primera disposición fué que se incorporasen en sus respectivas divisiones para nutrir aquel cuerpo que debía ser la vanguardia, viendo pronto reunidos solo de aquella fuerza, cerca

de mil hombres y a las tropas del Camagüey que en su mayor parte eran de Caballería, logré darles la organización que se requería; mas no obstante faltaba aún lo principal; no contaba con municiones suficientes y el Gobierno no podía dármelas, ni abrigaba esperanzas llegasen del extranjero; en tal situación no quedaba más que un medio, arrebatarlas al enemigo.

Doy principio a mis trabajos y pronto logramos contener al enemigo; nuestras filas se engrosaron y el entusiasmo y la decisión en hermosísima creciente suplían la carencia de municiones y favorecida en fin la revolución por la situación política de España, principió a tener la época más brillante de su vida que por desgracia no se supo aprovechar.

Se me participa por el ciudadano Miguel Betancourt, encargado de las confidencias de la plaza de Santa Cruz, la posibilidad de apoderarnos del depósito de municiones del enemigo: se estudia el plan de ataque y el 28 de Septiembre estaban en nuestro poder 100,000 tiros; desde entonces creí realizado mi proyecto; mas era preciso para tan trascendental movimiento dar parte al Gobierno y contar con los refuerzos que pudiese enviar; así como aprovechar el invierno en que íbamos a entrar.

En esos momentos recibo una comunicación del General Vicente García citándome para una conferencia en la que debíamos tratar asuntos importantes del país; acudo a su llamamiento y nos vemos el día 24 de Octubre del 73, en Santa Ana de Lleo; me expuso la imperiosa necesidad en que estábamos los Jefes militares de tomar la iniciativa para la deposición de Carlos M. de Céspedes como Presidente de la República; puesto que se hacía necesario esa medida y la Cámara a quien correspondía hacerlo no tomaba providencia alguna. Le contesté que no podía estar de acuerdo; que de cualquier modo que se hiciese aparecería como un motín militar; y que debía dejarse a la Cámara obrase con libertad sobre ese asunto.

Eran momentos solemnes para mí, preocupado con la nueva campaña y temeroso se me trastornaran mis proyectos con el acontecimiento que me había indicado el General García; así sucedió, pues aunque con

antelación bastante envié una comisión al Gobierno participando mi plan de invasión; todo lo que se dispuso para protegerlo fué escaso y tardío.

Carlos M. de Céspedes es al fin depuesto por la Cámara y le sucede en el destino Salvador Cisneros que era presidente de ese cuerpo; hombre sin ningunos conocimientos militares, fácil de dejarse dominar por indicaciones de otro y es desgraciadamente al que le toca ocuparse de la aprobación de mi plan y proporcionarme los recursos que pedía: 500 hombres con una organización especial indicada en el mismo pliego y al mando del entonces Brig. Antonio Maceo; era el único esfuerzo que pedía al Gobierno; conocía el ejército de Oriente y me permití enviarle al Presidente hasta el cuadro de Jefes y Oficiales que debían mandar la columna; sucedía esto a principios de Noviembre y esperaba que el refuerzo se me incorporara en la primera quincena de Diciembre. El Presidente me contesta que todo estaría listo para el plazo indicado, ofreciéndome hasta ser más largo en el envío de tropas. Pasaron los meses de Diciembre, Enero y Febrero, sin que llegasen los refuerzos y sé oficialmente que el Gobierno había concentrado las tropas en Tacajó, jurisdicción de Holguín y cuando se exigía economía de hombres y municiones se marcha a las zonas enemigas de aquella Ciudad; en Melones se provoca el gran combate sostenido por el General Calixto García Iñiguez, Jefe entonces del departamento Oriental y en el cual aunque el enemigo abandonó el campo, nuestras tropas sufren bajas de consideración, consumiendo gran cantidad de municiones. Después de esta cruda jornada emprende marcha el Gobierno con el resto de este ejército y sin ocuparse de la organización que le había indicado; se dirige a Camagüey, acampando el 30 de Enero de 1874 en San Diego, línea limítrofe del centro y Oriente, porque el General Calixto García se opuso a salir de su territorio; se me ordena pasar al campamento lo que hago inmediatamente comprendiendo desde luego que principiaba a trastornarse el plan; pues no habiéndose guardadoo el sigilo necesario estaba seguro que el enemigo sospechaba nuestro intento; no por eso me desalenté y por el contrario ayudé a organizar 300 hombres, único re-

fuerzo que pudo dárseme, mas no en la forma que previamente había indicado, pues ni aún los Jefes designados formaban parte del pequeño contingente a excepción del Brigadier A. Maceo y Coronel R. Céspedes, ignoro las ocultas maquinaciones que desalentaron a los veteranos de Oriente.

En este estado las cosas marché a Naranjo donde tenía estacionada gente de caballería para de allí emprender la marcha en que debían ir incorporándose paulatinamente las demás fuerzas que tenía convenientemente escalonadas; ya en Naranjo y apenas dado descanso a las tropas, tengo aviso que gruesa columna enemiga de las tres armas se dirigía a mi campamento, no creí oportuno ni conveniente presentar combate al enemigo; pero me encontraba en una situación difícil. Ya penetrado de mi plan si no lo resistía quedaba en actitud de no abandonarme la pista y sin batirme podía quedar desde luego derrotado; además las tropas extrañas al lugar podían disgustarse con un movimiento que para ellos no tendría explicación. Me resolví pues a esperar a Báscones teniendo lugar la batalla de Naranjo y Moja-casabe el 10 de Febrero, donde aquel Jefe español salió completamente derrotado; verdad es que quedamos dueños del campo y el enemigo fué tenazmente perseguido; pero consumimos gran cantidad de municiones sufriendo más de 60 bajas que entre nosotros sin hospitales establecidos, la imperiosa necesidad de atender a los heridos las triplicaba.

En tal situación me era neceesario que los hombres del Gobierno me ayudasen con sus esfuerzos y determinaciones: por eso deseaba que el General V. García que estaba nombrado Secretario de la Guerra en sustitución del Dr. Félix Figueredo tomara posesión del destino, para que con su influencia y disposiciones puramente militares, me favoreciese; mas el General se excusa resueltamente y espera ver sucederse los acontecimientos.

Una vez desembarazado de la impedimenta y menguada notablemente la fuerza más veterana, continué marcha acampando en Antón ya al Oeste del Camagüey, donde debía organizarme definitivamente; corrían entonces los primeros días de Marzo y con bastante trabajo logré reunir más de

800 infantes y 500 caballos; ocupado en dar las órdenes de marcha se recibe aviso del General Calixto García Iñiguez de que el Teniente Coronel Payito León se había sublevado en las Tunas con una parte de aquella División: tengo que detenerme porque aún no había concluído el Gobierno de darme ciertas órdenes que me eran necesarias para obrar con desembarazo supuesto que el teatro de mis operaciones iba a ser muy distante de su residencia: con tal motivo se pierden algunos días porque el General Vicente García se negó a mediar con su influencia sobre los amotinados que se decía deseaban que él los mandase. Por fin sin quedar del todo arreglado ese asunto emprendo mi movimiento el día 15 de Marzo a cuyo tiempo tengo aviso que el enemigo en número considerable y de las tres armas se encontraba a poca distancia a mi izquierda: como el camino que debía seguir hacía rumbo a la derecha creí por un momento que forzando mi marcha aunque éste cayese sobre mi rastro no le sería posible darme alcance o al menos molestarme solo la retaguardia lo que no me hubiera impedido entretenerlo con guerrillas, mientras el grueso de la columna continuaba su movimiento hacia las Villas. Mas no sucede así, era el Brigadier Armiñan que con 3,000 hombres estaba en observación de aquella zona que debía precisamente atravesar y ya en las Guásimas y sin poderlo evitar tuvimos el encuentro que dió lugar a los cinco días consecutivos de rudo combate cuyo resultado es público y notorio; bien se comprenderá que a pesar de la victoria alcanzada, nuestras tropas quedaron en condiciones poco ventajosas para continuar el movimiento. Habíamos sufrido más de 200 bajas consumiéndose gran parte de municiones, y la caballería aunque entró poco en acción, como los jinetes estuvieron los cinco días sobre las riendas, estaba estropeada.

Tuve pues que replegarme a una legua del punto de la acción para ocuparme nuevamente de organizar la columna y sobre todo de la penosa y sagrada tarea de atender a la colocación y cuidado de los heridos. Consecuencia precisa era pues tomar una determinación porque las medidas preliminares del plan estaban ya trastornadas y no contaba apenas con una fuerza respetable con que arrollar al enemigo

que se presentare a mi paso: por otra parte no todos los lugares eran a propósito para colocar los heridos y no siempre se puede marchar al acaso.

Apercibido y sabedor ya de nuestro intento era preciso que la estrategia y la astucia suplieran a la fuerza de que carecía, aunque fuese tan solo para desorientarle, así pues, mientras mandaba al Coronel Francisco Jiménez que con una pequeña guerrilla pasase a las Villas como una exploración; me dirigí en opuesto rumbo y lo hice a San Miguel de Nuevitas atacando dicho pueblo; caímos después sobre Cascorro en tanto que el enemigo se encontraba en la línea férrea del Camagüey sin oponerse a mi movimiento ofensivo; verdaderamente su actitud demostraba la conveniencia de la ocupación de aquella zona, porque le era fácil acudir bien fuese por tierra o por mar a la línea militar de Júcaro, punto objetivo para nuestra marcha, y oponerse así a nuestro paso.

Después de la excursión sobre Nuevitas y Cascorro entré en el Cachorrillo, sur de Camagüey; único punto donde en aquellos días se contaba con algún pasto, porque los incendios que comunmente se suceden en la seca habían aniquilado los potreros; pasé revista a la tropa, inspeccioné su número y estado de nuestras caballerías y para mayor abundamiento, dieron principio las aguas de la estación de primavera; creí pues imposible llevar a efecto entonces la invasión.

Pasé comunicación al Gobierno dándole cuenta de las causas que se habían opuesto a la realización del plan; causas que él mismo había palpado porque me seguía muy de cerca y concluyo mi parte oficial con estas palabras: ''No desistiré de mi propósito, pero desearía que se me dejase a mí solo la iniciativa del movimiento para llevarlo a cabo como y cuando lo crea conveniente, aprovechando la oportunidad más favorable y con los recursos que pudiese crearme, sin que el Gobierno tuviese que tomar parte''.

El Gobierno me contesta satisfactoriamente al primer particular de mi comunicación pero a lo último dice. ''Siendo la invasión de las Villas un suceso de tanta trascendencia es justo que tomemos medidas para proporcionar a usted más recursos de los que

puede disponer y así absténgase de emprenderlo, sin contar con la iniciativa de este Centro.

Como mi proposición al Gobierno por su índole puede prestarse a interpretaciones voy a indicar los móviles que me impulsaron a obrar así. Deseoso de llevar a efecto mi propósito y escarmentado por los inconvenientes que se me habían proporcionado, llegué a dudar el conseguirlo, si como se me ordenó lo participaba: quizás me equivocase, mas un buen propósito me guió. No le era dable a nuestro Gobierno por las condiciones especiales en que se encontraba realizar plan militar alguno, pues no conocía los recursos conque se podía contar por estar éstos sujetos a la eventualidad de que cada Jefe se los proporcionase, teniendo la mayor parte de las veces que arrancárselo al enemigo; ni podía exigir el exacto cumplimiento de sus órdenes, pues lejos del terreno no podía estar al tanto de los sucesos que en la guerra varían con tanta facilidad y que colocaban a sus subordinados en bien distintas condiciones de lo que ellos creían; sucedía también que tan pronto como se trasmitía al Gobierno, traslucíase, perdiendo la ventaja de la sorpresa, único recurso que teníamos luchando con un enemigo superior en número, más diestro en el arte de la guerra y abundante de recursos y si se duda, reflexiónese sobre la conducta del Gobierno al darme el primer contingente oriental.

Entró de lleno la estación de las lluvias en la que apenas se puede emprender nada serio; ya el proyecto era para mí cuestión de honor y traté de ir preparando las cosas para este gran paso; siempre con la secreta idea de emprender el movimiento por mi propia cuenta y sin contar con el Gobierno.

Como la División de las Villas eran las primeras tropas que debían tomar parte en esta operación, me ocupé con asiduo cuidado de su organización, conservación y aumento; puse al frente de ellas al Brigadier Antonio Maceo, Jefe de reconocida pericia y notable fama, pero desgraciadamente no pudo permanecer en el destino porque los villareños le hicieron la más resuelta oposición, por causas que no se pudieron justificar; lo reemplaza el Coronel Gabriel González que antes de dos meses sufre la misma suer-

te y ocupa su puesto el Brigadier José González que antes había sido rechazado, pero que era pedido entonces. Aunque estos trastornos hacían notable daño logré sin embargo conservar este núcleo de tropas, colocando al lado del Brigadier J. González al Teniente Coronel José Urioste Pérez, hombre trabajador e inteligente; de carácter a propósito para armonizar aquellos elementos amenazados constantemente de disolución.

Corría el mes de Noviembre de 1874, había logrado hacer mis preparativos sin que se penetrase el enemigo de mi intención.

Con bastante antelación y so pretexto de señalar una nueva zona de operaciones a la División de las Villas; ordené ocupase la del Oeste del Camagüey quedando así a pocas jornadas de la trocha del Júcaro y que acostumbrándose los españoles a sentirlas en aquel territorio no les llamase la atención su permanencia allí; así resultó y esta medida trajo por resultado la toma del fuerte de San Gerónimo.

Concentrado el 10 de Enero de 1875, con una columna de 600 infantes y 300 caballos dispogo mi marcha, entregando al Diputado Francisco Sánchez Betancourt, hombre de mi confianza y cuya discreción es notoria, un pliego cerrado para que más tarde lo entregase al Brigadier H. M. Reeve a quien nombraba Jefe del Camagüey; participándole el movimiento que emprendía y dándole instrucciones.

Acampado en Ciego de Escobar reuní los principales Jefes y les participé mi proyecto, no ocultándoles las pocas municiones con que contábamos, como también la situación en que me iba a colocar con respecto al Gobierno, teniendo en cuenta la orden expresa que se me había trasmitido de no invadir las Villas sin su anuencia, pero, que estaba resuelto a arrostrar las consecuencias de mi buena o mala suerte, si todos me ayudaban en la empresa.

Después de una ligera discusión todos manifestaron estar de acuerdo y esa misma noche sin conceder nada al descanso me ocupé de estudiar el orden en que debía hacerse marcha tan comprometida.

El día 6 (Enero) a los primeros albores de la mañana fué forzado el paso de la Trocha por la co-

lumna invasora y omito los detalles porque ya están dichos en los partes oficiales.

Avanzando rápidamente y aprovechando la sorpresa del enemigo ya el 11 teníamos en nuestro poder 60,000 tiros resultado de la toma de varios campamentos; se habían incorporado más de 400 hombres y ocupado más de 1,000 caballos; estaba en nuestro poder la jurisdicción de Sancti-Spíritus: ordené al Brigadier Manuel Suárez ocupase la de Remedios y al Brigadier José González las de Cienfuegos y Villaclara.

El enemigo, como era natural, acumuló fuerzas sobre el ejército invasor, quedando el Centro y Oriente en condiciones ventajosísimas, pues allí se limitó a estar a la defensiva.

Al Teniente Coronel José Gómez tocóle la honrosa misión de llevar al Gobierno tan buenas nuevas y marchando en caballos escogidos, llegó felizmente; pocas comisiones se desempeñaban con tanta rapidez y a través de dos líneas enemigas. Pedía me enviasen refuerzos porque la hora había llegado y el momento era oportuno; las puertas de Occidente estaban abiertas para que la revolución entrase triunfante; no encontraríamos seria resistencia; mas no podía continuar avanzando, pues no tenía tropas para, haciéndolo, dejar asegurado el territorio invadido. Se me contestó asegurándome se iban a tomar las medidas conducentes para enviarme los refuerzos que reclamaba.

Por desgracia pasan los meses de Febrero, Marzo, Abril, Mayo y Junio, estación propicia para la campaña, sin que lleguen los refuerzos y sí la noticia de que un motín militar había estallado en las Tunas capitaneado por el General Vicente García, por cuyo motivo recibo órdenes de pasar al Camagüey dejando encargado del mando al General Julio Sanguily; Una vez en la residencia del Gobierno (Camagüey) me enteré del estado de las cosas, así como de lo inútil que sería el pensar en refuerzos en aquellos momentos, porque el Coronel Francisco Borrero, encargado de conducirlos se había puesto a las órdenes del General V. García; comprendí que ese acontecimiento debía de traer por consecuencia el cambio de la administración Cisneros y que esto trastornaría cuan-

do no hiciera ineficaces los esfuerzos que se hiciesen por auxiliar las Villas.

Como he tratado siempre de no mezclarme en la política interior del país, hice lo que me fué posible en una conferencia con el General García para arreglar tan delicado asunto; que ponía si se quiere en peligro la revolución en los momentos más favorables. Por fin todo se arregló del mejor modo posible; Cisneros fué depuesto, sustituyéndolo el Coronel B. Spotorno, presidente que era de la Cámara de Representantes.

Volví a ocupar mi puesto sin que a mi modo de ver hubiese adelantado nada, mas sin embargo continué marcha hasta la parte occidental de Cienfuegos donde dí algún impulso a las operaciones a cargo del General Roloff por muerte del Brigadier José González; a mi regreso a Sancti-Spíritus comprendí la sorda oposición que algunos Jefes de las Villas hacían al General Sanguily y a varios Jefes camagüeyanos que a mi juicio no había con quienes reponer de momento y que sin éstos no era realizable la organización que debía darse al cuerpo del ejército invasor.

Preveía que mi situación sería complicada y difícil, que los villareños con su sistemático provincialismo repetirían las mismas escenas que al principio de la revolución y que me encontraría en un destino erizado de inconvenientes que neutralizarían por completo mis esfuerzos; me resolví pues y pretextando solo para ello motivos de salud hice mi renuncia al Gobierno; sucedía esto en el mes de Agosto y el Presidente me contestó lo que se expresa en el (Doc. Nº 1). Volví a repetir mi renuncia contestándome en igual sentido; necedad hubiera sido insistir de nuevo y me resigné a continuar en el mando.

Colocado en tan falsa posición no descansé un momento en hacer cuanto estuviese en mis manos en provecho del país; así fué, que muy pronto volvía sobre las Villas occidentales con una columna al mando del valiente Teniente Coronel Luis Morejón, el día de la marcha y ya en formación la tropa, atentó a la vida del General J. Sanguily el Coronel Jefe de Sanidad Militar Dr. José Figueroa disparándole un tiro de revólver a consecuencia de ofensas parti-

culares; suceso desgraciado que dió margen a ulteriores y trascendentales disidencias; siendo este hecho ejemplo perpetuo de lo poco que se consideraban allí las sagradas instituciones del ejército (Doc. número 2).

Al regresar encontré como era natural los asuntos en peor situación siendo sensible que no solo tenía que luchar con el enemigo común sino vivir en constante afán organizado tantos elementos encontrados. Por fortuna en aquellos momentos me envía el Presidente Spotorno el primer contingente al mando del Coronel Mariano Domínguez y aproveché estos elementos para emprender marcha a Occidente; acallando de este modo las pasiones y las intrigas allí en juego; teniendo lugar entonces la acción de los Cerros del Jíbaro que me impidió llegar donde tenía colocado al heroico Brigadier H. M. Reeve, extranjero generoso a quien Cuba debe inmensos servicios; mutilado sin igual a quien solo el amor a la libertad y a la justicia dió fuerzas para completar el sacrificio que selló gloriosamente con su muerte en Yaguaramas; tuve forzosamente que despachar al General Sanguily con el cuerpo de caballería para la jurisdicción de Sancti-Spíritus quedándome para cambiar de nuevo mi plan; pocos días después, recibo oficio de aquel Jefe incluyendo su renuncia y dándome cuenta de la carta que el Teniente Coronel Serafín Sánchez dirigía al Coronel Francisco Jiménez publicada por la prensa española que dará idea más clara del estado de las cosas.

Tuve necesariamente que volver a Sancti-Spíritus dejando al frente de las fuerzas Occidentales al General Manuel Calvar que había ido a servir a mis órdenes. Quise dejar al Gobierno la resolución de asuntos tan delicados y el General J. Sanguily pasó a la residencia del ejecutivo siendo portador de la comunicación (Dos. Nº 3).

Pedía al Gobierno una conferencia pues de otra manera no veía la posibilidad de arreglar aquellas divergencias; esperé hasta que recibí la orden de pasar al Camagüey. Ya ocupaba la Presidencia de la República el ciudadano Tomás Estrada Palma.

En Cuba siempre se había tachado a los Gobiernos de poco enérgicos, de tener poco tino en sus medi-

das y se concluía diciendo que la ineptitud era la falta más marcada que caracterizaba a los hombres que la componían y es sabido que esa es la costumbre de todos los pueblos; pero sea que la administración Estrada escarmentase estudiando la historia de los Gobiernos anteriores o que inspirada verdaderamente de sentimientos de orden y justicia, una vez se enteró de los asuntos de las Villas; no solo no quiso aceptar mi renuncia en la que insistí, sino que dispuso volviese a ocupar su puesto el General J. Sanguily siquiera por unos días, salvando así el principio de disciplina y que más tarde, según el plan de organización que me ordenó, pasara dicho General a mandar las fuerzas de vanguardia que debían componer los contingentes de Oriente.

Me autoriza para crearme recursos pecuniarios y con ellos elementos de guerra enviando comisionados al extranjero; me alienta en fin con su valioso apoyo para hacer avanzar la revolución a Occidente; por último me ordena pasen a la residencia del Ejecutivo el Coronel Francisco Jiménez en vista de su queja en contra mía (Doc. Nº 4) y mi informe Doc. número 5) y el Dr. José Figueroa en razón de no haberse fallado la causa que se le seguía por falta de insubordinación; con la doble mira de desembarazarme de esos asuntos enojosos y que pudiese ocuparme exclusivamente de la campaña.

No necesitaba de tanto para sentirme animado de nuevo y confieso que me formé demasiadas ilusiones; en 48 horas de marcha volví a repasar la línea militar del Júcaro; el General Sanguily lo hizo pocos días después y muy pronto principié a cumplir las órdenes del Gobierno, organizándolo todo de modo que diese por resultado la invasión de Occidente.

Se anunciaba la llegada del General Martínez Campos con sus refuerzos y mi bello ideal era encontrarme con él en las puertas por lo menos de Colón, mas en esos momentos, he aquí lo que acontece.

Los villareños obedeciendo siempre a la funesta tendencia de no admitir Jefes que no fuesen naturales de las Villas o que pertenecieran a una Sociedad bastante perjudicial que allí se estableció denominada "Unidad Republicana", principiaron secretamente a minar las masas y a consecuencia de sus predicacio-

nes e influencias se desertaron la mayor parte de los soldados de los distintos cuerpos, concluyendo por traer un estado completo de desorden. Por último el Comandante Angel Mayo, Capitán Miguel Alayón y Teniente Felipe Rodríguez que colocándose fuera de la Ley se ponen al frente del motín (para encauzarlo) (Doc. Nº 6) no siendo suficientemente hábiles y careciendo de significación alguna, creí, como sucedió, que el resultado sería un completo desbordamiento.

Mientras averigüé las causas de semejantes sucesos y con la idea de atraer los individuos que habían desertado, me tomé la libertad de dar un indulto (Doc. Nº 7). Sabiendo por fin que los motivos eran no querer a los Jefes Julio Sanguily, Gabriel González, Rafael Rodríguez, Enrique Mola, Julio Díaz y Manuel Lechuga, hicieron su renuncia marchando para Camagüey.

Mi situación era completamente falsa como es fácil comprender, pues desde el momento que me ví obligado a tomar ciertas medidas que llevaban el sello de la presión de los acontecimientos, se perdió el orden y la disciplina: no obstante continué en el mando, dando parte al Gobierno de lo acontecido.

El 10 de Octubre y sin haber recibido contestación a mis últimas comunicaciones, se me presentó el General Carlos Roloff y me participa que la generalidad de los Jefes villareños deseaban que yo también dejase el mando; lo hice así inmediatamente, resignándolo en dicho General sin detenerme a indagar la causa de aquella injustificable conducta, que cualquiera que fuese satisfacía mis deseos, proporcionándome el modo de dejar el mando de aquel departamento.

Para mayor garantía llamé al Teniente Coronel Serafín Sánchez, Capitanes Juan Veloso y Juan Molina a cuyos tres individuos de reconocida probidad les hice entrega de los fondos que aún estaban en mi poder, ascendentes a la suma de nueve mil y pico de pesos; asimismo les dejé las cantidades que aún estaban en manos de las comisiones encargadas de extraer de los poblados enemigos elementos de guerra, que aún no habían liquidado sus cuentas y ascendían poco más o menos a cinco mil pesos.

Días antes se me había incorporado el General Manuel Calvar, trayéndome los fondos de que hice entrega a los oficiales antes dichos y manifestándome no poder permanecer en su destino, en vista de los sucesos que tenían lugar en ese territorio.

Como había tenido al Gobierno instruído de lo ocurrido y en mis últimas comunicaciones indicaba que creía necesaria su presencia en aquel departamento, pues de ese modo sería más fácil organizar de nuevo aquel cuerpo de ejército, esperé todo el mes de Octubre hasta que se me ordena asumir nuevamente el mando.

Comprendí entonces, que el Gobierno no había podido hacerse cargo de la verdadera situación de las Villas, supuesto que me daba una orden imposible de cumplir, puesto que no habían desaparecido las causas que me obligaron a entregar el mando del ejército, a otro general. Con tal motivo resolví pasar al Camagüey en unión del General Calvar; creía encontrar el Gobierno allí, mas no era así, y se le esperaba de un momento a otro; llega por fin el día 10 de Diciembre y le doy cuenta verbalmente justificando el poderoso motivo que me obligó a abandonar el destino.

Difícil era resolver la cuestión pues por más confianza que yo le inspirase para el mando de aquel cuerpo de ejército, no tenía bastante fuerza moral (como no la tuvo allí ningún Gobierno) para reponerme en el destino, y la única solución posible, fué legalizar la situación incidental del General Roloff. Así se hizo, mientras se resolvía la marcha del General Vicente García, que era el indicado para hacerse cargo del mando de las Villas.

Cinco días después quedaba determinada la marcha del General García y aquel Jefe sale inmediatamente para las Tunas a prepararse y cumplir las órdenes que recibiera relativas a la fuerza que debía acompañarle.

Al propio tiempo me ordena el Presidente de la República hacerme cargo de la Secretaría de la Guerra y aunque traté de excusarme, pues a la verdad era para mí un destino poco agradable acostumbrado a una vida más activa en las filas del ejército, preciso fué aceptarlo para no aparecer desobediente.

A pesar de que el Presidente trató de halagarme prometiéndome hacer algo en el campo de batalla, si la Cámara aprobaba su determinación de ponerme al frente del ejército, para cuyo fin, debía estar a su lado, no me formé ilusiones, había salido de las Villas bastante desengañado y estaba seguro que no se podía contar con la severa disciplina indispensable para llevar a cabo planes de campaña. Por otra parte veía dudosa la marcha del General V. García porque sabía aceptaba el puesto con repugnancia y que como unnca había salido de las Tunas le sería duro abandonar el territorio donde siempre había combatido (como así sucedió) y esta circunstancia iba a proporcionar una situación difícil y embarazosa al Gobierno; tanto más cuando ya el General Martínez Campos venía a ponerse al frente del ejército español para dirigir la campaña y empezaba a desplegar sus elementos de fuerza y se hacía preciso que las medidas que tomáramos fueran ejecutadas con rapidez, para contrariar en lo posible los planes del enemigo.

Ya hecho cargo de la Secretaría de la Guerra, así como el Presidente encargado también del mando del ejército, le ayudo a estudiar un plan que debía ponerse en ejecución desde el Centro a Oriente para apoyar al General García contando que éste se ocuparía exclusivamente de las Villas; nos era preciso esperar su marcha tanto para que el Presidente quedase desembarazado de aquel asunto como para poder disponer directamente de las tropas que componían el 2º cuerpo cuyo mando debía dejar aquel General.

Para poner en movimiento las tropas de Oriente debía ir yo y ponerme de acuerdo con los Generales Modesto Díaz y Antonio Maceo, mas en vez de hacerlo así me es forzoso acompañar al Presidente a la jurisdicción de las Tunas para gestionar con el General García sobre su marcha, pues en vez de prepararse para ella, se ocupaba en operaciones, a mi juicio, de menos importancia, como fué el ataque al vapor conductor de raciones por el río Cauto y el del caserío de Puerto Padre, que por desgracia fracasaron.

Sería largo y enojoso historiar aquí minuciosamente las diferencias entre el General García y el Gobierno; las repetidas conferencias, la ridícula situación en fin en que uno y otro se colocaron en una cuestión puramente de obediencia al poder constituído. Véanse los Dctos. Nos. 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, que darán una idea clara de la conducta del primero y de la actitud del segundo, teniendo presente que como Jefe que era del segundo cuerpo podía disponer de los elementos que estaba autorizado a organizar.

El General García debía haber marchado en la primera quincena de Diciembre y el 12 de Marzo llega a Sao-Nuevo, riberas del Sevilla (Camagüey) donde se hallaba el Gobierno; traía una columna de 200 hombres de infantería, gente toda escogida de las fuerzas de las Tunas. Aunque tarde arrastrándose o arrastrado por la paciente tenacidad del Presidente Estrada, llega como para cumplir la orden y marchar a las Villas, cuyo paso en mi concepto era ya cuestión de honor, por razones que a nadie se le ocultan; me sentí arrepentido de la duda que había tenido de que no fuese capaz de cruzar la línea del Júcaro, que yo había cruzado siete veces y dos de ellas con mi señora y mis hijos. Por fortuna para tranquilidad de mi conciencia dos horas después en una conferencia que tuvo el General con el Presidente a la cual asistí con mi carácter oficial, comprendí de un modo positivo que no estaba dispuesto a ir a las Villas y que no marcharía.

Pedía al Gobierno lo que no se le había ofrecido, lo que sabía era imposible darle pues no lo había, pedía nuevamente lo que se le había dado y pedía tomar posesión del 2º Cuerpo cuyo mando tenía.

Al día siguiente no amanecieron en el campamento más que los Jefes y oficiales; toda la tropa se había desertado; el General García había quedado solo con algunos hombres montados de su escolta, que serían unos treinta. Al dar el parte de lo ocurrido, se le contestó como era natural lamentando la conducta de los desertores; que a la verdad no le hacía favor a aquel a cuyas órdenes siempre habían militado y que no obstante debía continuar marcha; el General apenas espera contestación y pasando a la tienda del

Presidente le significó que estaba dispuesto a marchar al día siguiente; quedando convenido, que 7,000 tiros que debían entregarle, le serían enviados al oeste del Camagüey (lo que hice yo mismo) donde aguardaría mientras arreglaba definitivamente su marcha de arrancada.

Cuando lo ví tan dispuesto presentí que aquel hombre iba dominado por una idea siniestra, me hallaba alarmado con la calma y sangre fría así de él, como de todos los Jefes y Oficiales que le rodeaban y con la que miraron la deserción de su tropa; yo sé lo que esas cosas abruman y afectan al hombre pundonoroso que ha emprendido la carrera de las armas que es de honores y de gloria, siendo más doloroso y lamentable la desmoralización de aquella tropa, por la situación en que se hallaba el General García y por la que atravesaba la revolución; preciso era sentirse desposeído de espíritu militar y de patriotismo para no sublevarse contra la criminal conducta de aquellas gentes. El Brigadier Manuel Suárez era el Jefe de aquella división y permanecía en las Tunas con el resto de ella e inmediatamente se le pasó oficio por la Secretaría de la Guerra participándole lo acontecido, para que tratase de reunirla y organizarla de nuevo mientras el Gobierno se trasladaba a aquel territorio.

El día 14 de Abril llegamos a San Rafael (Tunas) donde nos aguardaba el Brigadier Suárez a quien no acompañaba más que su pequeña escolta; el resto se había desertado y mucho menos había podido reunir la que lo había hecho en Sao-Nuevo, pues le negaban obediencia, diciendo no sólo que no irían a las Villas, sino que no debía ir el General García y que mientras éste no volviera a ponerse al frente de ellos, no se reunirían. Considérese cuál sería la situación; no había quien hostilizase al enemigo a excepción del Comandante Ortiz que con algunos números de infantería lo molestaba, algunos depósitos de cápsulas que se tenían reservadas, las que no cayeron en poder del enemigo, la gente las tomó por su cuenta y las malversaron. En tal estado se relevó del mando al Brigadier Suárez sustituyéndole el Coronel Francisco Borrero, que se suponía gozaba de simpatías y le sería posible organizar aque-

llo; mientras tanto regresamos al Camagüey precisamente en los días en que los españoles acumulaban sus fuerzas en él; no era posible emprender algún movimiento ofensivo, mas creí que pudiera hacérsele una resistencia tenaz en la que hubieran recibido grandes pérdidas. Era el 20 de Mayo y cuando todos creían que el General García había cruzado la Trocha, llegan al Gobierno simultáneamente avisos de los Jefes de los distintos cuerpos de Camagüey, que sus tropas todas se habían sublevado (en honor del Camagüey debe constar que de sus Jefes y Oficiales solo dos abandonaron su puesto) y según informes se le reunieron al General V. García que estaba hacia la parte Noroeste del territorio y que iniciaba un movimiento de reformas políticas para el país; dos días después llegaron al Gobierno las proclamas y manifiestos del levantamiento del 11 de Mayo en Santa Rita. Por mi parte quedé abismado, mas sin embargo, como creía que Cuba necestiaba de algunas reformas y aunque no era el momento oportuno para eso, deseaba ver el programa, al leerlo comprendí que se trataba de quitar a Tomás Estrada, es decir, cambiar de Presidente sin justificar la necesidad, causa de aquella medida.

Como todos los hombres sensatos del Camagüey protestaban en contra del movimiento, el Gobierno se vió apoyado por ese elemento moral y trató de contrarrestarlo, valiéndose para ello de una política puramente conciliadora y no de otro modo podía ser dado el carácter de Tomás Estrada demasiado benévolo y hombre ajeno a pasiones personales: todo fué en vano, el daño estaba hecho, el desorden se había entronizado, la disciplina no existía. Como el General García diese cita a las tropas sublevadas para el Ciego de Najasa, donde las aguardaba él con los suyos y en vez de hacerlo así marchó para las Tunas, quedaron vagando por el territorio aquellas partidas, de las que muchos soldados desengañados, pero temerosos por su conducta se presentaron al enemigo y otros se ocultaban en los montes prevaliéndose de aquella circunstancia trastornadora para no volver a sus filas; en fin la División camagüeyana que hasta entonces había sido un ejemplo honroso, se corrompió, perdió su buen espíritu

quedando solamente exento de tan funesto contagio, el regimiento de infantería "Jacinto" que siempre se mantuvo en el mejor estado. Gracias al interés que se tomaron los Diputados Salvador Cisneros, Juan Spotorno, Miguel Betancourt y Antonio Aguilar que personalmente salieron a predicar el orden y la obediencia al Gobierno se logró recoger algunos grupos.

Cuando se emprendía la penosa tarea de organizar nuevamente las cosas, se recibe un oficio del General García en el cual manifestaba que por motivos de salud no le había sido posible pasar a las Villas y que se dirigía a las Tunas donde pensaba reponerse, concluía diciendo que no estaba dispuesto a aceptar destino alguno mientras durase el actual orden de cosas; la comunicación estaba fechada en la parte Oeste del Camagüey, pero el oficial que la conducía, un tal Ramírez, venía de Santa Rita de las Tunas. Sin tomar en consideración las razones de su comunicación se le contestó que a la brevedad posible pasase a recibir órdenes.

Era ya entrado el mes de Junio y como se ignoraba cuál sería la actitud de las Villas y Oriente, se ofició al primer punto, dando a conocer los trastornos ocurridos y que no se contase con la presencia del General V. García como Jefe del tercer Cuerpo; debiendo pasar yo a Oriente a conocer la verdadera situación de aquel territorio, con facultades que me dió el Presidente, para implantar algunas reformas en la organización, así como para resolver asuntos del servicio allí pendientes.

Al indicarme él esta determinación pensé haber hecho mi renuncia y retirarme de los asuntos públicos, pues era difícil la situación para mí, que nunca quise inmiscuirme en la política que se había formado en los campos de Cuba; a poco que reflexioné me pareció que mi determinación quizás fuese importuna, pues sería crearle nuevos embarazos al Presidente, que ya apenas podía moverse en medio de los que se encontraba. El 25 de Julio después de recibir instrucciones por escrito me puse en marcha; tanto por lo que me indicó el Presidente, como por creerlo más conveniente, me dirigí hacia donde creía hallar al General A. Maceo, oficiando al General M.

Díaz para convenir el día y lugar en que debíamos vernos. Pasé el territorio de las Tunas con algún recelo, encontrando guerrillas enemigas que cruzaban el territorio en todas direcciones. Pensaba encontrar en la línea occidental de Holguín al Coronel Bartolomé Massó que mandaba uno de los regimientos de aquella división; mas sé con sorpresa que había tenido que abandonar el puesto, porque se había negado a apoyar el movimiento iniciado por el General V. García; la tropa le negó obediencia habiéndose puesto a su frente el Coronel Belisario G. de Peralta; la totalidad del regimiento se componía ya de unos 50 hombres pues el resto se había desertado o presentado al enemigo. No me pareció prudente ni decoroso presentarme en el campamento de Peralta, cuando no contaba con fuerza moral ni material para hacer entrar aquel grupo en la legalidad; acampé pues a dos leguas de él y le mandé una esquela pidiéndole un práctico e indicándole que pasase a mi cuartel pues deseaba hablarle; me contestó, no podía disponer de práctico alguno, sin decirme porqué y que no podía venir a verme pues su campamento se encontraba amenazado del enemigo que se hallaba cerca y concluía diciendo (palabras textuales) que sentía difiriésemos de modo de pensar.

Comprendí la evasiva y seguí hacia Cuba donde debía encontrar al General A. Maceo; en las orillas del Cauto encontré al Capitán Julio Céspedes que iba al Gobierno con pliegos de este General, informando de los sucesos. Así por los pliegos que leí, como por relación verbal que me hizo el Capitán Céspedes me enteré de todo, sabiendo que acababan de llegar al cuartel del General Maceo, el Coronel Modesto Fonseca y Teniente Coronel Guillermo Cardete comisionados por el General Vicente García para iniciar el movimiento que ya en Camagüey y las Tunas había concluído con la moralidad y disciplina del ejército. Maceo rechazó con energía la invitación y siento se haya extraviado la copia de la carta contestación al General García, pues es un documento que sería oportuno insertar aquí.

Mientras tanto en la parte Oriental de Holguín (misión que tocó al Coronel Jesús Rodríguez) se habían sublevado las fuerzas desconociendo a

sus Jefes, Coroneles A. Leyte Vidal y Ríus Rivera poniéndose a las órdenes del Teniente Coronel Limbano Sánchez. Cuando me reuní a Maceo nos ocupamos de ver el modo como restablecíamos el orden: pusimos en arresto a Fonseca, Jesús Rodríguez y Cardet y tratamos de que Limbano Sánchez depusiese la actitud que había tomado, todo fué inútil, la tropa a quien se le había imbuído ideas anárquicas, se desbandó, sin que fuese posible atraerla a las filas; el territorio de Holguín quedó a merced del enemigo, sucediendo lo natural y lógico, las presentaciones. En este estado, cae gravemente herido el General Maceo en combate que sostuvimos en Barajagua y tuve que quedar al frente de las reducidas fuerzas que había, interín llegase el General M. Díaz a quien había enviado correo llamándolo; dicho General se me reunió el 15 de Agosto de 1877, informándome del estado de Bayamo que no era nada halagüeño, no tan sólo por las activas operaciones del enemigo, sino porque ya allí había alcanzado la idea reformista y una parte de las fuerzas que mandaba el Coronel Francisco Guevara se le había desertado, uniéndose al General Luis Figueredo que capitaneaba el asunto en la zona del Migial y riberas del Cauto. De acuerdo con el parecer del General Díaz y mientras el General Maceo se diera de alta o el Gobierno dispusiese, caso que desgraciadamente muriese determiné encargar del mando al General M. Calvar; pero al darlo a conocer como tal, se sublevó el regimiento Jiguaní uno de los más enteros que había en aquellos momentos; comprendí desde luego que no era más que el espíritu de indisciplina que había cundido en el ejército cuyos soldados buscaban bajo cualquier pretexto abandonar las filas y vagar por las viviendas de las familias concluyendo por presentarse al enemigo, como estaba demostrado por la experiencia. No quise, por lo tanto que fuese a dar este resultado la persistencia en hacer cumplir la orden y se dejó sin efecto, quedando impune el delito de insubordinación o peor aún sancionado y aprobado por el Secretario de la Guerra que en la situación en que se encontraba no le era posible hacer cumplir sus disposiciones. Situa-

ción terriblemente ridícula para el que tenga nociones de mando y gobierno.

Visto que mi comisión a Oriente había sido infructuosa; que no era posible organizar aquello, que no se podía emprender ningún movimiento ofensivo, que faltaban sus principales Jefes, pues los Maceos tenían que estar exclusivamente al cuidado del herido y Leyte Vidal y Ríus repudiados por sus respectivos regimientos, determiné dejar al General M. Díaz que se sostuviese como pudiera y regresé al Camagüey a dar cuenta de lo ocurrido, que a mi juicio reclamaba medidas radicales y enérgicas para remediar el mal.

Los detenidos políticos (si así pueden llamarse) Modesto Fonseca, Jesús Rodríguez y Guillermo Cardet, fugado este último y los dos primeros convencidos parece, de que había fracasado el movimiento iniciado por ellos y palpando ya sus funestas consecuencias pidieron el primero pasar a las Tunas a informar a sus comitentes y disuadirlos de su empeño, quedando sometidos al Gobierno y el segundo lo haría en el mismo sentido con Belisario Peralta protestando contra la política del General V. García que calificaban de personal, haciéndole graves inculpaciones por la ineptitud y apatía con que a juicio de ellos había marchado el asunto que había dado por resultado, crear aquella situación: les exigí me hicieran aquella manifestación por escrito para cubrir mi responsabilidad y los dejé en libertad de obrar.

Salgo para Camagüey salvando penosamente los inconvenientes de la más terrible primavera y los que me presentaba el enemigo diseminado en guerrillas por todo el territorio; me reuní al Presidente el 28 de Septiembre de 1877, en la Loma de Sevilla; le dí cuenta de la misión que me confiara informándole minuciosamente del estado de Oriente; él a su vez me participó que el General V. García había concurrido al llamamiento y que en la seguridad de que no cumpliría la orden, se la había retirado, disponiendo volviese a las Tunas a organizar aquello, supuesto que otra cosa no podía hacerse. Ni la más ligera observación hice, sobre aquella determinación que a mi juicio despojaba al Gobierno de la fuerza moral que pudiese quedarle pues poco a poco quedaban sin cumplir sus disposiciones. Pensé

retirarme mas temí se interpretase mi determinación de un modo poco favorable a las relaciones entre el General García y yo, con quien jamás he tenido motivo personal de queja; me resolví pues acompañar a Estrada hasta su caída de la administración que ya preveía.

En aquellos momentos llega la noticia de la presentación al enemigo de los Coroneles A. Bello y J. Santiesteban; anunciaba el primero que se dirigía al Gobierno, para informarle de la situación de su regimiento habiendo convenido con el Brigadier Daban la suspensión de hostilidades en el territorio de sus operaciones, le acompañaba también Esteban Varona, que traía proposiciones del enemigo: la noticia causó extraordinaria sorpresa y se temió la traición; el Presidente determinó pasar a Oriente a contener el mal; en tanto que se ocupa de los preparativos de su viaje, se reúne la Cámara y le quita el mando en Jefe del Ejército; cuando necesitaba del apoyo de todos, pues se presentaba en Oriente un peligro inminente y se hacía preciso robustecer al Gobierno, en esos momentos que se pueden llamar supremos pues ahí empezó la agonía de la revolución, la Cámara no hace más que entorpecer y crear obstáculos disputando aquella sombra, a quien casi no se obedecía los harapos de su nominal poder. En ese mismo día se me nombra General en Jefe, cargo que no acepté. (Docs. Nos. 15, 16, 17).

Largo tiempo hacía que estaba en la mente de todos la necesidad de un Jefe superior militar que imprimiese unidad de acción al ejército e hiciera que la disciplina no fuese una ilusión; mas ambiciones por una parte y temores a la dictadura por otra no permitieron que la revolución tuviese un hombre que la dirigiese siendo ésta, en mi concepto, una de las principales causas de su pérdida.

En algunas ocasiones se habló de ese particular, limitándome a aprobar sencillamente y al indicárseme que yo podía ocupar ese puesto manifestaba que no lo creía conveniente por mi condición de extranjero; había estudiado los hombres de la revolución; tenía miedo a las inconsecuencias y los desengaños que había sufrido me hacían dudar de la aceptación que pudiera tener en aquel difícil destino.

Dirigidos por un Gobierno puramente civil, obra de una Cámara de Representantes que coartaba los medios de acción al Ejecutivo privándole de libertad, su existencia corría efímera y triste y solamente a los esfuerzos titánicos de los Jefes militares debió su existencia; no se oía allí la voz del militar que manda al soldado al combate, sólo la palabra del Diputado que defendía los derechos del pueblo; se habían puesto en práctica bellísimas teorías; establecido instituciones democráticas y constituído en fin una República: todo bellísimo mas en mi opinión no se debía estar por lo bello sino por lo útil, porque se exponía la Revolución a morir de consunción con sus lujosas galas de leyes y democracia: se necesitaba ejército y era lo que no se trataba de hacer; se pusieron en práctica y con tal entusiasmo las doctrinas democráticas republicanas que en poco tiempo era ficticia la disciplina y la obediencia convencional.

Un cierto número de Jefes y Oficiales, muchos de ellos necesarios al ejército por sus aptitudes, quedamos reducidos a la nulidad por ser contrarios a aquellas doctrinas, nos dieron el dictado de déspotas y partidarios del sable y no cabíamos en el ejército, gastándose así nuestro prestigio. En mi concepto, uno de los hombres que más daño hizo fué Salvador Cisneros obedeciendo a sus sentimientos puramente democráticos y sin darse cuenta del perjuicio que hacía; fué uno de los defensores más ardientes del sistema civil, nadie le podía convencer de su error y llegó a decir que prefería que se perdiera la revolución, que permitir se atacasen los derechos del pueblo, cuyo pueblo verdaderamente no existía.

No era posible reunir en un individuo las dos entidades, la del soldado que combate por su patria y debe obedecer ciegamente una ordenanza que lo haga resuelto y valiente y la del ciudadano pacífico que debe vivir al amparo de leyes especiales que se dé al país. No se predicaba otra cosa que los derechos del hombre, pero no se hacía saber cuáles eran sus deberes y que es preciso llenar los segundos para exigir los primeros y como las masas jamás se sácian de pedir aquello que le satisface, popularizáronse los que predicaban esas doctrinas apareciendo odiosos los que tratábamos de formar un ejército, único me-

dio que pdía salvarnos de la situación que a pasos agigantados se nos venía encima.

Aquello era un caos: no se obedecía sino a medias; para dar colocación a algún Jefe había que explorar la opinión del soldado y el Gobierno, si puede llamarse así aquella lánguida y triste entidad moral, no terminaba nunca la laboriosa tarea de las modificaciones, no había para nadie (excepto los Diputados) estabilidad en ningún puesto, no se podía contar con fuerza alguna, pues sin poder castigar la deserción, la tropa permanecía en su cuartel sólo el tiempo que quería estar. Era una situación tan difícil como ridícula y se dificultaba encontrar ya hombres dignos que quisieran prestar sus servicios en las esferas del Gobierno.

Mi educación, mi sistema de mando, que como creo difícil manejar soldados con discursos difiere de la de otros y mi carácter duro (lo que siento) dada la situación que atravesábamos, me hicieron ser el blanco de las miradas de los partidarios de la democracia y llegaron a desconfiar de mi buena fe creyéndome enemigo de las instituciones que unos pocos habían dado al país, por cuyo motivo y a consecuencia de una discusión particular que tuve con los Diputados Jesús Rodríguez y Ramón Pérez Trujillo y por denuncia de ellos se reunió la Cámara y sin oirme, decretó en contra mía un voto de censura, sancionado por Salvador Cisneros.

Ese acto me mostró el camino que debía de seguir y la conducta que debía observar, no mezclarme absolutamente en asuntos de esa clase; hacer lo que me fuera posible como soldado que defendía una idea obedeciendo ciegamente cualquiera que fuera el Gobierno y los hombres que lo constituyeran; entonces perdí muchas de mis ilusiones de gloria y pensé que los hombres llamados a dirigir la revolución en vez de ayudar a formarlos para que fueran útiles a Cuba se ocupaban de ajar y vituperar al que sirviendo con lealtad se levantaba.

Un día llegué a tener esperanzas de que todo cambiase, oí el rumor de los motines reformistas y aunque deploré la reforma, creí llegado el momento de que surgiera un nuevo orden de cosas, pensé en reformas radicales; mas pronto veo que era solo una

política puramente personal de pasiones y rencores; en vez de tratar de reasumir los poderes y que fuese más sencilla y fácil la administración, se pedía formación de dos Cámaras y otras reformas de esta especie que obstaculizarían más los negocios; estos movimientos no hicieron más que cambiar de destinos ciertas personalidades retrasando la marcha de la revolución con su extemporaneidad.

En el momento en que inusitadamente se me nombraba General en Jefe, día 10 de Octubre ví lo apremiante de la situación, pues no de otro modo se podía comprender el que aquellos hombres variasen tan radicalmente de modo de pensar y depusiesen sus temores. Efectivamente era así, pues no otra cosa que un cadáver era ya la República.

Antes he dicho el estado de Oriente, el de Camagüey era peor si cabe, desorganizadas las fuerzas desde el movimiento de Santa Rita, no se habían podido organizar de nuevo y la mayor parte se presentaban al enemigo; pero no como en veces anteriores para permanecer neutrales, sino que furiosos se volvían contra nosotros engrosando las filas enemigas.

Emprende marcha por fin el Presidente Estrada, día 6 de Octubre y apenas nos separamos encuentro al Coronel A. Bello, J. Santiesteban, Esteban Varona y cuatro individuos más procedentes de las líneas españolas; Varona venía no a hacer proposiciones a nombre del General Martínez Campos, sino a referir lo que éste le había dicho en sentido de paz por medio de un convenio; comprendí el ardid de Varona, el que me inspiraba poca confianza pues pocos días antes había aparecido como prisionero; lo prendí y despaché un hombre bien montado al alcance del Presidente; pocas horas después recibo orden de marchar con los presos a donde él me aguardaba; una vez allí el Gobierno los interrogó y resolvió se entregasen al Jefe de la 1a. División de Camagüey para que conforme a la ley fuesen juzgados en consejo de guerra. Me separé por segunda vez del Presidente que continuó a Oriente y pasó al Cuartel General de la División cuyo Jefe era el Brigadier Gregorio Benítez que procedió a llenar su cometido.

Sabido es el resultado de este asunto; Varona y un tal Castellanos fueron ahorcados y los demás cu-

yas sentencias quedaron en suspenso mientras se sometía a consulta del Presidente un punto de duda que ocurrió, se huyeron a las filas enemigas en unión del oficial encargado de su custodia.

Mi procedimiento en este caso que fué acogido con frialdad con pocas excepciones, puede dar una idea del estado de los ánimos: no había más que dos caminos que seguir: u oponerse enérgicamente al sistema que inauguraban Bello y sus compañeros, cortando con la muerte de los primeros emisarios las conferencias u oirlos, y se hubieran adelantado los sucesos que han tenido lugar más tarde y que terminaron con el convenio del Zanjón. Al conocer el estado de los ánimos ví el peligro en que se hallaba la Revolución y presentí un fin funesto sino se ponía eficaz remedio; la muerte de Varona y Castellanos fué el último esfuerzo que se hizo en pro de la independencia; sin embargo nada produjo, verdad es que el descontento con que se aceptaron las medidas tomadas con los reos por algunas personas de representación hizo su efecto, en vez de enérgicas protestas en contra de España como reclamaba el caso, oí a algunos Diputados buscarles causas atenuantes y un Diputado fué el defensor de Bello; puede comprenderse desde luego el efecto que harían estas opiniones; no es esto una acusación, estoy seguro que obraban según les inspiraba su conciencia; mas quiero relatar los hechos tal cual pasaron.

Terminado este asunto pasé al Oeste del Camagüey con el fin de verme con el Coronel Enrique Mola, Jefe de la Brigada de Caballería y saber el estado de aquellas fuerzas, que luego tuve el pesar de ver; quedaban apenas sus reliquias; toda la gente se había presentado al enemigo y escasamente podía el Coronel reunir veinte hombres, se le perseguía con tenacidad, ocurirendo en esos días la muerte de La Rúa y Machado.

A mi regreso para el Sur encontré en las márgenes del río Sevilla un correo con la triste noticia de que el Presidente de la República había caído prisionero; desconsoladora fué para mí la noticia, perdía un amigo, mas Cuba perdía un celoso defensor y para hacerlo más meritorio, no faltó entre los cubanos quien lo hiciera sufrir el martirio de su honra, no

teniendo en cuenta para calumniarlo infamemente, ni el respeto que debía infundir por el puesto en que el pueblo militante de Cuba lo había colocado, de nada sirvieron sus nueve años de abnegación y sacrificios, de nada la honradez de toda su vida, mas el tiempo ha hecho ver palpable su inocencia y Estrada tendrá siempre entre los cubanos el puesto a que sus virtudes lo han hecho acreedor. El General Javier Céspedes que le acompañaba y que era el Vicepresidente me daba el parte expresándome que quedaba hecho cargo del Ejecutivo y en breve marcharía a reunirse conmigo.

Desde ese momento me creí desligado con el Gobierno y resolví renunciar mi destino y pedir licencia para salir del país. Había concluído de desempeñar mi último papel en las escenas que se representaban en la infortunada Cuba.

El día 13 de Diciembre llegó el Vice-Presidente al punto en que me hallaba, reunido a la Cámara con una escolta de infantería como de 60 hombres, casi puede decirse que la mejor quedaba en el Camagüey y que ocupada casi siempre en su custodia no podía siquiera molestar al enemigo. Puse inmediatamente en manos de Céspedes mi renuncia que aceptó, presentando a su vez él la suya a la Cámara; casi inmediatamente nombró ésta nuevo Presidente, siendo electo el General Vicente García. Jamás podré creer que en ninguna parte se despachen asuntos de tanta trascendencia con tal celeridad; Fué para todos una sorpresa y hasta los mismos que lo nombraron debieron asombrarse al consumar el hecho. Era de esperar que al elegir al que iba a ocupar la Presidencia de la República tratasen de buscar al hombre que a su inteligencia, actividad y valor reuniese la condición de ser el que pudiese aunar las voluntades de todos o de la mayor parte, puesto que la falta de unión era el principal enemigo que teníamos que combatir; mas el General García aunque posee parte de las primeras, carecía tanto de las segundas que nadie esperaba su elección; pues era mal querido en Cuba, parte de Holguín y Bayamo; completamente desprestigiado en Camagüey por su conducta pública, e impopular en las Villas desde que se negó a hacerse cargo del mando de aquel cuerpo de ejérci-

to; solamente tenía algún partido en Holguín y Bayamo y sobre todo en las Tunas donde ha sido siempre querido, mas la coducta de su tropa en Sao-Nuevo deja lugar a dudar de su ascendiente, cuando en momentos tan críticos lo abandonaban; la sorpresa fué general y se comprende cuando hasta a él le sorprendió pues en una de sus cartas publicada en la "Independencia" de New York dice: "parece que al nombrarme fué con el objeto de que la República muriese en mis manos".

El Vice-Presidente Céspedes nos dijo haberse establecido en Holguín un titulado Gobierno Provisional al frente del cual figuraba el Dr. José Enrique Collado; de Bayamo y Cuba las noticias no eran tampoco o nada satisfactorias. Aquel mismo día se me acercaron el Diputado Antonio Aguilar y Teniente Coronel Aurelio Duque de Estrada pidiéndome mi opinión sobre el estado de la revolución; les hablé con franqueza diciéndoles que estábamos atravesando una época difícil, me contestaron que opinaban del mismo modo y me indicaron si creía posible un arreglo ventajoso con España; les dije que era cuestión muy seria y que debía pensarse; que era preciso conocer la opinión del pueblo y que creía difícil conseguir la independencia con los elementos que contábamos; ambos me significaron que todos allí estaban inclinados a la paz y que Salvador Cisneros que era de los que podían dirigir la opinión, hacía siete meses (esto dijo Antonio Aguilar) le había confesado su inclinación a ella; ambos se retiraron y no volví a ocuparme de ese asunto.

Poco después ví que la Cámara celebraba una sesión a la que fué llamado el Teniente Coronel Aurelio Duque de Estrada, lo que me llamó la atención; sabiendo más tarde que habían revocado el decreto Spotorno sobre los portadores de proposiciones de paz que no fueran bajo base de independencia y que se había indicado o pedido (no estoy seguro) que el pueblo allí reunido hiciera una manifestación para poder obrar en su nombre.

En las primeras horas de la noche hubo una reunión a la que asistieron los Jefes y Oficiales que estaban en el campamento; el objeto de ella era, que

no pudiendo tomar la Cámara la iniciativa en el asunto, pues era inconstitucional hacerlo bajo base que no fuera la independencia; se trataba de que el pueblo lo hiciera, presentando una manifestación que autorizase a ese cuerpo para ello; todos acogieron agradablemente la idea, solo que no hubo francas manifestaciones contenidas en unos por un sentimiento de amor propio y en otros porque cautos, aunque las deseaban no querían cargar con la responsabilidad de tan grave paso; se trabajaba por conseguir ese fin, pero se ocultaban, no es fácil encontrar en los hombres la fuerza de convicción suficiente para hacer aquello que las circunstancias reclamen como necesario al país, arrostrando el peligro de frente, esperando que el tiempo y la justicia de su causa hagan ver la verdad; la situación de la Revolución era tal que pedía esa medida, se veía la necesidad, pero se temía el juicio de los que desde lejos contemplaban la lucha y no conocían la situación; debido a esto, es que ha aparecido el hecho envuelto en el misterio, pues sus autores le han negado la paternidad. Tanto al Brigadier Gabriel González como a mí, nos invitaron a la reunión; excusándonos en vista de nuestra calidad de extranjeros, ya veíamos venir los sucesos y ambos dudábamos saliera de esa reunión nada bueno ni bien hecho, volvieron a instarnos y accedimos. El Comandante Agustín Castellanos era el encargado de indicar el objeto y suplicó al Brigadier González le sustituyera, éste rehusó pero instado nuevamente por Castellanos y otros oficiales aceptó y dijo: "deseando la Cámara tomar una medida, en vista del estado de la revolución deseaba saber el espíritu de los que allí se encontraban para poder obrar con desembarazo"; como a la verdad esto no explicaba con claridad lo que se quería hacer hubo un momento de silencio pidiendo luego que hablase yo, así lo hice y dije: "atravesamos por un período peligroso, la falta de unidad nos ha debilitado completamente; Holguín acaba de erigirse en cantón separándose de todo lo existente, ha nombrado un Gobierno cuyo programa existe allí en el bufete del Vice-Presidente y que todos han leído; la Cámara ha nombrado al General V. García y se duda sea acatada esta determinación. Por otra parte el General

Martínez Campos ensayando una política completamente nueva en Cuba y aprovechándose de nuestras discordias, va aniquilando la revolución, nutriendo su ejército con nuestros despojos, creo pues necesario tomar una determinación. He aquí mi plan oficialmente: por los Poderes Supremos pasar una comunicación al General Martínez Campos diciéndole, que deseando una parte del pueblo la paz (sin decir bajo qué bases) suspenda las hostilidades en toda la isla por un plazo determinado, para que reunido el pueblo en una asamblea pueda deliberar libremente sobre sus destinos; mientras tanto se mandará una comisión al extranjero; una vez reunidos, si quieren la paz se estudia bajo qué base y condiciones pueda hacerse y si se quiere seguir la guerra se consiguen grandes ventajas, se ganaría tiempo, se unificarían los cubanos, nombrando un Gobierno por el voto popular, que sería por esta razón fuerte y con verdadera existencia moral y lo que es más, dada esta solución, indudablemente decaería el prestigio del General Martínez Campos, quedando quizás asegurada la revolución porque gastado él, a España no le queda otro hombre que enviar a Cuba. Esto dije, fué aprobado con entusiasmo quedando resuelto se pasaría al siguiente día la manifestación a la Cámara".

Por el relato que llevo hecho se ve que no era sólo el pueblo el que acogía con placer la idea de paz, entre las clases elevadas se acogió también y tal vez antes, sino véase; cuando todavía no se había hecho pública ninguna manifestación y que solo se oía la idea en privado, ya la Cámara se reúne admitiendo en su seno un extraño cuyas ideas de paz eran notorias y trata ya la cuestión, pues para buscarse una pantalla que encubra sus deseos pide a aquella minoría una manifestación en que escudarse en el porvenir; revoca el decreto Spoturno sobre los portadores de proposiciones, rompiendo así el único dique que podía contener los sucesos que ya se preveían, pues pronto vimos venir quien escudado en esa revocación y en compañía de algunos de los mismos que la revocaron y que tal vez sin intención fueron a buscarlo a Santa Cruz del Sur.

Amanece el día 11, el Diputado Marcos García fué el encargado de redactar la manifestación, acababa

de entregarle al Comandante Agustín Castellanos para que recogiera las firmas, cuando se recibe aviso de la proximidad del enemigo, fué preciso diseminarse quedando todo en suspenso. El General F. J. Céspedes marchó para las Tunas a entregar el poder ejecutivo al General V. García y el Brigadier González y yo aprovechamos esa oportunidad pidiendo nuestras licencias para salir del país.

Ese mismo día me dirigía a la zona de Najasa y desde allí empecé a tratar de buscar medio de embarcarme y pasar a Jamaica tan pronto como el Presidente me lo permitiera. Preocupado con mis propios negocios pues la salida no era fácil entonces, no me ocupé más de lo sucedido en la Loma de Sevilla, pero sí pensé que el resultado sería la presentación de muchos de los soldados. Así estuvimos sin noticias hasta el día 8 de Enero, del 78, que recibo una carta del Brigadier G. Benítez (Doc. Nº 18). Inmediatamente pasé aviso al Coronel Juan B. Spoturno y Teniente Coronel Ramón Roa que se hallaban cerca para que viniesen a mi campamento, les enteré de todo y al día siguiente salimos para el Cuartel General de la División.

Casi estaba vencido el plazo que el General Martínez Campos había concedido para la suspensión de hostilidades así fué que encontramos por las veredas la orden impresa del General Cassola, Comandante General del Centro, avisando que al día siguiente se romperían las hostilidades; forcé la marcha, llegando el mismo día al campamento.

Encontré allí a uno de nuestros prisioneros: al Teniente Coronel Esteban Duque de Estrada, portador de comunicaciones para la Cámara y Gobierno y que públicamente no conocía nadie aún; había salido de Santa Cruz del Sur reuniéndose al Teniente Coronel Aurelio Duque de Estrada que en unión de algunos Diputados lo habían venido a ver después de la reunión de la Loma de Sevilla. No se había podido reunir la Cámara ni tampoco los Jefes y se vencía ya el plazo, mas Benítez mandó al Comandante Enrique Collazo en comisión cerca del General Cassola pidiendo prórroga de la suspensión de hostilidades; Collazo retornó el mismo día obteniendo lo que pidió. Benítez me había llamado para que le

ayudase a salir airoso de aquel asunto ¿mas qué podía hacer yo? Al hacerle la observación de que no debió haber admitido la suspensión de hostilidades sin la autorización del Gobierno, me contestó que en una junta de Jefes a la que asistió el Diputado Salvador Cisneros éste le dijo que podía hacerlo sin incurrir en responsabilidad y que en todo caso él la asumiría como Presidente de la Cámara.

Fíjense en las anomalías que tuvieron lugar allí, el Brigadier Benítez era intransigente rojo, expresaba sus sentimientos enérgicamente y sus palabras eran de independencia o muerte, mas inducido por otros acepta la suspensión de hostilidades, envía comisiones pidiendo prórrogas y reúne la Cámara y las fuerzas a su mando; Salvador Cisneros aparece también como intransigente; sin embargo admite la paz momentánea que le brinda el enemigo; induce a Benítez, aprovechando el prestigio del puesto que ocupa para que acepte la suspensión de hostilidades (lo que no hubiera hecho yo aunque hubiera estado por ella) sin la autorización del Presidente; no teniendo ni aún el cuidado de salvar la responsabilidad oficial. Mas aun se reúne la Cámara y allí donde debía empezar lo que hacían pues encomendado estaba a ellos la salvación de la República, trasmiten la orden al Presidente para pasar a aquel campamento a tratar del asunto sabiendo que no iban hacer la independencia del país; y ese cuerpo lo presidía quien quería pasar por intransigente.

Había terminado yo ya en Cuba, no tenía puesto alguno y mi ocupación era comentar los hechos, hablando con algunos amigos les decía: traten de arreglar esto de cualquier modo, pero pronto pues insensiblemente y gracias a la política del General Martínez Campos que secundó refinadamente el General Cassola nos estábamos codeando con los españoles sin que se definiera la situación y temía formaran una idea triste de nosotros; colocados en este terreno—les decía—la paz o la guerra pero pronto.

Sentía que mis amigos de Oriente ignorasen lo que pasaba pero no tenía medios de avisarles, mas en aquellos momentos me consulta Benítez la conveniencia de participar los sucesos a los otros estados, aplaudí la idea y ese mismo día salió para las Villas el

Diputado Marcos García y para Oriente el Comandante Enrique Collazo al que dí cartas para los Generales M. Díaz Calvar y Maceo. Me concreté a decirles, sin detalles, lo que sucedía, me abstuve de manifestar mi opinión inclinada a la paz y concluía diciendo esperaba la licencia que ya había pedido para dejar el país; no quise dar mi opinión no se pensase que quería pensaran todos como yo; me era eso indiferente, mi resolución estaba hecha, pensaba dejar a Cuba aunque fuera independiente.

Desgraciadamente el Comandante Collazo regresó después de una marcha terrible sin haber encontrado a nadie. Se recibe contestación del General García diciendo que se pondrían en marcha tan pronto como volviese el Coronel Modesto Fonseca y Ramón Pérez Trujillo a quienes había enviado a tener una conferencia con el General Prendergast para oir proposiciones que también se hacían por allá. Esta noticia disipó los temores que algunos tenían de que el General García fuese intransigente y no solo no acudiese al llamamiento de la Cámara sino que diese una contestación resuelta en la idea de independencia o muerte, condenando la conducta de los inclinados a la paz.

El día 5 de Febrero llega el General García al campamento de la Calilla escoltado por ciento y pico de infantes y como treinta jinetes de las fuerzas de las Tunas trasladándonos al siguiente día a San Agustín.

Enterado minuciosamente de todo por el Brigadier Benítez celebró una conferencia con la Cámara y al día siguiente sale con su escolta, Estado Mayor y algunos Jefes más invitados por él a tener una conferencia con el General Martínez Campos a quien había dado cita. Esta tuvo lugar en el Chorrillo sin que pueda decir las instrucciones que le diera la Cámara, así como tampoco la actitud que pensaba adoptar o qué era lo que iba a tratar con el General en Jefe del Ejército enemigo; nada puedo saber sobre estos particulares pues ni él, ni ninguno de los Diputados, me dijo una palabra y aunque pudiera hablar por referencias no quiero hacerlo.

Regresa el General García al campamento y participa haber ofrecido al General Martínez Campos se

le mandarían las proposiciones o condiciones en que debía hacerse el arreglo; mas no pudiendo los Supremos Poderes de la República entender en el asunto por ser inconstitucional, debían vol,ver al pueblo sus facultades para que como soberano resolviese su destino. Se hizo así redactándose una manifestación a la Cámara que firmaron varios y desapareció aquella entidad moral que vivió nueve años siempre agonizando; en esa hora perdió Cuba el fruto de nueve años de sacrificios. El General García quedó como Jefe del Departamento.

El Brigadier Rafael Rodríguez que había permanecido allí sin tomar parte en los sucesos fué llamado por el General V. García primero para que interviniera en la manifestación del pueblo a la Cámara y aunque me consta que rehusó en vista de aquel desbarajuste tuvo que aceptar, y segundo puesto que el pueblo estaba en actitud de resolver la cuestión, procediese a n ombrar un comité al que dándole sus poderes, terminase las negociaciones de paz, ya empezadas.

El Brigadier R. Rodríguez, Coronel Spoturno y Dr. Emilio Luaces hacen formar en cuadro toda la gente que allí había frente a la tienda del General García; les explica minuciosamente lo que debía hacerse y les pregunta si estaban por la paz; para más claridad dijeron: "y por si alguno no hubiese entendido, se formaran dos grupos, los que deseen la guerra marcharían a formar un grupo debajo de un arbol allí inmediato y los que pensasen de un modo distinto permaneciesen en sus puestos;" nadie fué a formar el otro grupo. A los oficiales se les había pedido su voto por escrito, habiendo sólo dos por la guerra.

Se procedió después al nombramiento del Comité, por votación, y salieron electos por mayoría de votos como Presidente Dr. Emilio Luaces, Secretario Brigadier R. Rodríguez, Brigadier M. Suárez, Coronel Juan B. Spoturno, Teniente Coronel R. Roa, Comandante E. Collazo y Ramón Pérez Trujillo.

Como el General Campos había exigido se resolviera la cuestión prontamente puesto que habían transcurrido ya muchos días, prorrogándose siempre

los plazos, salió una comisión a participarle lo ocurrido el que debía entenderse y ocuparse de redactar las proposiciones.

El día 9 estaba terminado todo (Doc. Nº 19), saliendo los comisionados Dr. Luaces y Teniente Coronel Roa a presentarlas al General Martínez Campos, quedando en todo conforme y fijado el día 28, para efectuar la capitulación en la forma convenida.

Mientras tanto convino el General V. García con el comité en pasar a las Tunas para recoger alguna gente que quedaba allí, para regresar el 25 pues deseaba abrazar a sus hermanas que estaban en el Camagüey.

Para conservar el orden y evitar que la gente antes de tiempo se fuese a los puestos enemigos circunvecinos, pues se ve que cuando después de una cruda guerra viene la paz, en los primeros momentos. hay un no sé qué de simpático en los que ayer se querían devorar, dispuso el comité que nadie saliese del campamento sólo por imperiosa necesidad o con permiso por escrito.

Dispuso también salieran distintas comisiones haciéndolo para las Villas el Coronel Enrique Mola y Ramón Pérez Trujillo; otra con igual objeto para Bayamo y Holguín cerca del General M. Díaz y para Oriente directamente al General A. Maceo, otra compuesta de dos miembros, Brigadier Rafael Rodríguez y el Comandante Enrique Collazo; también salió comisionado al extranjero cerca de los representantes de Cuba el Brigadier Gabriel González, hijo de la República Mexicana. El comité me pidió acompañase a los comisionados Rodríguez y Collazo y accedí a ello pues deseaba despedirme de mis amigos de Oriente (Doc. Nº 20). Como se nos habían franqueado las vías de comunicación y transporte salimos hacia el Junco donde nos aguardaba el Cañonero Vigía que nos condujo a Santa Cruz, aquella misma tarde transbordándones inmediatamente al vapor Cienfuegos que a las doce de la noche salió de aquel puerto tocando al siguiente día en Manzanillo; allí supimos por el Comandante General señor Zea, que pasó a bordo a saludarnos, que las fuerzas insurrectas de aquel territorio estaban dispuestas a la paz; Bello trabajaba en ese sentido. El vapor continuó

viaje atracando al muelle de Santiago de Cuba el 14 a las ocho de la mañana.

Durante el viaje nos acompañó el señor Eugenio A. Flores a quien le merecimos muchas atenciones y que nos fué muy útil facilitándonos así la prontitud en nuestra comisión.

Ya en puerto pasó a bordo el Comandante General señor Daban brindándonos bajásemos a tierra; rehusamos cortesmete la invitación permaneciendo en el vapor hasta el día siguiente que tomamos el tren que nos condujo a San Luis.

Necesario fué poner una pareja en el muelle para que solo permitiese la entrada a las personas que indicásemos; la curiosidad del pueblo era tal que la marina estuvo llena casi completamente de curiosos por algunas horas; triste y dolorosa impresión me causó la vista de aquellas masas, allí había más de tres mil hombres útiles para las armas; allí estaban sordos como hacía ya nueve años a la voz del patriotismo y solo una curiosidad pueril les atraía a vernos; poco después oimos una música militar y no tardamos mucho en ver desfilar los heridos del batallón de San Quintín tenidos en un encuentro con fuerzas del General A. Maceo; iban custodiados por hijos del país con uniforme de Voluntarios; ¡cuántos pensamientos se agolparon en mi imaginación y no pude menos de exclamar volviéndome hacia mis compañeros: "Cuba no puede ser libre".

En San Luis nos esperaba el Brigadier Sr. Polavieja recibiendo tanto de él como de los Jefes y Oficiales que lo acompañaban un esmerado trato del que conservo gratos recuerdos.

Se nos facilitó un práctico que pusiera en manos de Maceo una carta en que se le pedía dijese el punto en que debía verse con nosotros; pronto tuvimos contestación indicándonos el asiento de Piloto arriba.

El 18 llegamos al campamento de Maceo y allí le informaron de lo sucedido los comisionados: el General los oyó con la calma propia de su carácter y contestó no estaba de acuerdo con lo pactado en Camagüey porque le parecía poco ventajoso ya que no le era posible la independencia, pero que no obstante reuniría sus subordinados y la mayoría resolvería el asunto. Más tarde hablé con él, ratifiqué lo dicho

por los miembros del Comité y preguntándome mi opinión se la dije con entera franqueza dándole mis razones porque pensaba de ese modo; es decir, estaba porque se arreglase la cuestión de Cuba, no obstante que yo de todos modos saldría del país.

El General Maceo en cuya amistad tengo fé y confianza pues es difícil que el que posea un valor poco común deje de tener otras virtudes que le hagan un hombre digno bajo todos conceptos, me contestó que no era posible lo dejase solo en el campo en que juntos habíamos combatido; poco más hablamos sobre el asunto y poco después oía con mezcla de satisfacción y tristeza la relación de sus últimos triunfos; nos invitó a pasar la noche en el punto que estaba su esposa y demás familia; separándonos al día siguiente. Debo hacer constar una circunstancia que he venido a aclarar aquí; en los momentos en que hablamos con Maceo llegó una comisión del General García que la componía los capitanes Luis Deimier y Luciano Caballero con quienes mandaba decir a Maceo nos fusilase: Luiciano Caballero me debe bastante; Luis Deimier me debe la vida y el honor por un asunto que muchos conocen.

Al día siguiente nos separamos del General Maceo retornando por Miranda a Cauto Abajo donde encontramos al General Prendergast; pasamos allí la noche siendo bien atendidos; hablando con el General me manifestó que el General Campos deseaba verme; conviniendo en vernos el día 27 en Vista Hermosa (Camagüey). El 22 llegamos a San Luis haciendo allí noche; al siguiente día salimos para Santiago de Cuba, pasando del tren al vapor Manzanillo que nos condujo a Santa Cruz; desde aquí nos dirigimos a San Andrés, campamento donde se hallaban las fuerzas cubanas, dando cuenta de la comisión los encargados de ella.

Mientras permanecíamos fuera se había variado la forma de la capitulación: en vez de hacerlo en despoblado como se decía en el convenio, se efectuaría en el Camagüey; fuimos invitados para este acto, excusándonos pues teníamos necesidad de arreglar nuestra salida del país.

El día 27 fuí a Vista Hermosa, donde según habíamos convenido, encontré al General Campos con

el que hablé y le pedí pusiese a nuestra disposición un barco que nos condujese a las costas de Jamaica, según lo estipulado en el convenio; dió la orden y tanto él como el General Cassola que se hallaba presente nos ofrecieron los recursos que pudiésemos necesitar, que tanto mis compañeros como yo rehusamos. Una hora después marchaba hacia Santa Cruz en unión de mis dignos compañeros de viaje Brigadier Rafael Rodríguez, Teniente Coronel Salvador Rosado, Comandante Enrique Collazo, Tenientes Enrique Canals, Grocio Prado y José Bonilla, estos dos últimos hijos de la generosa República del Perú. A las doce del día 3 de Marzo nos embarcamos en el Cañonero Vigía que era el destinado a alejarnos de las costas de Cuba, saliendo el mismo día de Santa Cruz, llegando al siguiente a Manzanillo; pocas horas después se recibió telegrama del General Martínez Campos desde Yara, diciendo "El General M. Díaz, Coronel B. Masó y otros Jefes que se hallaban conferenciando deseaban ardientemente pasase allí pues le interesaba hablar conmigo".

Se mandaba detener el cañonero hasta segunda orden esperando mi resolución. Contesté sentía no complacer a Díaz, Masó y demás compañeros por creer mi presencia innecesaria y suplicaba al General Campos ordenase que el cañonero continuase su viaje.

A las dos de la tarde pasaron a bordo el Brigadier Ruz y Coronel Masó acompañado de los Brigadieres Quesada y Valera del ejército español. Ambos Jefes insurrectos insistieron en que los acompañase; les dí mis excusas dándose por satisfechos, pidiéronme detalles de lo ocurrido en Camagüey; les conté lo sucedido, concluyendo por pedirme mi opinión sobre la cuestión de paz; me expresé en los mismos términos que lo había hecho con el General Maceo; diciéndome ellos, que la gente que se hallaba reunida estaba por la paz; les interrumpí preguntándoles: ¿y el General Díaz?; él dice que se atiene a lo que resuelva la mayoría de los cubanos; poco después nos despedimos marchando ellos nuevamente al campo.

El 5 continuamos viaje, el tiempo no estaba sereno sobre todo para hacer la travesía en aquella clase de buque que por su construcción solo debe prestar sus servicios en las costas; el Capitán resolvió aguar-

dar a que calmase en Niquero. A las dos de la tarde del siguiente día, salimos nuevamente y ya al oscurecer pasábamos por Cabo Cruz disputándose la noche y la distancia el robarnos la vista de Cuba.

No me es posible expresar las impresiones que experimenté al abandonar aquella tierra en que había forjado tantos sueños de gloria y teatro de tantas amarguras y dolores. Mis compompañeros impresionados del mismo modo iban tristes y silenciosos; no había un pensamiento halagüeño que aminorase nuestra pena, el porvenir se nos presentaba obscuro y misterioso, con los harapientos adornos de la miseria, ya presentíamos que la calumnia se cebaría en nosotros y que ese sería el pago a nuestros desvelos; mas no pudimos nunca imaginarnos la realidad, no creíamos que la envidia avivase tanto las malas pasiones de los hombres; no creimos se dudase de aquellos para quienes su vida anterior era una garantía de honradez; mas hemos sido calumniados por muchos de aquellos a quienes hemos estado dando un ejemplo durante nueve años, que no se atrevieron a imitar.

El Capitán del "Vigía" era el señor Emilio Seris cuyo trato fino y amable era un lenitivo a nuestra tristeza, se esmeró en que no pudiésemos olvidar por sus atenciones nuestra permanencia a su lado; durante la noche un fuerte brisote tuvo la mar picada y el buque que tenía poco calado, hacía la travesía oscilando como frágil tabla, el Capitán pasó la noche sobre la toldillaa sin descansar. A las ocho de la mañana del día 7 de Marzo terminamos viaje anclando en Mondego-Bay, puerto al Noroeste de la costa de Jamaica.

Ahora diré que los que se han atrevido a suponer que he recibido algún dinero del General Martínez Campos son unos infames calumniadores que no me conocen bien; que tengo el valor necesario para resistir los horrores de la miseria, antes que cometer indignidades; que ésta no me arredra pues siempre he sido pobre y tengo la grandísima ventaja de saberlo ser.

Es cierto que el señor Brigadier Francisco Acosta y Albear facilitó a mi esposa a su salida de Santa

Cruz para esta isla veinticuatro onzas oro, mas al llegar ella a Kingston las puso en manos del señor Ricardo Palomino, Cónsul de España, para su devolución al señor Acosta: como lo comprueban los (Doc. Nos. 21, 22, 23, 24, 25).

Réstame poner fin a mi trabajo haciendo unas ligeras consideraciones, hijas de la atmósfera política que existía entre la emigración a mi llegada: hácenseme cargos por lo ocurrido? ¡Puede en justicia nadie hacerme responsable sobre hechos en que no he tenido intervención alguna, máxime cuando no tenía influencia sobre esas masas (como dice el General García)? Se preguntan algunos ¿Por qué si prendí a Bello y Varona en su primera tentativa, no lo hice ahora? Esa pregunta es la justificación de mis ideas; mientras creí ver a los cubanos deseosos de su independencia, mientras creí que el pueblo en armas estaba dispuesto a sacrificarse sin reparar en las circunstancias que lo rodeaban, no dudé un momento y traté de lanzarlos en esa senda, volviendo la vista para no reparar en las miserias y ambiciones de sus hombres públicos; no hubo sacrificio que no estuviese dispuesto a consumar, no hubo peligro que me arredrase y tranquila mi conciencia marchaba hacia la realización de mi ideal a cuyo objeto veía íntimamente unidos mis ensueños de libertad, de bienestar y gloria; a la llegada de Bello y compañeros comprendí el peligro inmenso que corría la revolución, ví que la gangrena podía apoderarse del cuerpo, si pronto no se amputaba el miembro enfermo y no titubeé, era necesario hacer un sacrificio doloroso para salvar el país de su ruina y dejé que la Ley hiciera recaer su peso sobre los culpables; se necesitaba una víctima que enseñase a los españoles nuestra firme resolución; era preciso poner una barrera que impidiese el contacto con ese pueblo cansado ya y que flaqueaba, nuestras leyes aplicadas estrictamente se encargaron de designarla.

Hoy eran muy distintas las circunstancias: la Cámara anulando el decreto Spoturno, había franqueado el camino a las negociaciones; ya no había ley que castigase a los portadores de proposiciones, ya se transparentaba perfectamente la opinión de la mayoría, ya se hablaba de paz lo mismo entre el pueblo

que entre las personas de más categoría, y yo extranjero aunque hubiese pensado de modo contrario, no podía ni debía imponerles mi voluntad o mi capricho; además mi posición era distinta; con Bello cumplí con el deber que me imponía el puesto de Secretario de la Guerra que desempeñaba: ahora no era más que un simple particular, no tenía puesto alguno en la República y significaba tan poco que hasta última hora no se me dió participación en los sucesos; por loco me hubiera tenido si con la experiencia que me han dado nueve años de guerra hecha desde Punta Maisí a las puertas de Occidente y con el conocimiento que tengo de los hombres de la revolución, hubiese intentado detener el curso de los sucesos; republicano por convicción me lancé a defender la bandera de la República porque creí ver en su lema, amor, fraternidad y gloria; mas no podía seguir combatiendo, hoy que la habían trocado en ambición, envidia y rencor.

Verdad es que así como en el orden físico todo cuerpo es susceptible de mejoramiento, lo es también en el orden moral y pudiera haberse emprendido la regeneración del cadáver de la revolución. Mas, ¿estaba yo en condiciones para llevar a cabo tan grande obra que requería reformas y medidas radicales; cuando sólo mi nombre era un escollo, por la desconfianza que infundía a los demócratas republicanos que allí se levantarían, que confundían mis ideas de orden y disciplina con la de ambición y dictadura? y además ¿podía mezclarme, yo extranjero, en los asuntos interiores de la desunida familia cubana?

¿Puede por ventura exigirse que hiciera más de lo que he hecho por ayudar a conseguir la independencia del país? Nadie puede citar un día en que se me haya encontrado fuera de mi puesto; he sido siempre el soldado más obediente y sumiso sin que haya proporcionado a la patria un momento de disgusto y trastorno, obedeciendo siempre y sin réplica, cualquiera que haya sido el Gobierno.

Quizás no falte quien crea que mi espíritu flaquease ante las diezmadas huestes del General Martínez Campos; para no contestar me basta recorrer en la memoria la historia de mi vida durante estos diez años de peligros.

Al recibirse la noticia del Convenio del Zanjón se ha tratado de buscar una víctima a quien hacer responsable; mas no se ha procurado estudiar los hechos, conocer el estado del ejército y los recursos de que podía disponer, el más o menos auxilio que ha recibido de la emigración, y cómo ha respondido en general el pueblo de Cuba a la llamada de sus libertadores; durante la guerra, en su época más brillante que fué la de año 1874 a 1875, el ejército pudo alcanzar a 7,000 hombres listos para el combate, en su mayoría era gente de color y los blancos que había eran del campo; había desaparecido la juventud cubana de la madera del resuelto Luis Ayesterán, de Antonio Luaces y Félix Tejada y nadie venía a reemplazarlos; ya eran escasos los hombres de cierta inteligencia pues se habían muerto los iniciadores y no había quien los sustituyese; el resto de los cubanos, 30,000 con las armas en la mano y formados en las filas españolas probaban su amor a la independencia, dando muerte a la República; una gran mayoría permanecía inactiva en las poblaciones dando recursos a los españoles y esperando que con sus buenos deseos triunfara la libertad, y los menos desempeñaban la difícil y arriesgada tarea del laborante; otra parte en la emigración sacrificada esterilmente por torpezas o desgracias que hacían insuficientes sus esfuerzos; pues a Cuba jamás llegó lo suficiente para cubrir nuestras necesidades.

Del campo de la revolución salieron muchos en distintas comisiones; bien para crear fondos bien para llevar expediciones, mejor que yo conoce la mayoría su comportamiento; de algunos no se tenía noticia como de José M. Izaguirre a quien despaché con los fondos que pude recolectar entre mis soldados, las que extraoficialmente obtuve le son poco favorables.

En cuanto al pueblo ejército que se hallaba a nuestro lado, había sufrido un cambio completo; aquellas masas que durante nueve años tuvieron siempre la muerte a los ojos, que presenciaban día tras día los más horrendos crímenes; que no pensaban nunca hallar ni dar cuartel; variaron al sentir los efectos de la conducta del político General Campos; perdido el entusiasmo de la primera época y no reemplazado por el orden y la disciplina; era lógico lo que acon-

teció, la traición nos rodeaba por todas partes, no podía haber confianza, escuadrones enteros fueron poco a poco incorporándose al enemigo armados y montados; los prisioneros de guerra que no se ponían al servicio del enemigo como Esteban Varona y otros, marchaban al extranjero en vez de volver a ocupar su puesto; en esta última campaña no ha habido un solo ejemplo. ¿Son con estos elementos y es ese el modo de que un pueblo como Cuba fuertemente unido a su metrópoli por intereses allí creados y arraigados y con un elemento español poderosísimo en su propio suelo; es así repito que pueda conseguir su independencia?

Triste es la contestación, no, no es así como se consigue la libertad; nos ha faltado unión y éstas son las consecuencias; no se busque la causa del mal, no es otro que la situación que he tratado de bosquejar, que era ya general pues ese desaliento y desunión que se sentía en el campo sentíase ya en la emigración; así me lo hacen creer los informes que tengo, mas como pudiera equivocarme, no quiero hacer conjeturas y me serviré de lo dicho por los mismos emigrados: he aquí lo que decía el señor Luis G. de Paredes en un artículo el 10 de Octubre de 1868, publicado en la "Independencia" de New York:

"¡Ay! es penoso decirlo, pero es preciso confesarlo. Lo que nos falta es esa unidad de acción que centuplica las fuerzas en el combate, que aquilata la fe en el sufrimiento; que no se espanta de ningún obstáculo; que no retrocede ante ningún peligro; que hace de la unión su apoyo; transforma en palanca el estímulo; traspasa todas las barreras, allana todas las dificultades; despeja todos los caminos, y semejante al angel del bien conjurando al pavoroso genio de las tinieblas, daría por pronto resultado, asegurar la independencia de Cuba, y afianzar sobre sólidos cimientos la felicidad y grandeza de la patria."

Esa falta que se sentía era ese entusiasmo perdido ya y que en los primeros días hacía ver todos los obstáculos superables y todos los sacrificios pequeños; era que ya las pasiones se hacían sentir y pequeños odios y bastardas ambiciones convertían a los hermanos en enemigos y como prueba, véase lo que decía el señor José A. Echevarría publicado en el

número 195 de la "Independencia" de New York. "Y en fin una consideración que no sin acerbo dolor se ve obligado a expresar en este momento, ha oprimido el ánimo del Comisionado para no interrumpir su silencio en las circunstancias en que se le exigía. Al rechazar la posibilidad de convenios falaces y deshonrosos con España, habría tenido que hacerlo no solo en nombre del Gobierno, del ejército y del pueblo residentes en el territorio de la República, sino también en el de la emigración cubana. Mejor dicho sus protestas hubieran tenido que ser más enérgicas, en nombre de la última que de los tres primeros, porque los emigrados o algunos de ellos, eran precisamente los que con toda vehemencia pedían la manifesación; mientras que aquellos proseguían en silencio, pero inmutables y acordes en su propósito de consolidar la República, sin reparar en sacrificios, sin dudar jamás de su triunfo y sin cuidarse de intervenciones extrañas. ¿Ofrecía la emigración el mismo espectáculo de compacta fraternidad y entusiasmo? Siendo igual en todos según se encarece el fervor patriótico ¿era en todos igual la abnegación para auxiliar a sus hermanos militantes de Cuba? Más aún ¿podía el Comisionado diplomático con perfecta serenidad de espíritu sin embargo de poseer la confianza de su gobierno llevar la voz de aquellos mismos que pugnaban por mancillar su moralidad política? En tales condiciones ¿podían tener autoridad las afirmaciones de un Gobierno a cuyos representantes se hacía una guerra sin tregua? Diríase que a ello daban lugar los representantes; sea, pues no es ésta ocasión de defensas ni recriminaciones deplorables; pero las circunstancias eran esas; y aun cuando no hubieran existido las razones expuestas, habría bastado la última para qeu el comisionado, antes que comprometer el prestigio de la República con protestas innecesarias prefiriendo arrostrar las censuras que se le hacían, y llenar en silencio sus deberes, sujeto al juicio de su Gobierno. Por fortuna no le ha sido desfavorable."

Siento que mi insuficiencia no me permita aclarar como deseo los hechos y hacer ver que lo sucedido es solo hijo de las circunstancias porque atravesábamos y que a todos y a ninguno le toca la respon-

sabilidad; réstame solo decir que tengo la conciencia de haber hecho cuanto he podido por ayudar a conseguir la redención de la patria, porque mis sueños de gloria eran tan grandes, como grande y hermosa me forjé en mi imaginación la revolución de Cuba; mas, he sido un extranjero desgraciado y repito las palabras de Washington Irving al hablar de Cristóbal Colón, "Viva seguro el extranjero que pone su vida y su corazón al servicio de ajena patria de recoger abundante cosecha de amargos desengaños, sino consigue por premio la muerte de manos de aquellos a quienes sirvió."

¡Levántense manes sagradas de Luis Marcano! y tú, ilustre caudillo, responde por mí a los que dudan de lo que he dicho.

NOTA.—Al General Luis Marcano trataron de asesinarlo en la noche del 9 de Agosto de 1869 y por un prodigio logró escapar herido grave de arma blanca en la cara, así como su hermano Félix en un brazo. Ambos debieron su salvación al intrépido dominicano Nicolás Chala que despertado por un golpe que recibiera, se lanzó sobre los asesinos matando a Faustino Varona, fugándose los demás que eran Joaquín Ponsuela (a) mulato, Roblejo, Lino Garcé y Pepe Varona; presentándose en Manzanillo. Más tarde repuesto ya el general atacó el campamento del Congo, jurisdicción de Manzanillo, el 12 de Marzo de 1870. El Coronel Juan Hall era su subalterno y su enemigo; el día antes del ataque le había dado el General unos planazos a un soldado de mala conducta llamado Pedro (no sé el apellido); Hall le aconsejó se vengara matando a Marcano. Por falta de cumplimiento de las órdenes que recibiera Hall el enemigo persiguió a las fuerzas cubanas en su retirada, se dispersaron y el General quedó solo con dos o tres hombres; marchaban por una vereda de monte estrecha, cuando un tiro salido de la espesura le hirió de muerte en la ingle; los compañeros lo abandonaron y más tarde se encontró el cadáver sin que le faltase una de sus prendas. Días después Hall se presenta al enemigo y dice haber mandado a dar muerte al General Marcano.

Nadie más se acordó de aquel que tantos servicios prestó a Cuba, ni el Gobieron dedicó siquiera un recuerdo a su memoria: su pobre viuda hubiera muerto de miseria si no hubiera sido por su tío el General M. Díaz; la desgracia de Marcano parece perseguir a su familia, su pobre viuda la infeliz Lorenza Díaz no tardó en morir desastrosamente. Se tumbaba una gran ceiba inmediata a su habitación; el arbol tenía indicada la caída para el lado contrario, ella ha-

Documento No. 1

República de Cuba. — Secretaría de la Guerra.— Nº 1387.—Mayor General Máximo Gómez, Jefe del Tercer Cuero de Ejército.—General: Recibida la exposición de usted que contiene la renuncia del destino que desempeña; el C. Presidente, me recomienda diga a usted lo que sigue:

En extremo doloroso es para el Gobierno verse compelido a desatender la solicitud de uno de los más distinguidos Jefes y beneméritos servidores de la patria y mucho más sensible teniendo presente que se invoca en ella el mal estado de salud del solicitante. Pero el Gobierno que lleva sobre sí, la inmensa responsabilidad de los destinos del país, no puede menos de prestar oídos a la suprema razón de estado, que es la conveniencia pública. Ella pone de manifiesto que en el período de vital interés porque atraviesa la guerra de independencia, el cambio de Jefe en el Departamento militar de las Villas y Occidente, traería consigo trastornos inevitables en la marcha de las operaciones allí emprendidas y expondría a que no se recogiese el fruto que se espera de la próxima campaña de invierno en la que todos fiamos el término venturoso e inmediato de la Revolución.

Si por regla general la situación de un empleado por otro es ocasión de tropiezo y a veces de errores lamentables, con cuanta razón había que temer surjan inconvenientes muy graves, si en estos momentos críticos se retira del mando del Tercer Cuerpo al intrépido Jefe, inteligente y experimentado, que trazó y llevó a cabo con éxito feliz el plan de invasión al rico territorio de las Villas, que ha sostenido

---

bía salido de su casa, mas volvió a entrar un momento, el arbol empujado por el viento cae y sepulta dentro de su habitación a la infeliz mujer.

¡Oh Providencia quien adivina tus designios! ¡quién me hubiera dicho que Lorenza Díaz, miembro de una distinguida familia, que había nacido y se había criado en una sociedad escogida, iba a tener un fin tan triste y que sus restos como los de su esposa iban a quedar abandonados en los campos de Cuba.

y sostiene allí, activas operaciones, que tiene por decirlo así, cogido el pulso al enemigo, que penetra sus intenciones y desconcierta sus propósitos? Si en estos momentos, repito, que apenas distan cuatro meses del próximo invierno, se sustituyese por otro al digno Jefe que se halla al frente del Departamento Occidental, que tiene el hilo de las actuales operaciones y muy adelantado sin duda, el estudio de las que deberán emprenderse en la estación de la seca; serán tan severos como justos los cargos que se hiciese acreedor el Gobierno, ante el más pequeño revés de nuestras armas en aquel territorio.

Por otra parte usted conoce la influencia que ejerce en las tropas el Jefe que está acostumbrado a mandarlos y a conducirlos a la victoria; usted sabe bien que la moral del soldado es susceptible de súbitas oscilaciones y que muchas veces una causa cualquiera determina en ella cambios desfavorables. En este sentido no es fácil medir las consecuencias que producirá la renuncia de usted si el Gobierno se la aceptara. No siendo la indisposición que usted padece de aquellas que se revelan a la simple vista y que impiden de un modo evidente todo ejercicio mental y corporal; las tropas que componen el Tercer Cuerpo hallarán inexplicable el hecho de separarse usted del mando; precisamente cuando más necesitan de una mano experta que los guíe, supuesto que el General en Jefe del Ejército enemigo fijando su cuartel general, en aquel departamento, llevando allí gran parte de sus tropas de línea y explotando la confianza y el miedo que simultáneamente inspira su nombre, se propone por todos los medios a su alcance, cortar el vuelo que la revolución ha tomado en aquellas ricas y vastas comarcas.

No obstante la fe profunda de que en siete años de inquebrantable constancia, vienen dando pruebas inequívocas los patriotas del 3er. Cuerpo, es fácil prever que por lo menos podrá excitar dudas en su ánimo la notoria coincidencia de estos hechos; por un lado los esfuerzos extraordinarios que hace el enemigo, bajo la hábil dirección del Jefe que más conocimientos tiene de la guerra de Cuba; por otro, la renuncia inesperada de usted, es decir del caudillo denodado que despreciando peligros y venciendo dificultades

los condujo a los campos de las Villas y les ha mostrado ya lo de Occidente.

A las razones apuntadas viene a prestar mayor fuerza, para que el Presidente no pueda aceptar la dimisión de usted, la circunstancia de ser puramente transitoria su administración. Siendo probable se encuentre reunida la nueva Representación nacional y debiendo ésta nombrar Presidente en propiedad, es razonable que el Gobierno se abstenga hoy de dar un paso de tanta trascendencia como es, el de relevar al Jefe del Tercer Cuerpo de ejército.

En tal concepto el Gobierno ha creído prudente desestimar la petición de usted y confía en que aceptando como justas las razones enunciadas continuará prestando a la cabeza del departamento militar de Occidente los servicios que la patria tiene derecho a esperar de su decidido amor a la independencia de Cuba.

Admita usted el testimonio de mi mayor consideración y aprecio.—P. y I.—Palma Hueca, Agosto 19 de 1875.—Por el Secretario de la Guerra, F. Estrada, Secretario de Relaciones Exteriores.

Documento No. 2

Comandante General del Tercer Cuerpo en ''La Reforma''.—Marzo, 31 de 1876.—Nº 952.—C. Secretario de la Guerra.—Acampado el 5 de Noviembre del pasado año en ''Los Limpios de Tahuaco'' en cuyo punto había concentrado muy cerca de 1,000 hombres en el mismo campamento, con todas las tropas formadas y a mi presencia, el Coronel Jefe de S. M. Dr. José Figueroa, se insubordinó en contra del Jefe de la Primera División Mayor General Julio Sanguily; infiriéndole insultos de palabra que aquel Jefe devuelve y después disparándole un tiro con su revólver. Sucedió también que al insultar Figueroa a Sanguily se lanzó el Tte. Coronel Manuel Sanguily sobre Figueroa y descargándole además un golpe con su machete no sé si de plan o de filo. Inmediatamente restablecí el orden entre los contendientes, pues las tropas por fortuna se conservaron en actitud tranquila. Constituídos en arresto Figueroa y Sanguily (Manuel) se nombró aquel mismo día un con-

sejo de guerra que conociese y juzgase en el asunto; así lo hace y pasada que fué la causa, sustanciada y fallada; examinada detenidamente se vió que el consejo separándose de las prescripciones de la Ley Judicial y de las Ordenanzas y Reglamentos militares dejaba impune el gran delito que se había cometido. Se nombró entonces en virtud de lo que dispone el artículo 31 de la Ley Judicial un consejo de revisión para juzgar a los miembros del de la primera instancia y falló condenando a aquéllos a una reprensión por el Jefe del Departamento, anulando el fallo y ordenando la formación de otro consejo. Se cumplió inmediatamente lo dispuesto por el Tribunal nombrándose el otro consejo que juzgó nuevamente a los Jefes Figueroa y M. Sanguily en primera instancia. Ahora bien, elevo a ese Centro el expediente formado del que se servirá enterarse detenidamente, no obstante, yo tengo formado mi criterio sobre él, que es un hecho que ofende hondamente la disciplina y el decoro militar de todo el ejército de Cuba, al respeto que se debe a los hombres en sociedad, en fin, a las leyes en general; y por lo tanto deseo que el Gobierno que debe con mayor razón participar de los mismos sentimientos se informe de este hecho y cómo ha sido tratado por los Jefes y oficiales que formaron el primer consejo anulado, y por los del último, dejando en suspenso la ejecución de la sentencia de éste, mientras tanto ese Centro se sirva determinar lo que sea procedente en el caso.

Llamo muy mucho la atención de ese centro sobre los escritos de defensa que aparecen en el proceso suscritos por el Comandante Manuel Barrera y Alférez Rafael Río-Entero. No sé si el carácter de defensor despoje a un Jefe u oficial del deber y la obligación de respetarse a sí mismo, a sus superiores y olvidar que en cualquiera circunstancia en que se encuentre, en todos sus actos, debe manifestarse siempre con la más exquisita subordinación pues de otro modo lastima la disciplina. Cumpliendo con mi deber quiero que ese Centro esté al corriente de todo lo que aquí pasa, para que apreciando con su elevado criterio, pueda tomar sus disposiciones y evitar los males que por consecuencia deben sobrevenir y que como verá a mí no es dado evitar, sin facultades

extraordinarias, que tampoco (por motivos que me reservo) estoy dispuesto a aceptar, caso que el Gobierno juzgase oportuno y conveniente darlas. Los acontecimientos que dejo enumerados en ésta y otra comunicación y otras más que por su extensión y circunstancias que en ello concurren, no pueden reducirse a los límites y formas de un oficio; no siendo además prudente por su naturaleza confiarlas al papel; hacen que signifique a usted, la importancia de que me acerque a ese Centro a la mayor brevedad posible. Como la relación que tienen entre sí todos estos acontecimientos, afectan directamente a los planes de este Cuartel General y puede ser una rémora a las operaciones militares, he creído conveniente suspenderlas por este motivo hasta informar detalladamente al Gobierno de lo que ocurre y que con conocimiento de los hechos resuelva lo que estime conveniente. En este concepto me complazco en esperar que a vuelta de correo ese Centro, se dignará enviarme la autorización, para pasar a la Presidencia del Gobierno para la conferencia que solicito y que creo indispensable.

Para obviar las dificultades en que pensará el Gobierno, respecto del Jefe que debe quedar al frente del Departamento durante mi ausencia, me permito indicarle que se puede nombrar al Mayor General Carlos Roloff, conservando las tropas en el mismo lugar en que se encuentren colocadas, a no ser que mi separación se prolongue por algunas circunstancias y para el que fuese indispensable removerlas de sus respectivos lugares. La violenta situación en que me encuentro colocado y que será debidamente apreciado por el Gobierno me hacen reiterar la urgencia de la entrevista que solicito.

Con sentimientos de consideración y estima soy de usted—Mayor General Máximo Gómez.

Documento No. 3

Cuartel General del Tercer Cuerpo en "La Reforma".—Marzo 28 de 1876.—Nº 940.—id. Secretario de la Guerra.—Cid. Secretario: El Mayor General Julio Sanguily, segundo Jefe de este Cuerpo de

Ejército y Jefe que mandaba la primera División del mismo, hace renuncia formal de ambos destinos fundado en razones de grave peso que están al alcance de este Cuartel General y que me apresuro a poner en conocimiento de ese Centro, para que apreciándolas pueda formarse un juicio exacto de la situación en que se encuentra el General Sanguily y en la misma en que estoy colocado en la actualidad y que sin duda será más difícil cada día. Sin remontarme a tomar datos en la historia de las conspiraciones en las Villas de épocas más atrasadas, me ocuparé solamente de los acontecimientos que han tenido lugar, desde que fuí nombrado Jefe del segundo Cuerpo y desde cuya fecha vengo mandando las fuerzas de las Villas. El Gobierno sabe lo que pasó en el Camagüey primero con el Brigadier José González, después con el Coronel Gabriel González y más tarde con el Brigadier Antonio Maceo; pues bien, las mismas tendencias existen hoy, pero que se manifiestan cada día de un modo más terminante y sin escrúpulo a la publicidad, las practican y vienen desarrollándolas. Los Jefes más caracterizados de las Villas son los primeros en alentar y sostener el antipatriótico, antimilitar y crónico sistema de hacer la oposición a cualquier Jefe que inmediatamente los mande, sin fundamento ni causa justificada y empleando por consecuencia su propósito los medios más indecorosos, barrenando por completo la disciplina y el orden y empañando por lo tanto el brillo de este Cuerpo de Ejército que en vano me tomo interés y me desvelo por presentarlo el más sobresaliente bajo cualquier punto de vista con relación a los otros Cuerpos de la República. La corrupción mina por su base al ejército, porque donde no hay disciplina no puede existir fuerza ni tropa alguna organizada pues la organización empieza a hacerse efectiva cuando el respeto del inferior al superior es positivo.

Amante y entusiasta decidido por la carrera militar, sin faltarme la energía necesaria para sostener el orden y la disciplina sin que me acuse del más ligero descuido, en el cumplimiento de mi deber, antes por el contrario, quizás alguna vez se me haya tachado de demasiado exigente, severo y hasta violento. Todos mis esfuerzos se estrellan sin embargo muchas

veces en lo deficiente de nuestras leyes y en la funesta influencia de una sociedad que existe aquí y que juzgándose a cubierto con su reglamento, practican actos que atacan la disciplina y hacen desaparecer la jerarquía militar, de lo que no se puede prescindir sin que se pretenda convertir el ejército en una partida de hombres sin responsabilidad en el cumplimiento del deber que les exigen las estrictas y severas ordenanzas militares. La reputación del más experimentado General muy fácilmente peligra, ante el modo con que la mayor parte de los Jefes al salir de las Villas ven y tratan las cuestiones, que jamás pueden ni deben ser de la órbita oficial y éste sin duda será motivo muy razonable para que, el Jefe que no quiera desprestigiarse no desee permanecer en destino alguno en este Cuerpo de Ejército. Estas son las causas que motivan la renuncia del General Sanguily, aparte de lo demás que él mismo podrá informar a ese Centro verbalmente; y no queriendo o no debiendo este Cuartel General asumir la responsabilidad que pueda caberle, admitiendo la separación de ocho Jefes, mucho más en las actuales circunstancias que no tiene a sus órdenes otro que reúna las condiciones para cubrir las vacantes que ocurran, dispone pase el General Sanguily al Gobierno para que éste resuelva lo que crea más conveniente y en obsequio al mismo tiempo de la justicia debo manifestar que este Cuartel General creyó conveniente dar al General Sanguily tanto por su carácter de segundo Jefe de este Cuerpo y como Jefe de la primera División; facultades amplias (dentro de los límites que me concede la ley de organización) para la organización y demás asuntos del servicio de la División a su mando. Dicho Jefe sin embargo nunca ha hecho uso de sus facultades pues jamás tomó resolución alguna hasta en los asuntos más insignificantes y que eran exclusivamente de sus atribuciones sin previa consulta a este Cuartel General; por lo que en todo caso que hubiese algún motivo de queja por alguna orden de la Jefatura de la División, la responsabilidad es solo de este Cuartel General que la aprobó y autorizó.

Por lo demás el General Sanguily en todo el tiempo que ha estado a las órdenes de esta Jefatura; ha

desempeñado su cometido satisfactoriamente cumpliendo con los deberes de su cargo, como militar pundonoroso de reconocidas disposiciones y como patriota distinguido.

Ese Centro se servirá honrarme con su indulgencia, si he sido demasiado extenso en este espontáneo informe, que quizás traspase los límites oficiales; pero es tal la índole del asunto que se trata, que me era imprescindible hacerlo así celoso del prestigio y moralidad de este Cuerpo que veo a mi pesar constantemente amenazado.

Con sentimientos de consideración y estima. Soy de usted. Mayor General Máximo Gómez. Acompañan al General Sanguily: Coronel Manuel Sanguily, Teniente Coronel Ramón Roa, Comandante A. Castellanos, Alférez Ramón Jiménez y Eladio Hernández y Teniente P. Marín.

Documento No. 4

El Cayo, a 17 de Mayo de 1876.—Cid. Tomás Estrada, Presidente de la República.—Presidente: Adjunto remito a usted una instancia que a ese Centro eleva el Comandante Manuel Barrera, cuya relación se hace por este conducto a consecuencia de circunstancias que a continuación se expresan.

Sabido es que desde el año próximo pasado vienen acaeciendo en este territorio multitud de hechos; que lejos de ser convenientes a nuestra santa y justa causa, van sembrando ciertos obstáculos que si no son bastantes para destruir el edificio de nuestra Revolución, al menos hacen bastante difícil su marcha y la lentitud de ésta podría acarrear funestas consecuencias.

Aunque no me sea propio decirlo, yo pertenezco a aquellos que se han constituído en verdaderos guardianes de la patria, en defensores del derecho que es innegable a todo hombre libre, y sobre todo somos intransigentes contra todo lo que no esté basado en la justicia; por eso es que no puedo permanecer indiferente, cuando veo que se cometen abusos, que tal vez fueran tolerables, sino fueran perniciosos a nuestra santa causa. Pero ¡oh Presidente! Yo preveo

que si las faltas aquí ocurridas de cierto tiempo a esta parte prosiguen, si no se le pone coto, cuan presto posible sea, nuestros enemigos reirán a mansalva y nosotros lloraremos.

¿Y de qué provienen esos males? ¿no somos hoy los veteranos de la patria? ¿No tendremos elementos de guerra? Sí; somos hoy más diestros que nuestros enemigos en el arte de la guerra; somos potentes, porque a nuestra abnegación patriótica se uenen elementos bastantes para destruir a los sicarios de la tiranía...

Pero, por desgracia, es un hecho innegable que mientras más se eleva el águila de nuestra Revolución, más cauta debe ser en su vuelo, porque si no lleva esa precaución, puede caer desde su mayor altura al más profundo abismo.

Doloroso me es, muy doloroso, tener que hacer a ese digno y respetable Centro, indicaciones alusivas a asuntos tan graves que no puedo explanar porque sus pormenores necesitan mucha amplitud y profunda meditación; mas por muy sensible que me es narrar tristes hechos, no debo ni puedo jamás omitir el cumplimiento de mi deber que es oponerme a todo acto injusto.

En este Departamento es ineludible la presencia del Gobierno (aunque fuese temporalmente) pues ello traería pingües resultados, tanto en el interior como en el exterior y sobre todo se allanarían grandes dificultades que aquí existen; sin embargo éstas podrían desaparecer, con la separación del General Gómez del mando de este Departamento, pues hasta los que habitan bajo las autoridades españolas (los que son adictos a nu estra causa) se quejan amargamente del sistema político adoptado por el referido General; sistema que difiere totalmente del que yo observé en ese territorio durante mi mando accidental; por cuyo motivo es que los ánimos antes tan exaltados, han decaído considerablemente, porque aquí se necesita la política de atracción; no es prudente esa rigidez y acritud con que solo demuestra una idea muy esteril de nuestras instituciones y principios democráticos. Estamos en tiempo de efectuar la creación de una nueva República y para ello es muy oportuna la cordura de todos nuestros procedimientos.

No se pretende con esto desconocer los méritos que distinguen al General Gómez, porque sería una injusticia; empero sin perjuicio de sus nobles cualidades patrióticas, sin olvidar sus importantes y oportunos servicios; debo confesar y confieso que el citado Jefe ha incurrido en desaciertos; (tal vez contra su voluntad) pero la verdad es que han sido desaciertos y que son muy notorios. Yo me he esforzado asiduamente y con excesiva cautela, por evitar que aquel Jefe incurriera en tales defectos según me ha permitido el círculo de mis atribuciones y el estado actual de cosas, estado que exige mucha prudencia para proceder con acierto. Al oponerme a esos errores, he observado tanta prudencia, tanta sagacidad como me ha sido posible, para no causar disgusto a los que han delinquido; como no me he mezclado en asuntos que me hubieran hecho cómplice; como han observado mi actitud contradictoria a sus fines han quebrantado todo género de consideraciones respecto a mi personalidad y no han omitido medio alguno con el pernicioso fin de derribarme, si bien es verdad que los medios que para ello adoptaron fueron tan débiles e ilegales que todos se han ido a estrellar contra la roca de mi carácter y de mi inalterable conducta. Durante el transcurso de tan tristes sucesos, he sabido suprimir los impulsos de mi dignidad altamente ofendida guiado por las saludables máximas de mis buenos amigos CC. Coronel Spoturno, Dr. Manuel Pina y otros no menos dignos que me aconsejaron cooperase al más perfecto acuerdo y concordia entre los veteranos; así como su observación de los sagrados principios de unión y en obsequio de nuestros intereses de la patria, he permanecido hasta ese día sin comunicar a usted mi deseo de separarme de la carrera militar aunque esta resolución se aparte mucho de mi propósito de permanecer en activo servicio hasta concluída la guerra de Independencia. Mas ha llegado el momento en que no me es posible tolerar por más tiempo tamañas injusticias y ofensas que directa y públicamente se me han inferido, ofensas que afectan terriblemente mi dignidad como fefe y como caballero. Conociendo que mis ideas difieren considerablemente de las del General Gómez, circunstancias por las cuales no puedo permanecer a las ór-

denes de ese Jefe, y en virtud de las razones que dejo expuestas y a fin de evitar funestas consecuencias de las cuales no quiero ser responsable; suplico a usted se sirva concederme la separación del ejército.

Cid. Tomás Estrada Palma, Presidente de la República.—Soy de usted con toda consideración.—Coronel Jefe de la Brigada de Caballería, Francisco Jiménez.

Documento No. 5

Informe del que suscribe a la instancia presentada al Presidente de la República por el Coronel Francisco Jiménez.

En las Guásimas, Camagüey a Junio 22 de 1876. El Coronel Francisco Jiménez y el Comandante Manuel Barrera (español) presentan una exposición al Gobierno en contra mía. El primero dice que yo le ajado en su dignidad porque le he reprendido y concluye diciendo cuánto perjudico la revolución en las Villas y que si no hubiera sido por él todo se hubiera perdido. El segundo dice que no soy amigo de los españoles (como si esto se dudara) y que lo prueba la orden general de Mayo del año pasado y otras sandeces por el estilo. El Gobierno me ordena informe y digo. En cumplimiento a la superior orden expresada en la exposición que antecede firmada por el Coronel Francisco Jiménez paso a informar sobre el particular. Al invadir las Villas en Enero de 1875 encontré al Coronel Jiménez ocupando su destino y desempeñando la comisión que antes le diera, de preparar el territorio para la formal invasión y como explorador avanzado había trabajado con regular éxito, como tuve el honor de expresarlo así al Gobierno en mis primeros partes oficiales. Su conducta sin que me sea posible negarlo, hizo que yo sintiese hacia él, simpatías que más de una vez tuve el gusto de manifestarle en nuestras conferencias privadas que siempre concluían con mis consejos sobre su vida pública y privada, porque fundaba esperanzas de presentar al Gobierno más tarde un Jefe de prestigio para las Villas, hijo de allí mismo, donde desgraciadamente no existe ninguno. Como inmediatamente me fué preciso formar una columna invasora de las Villas oc-

cidentales; la mayor parte de la gente que tenía Jiménez fué puesta a las órdenes del Brigadier González cuyo Jefe marchó a cumplir su comisión; quedando Jiménez con 20 hombres (la flor) para que sirviera de núcleo a la fuerza que con gente nueva debía organizarse. Las órdenes le fueron expresas y terminantes para que sin atender a consideraciones de ninguna especie, reuniera a todos los hombres útiles, sobre todo de la zona de Jíbaro, con objeto de que después el Cuartel General procediera a la exención del servicio de aquellos que tuviesen derecho a ello, según la ley y las circunstancias, Jiménez no cumplió con exactitud esta orden, antes al contrario a muchos individuos de malos antecedentes como Nicasio Gálvez y otros, por haber sido guerrilleros españoles y perseguidores encarnizados de los patriotas, los destina a servicios pasivos como hacer sal y cuidar tranquilamente de sus familias. La mayor parte de los hombres solamente existían en las listas y los demás apenas se salían de una operación quedaban licenciados vagando por todo el territorio, perdiendo y gastando caballos, expuesto el armamento y siendo autores de otros desórdenes a que indudablemente induce al soldado a la vida que no sea la del campamenoto, la vida del orden y la disciplina. Sabía yo todo esto y ya por repetidas veces ordenaba al Coronel Jiménez, así por escrito, como de palabra que cumpliera mejor su cometido. Jiménez con fingida obediencia me hacía la falsa promesa de cumplir, pero se olvidaba y nada hacía. Comprendí entonces que me había engañado con el hombre y sin embargo creía todavía que quizás comprometiéndole con mayor prestigio se esforzaría mejor y lo elevé a la categoría de Brigadier mandando la Brigada de Caballería. El Coronel Mola que manda el Regimiento que antes mandaba Jiménez, acepta con repugnancia pero aceptó, tropezando con las intrigas de algunos subalternos mal avenidos con el nuevo orden y régimen de Jefe tan digno y entendido y con el poco tacto y desordenado modo de mandar del Coronel Jiménez ha logrado sin embargo infundir alguna organización en aquel cuerpo y hacer venir a las filas muchos hombres que se encontraban fuera de ellas en comisiones fútiles y hasta perjudiciales.

Nada conseguí ni adelanté con el Coronel Jiménez y antes por el contrario, parece que más descuidado con sus subalternos ha tenido más tiempo para entregarse a los desórdenes de la vida y desde entonces su casa es una taberna, donde abusando de los excesos del licor, muchas veces ha dejado de ser hombre y confundido con sus soldados quedaba roto y despedazado el principio de disciplina y ofendido el decoro y honra de todos los miembros que componemos la santa y noble institución del Ejército Libertador. Sentía todo esto y lo siento más porque no podía discurrir el medio de remediarlo y sin embargo y valiéndome de mis amigos subalternos para que le aconsejasen y guiasen por el camino decente y bueno; se ha pasado todo ese tiempo sin que yo le haya dirigido más una palabra.

Ni yo ni el Jefe de la División lo eximimos de la responsabilidad que pudiera caberle, por el fracaso que sufrió el día 22 de Enero pues habiéndole dado órdenes el Jefe citado que marchase sobre el enemigo que se dirigía a la zona del Jíbaro, salió con tal intento, pero fuese a su casa y allí a las 12 del día se dejó sorprender del enemigo, perdiendo armas, caballos, monturas, elementos de guerra y muchas cosas más que se leen en los periódicos españoles. Semejante conducta y semejante proceder que en el fondo de su propia conciencia le acusaban no era digno de mi consideración y respeto porque eso no se puede ser gratuitamente; se ha enconado en contra mía y de ahí indudablemente la injustificable acusación que me hace. Este encono sin duda ha llegado a su colmo, porque le he reprendido con dureza por haber incorporado a un Regimiento de Caballería dos soldados españoles de infantería salidos de sus filas recientemente que en su vida han montado a caballo, que no son a propósito para esta arma y contra las disposiciones que sobre este particular tengo dadas, pues habiéndome demostrado la experiencia que los soldados españoles en general han dado malos resultados en nuestras filas, pues muchos de ellos se han vuelto llevándose armas que no han traído; yo trato de colocarlos del modo que utilizando sus servicios nos hagan el menos daño posible.Es la única vez que le he hablado con dureza al Coronel Jiménez, con to-

no enérgico y agrio si se quiere, propio para un subalterno que no ha sabido siquiera respetarse a sí mismo y que despreciando los favores de la fortuna, ni siquiera tampoco ha sabido aprovecharlos en bien de la patria, cuando tan espléndidamente se le brindaba desde que lo despaché en Jimaguayú. Ha sido un ingrato y mal soldado que después de marchitar sus laureles pretende marchitar los míos. Eso es cuanto ha pasado con respecto al Cor. Francisco Jiménez y en cuanto a mí me guardaré de decir una palabra que me defienda de las imputaciones que me hace, porque hombres como yo que tienen la conciencia de haber servido lo mejor que ha sido posible a la causa del país, es bueno dejar a los hechos que ellos solos hablen. Por lo demás, educado en las desgracias de otra tierra, ni me envanecen los elogios ni mucho menos me asustan la intriga y la calumnia, pues que tengo la conciencia de haber cumplido con mis deberes en todos tiempos y todas partes. Y nada más. De Barrera dije poco; que era español y basta.—Máximo Gómez, Mayor General Jefe del Departamento de las Villas.

Documento No. 6

Regimiento Castillo, Tercer Escuadrón.—P. y L.—Agosto 4 de 1876.—Nº 7.—Teniente Coronel José Gómez, Jefe del Regimiento Castillo.

Teniente Coronel: Con fecha de ayer ha llegado a este campamento el cabo Santiago Quintero portando un pliego oficial procedente del Jefe del Departamento y enterado de las disposiciones en él suscritas manifiesto a usted lo siguiente.

En virtud de que el movimiento que he iniciado no tiene carácter alguno, que dicho movimiento fué iniciado por el Comandante que suscribe en persona al Teniente Coronel Lufriu, para que éste lo participe al Jefe del Departamento que al verificarlo expuso que marchaba a recoger los individuos que habían desertado, para evitar así las graves consecuencias que en perjuicio de nuestra santa causa podrían sobrevenir sino se tomaban medidas prontas y eficaces para contener las deserciones. En consideración de las razones expuestas, no nos creemos comprendi-

dos en el indulto que el Jefe del Departamento ha tenido a bien expedir.

Que nos place mucho el referido decreto para trasladarlo a los que fuesen verdaderos desertores y que el pueblo designa con el nombre de Plateado; esto en caso que se negaran a concurrir por los medios que ya hemos adoptado y que vienen surtiendo los mejores efectos.

Por tanto deseamos usted comunique a la autoridad competente el objeto del movimiento iniciado que tan presto como se me incorporen todos los desertores, me pondré en marcha hacia ese campamento y expondré lo que deseamos se efectúe para el fin general de nuestra justa y noble causa; con manifestaciones de que deseamos comparecer ante los Tribunales de Justicia de la nación, a fin de que seamos juzgados y castigados si así fuere justo, y si nuestro procedimiento fuese declarado hábil y eficaz en bien del país, seamos considerados como corresponde.—De usted con mucho respeto y consideración.—Comandate Jefe Angel Mayo.—Capitán Miguel Alayón.—Felipe Rodríguez, Teniente.

Documento No. 7

Indulto a los desertores.—Nº 46.—Cuartel General. "El Remate", Septiembre 10 de 1876.—Para solemnizar el octavo aniversario de nuestra gloriosa independencia, el 10 de Octubre, en cuyo día debemos todos estrechados por los santos lazos de la unión, recordar ante el altar de la patria el sagrado juramento que en aquel día hicimos de conquistar nuestra independencia a toda costa; y resultando que algunos, mal guiados y mal aconsejados, se encuentran separados de la masa común que forma la Unión, siendo ésta la que constituye la fuerza y con la que se obtiene la victoria, he tendo a bien disponer lo siguiente.

Artículo 1º—Quedan indultados desde esta fecha todos los individuos que pertenecientes a este Cuerpo de Ejército se hayan desertado de sus filas.

Artículo 2º—Los que hubiesen cometido robo u otro delito común y los presentados al enemigo quedarán sujetos a la acción de los Tribunales.

Artículo 3º—Todos los que se acojan a este indulto deberán presentarse a cualquiera autoridad civil o militar, quienes les facilitarán un salvo conducto, para que puedan incorporarse a sus respectivos cuerpos.

Artículo 4º—El presente indulto comprende desde esta fecha hasta el 10 de Octubre próximo venidero. Después de ese día se castigará a todo desertor que fuese capturado conforme a la Ley.

Artículo 5º—Los que se desertaren después de promulgado este indulto serán perseguidos y castigados con arreglo a la Ley.—Lo que tengo el honor de comunicar a usted para conocimiento y dar mayor publicidad.—Mayor General Jefe Máximo Gómez.

Documento No. 8

República de Cuba.—Nº 569.—Residencia del Ejecutivo.—Marzo 18 de 1877.—Mayor General Vicente García, Jefe del Segundo Cuerpo de Ejército.—Mayor General: El Presidente me ordena diga a usted lo siguiente. Importa a los intereses de la patria que no se demore por más tiempo la marcha de usted al Departamento de las Villas de cuyo mando deberá encargarse en comisión según se le ha comunicado confidencialmente desde el mes de Diciembre último. Al efecto se pondrá en marcha con la posible brevedad hacia el Departamento indicado, cesando desde esta fecha en el mando del Segundo Cuerpo de Ejército cuyos Jefes de división se entenderán directamente con este Centro. Los archivos del Cuartel General del Cuerpo serán entregados a disposición de la Secretaría de la Guerra.—Lo que trasmito a usted para su debido cumplimiento. Soy de usted con la mayor consideración.—Máximo Gómez, Secretario de la Guerra.

Nº 2.—Segundo Cuerpo de Ejército.—Cuartel General en Sao-Nuevo, Marzo 18 de 1877.—C. Secretario de la Guerra.—C. Secretario.—Acabo de recibir su respetable nota Nº 569; su contexto me ha sorprendido verdaderamente pues parece se quiere significar que mi marcha al Departamento de las Villas solo depende de mí y que me es imputable la demora en llevarlo a cabo. Hasta la fecha no se me ha hecho

nombramiento para el mando en comisión para aquel Departamento a que usted se contrae y aunque es cierto que confidencialmente me ha comunicado el Gobierno tal resolución, también lo es que el C. Presidente oyendo mis justas observaciones se dignó prometerme que previamente serían puestos a mi disposición las fuerzas y recursos necesarios, para que me acompañasen en la marcha y reforzasen aquel Cuerpo de Ejército, sin que hasta la fecha me hayan sido consignados.

Autorizado por el Presidente para sacar 100 hombres del regimiento Tunas de los que quisieran voluntariamente pasar a las Villas, no ha habido ninguno que quiera hacerlo y así tuve el honor de ponerlo en conocimiento confidencialmente. Prescindiendo de todo esto, ahora se me manda a marchar no sé con qué motivo, sin facilitarme aquellos elementos en momentos en que ocupados por el enemigo gran parte del territorio de las Villas y como es de suponer diseminadas y distantes sus fuerzas es necesario más que nunca un auxilio eficaz. Con la pequeñísima escolta montada que me acompaña no creo ni siquiera poder vencer las dificultades de una marcha por territorio ocupado por grandes fuerzas que vigilan especialmente las líneas y la Trocha con ellas combinadas para impedir la entrada en las Villas de toda fuerza procedente del Camagüey y estimo como un deber reproducir estas observaciones al C. Presidente para lo que estime corresponda a tal situación. Si no obstante su propósito es solo el comprometer mi reputación y sacrificar algunas vidas sin utilidad de la patria, que no lo creo, y obedeciendo otros mólives se insiste en mi marcha en tales condiciones; protesto, desde luego respetuosa pero enérgicamente contra una disposición tan improcedente como atentatoria a mi prestigio y dignidad militar declinando toda responsabilidad, por las fatales consecuencias que preveo y que con toda claridad he manifestado al C. Presidente Daré orden a los Jefes de División para que desde luego se entiendan directamente con ese Centro, según se sirve disponerlo. Los archivos del Cuerpo están en el territorio de las Tunas a cargo del C. Juan Cederio quien tiene orden de entregarlos a la del Gobierno. Los pocos papeles que

aquí tengo serán entregados cuando usted tenga a bien disponerlo. Con sentimiento de respetuosa consideración.—V. García.

Documento No. 9

Nº 3.—República de Cuba.—Secretario de la Guerra.—Nº 570. — Residencia del Ejecutivo, Marzo 18 de 1877.—Mayor General Vicente García, Jefe en comisión del Tercer Cuerpo.—General. Se le acusa recibo de su comunicación Nº 701 de esta fecha. Instruído el C. Presidente de los particulares que contiene me ordena comunique a usted lo que sigue. Hallándose en este campamento el Regimiento Tunas del que debía usted tomar la fuerza destinada para acompañarla a las Villas procederá desde luego a sacar de él los hombres que hubiere en estado de hacer marcha, pero si no consiguiere que éstos le acompañen, ya sea voluntariamente ya sea por el espíritu de subordinación y obediencia, cumplirá usted no obstante la orden que anteriormente se le ha comunicado de pasar a las Villas con objeto de encargarse en comisión del mando del Tercer Cuerpo del Ejército. Dará aviso anticipado de hallarse pronto a emprenderla a fin de comunicarle mis instrucciones.—Soy de usted con la mayor consideración.—Máximo Gómez, Secretario de la Guerra.

Documento No. 10

Nº 4.—C. Secretario de la Guerra. — Sao-Nuevo, 19 de 1877.—C. Secretario.—En cumplimiento de lo dispuesto en su respetable nota Nº 570 paso a los cuarteles del regimiento Tunas el que hice formar y saber lo dispuesto por el C. Presidente de la República. Solo tres individuos se prestaron voluntariamente y se encuentran aptos para hacerlo 1 Jefe, 10 Oficiales y 84 de tropa a los que hice separar hasta que el Gobiero disponga si se ponen o no a mis órdenes. Nada han objetado los últimos contra la disposición del Gobierno pero estoy firmemente persuadido de que no marcharán hasta las Villas y que si se trata de obligarlos inferirán nuevas heridas a la disciplina con su deserción o con cualquiera otro ac-

to, pues sé bien aquí seguirán prestando fielmente sus servicios, las noticias de las Villas a que me referí en mi escrito de ayer les hace estimar preferible todo a marchar allí. Eso traería además inutilización de esas fuerzas en tales condiciones, puesto que no servirían en este ni en aquel Departamento y el que suscribe se vería expuesto a no poder continuar su viaje quizás después de emprendido. Someto a la consideración del Gobierno estas observaciones, hijas de mi profundo interés por el bien de la Patria, a fin de que se obvie la dificultad, facilitándoseme otras fuerzas con que se pueda contar, no el número separado del Regimiento Tunas, sino el que me ofreció el C. Presidente, así como las demás fuerzas de caballería e infantería propias del 3º o de los contingentes a él destinados en auxilio que se encuentran agregadas a los cuerpos de esta División y tiene a sus órdenes el Coronel Francisco Borrero y los recursos que la situación del Tercer Cuerpo exige y son indispensables para poder llenar mi cometido, según tuve el honor de comunicar a usted en mi comunicación de ayer cuyo total contexto reproduzco. Con sentimientos de la más distinguida consideración y respeto.—V. García.

Documento No. 11

República de Cuba. — Residencia del Ejecutivo.— Marzo 20 de 1877.—Mayor General Vicente García, Jefe en Comisión del Tercer Cuerpo. — Se le acusa recibo de sus dos contestaciones de esta fecha que se contesta como sigue: Los oficiales y sus tropas pertenecientes al Reglimiento Tunas que deben marchar con usted a las Villas, se hallan a sus órdenes desde el momento en que fueron nombradas con aquel objeto. Corresponde por tanto a usted juzgar si puede o no acceder a la solicitud expresada por el Comandante Miranda y hecha a nombre de los oficiales y tropas mencionadas. Respecto de la desconfianza que usted abriga sobre la probable deserción según usted, de las fuerzas de infantería que han de acompañarle, correspondientes al Regimiento Tunas, es inconcebible que dichas fuerzas que tantas pruebas de valor ha dado en el curso de ocho años se deje

preocupar de tal manera por las noticias de las Villas a que usted se refiere que *prefieran todo a marchar* y es más inconcebible que no alcance a contrarrestar este efecto la influencia que era de esperar debe ejercer el Jefe que por tan largo tiempo los ha mandado constantemente y que es el mismo a que debe acompañar en su marcha al Departamento militar de las Villas. Pero si desgraciadamente se realizaran sus temores a pesar de los esfuerzos que para contrariarlos opondrá usted como militar subordinado y pundonoroso, empeñado firmemente en el cumplimiento de una orden superior, en este caso, siendo mayor el mal que resultaría de su demora en pasar a las Villas en donde el Gobierno cree indispensable su presencia en las actuales circunstancias, hará lo posible por continuar su marcha de todos modos, salvo que obstáculos superiores e insuperables se lo impidieran. El Gobierno está dispuesto a proveer de municiones de guerra al Tercer Cuerpo de Ejército, sobre cuyo particular comunicará a usted instrucciones, este Centro tan pronto como ese Cuartel General signifique hallarse dispuesto a marchar. Soy de usted con la mayor consideración.—Máximo Gómez, Secretario de la Guerra.

Documento No. 12

A la Cámara de Representantes.—CC. RR.—Con fecha 19 del corriente elevé a la consideración de la Cámara una exposición aquejando abusos de autoridad e injusticia perpetrados por el Ejecutivo con perjuicio de los intereses de la Patria y agravio de mi dignidad como ciudadano y como militar. Han transcurrido once días y nada ha resuelto ese respetable Cuerpo a pesar de la importancia del asunto que demandaba una urgente decisión, ni siquiera se me ha acusado recibo.

Generalmente he oído decir que la Cámara de Representantes, no resuelve exposición alguna, citándose en comprobación las que distintos ciudadanos y el pueblo le han dirigido en diferentes ocasiones. Negándome a creer por amor a Cuba tan desconsoladora afirmación, le dirigí la exposición a que me refiero y cuyo despacho suplico por la presente.

Si la justicia y la dignidad de los ciudadanos de la República son palabras vanas para la representación nacional me lo evidenciará su silencio y en caso tal no deben extrañarse que esos mismos ciudadanos no encontrando a quien reclamar tomen las medidas oportunas para evitar las arbitrariedades que tan fatales consecuencias vienen causando, apoyadas o toleradas por los que al representar al pueblo soberano, tienen la misión de no consentir la opresión de sus comitentes y la obligación de sostener su derecho y su honra. Las Guásimas, Marzo 30 de 1877. CC. Representantes. — Vicente García.—La Sierrecita de Viaya. (Copia exacta 6 de Abril).

Documento No. 13

República de Cuba.—Cámara de Representantes.—Al Mayor General Vicente García.—En sesión pública ordinaria celebrada el día de hoy se dió cuenta de su instancia fecha 30 de Marzo próximo pasado, acordándose lo siguiente: Que se devuelva al Mayor General Vicente García la presente instancia con manifestación de que la Cámara ha visto con desagrado el tono irrespetuoso, exigente y amenazante de ella y se le previene que en lo sucesivo se abstenga de dirigirse a esta corporación en la forma en que lo ha hecho. Lo que se comunica a V. para su conocimiento, adjuntándole el documento mencionado. P. y L. Sierrecita de Viaya, Abril 6 de 1877. — El Presidente, Salvador Cisneros.—Fernando Figueredo Socarrás.

Documento No. 14

A la Cámara de Representantes.—Vicente García, Mayor General en Jefe en Comisión del Tercer Cuerpo del Ejército, expone lo siguiente: En el mes de Diciembre último, fuí llamado confidencialmente por el Gobierno, para proponerme el mando del Departamento de las Villas, vacante por la salida de aquel territorio del Mayor General Máximo Gómez.

Sabidos son de la Cámara los hechos que produjeron tal resultado conmoviendo profundamente el orden y la disciplina en las Villas y auque el que

expone, conociendo perfectamente la situación, sabía lo difícil, sino imposible, que le sería remediar los males, que allí habían provocado una serie de hechos desgraciados, se prestó a aceptar tal encargo en comisión por puro patriotismo y previo el ofrecimiento que le hizo el C. Presidente de proporcionarle doscientos hombres con el parque necesario para poder hacer frente al enemigo en su marcha y auxiliar al Ejército de aquel departamento.

En cumplimiento de este acuerdo se le autorizó para sacar cien hombres del Regimiento Tunas de los que voluntariamente quisiesen pasar a las Villas prometiéndole completarle aquel número o séase los doscientos hombres de otras fuerzas entre ellos cuarenta o cincuenta hombres del Departamento de Oriente, que tenía y tiene el Gobierno a sus inmediatas órdenes.

Procedió desde luego a tomar las medidas necesarias para estimular y sacar los cien voluntarios del Regimiento Tunas pero desgraciadamente donde tantos dispuestos había antes a marchar no resultó ya ninguno porque la noticia extendida por los desertores de crueldades y tiranías y maltrato y otros abusos que decían tenían allí lugar, mató el entusiasmo que antes dominaba. Esto lo comuniqué al Presidente de la República.

La ejecución con consentimiento del Gobierno de las operaciones que tenían pendientes en este departamento y la enfermedad que acaba de sufrir impidieron al exponente en breve término, pero tan pronto como estuvo restablecido ha venido dispuesto para marchar confiando en que el Gobierno le entregaría las fuerzas y demás elementos prometidos, que si cuando los solicitó eran necesarios, hoy son indispensables para que su misión en las Villas pueda tener un resultado favorable.

El exponente nunca se ha negado a obedecer las órdenes del Gobierno, ni ha cejado en su propósito de marchar a las Villas, pero desea hacerlo en condiciones, en que no sufra su prestigio y en que su misión sea útil a la Patria. Sin embargo de esto ayer fué sorprendido por la comunicación del Secretario de la Guerra, que en copia acompaña marcado con el número 1 la que que contestó con la que aparece

al número 2 y hoy ha recibido la que también acompaña con el número 3 contestándola con el número 4.

Teniendo presente la situación actual de las Villas y especialmente la del Distrito de Sancti-Spíritus en el que forzosamente debía entrar, pasada la trocha militar de Júcaro comprenderá la Cámara la justicia que asiste al exponente para reclamar del Gobierno de la República los elementos que le había prometido como indispensables de todo punto para forzar las líneas enemigas presentándose con prestigio ante los Villareños, poder sostenerlo dando algunos combates que le faciliten normalizar la situación del Departamento.

Noventa y cuatro hombres entre Jefes, Oficiales y tropa se han extraído hoy del Regimiento Tunas según la última disposición del Gobierno. Por la misma razón que no se prestó esta fuerza a marchar voluntariamente, creo que la citada determinación de mandarla de otro modo sólo propenderá a inferirle nuevas heridas a la disciplina.

No podré pues contar con ninguna fuerza y como en este caso se les manda también marchar y por las razones emitidas antes constituye una gran injusticia, una inconveniencia para la Patria y un acto depresivo a su prestigio militar al extremo de que tal parece que las disposiciones del Gobierno entrañan el propósito de sacrificar al que expone e inutilizarle para el servicio de la Patria. Ocurre a la Representación nacional en queja contra el abuso de autoridad en que con perjuicio de los intereses patrios ha incurrido el Presidente de la República, confiando en que la justicia de la Cámara dispondrá lo necesario para que aquel no insista en tan erradas disposiciones y ponga al postulante en condiciones de llenar su cometido que le ha confiado y que está dispuesto a desempeñar como cumple al interés general y a su dignidad militar, evitándose así las graves consecuencias que en contrario pudieran sobrevenir, y admitirle en otro caso las protestas que desde luego establece por el agravio que a los intereses del país y al exponente se causaren en lo adelante por disposiciones de igual naturaleza, suplicándole también la inmediata resolución de este asunto mediante la importancia que entraña pues

así es de justicia que es la que impetro revenrentemente. Sao-Nuevo, Marzo 17 de 1877. — Vicente García.

DOCUMENTO No. 15

República de Cuba. — Cámara de Representantes. En sesión ordinaria celebrada el día de ayer la Cámara acordó nombrar a usted General en Jefe del Ejército Libertador. Lo que se comunica para los fines oportunos.—P. y L.—Loma de Sevilla, Octubre 2 de 1877.—El Presidente, Salvador Cisneros.—El Secretario, M arcos García.—Mayor General Máximo Gómez.

DOCUMENTO No. 16

Al Presidente de la Cámara de Representantes.—C. Presidente.—Tengo la honra de acusar recibo del acuerdo de la Cámara de Representantes fecha de ayer, por el cual ese ilustrado Cuerpo se ha servido conferirme el nombramiento de General en Jefe del Ejército Libertador.

No puedo menos que sentirme profundamente agradecido ante esa muestra de distinguida deferencia que ha tenido a bien honrarme la Representación Nacional y más obligado hoy si cabe en virtud de ella, al pueblo cuya noble causa he abrazado con entusiasmo; puede estar seguro ese respetable Cuerpo de que no me domina otro pensamiento, otro deseo, sino el de trabajar incansablemente en la gloriosa obra de la Independencia de Cuba, dedicando exclusivamente todos mis esfuerzos a conseguirla cualquiera que sea el destino en que se juzgaren más provechosos mis servicios.

Sin embargo de la alta jerarquía en el ejército a que ha decidido la Cámara de Representantes, me permito someter a su ilustrado criterio importantes manifestaciones que me obligan a poner en manos del Presidente del Cuerpo Legislativo la dimisión del cargo que se me acaba de conferir.

Prescindo de las dudas que asaltan respecto de mis aptitudes para el desempeño de tan difícil puesto; el hecho de mantenerse aún fuera de la Ley al-

gunos grupos de los que se habían colocado en actitud sediciosa y el justo temor de que la medida adoptada por la Cámara pueda servir de pretexto para que los disidentes continúen por más tiempo en su perniciosa actitud son motivos racionales que sirven de fundamento a mi determinación. Mas si ello no bastase, es necesario se tenga en cuenta que en la actual situación se aumetarán con el acuerdo de la Cámara las dificultades que hoy rodean al Presidente de la República pues no le sería fácil reemplazar al que suscribe en el destino de Secretario de la Guerra, no por razón de aptitudes que cualquier otro posee en grado superior sino por una reunión de circunstancias que no se ocultan a la esclarecida inteligencia de los miembros del Cuerpo Legislativo.

Fundado en lo expuesto, si bien protestando mi respeto y obediencia a cuantas disposiciones emanen de los Poderes Nacionales, confío en que la Cámara de Representantes se dignará admitir la renuncia que formalmente hago del cargo de General en Jefe con que he sido honrado por acuerdo del día de ayer. Sírvase aceptar, C. Presidente, el testimonio de mi más distinguida consideración.—Loma de Sevilla, Octubre 3 de 1877.—Máximo Gómez.

Documento No. 17

República de Cuba.—Cámara de Representantes.—En sesión pública ordinaria celebrada el día de hoy la Cámara acordó lo siguiente: Atendiendo las razones expuestas por el Mayor General Máximo Gómez, la Cámara acepta la renuncia que hace del cargo de General en Jefe. Lo que se comunica a usted para los fines convenientes. — P. y L.—Loma de Sevilla, Octubre 3 de 1877.—Presidente, Salvador Cinsneros. J. Aurelio Pérez, Secretario.

Documento No. 18

El Pozito, a 7 de Enero de 1878.—Mayor General Máximo Gómez. — Apreciable amigo: ayer llegué a este lugar y sentí infinito no haberlo encontrado, pues lo deseo para que me ayude a salir del berengenal en

que estoy metido, espero que al recibir ésta venga en seguida. A consecuencia de la Junta de Sevilla y de la ida de los Diputados y el Teniente Coronel Aurelio Duque de Estrada a Santa Cruz parece que hablaron con Esteban Duque de Estrada y lo pusieron al corriente de lo que pasó allí; el resultado es que el 2 del corriente se me incorporaron los dichos Diputados y el Teniente Coronel Aurelio de Estrada y con ellos Esteban; éste me manifestó que amparado con el último decreto de la Cámara pasaba a tener una conferencia con el Gobierno, Cámara y Jefes militares autorizado por el General Martínez Campos, que éste había hecho cesar las hostilidades entre el camino de Santa Cruz hasta Contramaestre, desde aquí al brazo y el Río de Sevilla hasta su desembocadura para que tuviera efecto la entrevista. Le contesté no podía aceptar nada y que si se presentaba el enemigo haría fuego así es que espero su llegada para que me ayude a salir.

Si el Coronel Spoturno está por allá lo mismo que Roa, el Brigadier González y los Diputados Sánchez y Betancourt que vengan también, tengo comisiones buscando al Presidente y los Diputados que faltan. Mis recuerdos a todos y usted reciba el buen afecto de su amigo G. Benítez.—P. D. Lo espero con ansias pues en estos lugares hay muchos con mucho miedo y es preciso hacerle comprender a nuestra gente que el honor no debe perderse y que en todo caso debemos saber morir; algunos Diputados están con mucho miedo y ahora es cuando es nuestro deber ver lo que somos; y estoy dispuesto a morir o ver el fin que me he propuesto; llevamos los años de una guerra terrible y no es posible abandonar así su ideal.—Benítez.

Documento No. 19

Constituída en junta el pueblo y fuerza armada del departamento del Centro y agrupaciones parciales de los otros departamentos como único medio hábil de poner término a las negociaciones pendientes en uno o en otro sentido y teniendo en cuenta el pliego de proposicioes autorizado por el General en Jefe del Ejército español; resolvieron por su parte modificar

aquéllas presentando los siguientes artículos de capitulación:

Artículo 1º—Concesión a la Isla de Cuba de las mismas condiciones políticas, orgánicas y administrativas de que disfruta la isla de Puerto Rico.

2º—Olvido de lo pasado respecto de los delitos políticos cometidos desde 1868 hasta el presente y libertad de los encausados o que se hallen cumpliendo condena dentro o fuera de la Isla. Indulto general a los desertores del Ejército español, sin distinción de nacionalidad, haciendo extensiva esta cláusula a cuantos hubiesen tomado parte directa o indirectamente en el movimiento revolucionario.

3º—Libertad a los colonos asiáticos y esclavos que se hallen hoy en las filas insurrectas.

4º—Ningún individuo que en virtud de esta capitulación reconozca y quede bajo la acción del Gobierno español, podrá ser compelido a prestar ningún servicio de guerra mientras que no se establezca la paz en todo el territorio.

5º—Todo individuo que en virtud de esta capitulación desee marchar fuera de la Isla, queda facultado y le proporcionará el Gobierno español los medios de hacerlo sin tocar en poblaciones, si así lo deseare.

6º—La capitulación de cada fuerza se hará en despoblado donde con antelación se depositarán las armas y demás elementos de guerra.

7º—El General en Jefe del Ejército español a fin de facilitar los medios de que puedan avenirse los demás departamentos, franqueará todas las vías de mar y tierra de que pueda disponer.

8º—Consideran lo pactado con el Comité del Centro como General y sin restricciones particulares todos los departamentos de la Isla que acepten estas condiciones. Campamentos de San Agustín, Febrero 10 de 1877.—E. L. Luaces.—Rafael Rodríguez, Secretario.

Documento No. 20

San Agustín, Febrero 11 de 1878.—Mayor General Máximo Gómez.—Los miembros del Comité contando en que no negará usted su valioso apoyo al pueblo

del Centro que representamos, hoy que circunstancias aflictivas nos obligan a negociar la paz, esperan se digne usted aceptar la comisión de marchar a Oriente a informar de la situación a los patriotas de aquella parte de la Isla, para tratar de avenirnos en caso que allí exista inclinación favorable.

Acepte usted, General, nuestro respeto y nuestra mayor consideración.—E. L. Luaces.—Rafael Rodríguez, Secretario.

DOCUMENTO No. 21

Excmo. Sr. Brigadier D. Francisco Acosta y Albear.—Kingston, 24 de Enero de 1878.—Muy señor mío: Háseme presentado en este Consulado a mi cargo la Sra. Bernarda Toro de Gómez, quien me ha entregado, con el fin de remitir a usted la suma de 24 onzas, oro español, cuya suma queda en mi poder hasta que se sirva manifestarme el punto donde debo remitirle la mencionad suma. Esta ocasión me proporciona la oportunidad de ofrecerle mis respetos. Con la más distinguida consideración quedo a sus órdenes affmo. S. S. Q. S. M. B.—Ricardo Palomino.

DOCUMENTO No. 22

Kingston, 23 de Enero de 1878. — Sr. Brigadier D. Francisco de A. y Albear.—Santa Cruz.—Distinguido caballero.—Con sentimientos de profunda gratitud por su generosidad me hallo reunida a las hermanas de mi esposo, ellas se unen a mí para bendecir vuestro nombre y elogiar vuestra hidalguía, por las consideraciones y respetos que le he merecido, pues si bien he hallado en usted el noble proceder del caballero, toca a su vez que sea eterna nuestra gratitud, conservando el recuerdo de sus bondades. Rogamos al cielo haga larga su interesante vida para consuelo de los desgraciados. — Respetuosamente de. B. S. M. Bernarda Toro de Gómez.

DOCUMENTO No. 23

Sr. Brigadier Francisco de A. y Albear.—Muy señor mío: En el Consulado español están depositadas

las 24 onzas de oro con que tuvo usted la bondad de favorecerme; le doy mil veces las gracias.

Kingston, Enero 23 de 1878.—Bernarda Toro de Gómez. (Le suplico el recibo).

Documento No. 24

Sra. Da. Bernarda Toro de Gómez.—Santa Cruz, 8 de Febrero de 1878.—Muy Sra. mía de mi mayor consideración y respeto; recibí su fina de 23 de Enero último en que me participa ha depositado en el Consulado español las 24 onzas de oro, que de orden del E. S. General en Jefe puse a su disposición y que usted delicada, pero graciosamente, devuelve; acentuando su gratitud por los favores que supone de mí ha recibido, cuando únicamente he cumplido con órdenes de mis superiores y tratado a usted con la atenta consideración que todo caballero debe a las señoras especialmente, en las circunstancias en que usted se encontraba de no poder ser amparada por su natural protector. Al Sr. Cónsul escribo disponiendo de las 24 onzas y por su conducto recibirá usted otras cartas de su marido. Deseando a usted toda clase de felicidades queda a sus órdenes y B. S. P.—Francisco de Acosta y Albear.

Documento No. 25

He recibido de la Sra. Da. Bernarda Toro de Gómez la suma de veinte y cuatro onzas de oro, españolas, para que por conducto de este Consulado sean remitidas a la Isla de Cuba al Sr. Brigadier Don Francisco de Acosta y Albear y para que así conste expido el presente recibo en Kingston, a 24 de Enero de 1878.—El Cónsul de S. M. Ricardo Palomino.—Un sello que dice: Consulado de España en la Isla de Jamaica.

¿PRECURSOR DEL PARTIDO REVOLUCIONARIO CUBANO?

(1884)

De "Revista de Historia Cubana"

PROGRAMA REVOLUCIONARIO DEL MAYOR GENERAL MAXIMO GOMEZ

(1884-85)

El presente Programa, fué presentado al Centro Republicano Cubano de Kingston, Jamaica, por el Coronel Manuel Anastasio Aguilera, como representante o comisionado del General Máximo Gómez. Es un documento notable, no solo porque revela los pensamientos y planes del General Máximo Gómez, en aquella época, sino porque anticipa algunas de las ideas principales en que Martí se basó para constituir en 1892, el Partido Revolucionario Cubano.

Programa

Al acudir presuroso al llamamiento que me han hecho varios centros revolucionarios ya organizados con el fin y firme propósito de levantar nuevamente la gloriosa revolución que deba darle su independencia de España a la Isla de Cuba, así como los avisos que también he recibido de varios Jefes y Oficiales valientes y decididos que en la pasada lucha militaban a mis órdenes; cumplo con el sacratísimo empeño de mi palabra y lleno uno de los más ardientes deseos de mi corazón.

Mas, ante todo, y para que procedamos con acierto marchando de acuerdo en tan delicada empresa, para garantía de su buen éxito, me permito someter a la aprobación de la mayoría el siguiente programa que puede ser susceptible de modificaciones juiciosas sugeridas por talentos más claros.

Art. 1º—Sin perjuicio de que existan y aún se robustezcan en su vida política y sigan funcionando

con actividad revolucionaria todos los clubs y comités establecidos y sin embargo también de que se organicen otros para que, si es posible, ni un solo cubano deje de pertenecer de hecho a la asociación, deberá establecerse, a mi juicio, muy conveniente, una "Junta Gubernativa", que servirá de gran centro para constituir la verdadera unidad de acción, sin la cual todos los esfuerzos serían sino estériles, por lo menos deficientes para imprimir carácter, vigor y fuerza a la revolución armada.

Art. 2º—La "Junta Gubernativa" podrán componerla cinco individuos escogidos por su respetabilidad e inmaculados antecedentes políticos, sirviendo la misma "Junta Gubernativa" posiblemente de base, para la futura organización de un gobierno provisional en Cuba, cuando las circunstancias lo indiquen.

Art. 3º—La Junta será el gran centro con quien deberá entenderse el jefe superior a quien se le confíe la dirección de la guerra y mando en jefe del ejército; a la cual quedarán subordinados todos los demás centros revolucionarios en la acción de auxiliar a la patria, sin perjuicio de que cada uno en particular pueda prestarle sus servicios, haciendo llegar por su propia cuenta y riesgo, recursos a manos de los patriotas armados, puestos de acuerdo, bien directamente con el General en Jefe del Ejército, o con algunos de los jefes subalternos, pero siempre con conocimiento y aprobación de la Junta Gubernativa.

Art. 4º—Proceder, organizada la "Junta", a reunir en término perentorio la suma de $ 200.000 Doscientos mil pesos, por lo menos, a cuya primera colecta deberán contribuir sin excusas y con todo esfuerzo todos los centros.

Art. 5º—Instituir seguidamente un depósito o Caja militar, para guarda de los fondos, a cargo de tres individuos, elegidos del seno de la "Junta", cuyo cometido no deberá considerarse incompatible con el desempeño de las obligaciones de la Junta. La Caja despachará las órdenes de pago que únicamente podrá girar contra ella el General en Jefe con el visto bueno del Presidente de la "Junta Gubernativa", cuyo General será exclusivamente el encargado de

hacer los primeros aprestos de guerra para abrir la campaña.

Art. 6º—Lanzado el General en Jefe al campo de la lucha, correrá en lo sucesivo por cuenta de la "Junta Gubernativa" el envío de elementos de guerra en acordadas combinaciones con el mismo General, para la seguridad de tan arriesgadas operaciones al llegar a Cuba.

Art. 7º—El nombramiento del General en Jefe debe ser hecho por la más posible mayoría de cubanos que vayan o no a combatir a los campos; unos y otros deben hacer uso de ese derecho; así todos están en el deber de prestar sus auxilios a Cuba, ya militarmente o de cualquier otra manera, según sus circunstancias.

Art. 8º—Nombrado el General en Jefe del Ejército que ha de combatir, toca a él su organización, dándosele para tal fin, así como para los asuntos de la guerra en general, amplias facultades para formular reglamentos y órdenes generales, y especiales, que ayuden y faciliten la ejecución de los planes de la guerra, sin que puedan tener cabida mientras no esté plenamente indicada su necesidad por la fuerza de las circunstancias, ninguna institución civil, debiendo por consiguiete, mientras tanto, quedar en suspensión absoluta, todas las leyes de esa naturaleza promulgadas en la pasada lucha.

Art. 9º—Las fatalísimas circunstancias y peripecias porque atravesó la revolución cubana, han hecho que hoy se le mire por casi todo el mundo, y aún por aquellas mismas naciones que antes le prestaron sus simpatías y decidido apoyo, con indiferencia marcada y lamentable desdén; por eso debemos dirigir todos nuestros esfuerzos en Cuba y fuera de ella, hasta reconquistar para la nueva lucha la grande nombradía y respetabilidad de que antes gozara.

Tócale a la prensa cubana por su parte, tan delicada e importantísima tarea.

Débese tener siempre en cuenta que la prensa es un arma más poderosa que la que emplearemos en la desventurada Cuba. Por tanto a nuestra política es muy conveniente no lastimar de ninguna manera ni a cubanos ni a españoles, cualesquiera que sean sus antecedentes. Deben tenerse muy presente que

la bandera de la República a todos cobijará bajo el sagrado principio de unión y fraternidad. La espada, en los campos de batalla, se encargará de castigar al que le sea hostil.

La grande y sublime misión de la prensa es difundir ideas conciliatorias, de acuerdo con nuestro programa, procurando que vengan a nuestro lado los hombres de nuestros principios, sin inquirir el lugar en que dejaron su cuna.

Los que vamos a combatir en Cuba procuraremos conseguir ese importantísimo objeto con la palabra y con el hecho. Para eso es preciso a toda costa que la prensa constante y poderosamente trabaje en el mismo sentido y si fuese posible en todos los idiomas. Importante creo que la misma prensa guarde al presente absoluto silencio y reserva sobre todo lo que se piensa y deba hacer.

El medio más seguro de vencer es saber por dónde, cuándo y cómo viene el enemigo. Procuraremos que de nosotros se ignoren esas tres circunstancias.

Todo lo podemos conseguir si al entrar de lleno en la cuestión nos curamos de todos los resabios pasados; ni una queja contra nadie, ni desconfianzas injustificadas que exasperan los ánimos y engendran vacilaciones en las opinioes ya formadas y asustan a los novicios.

Seamos grandes y valientes en todo y para todo.

San Pedro Sula, Honduras, 30 de Marzo de 1884.

(Firmado) MÁXIMO GÓMEZ.

* * *

El que suscribe, comisionado especial del ciudadano General Máximo Gómez, cerca de varios centros revolucionarios cubanos certifico: que el presente programa es copia fiel del autógrafo remitido por el ciudadano General Máximo Gómez a varios centros revolucionarios cubanos, fechado en San Pedro, Sula, Honduras, en 30 de Marzo de 1884.

(F). El Coronel

M. A. AGUILERA.

LA MANIFESTACION DE MAXIMO GOMEZ

(1886)

LA MANIFESTACION DE MAXIMO GOMEZ

Santo Domingo, 2 de Enero de 1886.

Derechos, deberes y responsabilidades anexos al puesto que se me ha confiado en la empresa de organizar la nueva guerra de Independencia en Cuba, me forzaron inesperadamete a pisar el amado suelo de la patria.

En ella gozaba un momento de la felicidad que solo conocen los proscriptos, cuando fuí reducido a prisión violenta.

Desde ella me pregunto ¿cómo o por qué puede haber delinquido contra las leyes de su patria quien las ha respetado escrupulosamente? y hasta ahora no he podido darme otra xplicación que la acaso contenida en las dos cartas que dirigí a tres personas respetables y que copio con el exclusivo objeto de suministrar un dato a los que quieran explicarse el hecho que nadie me ha explicado todavía.

(Aquí las cartas).

En la cárcel, 3 de Enero de 1886.

Telesforo Martínez, sobrino mío, es mi compañero de prisión.

Yo no pregunto por qué se me ha puesto a mí en la cárcel, eso se sabrá; pero que lo esté Telesforo es una iniquidad, pues su único delito es haber venido a abrazarme, desde el Maniel, después de más de veinte años de separación.

No puede ser un delito sentir amor por los suyos; el amor de la familia. Tal parece que se ha querido agregar al pesar que me causa la pérdida de mi libertad, el de tener al lado mío, preso, a un hombre

tan bueno, tan inocente, a un padre de familia, en fin honrado y virtuoso.

Suplico a todos mis amigos, al Padre Meriño en particular, que consiga la libertad para mi sobrino Telesforo, y para mí que se agregue al ajamiento de mi persona todo lo más que se quiera.

Yo no sabía ni jamás pude imaginármelo, que al visitar a mi patria con el corazón henchido de alegría, y después de más de veinte años de ausencia, fuera la cárcel el asilo que mis hermanos me brindaran.

M. Gómez.

* * *

Santo Domingo, Enero 4 de 1886.

Ilmo. y Rvmo. Monseñor Fernando A. de Meriño,

Arzobispo de Sto. Domingo.

Mi respetable amigo:

Sin saber de una manera positiva y clara la causa que motiva mi prisión desde antes de ayer a las seis de la mañana, por disposición del Gobierno de la República, no podía dejar de dirigirme a hombre como usted para que sea uno de los que figuren en el tribunal del público parecer con su valiosísima opinión, que es el que debe juzgar tan inesperado acontecimiento que pudiera perjudicar en tal caso mi reputación de hombre público perteneciente, hoy por hoy, a la noble causa del pueblo cubano.

Yo respeto y acato las disposiciones del Gobierno del país donde me encuentre como hombre pacífico y de orden; pero es el caso que antes de ayer, en las primeras horas de la mañana, sin que mediara antes ninguna explicación, y de la manera más violenta, se me ha conducido desde mi habitación al lugar donde me encuentro. Dos horas después, el Sr. Ministro del Interior, acompañado del General Casimiro Moya, han venido de parte del Gobierno a manifestarme que tal medida se había tomado para mi seguridad personal; pues el Gobierno había descubier-

to una trama para asesinarme y aunque no dejó de extrañarme la manera inconsiderada de tratarme, la suponía más bien exceso de celo del que cumplía la orden de ponerme preso, que culpa del Gobierno que la daba y hasta me sentía agradecido, esperando que en seguida se apresaran o persiguieran los gratuitos enemigos de mi vida.

Hoy es muy distinta y diferente la causa de mi prisión, según me acaba de decir el General Casimiro Moya, sin que el Gobierno me haya interrogado para nada.(1)

Se me supone interesado en la política interior del país en apoyo de maquinaciones en contra del Gobierno constituído, y no acierto a explicarme cómo el Gobierno haya podido dar oído y crédito a intrigas de ese género en contra de mi humilde personalidad que, de seguro, deben ser de origen español; pues todo el mundo sabe, y lo saben bien los dominicanos, que yo ando persiguiendo un ideal más bello, en pos de cosa más verdadera y positiva cual es la Independencia de Cuba y yo no cambiaría por nadie, ni por nada de este mundo la posición social y política que diez años de titánica lucha en los campos de la infeliz Cuba me han dado ante aquel pueblo agradecido, que me espera para que viva en su seno. Además, ningún provecho alcanzo yo a ver, como no lo verá ningún hombre de juicio y pensador, para la causa que defiendo en una convulsión política en la República Dominicana, a menos que España (y eso es un absurdo) se viera envuelta en ella y, aún así, yo sería un infame, y eso no puedo serlo yo, si a costa de la paz de mi patria rebuscara medios para hacer la guerra a España en Cuba.

Mi corazón no siente odio hacia nadie ni por nada y solo cuando los hombres están inspirados por ese innoble y fatal sentimiento, es que no se detienen en los medios de llevar a cabo sus empresas.

Sabe bien el Gobierno, lo sabe usted, y lo saben también otros hombres serios y honrados, que yo he venido aquí a reclamar diez mil pesos que me adeu-

---

(1) El General Moya no era miembro del Gobierno; más bien creo que como intermediario, se interesaba por mi libertad.

da el Gobierno, cuya suma aprонté con mucho gusto el año pasado en New York, al Cónsul dominicano, para compra de armamentos, que él mismo condujo a los arsenales de esta plaza, al llegarnos allí la noticia de que sería fácil rompiese la guerra con la República de Haití, cuya deuda se me pagaría oportunamente.

El asunto aún no se ha podido arreglar por escasez de numerario, mas por ventura, ¿puede caber en mí la estúpida idea de que una revolución intestina puede facilitarnos medios mejores a mí o al Gobierno para pagar deuda tan sagrada? o idea más estúpida aún.

¿Me prometería yo reembolsar mi dinero con el triunfo dudoso de una revolución que, en tal caso, indudablemente traería al país un Gobierno más pobre, mucho más que el actual (por consecuencias de ella misma) que no ha podido pagarme?

Nadie es capaz de considerarme pensador de esa manera, y con menos razón cuando hay, alguien que sabe que solo esperaba el regreso del General Ulises Hereaux de Pto. Plata para, de acuerdo con él, ver la manera de tener una conferencia privada con el Presidente para arreglar el negocio, valiéndonos en todo caso de la iniciativa individual de amigos nuestros, puesto que yo me encuentro ya violento porque los asuntos de Cuba, confiados a mi dirección y cuidado, reclaman mi presencia en otros países.

Suplico a usted, Padre y buen amigo, que me proporcione una entrevista con el Gobierno o con algún delegado de él; pues yo no quiero mi libertad sin que se aclare bien mi conducta, ni mucho menos que, al ausentarme otra vez de mi patria, quizás para no volver, quede ni un solo dominicano disgustado conmigo.

No sé; pero como los hombres cometemos tantos errores es posible que yo haya cometido alguno; si así es, me encuentro dispuesto a subsanarlo como hombre de conciencia y de orden.

Como siempre su affmo. y leal amigo.

M. Gómez.

Santo Domingo, Enero 3 de 1886.

Sr. General D. Máximo Gómez.

Mi querido amigo:

He recibido y leído tu carta de ayer que me entregó el joven Abelardo Dujarric, estando presentes el Dr. Carlos Arbelo y Don Maximiliano Grullon a quienes hice partícipes de su importante contenido, por estar seguro del interés que se toman en el lamentable suceso de tu prisión. Ya estabas impuesto por dicho joven, según me dijo él, del resultado de mi diligencia en favor de tu sobrino Telesforo cuya libertad me fué acordada por el Presidente, y también lo estaba respecto de lo que obtuve en obsequio tuyo. Y faltaría yo a la lealtad de mis sentimientos si no te dijese que muy poco tuve que abogar por la justicia de tu causa. Creo que no hice más que acabar de inclinar el ánimo del Presidente a resolver lo que ya se encontraba dispuesto a poner en ejecución.

Como tú posees un alma elevada, y en la experiencia de la vida has aprendido mucho, omitiré reflexiones que me inspiran algunos conceptos de tu carta y el deseo de tranquilizarte por lo que este acontecimiento puede hacerte sufrir.

Los grandes dolores son la cosecha natural de los corazones abnegados que se dan, porque la humanidad no tarda nunca en revelarles sus miserias. Mas, tampoco olvides, porque respecto a este gran desencanto que has experimentado hoy aquí, y de los tuyos, aquello de que "nadie es profeta en su patria".

En cuanto al historial que me haces de tu prisión, lo tengo sabido. Y no te preocupes que la conciencia pública ni ignora los móviles especiales que te han obligado a venir a Santo Domingo, ni ha dudado de la rectitud de tu conducta. ¿Ni quién sería tampoco tan insensato para sospechar siquiera que tú, persiguiendo el ideal que te ha seducido tan fuertemente y por el cual has despreciado riquezas y honores, fuese a descender de la altura a donde te has remontado, trocando tu nobilísimo papel de libertador de un pueblo que ha puesto en tí sus confianzas, por el

mezquino y vulgar de un conspirador aventurero en tu país? Nada hijo mío, has sido víctima de las pasiones: ellas no obstante han contribuído a realzarte y vendrá un día en que, volviendo en su acuerdo los que hoy han concurrido a tu persecución sean tus admiradores.

Sobre lo de la entrevista había pensado que era útil bajo el punto de vista de justificación; pero me he fijado en tu noble propósito de no querer ausentarte dejando a ningún compatriota disgustado contigo, y yo que quisiera para tí el afecto de todos, voy a interesarme por ver de complacerte.

Concluyo. Tu prisión me ofrece motivo para felicitarte: vas por el camino de la gloria que deseas alcanzar.

Te abraza y soy tu afmo.

P. MERIÑO.

* * *

Santo Domingo, Enero 8 de 1886.

Sr. General Ulises Heureaux.[1]

Pto. Plata.

Mi estimado General:

Violentamente se me ha puesto en la cárcel y en ella permanecería, a menos que de la misma manera se intentara sacarme, esperando que usted y el General Luperon se trasladen a esta capital.

Habemos hombres que, cuando se les pone presos, no pueden admitir su libertad como un hombre vulgar, y esta idea me habría impuesto el deber de preferir quedarme en la prisión mientras no saliera como es debido en mi caso y circunstancias. Mas como el permanecer en esta misma cárcel en comunidad de otros presos que no conozco, me impediría ocuparme de los asuntos de Cuba con mis subalternos con la profunda reserva que ellos requieren, y abandonarlos por esta causa sería inferir una grave herida a la revolución; bajo tales conceptos y dispuesto como

(1 Otra de igual tenor fué dirigida al General Luperon.

estoy a sacrificarlo todo por la Independencia de Cuba, he suplicado, por medio de mis amigos, al señor Presidente, para que me conceda cambiar el lugar de mi prisión actual por el de una casa particular de persona respetable y de la confianza del Gobierno, donde, aunque preso, pueda yo mientras tanto, despachar los asuntos a mi cargo.

Después de repetidas instancias y todas ellas desechadas, al fin se me ha concedido pasar a la casa de la Sra. Josefa Castillo de Vidal donde permaneceré hasta tanto se resuelva todo lo pendiente en mis dichos asuntos.

Como siempre su leal amigo.

M. Gómez.

Después de todo ese aparato de energía aconsejado sin duda por el temor, la duda o la mala intención, el Gobierno al fin me restituye a ficticia libertad el 12, puesto que el 15 se pone en mis manos un pasaporte que, traducido literalmente, en sustancia dice así: "Lárguese usted del país en el vapor americano que se encuentra en puerto". ¡Triste libertad acompañada de un pasaporte!

Supliqué entonces al C. Presidente me permitiera pasar algunos días en Pto. Plata, donde tocaba el vapor que debía conducirme, para arreglar algunos asuntos de familia, y la contestación a mi súplica fué enviarme un pliego cerrado dirigido al General Luperon en el cual se autorizaba a dicho General para que me dejase desembarcar. Así lo hice.

No se extrañe no ver aquí las contestaciones a las cartas dirigidas a los Generales Luperon y Heureaux, con ambos he hablado detenidamente y entiendo que se interesaron por mi libertad.

Y respecto a mi dinero, ese asunto, por fortuna mía, quedó "pendiente de pago y ya se sabe la elasticidad de esta frase cuando con Gobiernos se entra en tratos en negocios de dinero. Aquí cabe muy bien lo de aquel adagio vulgar "vine por lana y salí trasquilado".

El señor Gobernador civil y militar de Santo Domingo perdió una bellísima ocasión de con un rasgo de exquisita delicadeza y dignidad, colocar su nom-

bre en este asunto, a la altura del de pocos antillanos con sólo haber dicho las siguientes palabras: "Yo no firmo ese pasaporte del señor Máximo Gómez, y mucho menos en los términos que se me manda extender, si antes no se me envía un giro por la suma que yo sé que se le debe para incluirlo bajo la misma cubierta a ese señor."

Este atentado directo contra su pan hubiera sido de favorables trascendencias para la honra de la nación a que todos pertenecemos y a él no le hubiera faltado pan, no porque le hubiese venido de los hombres, pues los hombres casi siempre volvemos mal por bien; pero sí de la Justicia Oculta que jamás deja de premiar las buenas acciones.

Así principia a escribirse la historia de los hombres, que ninguno por reducido que sea el círculo que ocupa en el vastísimo de la humanidad, allí deja de tener la suya, si como debe creerse, todos debemos pensar que venimos aquí, no a vivir unos instantes ni de cualquiera manera, sino por una eternidad para la familia, para la sociedad y para la Patria a la que todo lo debemos.

Dejo a los hombres de mi país, pensadores en los asuntos así pequeños como grandes, que en ella se sucedan, en completa libertad de juzgar y formar juicio sobre lo que acaba de acontecer.

Dos poderosísimas razones, que respeto, me aconsejan no entrar en consideraciones de ningún género: la primera un sentimiento de delicadeza que me prohibe tender en mi propia causa; eso corresponde a los demás hombres. La segunda, que sería confundirme sin sacar nada en claro de la tenebrosa política que impera en estos aciagos momentos en mi Patria, y que no cuadra a mi modo de ser ni halaga mis nobles propósitos.

No deben tampoco entristecerse los hombres de corazón, hijos de mi tierra, por todas estas cosas que en ella se suceden; no lamenten el desprecio y la injuria hechos a un soldado defensor de la buena causa de nuestros hermanos, ni piensen por un momento que este incidente, desgraciado solamente para mí, por lo que me ha hecho sufrir, arroja una mancha sobre el pueblo dominicano: no, y mil veces no.

Importa muy poca cosa para un hombre, átomo viviente que en vez de mandar a poner un cubierto más para que se siente en el banquete de la familia, como huésped, se le arroje a la cocina o a un calabozo como a un perro.

* * *

Ni la injuria ha lastimado el honor del soldado, ni los pueblos pueden ser nunca responsables del maléfico resultado de la política de tráfico o granjería implantada por su gobierno, como no alcanza tampoco a un gran pueblo, a una nación, la degradación que revele un hecho cometido por algunos de sus hijos.

Siempre se irá adelante, porque no obstante que del nefando maridaje del miedo y la ignorancia, nazca el absolutismo, alejándonos de la República, ese monstruo sólo vive la vida del mosquito.

Nada puede ser estable que tenga por base la injusticia, y, cuando se sabe que de esa falta adolece el Poder, ningún derecho tendrá él al amor y al respeto público.

Así deben entenderlo los Gobiernos que quieran merecer ese nombre.

No hay un pueblo malo sobre la tierra, y por eso, como ha dicho un gran hombre cuyos restos cubrió ayer la tierra, "nunca faltarán ángeles que batan sus alas sobre las desdichas de los hombres y de los pueblos".

Por lo que hace a mi conducta y comportamiento durante mi permanencia en el país, ella ha sido bien notoria: como hombre social he debido ser un transeunte completamente indiferente para la policía, como no fuera para llamar en su ayuda; no creo que he faltado en lo más mínimo a los delicados deberes que nos imponen el decoro y la decencia, y estoy seguro de no haber sembrado un agravio en corazón ajeno; porque he pasado en mi Patria las horas, que una dichosa casualidad me ofreció, en las fiestas de la familia y con los amigos y los viejos conocidos de la infancia, que de ella componen estos y aquellos la principal parte, que bien malo de-

be ser y desgraciado a la vez el que no cuente con ninguna o con pocos amigos.

Como hombre político mal pudiera yo, estimándome como me estimo, tratar de inmiscuirme en la política de Santo Domingo sin nada en perspectiva, por temor a mi insuficiencia como hombre de Estado, que halague mi ambición, ni nombre, ni gloria: ni siquiera dinero (suponiendo que ese fuera mi ideal) como no sea por medios no muy santos; pues por los buenos y honestos que son los únicos que pueden tener a mano, los hombres que se respetan, porque se sienten valer, hasta los presidentes que han bajado del sillón con las manos limpias, como Meriño y Billini, han vuelto inmediatamente a sus negocios propios pidiendo prestado al amigo o hipotecando al usurero la casa para darles pan a los suyos. ¿Qué son doce mil pesos al año que gana un presidente? En cualquiera parte se consigue esa suma con el trabajo honrado, sin exponer tanto la tranquilidad de espíritu, sin perder tantas horas de sueño y sin recoger por cada una sonrisa miles de maldiciones; porque en el desconcierto político en que se encuentra el país y las dificultades de su hacienda, el Presidente de la República debe ser para que sea bueno el sánalotodo de las viejas.

Por otra parte pensando yo siquiera en semejantes propósitos faltaría a la vez a sagrados compromisos de honor y de orden más elevado. Tampoco como conspirador eterno contra el poder de España en América, pudiera yo con descanso o sin él, elegir a mi Patria como cuartel general de mis operaciones prevaliéndome imprudentemente para eso del poco nombre que allí pueda tener y de mis relaciones de familia, porque si en otros países he tenido grandísimo cuidado de respetar las leyes de neutralidad, con mayor razón en mi tierra, que tanto amo, natural era que fuese más escrupuloso para evitarle inquietudes y disgustos con una nación con la cual sostiene relaciones de leal amistad.

Quiero y respeto a mi país, no siento odio tampoco por España; sé también cuánto deben respetarse los hombres que gobiernan, y yo a mi vez conozco el punto hasta donde se puede llegar sin comprometer intereses de ningún género en demandas

de simpatías, protección y amparo para la justa causa de la independencia de un pueblo. En nombre de ese grandioso ideal, de la justicia y de la razón, me he dirigido, me dirijo y me dirigiré siempre a los dominicanos, a los españoles, a los americanos en fin, para que nos ayuden a la realización de una obra que es en beneficio de todos.

Todo esto lo hago sin alarde, por respeto profundo a la causa que defiendo, y sin temor, porque el espíritu de justicia que ella posee me inspira la más inquebrantable resolución de prestar mi incondicional ayuda a la futura patria de mis hijos. Ahora, dominicanos, decid a quien lo dude que vine lleno de amor y gratitud al suelo venerado en que nací, no para olvidar y empequeñecer la empresa de justicia y libertad a que he consagrado toda la fuerza de mi alma y toda la energía de la conciencia; sino para ejercer derechos, cumplir deberes y arrostrar responsabilidades que ella impone; decid que vine a tomar fuerzas, no a perderlas, y que la misma injusticia de que he sido víctima, ha fortalecido en mi espíritu mi devoción a la Patria.

Me retiro, y acaso para siempre; pero me retiro sin encono ni tristeza. Sin encono, porque jamás ni a él, ni a la envidia, ni a la ira he dado abrigo. Sin tristeza, porque me necesito superior a lo pequeño, y no pueden entristecerme contrariedades que me fortalecen y me hacen más valiente.

Cuanto deseo, cuanto he tratado de conseguir, es que los dominicanos todos me devuelvan afecto por afecto, grata memoria por recuerdos gratos, fraternidad por fraternidad y que los hombres y los pueblos de la América latina no juzguen mal de mi Patria por un pequeño error de que ni ella ni yo somos responsables.

M. Gómez.

CARTA DEL GENERAL MAXIMO GOMEZ

AL SR. TOMAS ESTRADA PALMA

Ex-Presidente de la República Cubana

(1893)

CARTA DEL GENERAL MAXIMO GOMEZ

AL SR. TOMAS ESTRADA PALMA

Ex-Presidente de la República Cubana

Desde "La Reforma", República Dominicana, a mi amigo el señor Tomás Estrada Palma, ex-Presidente de la República Cubana.

Nueva York.

Junio del año 1893.

Por esos rendidos infortunados
y por esos muertos venerandos,
fuimos, somos siempre cubanos.
¡Honor a los vencidos!

EL CORONEL SANGUILY.

Respetable y querido amigo:

Cuando he leído, amigo mío, con la atención que todas las cosas cubanas me inspiran, un librito escrito por mi inteligente y antiguo Ayudante Enrique Collazo, titulado "Desde Yara hasta el Zanjón", y al propio tiempo "Hojas Literarias", del Coronel Manuel Sanguily, de notoria ilustración, y nuestro compañero glorioso de Palo Seco y otros lugares; en cuyas "Hojas" formula éste a aquél un proceso de impugnación a su libro, no he podido resistir a la tentación de escribir algunas líneas, como impulsado por un atendible deber, para aclarar, con mayor autoridad que ellos, por más de un motivo, algunos puntos oscuros y conceptos erróneos que aparecen en sus narraciones.

Por eso y por las torcidas interpretaciones en que han incurrido a fuer de narradores precipitados y

violentos, es, sin duda, por lo que ni usted ni yo aparecemos exactamente lo que fuimos desde el comienzo hasta el fin de aquella lucha grandiosa que heroica sostuvo Cuba por su independencia.

La historia de Cuba en armas, partiendo del año 68, cuando ella se levanta irradiando por toda la América destellos de luz y armonía para todos los pueblos y los hombres, que debemos vivir como hermanos, tarea es esa para otras inteligencias que no para la mía.

Mas, para aclarar puntos concretos de esa hermosa epopeya, para derramar luz sobre campos donde se pretenda esparcir sombras, siempre me tendréis dispuesto, cubanos, con mi conciencia y mi saber de revolucionario, a serviros y ayudaros en esa obra sublime que constituye la grandeza de las naciones: su historia.

Para este asunto no creo indispensable poseer buenas dotes de experto literato, pues teniendo por base la verdad no importa que ésta se exprese con más o menos galanura; así, pues, escribo sin pueril temor a esa clase de censura, mucho más, cuando confío en que la ilustración de mis lectores disimule mi falta de estilo, y usted, amigo Estrada, benévolo como lo es, me perdone que por esta vez coloque su respetable nombre junto al mío, humilde y oscuro.

El asunto desde luego peca por lo personal, lo sé muy bien y no se puede evitar que lo sea; pero eso no es nada molesto para mí, como no lo debe ser tampoco para usted, antes al contrario, me alegro, puesto que se me ofrece una bella ocasión de poner algunas cosas en su lugar, pues que así serán más útiles y provechosas para la obra sublime de ayudar a romper las cadenas que aún arrastra la pobre Cuba.

La Historia, sin duda, designará algún día con el honroso título de "Los Hombres del 68" a todos aquellos que tomaron parte en aquella guerra gloriosa, y a fe que nos debemos sentir orgullosos todos los que combatimos con tesón y con lealtad, y al terminar como terminó, emigramos con la bandera y la esperanza.

Pero, así y todo cabe hacer un distingo, que podemos llamar histórico, y el cual consiste en que en aquel duelo a muerte aparecieron presentes en el

campo, y desde la víspera, muchos hombres; otros llegaron el día y los demás que no eran los menos, llegaron después.

El Coronel Manuel Sanguily y el Comandante Enrique Collazo, corresponden al último grupo. Con más, el primero se retiró antes de hacer alto el fuego y no tuvo la dicha de disparar el último tiro ni pudo sufrir el dolor de ver plegarse nuestra bandera en aquellos campos donde él mismo la vió triunfante y gloriosa, envuelta en el humo de los combates; el segundo se dió de baja un tiempo, abandonando el teatro de los hechos, aunque más tarde volvió más guapo y más resuelto. Y en verdad, aquella vuelta voluntaria a las filas de aquel ejército hambriento y desnudo, es a mi juicio, la nota de concepto más brillante y honrosa que pueda tener Collazo en su hoja de servicios, pues no era una sencillez cruzar el charco, verse fuera de la manigua y volver a ella.

Si por algo siento cariño por él, no fué porque peleó, sino porque volvió. Sentada, pues, mi anterior regla categórica, resulta que usted y yo pertenecemos al grupo de los de la víspera, y Sanguily y Collazo al grupo de los últimos, y por consecuencia lógica y natural debemos estar más enterados de lo que allí aconteció. Continúo.

Una de las buenas cualidades, de varias con que la Naturaleza ha favorecido a Collazo, es la memoria. Nos divertía en horas solaces de campamento refiriéndonos episodios de otra clase de vida y de otros días más felices de su existencia, con una gracia poco común, y he aquí la afectuosa razón de mi extrañeza de que haya olvidado el incidente, con todos sus detalles, de la visita que nos hizo el célebre Mr. Pope el día 11 de Mayo del año 1877,[1] en el lugar

(1) Más tarde tuve lugar de conocer este hombre a fondo, en la República de Honduras. Residía yo en San Pedro Sula y me encuentro allí de Cura al Padre Pope, y un día que pasaba yo montado en mi mula por la plaza, me llama un hombre desde las rejas del calabozo: era el Obispo Pope. —¿Qué es eso, Padre? le pregunté espantado.—Ese animal de Don Juan me ha puesto aquí.—Don Juan era un americano como él, pero honrado y tieso, y el Alcalde del pueblo. Fuime a verlo. — Ese hombre, me dijo, es un bandido; Doña Francisca Ramos, las Carriasolas y otras señoras más me di-

nombrado Sabanita, (Camagüey) para que ahora, con intención o sin ella, quiera hacer misteriosa aquella entrevista, cuyo objeto, que por cierto no le dimos mucha importancia, fué bien sabido de todos los principales hombres que allí se encontraban reunidos; y Collazo (que no recuerdo si estaba allí) que gozaba y goza, por su discreción y seriedad, de la confianza de sus Jefes, no me explico su ignorancia en este asunto. Lo supo todo el mundo; no hubo en éste esa reserva que caracteriza los actos de todo Gobierno; que Mr. Pope, que se titulaba Obispo electo de Haití, fué allí proponiendo, en sustancia, que si le asegurábamos la mitra del Arzobispado de Cuba, dispondría entonces de medios y auxilios poderosos, pues él era miembro del Consejo de la Paz, (nunca pude saber lo que es eso) que poniendo éstos en acción nos ayudarían eficazmente a conseguir la independencia de Cuba.

Lo recuerdo bien; pues él deseaba de todo eso una contestación por escrito, en cuya redacción estuvo usted muy feliz, y en el que salvando todo compromiso inmoral, ofreciendo a un hombre que no conocíamos una cosa que aún no poseíamos, solamente lo consignaba la promesa de que así su Gobierno como los que le sucediesen, no olvidarían nunca sus buenos oficios en pro de una causa tan noble y justa.

El tal Mr. Pope se retiró, llevando por cierto un poco bien estropeadas sus lujosas sotanas y desmejorado notablemente su tremendo sombrero negro, pues, como era de ordenanza, anduvimos por allí a toma y daca con tropas españolas y al Obispo le fué forzoso emprender la retirada incorporándose a la bella columna compuesta de nuestros asistentes y convoyeros, mientras nosotros defendíamos nuestro frente. Restablecida la quietud, el jovial Coronel José Urioste volvió a acompañar a Su S. Ilma. hasta las afueras del lugar de su procedencia: Santa Cruz y

---

cen que ha desaparecido el copón y otras prendas más de la iglesia.—¡D. Juan, cuidado con una injusticia inconsciente de parte de usted! ¿No habrán sido los muchachos?—Es usted muy cándido, General; la gente de Honduras se mata a tiros por un hombre y una mujer, pero tiemblan ante la idea de robarse un copón... Al oir esto, callado monté en la mula y seguí para mi estancia.

antes de partir, a escondidas de usted, nos tomamos sendas jícaras de vino, de que llevaba no poca cantidad el futuro Arzobispo de Cuba.

He aquí en pocas palabras condensada toda la verdad del episodio Pope, que de soslayo y con inconsciente malicia, acaso, trata Collazo en su libro, y que pudiera prestarse por la fuerza de esa aparente razón a interpretaciones poco favorables respecto de hombres que por su intachable conducta obligan a ser queridos y respetados por sus afines.

Más tarde supe yo (no recuerdo si usted lo sabrá también) que los españoles, que no son bobos, no trataron con mucha cortesía al señor Obispo a su regreso, como lo hicieron a su ingreso en nuestro campo. Claro está. Ellos y él sabe Dios lo que pactaron de "quien engaña a quien", pero Su Ilustrísima se descuidó y ocupándole el escrito que usted le dió, desde luego lo mandaron a la Península con su pasaporte amarillo. En el curso variado de la narración de Collazo, según los sucesos, no encuentro otra cosa más digna de aclaración histórica que la que acabo de explicar.

Más adelante me ocuparé de la dureza con que trata a la Cámara en muchos casos, en lo que estoy al lado de Sanguily.

El Coronel en su afán de impugnar a Collazo, que apasionado aboga por el Poder militar deprimiendo el civil, pierde su tiempo rebuscando argumentos que le resulten eficaces para curar una situación de suyo enferma por un cúmulo de circunstancias diversas, y de ahí que desamorado de nuestras cosas hasta niega lastimosamente su importancia al Decreto Spotorno y la incompetencia, si se quiere, por razones imaginarias, de la firma que lo hizo, sin embargo, valer en las primeras horas aflictivas de la Patria. "Trasnochado" llama él ese Decreto que ejecutó a Varona.

En el estado de descomposición en que se encontraba aquello, nadie hubiera podido hacerlo sin el poderoso auxilio de una ley que dictó el patriotismo y que respondía a los sentimientos de todo un pueblo, que cifraba su ventura en el triunfo de un grandioso ideal por el que tanto se había desangrado.

Es bien extraño, amigo mío, que siendo el Coronel Sanguily hombre de grande imaginación no penetra hasta la mente de aquella Ley, que fué, es y será eternamente la mejor y más hermosa que pueda darse al Pueblo Cubano mientras no consiga su independencia. ¿Qué es la misma Constitución para Cuba armada, conquistando sus derechos de soberana, al lado del Decreto Spotorno que ridiculiza el Coronel Sanguily? Pues no es más que una letra muerta. Aquel decreto fué la última palabra que la Revolución escribió en su bandera. El que no está conmigo es mi enemigo, repitió, y *Todo* el que venga—no importa quien sea—a ofrecerme la Paz sin traerme lo que yo quiero, está muerto. No me explico cómo el Coronel Manuel Sanguily, a quien ví tantas veces erguirse arrogante sobre su caballo en los campos de batalla, hable así de nuestras cosas.

Y desciende después el Coronel o contramarcha a buscarle a usted, allá en la Junta de Bayamo para quitarlo del lado de la Revolución (pág. 202) sin tener siquiera buenos datos y estudiar cuál sería el derrotero de la opinión en aquellos instantes de turbulencias para los espíritus exaltados, como es natural que suceda entre los hombres al tratarse de una vasta conspiración.

Discutir una Revolución, en hora buena, (él puede argüir: las revoluciones no se discuten) consultando sus medios y sus elementos de fuerzas de todo género y de bastante poder por la opinión unánime del Pueblo y la sanción de la conciencia pública, en fin, lo que usted hizo en Bayamo en el seno de nuestros compañeros de conspiración, eso no es oponerse o no estar con la Revolución; y sin embargo, después aceptarla ella como venga, con todas sus imperfecciones, sus anomalías, sus inconvenientes, sus torturas, sus amarguras y sus peligros; caminando siempre con firmeza hasta el calvario, sin quejarse, sin abjurar. Todo eso, amigo mío, son méritos contraídos que le ofrecen prenda de seguridad en la estimación y respeto que le tributamos sus amigos y compañeros de armas.

El negro asunto de la traición de Varona y compañeros, con pocas palabras está explicado en el folleto que escribí a raíz del Zanjón y lo rectifica aho-

ra Collazo con exactitud histórica. Por ceirto que yo (ahora se lo confieso) no me esperaba, dado su carácter bondadoso y enemigo por temperamento del derramamiento de sangre, que me recomendara mucho al partir usted aquel día para Manzanillo a remediar el mal en aquella comarca "ya maleada", que hiciese todo lo posible por apresar a dichos traidores ya enunciados, a fin de castigarlos con mano fuerte y hacer una ejemplaridad.

Así me lo ordenó usted que lo hiciese, y así se hizo. Se nota una cosa: que el resultado de la injusticia es lastimosamente triste y pobre, amenguando, como merecida recompensa, mucha parte de mérito al historiador. Eso me parece que le ha sucedido en esta vez y en este caso al Coronol Manuel Sanguily. Yo no sé, y pocos creo que lo sabrán con 80 años corridos, lo que en realidad sería, en cierto caso que nos refiere su historia, el Dios tutelar de las libertades de América: el Librrtador Simón Bolívar; pero de mí sé decir que me pareció más grande este hombre cuando leí las diatribas que Julio Arboleda lanzó contra él, que al leer los elogios tributados con plumas de oro por Larrazábal y Blanco. En el impremeditado afán, como he dicho antes, por parte de Collazo de deprimir la Cámara y sus funciones y enaltecer el militarismo; y de parte de Sanguily, con espíritu de justicia en verdad, defendiendo aquélla y amenguando la preponderancia del sistema militar, que en tiempos de guerra para las naciones le corresponde de legítimo derecho, se han cuidado muy poco de la calma y desapasionamiento que nos son necesarios para juzgar nosotros mismos nuestras propias cosas y nuestros hombres del 68.

Resulta, pues, que se han visto compelidos a hacer comparaciones y a establecer proposiciones por demás inadecuadas.

No han tenido en cuenta, que aquella Revolución, como todas, tenía que cambiar de aspecto, y que según éste fuera tenían que proceder o funcionar los hombres; por lo que a mi juicio sería discutible si muchas veces procede un hecho de un hombre o si otras tal vez nace del hecho el hombre.

De este estudio hecho a la ligera, o no habiendo hecho ninguno, es que el Coronel Sanguily sin duda no se explica, ni mucho menos puede explicarlo a los demás, el porqué ve en mí (pág. 194) un hombre el día 28 de Febrero de 1872, en el Arroyo del Rosario; otro el día 5 de Octubre de 1877 en Loma de Sevilla, y otro el día 10 de Diciembre del mismo año en Jobo Dulce.

Por eso yo, para unos apuntes históricos que en mis ratos desocupados me he puesto a recordar de la Revolución para un amigo que me los pidió, me he permitido dividir aquélla en varios períodos: "El Alzamiento", "La Organización", "La Guerra", "La Prueba", "El Triunfo en perspectiva", "El Decaimiento", "La Paz", y si el Coronel se hubiera fijado un poco en esto, de seguro que no le hubiera sido posible hacer de mí un Cristo. La revolución no estuvo nunca amenazada de muerte por ninguna parte en la época que alude el Coronel Sanguily, (pág. 160) pero mucho menos en el Camagüey. Entonces fué precisamente cuando empezó a ser Revolución. No puede dejar de ser lo que no ha sido, ni se puede morir sin antes haber nacido.

Antes del año 1871, en el Camagüey no se había organizado nada para la guerra. (¡Guay de España en Cuba, por lo que ví después, si eso se hubiera hecho!). Todos los datos que he podido recoger acreditan que en la época del mando del General Manuel Quesada, fué la época de las fiestas y de la holganza civil y m ilitar. Los españoles se quedaron quietos en sus casas de la Ciudad, y una parte de la gente acomodada, como se puede hacer para evitar los estragos de una epidemia, se fué al campo a tomar el fresco. El habitante de los campos es natural que no tuviera necesidad de moverse. Al General Quezada, que fué realmente el primer Jefe de las armas allí, le sucedió el General Thomás Jordan; éste pasó como un meteoro, pero siempre dejó un rastro luminoso en "Las Minas". La tarea estaba reservada al General Agramonte. Así, pues, yo le doy más a mi compañero y hermano en las armas, que lo que otros le dan. Para mí, cuando el General Agramonte surgió como guerrero en las llanuras del Camagüey, es un verdadero 4 de Noviembre. Lo de

antes no fué más que un ensayo, que de algo, no obstante, debió haberle servido para una inteligencia y un valor como aquellos.

Por todas partes la Revolución se engrandecía resistiendo ese período de prueba con admirable resignación y bravura. Los elementos se encontraban sanos y enteros. El mismo Coroel Manuel Sanguily, en aquellos instantes supremos e históricos de la Revolución, pasó al Oriente con rumbo y miras para el extranjero acompañando al bravo mutilado, su hermano el General Julio Sanguily, y mi inusitada deposición del mando de las tropas en aquel Departamento ocasionó lo irrealizable de su salida, y ambos volvieron a las filas del Ejército del Centro donde hacían notable falta. Que me agradezca eso.

Los mismos supremos poderes de la República,—he dicho muy mal la Cámara no,—también en aquellas horas acongojadas y confusas para la Patria pensaron por un momento en trasladarse a la vecina isla de Jamaica a establecer allí su residencia, y a tal propósito, (usted debe recordar eso, amigo Estrada) que me pareció improcedente y absurdo, me opuse el primero con toda la energía que me fué posible. Con mi deposición, según unos, de la que no me quejé, pero ni siquiera murmuré y por la fútil cuestión de asistentes, según otros, a la que cándidamente alude Collazo, recogí no muy tardío el premio por un rasgo de entereza y lealtad que yo creía meritoria. Y aquí voy a hacerle una explicación a mi antiguo Ayudante, que oportuna me ocurre para hacer luz en este asunto y a la vez para quitarme de encima la nota que, injustamente ha querido hacer caer sobre mí de hombre brusco y mal educado. Escribo con mi viejo y estropeado diario de operaciones abierto a mi lado. No quiero atenerme a la memoria y ocurro al papel, pero ¡qué papel!... Se cuenta del General Sucre que dijo un día en su campamento: "Nos pasan cosas que no vamos a poder decirlas ni aún después del triunfo". No opino como aquel glorioso general sepultado en el olvido.

Corría el mes de Septiembre del año terrible de la Revolución Cubana; 1871, y me encontraba disputándole tiro a tiro, con nuestros soldados de ace-

ro, a cinco mil españoles y cubanos el rico territorio de Guantánamo, que a vivas fuerzas habíamos invadido. A cuyo tiempo el Gobierno de la República y Cámara de Representantes, procedente de la parte central de la Isla, buscan refugio en la comarca oriental, esquivando la estudiada y tenaz persecución con que les traían acosados los españoles. El aviso de su llegada me sorprendió allá, en un hermosísimo campamento de Monte Rú, por un pliego que un hombre pájaro del entonces Brigadier Calixto García Iñiguez, Jefe que dejé en la jurisdicción de Jiguaní, me ha entregado ganando horas. Dejando las cosas arregladas lo mejor que pude, y las tropas todas al inmediato mando del Teniente Coronel Antonio Maceo, nombrado Coronel en comisión, marché en seguida caminando 40 leguas para ponerme personalmente a las órdenes y disposición del Presidente de la República, que encontré en un lugar nombrado "El Pilón". El recibimiento fué afectuoso, sobre todo por parte del Presidente, a quien no había tenido el gusto de volver a ver desde nuestra entrevista del "Ojo de Agua de los Melones" (Las Tunas) con los girones de mi camisa, según refiere Collazo. Como era natural para conferenciar detenidamente me fué preciso permanecer algunos días a su lado, y en consecuencia de todo ello, resultó no encontrarle satisfecho de la prosperidad y pujanza de la Revolución en el Oriente, cuando a la vez en las otras comarcas, se encontraba triste y decaída. Comprendí en seguida sus alcances de caudillo y solamente le dije: "Disponga usted de mí, Presidente"; y a continuación le propuse un plan para invadir las Villas, que él desechó por parecerle una locura. "Aguardemos un poco, me dijo, y enviemos emisarios al extranjero a activar el envío de pertrechos de guerra". "Como usted lo disponga, Presidente", le respondí. En aquellos momentos era imposible salir por Oriente para el extranjero "ni una mosca revolucionaria", sin mi anuencia y el descuido de los españoles.

El Coronel lo palpó.

Desde aquel día, desde aquel instante, me ocupé de preparar todo lo necesario, que no dejaba de ser muy trabajoso y algunas veces hasta difícil para nosotros la salida de los enviados por el Presidente Cés-

pedes al extranjero; así como pesó sobre mí la delicadísima atención de la custodia y conservación de los Supremos Poderes de la República, que no dejaba en verdad de ser un cometido bastante penoso, por la estrecha situación en que nos encontrábamos, pero que yo desempeñé lo mejor que pude. Por encima de todo esto llamaba fuertemente mi atención la campaña de Guantánamo. Abrigaba el temor de que si no lograba acostumbrar aquellas tropas a batirse allí con los españoles como lo habían hecho en Jiguaní y retrocedían, nos íbamos a ver en grandes apuros.

Después de dejar al Gobierno ocupando posiciones tan resguardadas como ventajosas (Monte Oscuro de Miranda) y por custodia nada menos que el 2º batallón de rifleros de la Brigada de Jiguaní, los vencedores de ''Charco Redondo'' por cierto que no le gustó mucho al Brig. García Iñiguez esa disposición que le quitaba su mejor gente; además de algunas compañías que arrastraba en pos de sí, reliquias del ejército huérfano de ''Las Villas'', a marcha forzada me dirigí en seguida a Guantánamo, pues era de sospechar que el Coronel Antonio Maceo estuviera luchando con la España entera.

Efectivamente, así sucedía; pero Maceo supo y pudo con aquellos hombres sin miedo, oponer brava resistencia a los soldados de Martínez Campos y V. Valera.

En un lugar nombrado ''Las Calabazas'' me reuní con él. Por medio de una guardia secreta que yo establecí, pronto sabíamos nuestros paraderos; allí estaba con varios heridos; los colocamos en toda seguridad y tratamos de tomar la ofensiva, y la tomamos. En la madrugada de esa misma noche ardían varios ingenios del valle de Santa Catalina y sus guarniciones huían despavoridas o eran pasadas por las armas.

Estamos en Noviembre. Los españoles persiguen al Gobierno y a la Cámara, acudo a protegerlos y los encuentro en los montes que atraviesa el Canapú, jurisdicción de Holguín. Burlando la persecución del enemigo, marchamos a la de Santiago de Cuba y fijamos nuestro campamento en Barigua.

Diciembre 17 salen para el extranjero, por orden del Gobierno, los comisionados Pedro Céspedes, Pío Rosado, Juan L. Pacheco y José Villasana.

Enero de 1872. Día 3. Retorno a Guantánamo. El territorio está dominado por nuestras armas. Ataqué con éxito al pueblo de "Los Tiguabos". Pienso que ya es tiempo de corrernos hacia Baracoa.

Febrero 8. Emprendo marcha para la Residencia del Gobierno, a donde se me llama para tomar parte en el Consejo de Guerra que debe juzgar al Brigadier José Inclán y sus compañeros, sospechosos de traición. El 24 me reúno al Gobierno en "Vega Bellaca" y el 25 dispongo a ocupar posiciones en el Arroyo del Rosario. Se termina aquí el Consejo y los presuntos reos se absuelven; yo por mi parte, según los datos, no encuentro la culpabilidad que se les imputa.

Día 10 se me han presentado los Secretarios del Despacho Francisco Maceo Osorio e Ignacio Mora y como en términos de consulta me exponen la necesidad que siente el Gobierno de trasladarse a la vecina isla de Jamaica y fijar allí su residencia. La determinación me parecía inconveniente y protesto contra ella con toda la energía que me es posible. Los Generales Modesto Díaz y Calixto García Iñiguez me han apoyado resueltamente. De este incidente no se ha hablado más.

Marzo. Retorno a Guantánamo. Activas operaciones, con buen éxito por parte nuestra, durante los meses de Abril y Mayo.

Mayo 20. Marcho para la residencia del Gobierno; los españoles le persiguen con tenacidad.

Día 25 me reúno a éste en Barigua. Conferencia con el Presidente. En vista de la situación de la campaña, pues los españoles van acumulando su ejército sobre el Oriente, le propongo el siguiente plan que puede servir, poniéndolo en ejecución, para contrariar el de los españoles: Poner a mis órdenes interinamente una parte de las tropas de Holguín, Bayamo y Las Tunas, y formando un núcleo de tropas escogidas corrernos por el Norte, más flojo de enemigos en estos momentos, atacar a Holguín y continuar operando con rapidez hasta darnos la mano con el General Agramonte en el Camagüey, al que debía-

mos tener sobre aviso para que nos aguardase con el mayor número de sus tropas reunidas y entonces presentar batalla a los españoles, para ver si lográbamos un triunfo notable que restableciera el brillo de nuestras armas. Mi plan ha sido acogido con verdadero entusiasmo, y en seguida, por la Secretaría de la Cámara, se han expedido las órdenes correspondientesa los Generales Modesto Díaz, Vicente García y Calixto García Iñiguez. La concentración está indicada en la jurisdicción de Holguín.

Marché en seguida, a reunirme con las tropas de Guantánamo, como lo hice dejando el territorio ocupado por guerrillas; marchaba al frente de 400 hombres bien armados. El día 7 de Junio acampaba muy tranquilo en unión del Gobierno en "Peladeros" y al siguiente día noto con inexplicable sorpresa, que por orden de la Secretaría de Guerra se presentan en formación las tropas acampadas y se les lee la orden de mi deposición.

Fundábase aquélla en un acto de desobediencia de mi parte, por el hecho de no haber proveído a un número de asistentes que se me había pedido para la comitiva del Gobierno y que a mí no me era posible conseguirlos sino aprovechando una concentración para poderlos sacar de un modo conveniente, pues en el estado de entusismo a que habían llegado nuestros hombres no era muy fácil de encontrar ya en las filas del ejército soldados que quisieran prestar esta clase de servicios voluntariamente y la gente de color que habíamos arrancado a sangre y fuego de las garras de la esclavitud, era necesario que fueran libertos muy inútiles para que no prefiriesen el rifle a la servidumbre, cualquiera que ella fuese; no importa que la prestaran al Presidente o a un General. Yo quedé aturdido con aquel inesperado procedimiento, y se me hacía difícil creer en la causa que se invocó para ejecutarlo. El Ayudante que leyó la orden la terminó con un ¡viva Cuba libre! y otro al Gobierno, que las tropas inconscientes respondieron. Esto último, aunque por un instante, me impresionó tristemente.

El Coronel A. Maceo acepta con disgusto, según se expresa, el mando de la División, y la mayor parte de los Jefes y Oficiales se me acercan manifestán-

dome, no solamente su disgusto por aquel injusto procedimiento en contra mía, sino que no estaban dispuestos a continuar la marcha. "La mejor muestra de simpatía que ustedes todos pueden darme, es marchar callados y contentos a ayudar al Gobierno a llevar a cabo un gran plan que hemos estudiado. Ya no soy más que un soldado, como lo sois vosotros, para servir a la Patria."

Cuando llegó a oídos del Gobierno todo lo que yo había dicho y se divulgó por el campamento se restableció la calma en los espíritus que fácil es imaginarse en el estado de excitación en que se encontraban. A punto estuvo el Gobierno de reponerme en seguida en mi destino, pero no podía hacerlo por respeto y miramiento a sí mismo.

Al fin el Gobierno pudo continuar la marcha con las tropas faltas de entusiasmo, y un tanto desorganizadas.

Concentrado que hubo en la jurisdicción de Holguín, cuyo Jefe de operaciones que lo era de allí el General Calixto García Iñiguez, dióle el mando en Jefe de las tropas, para ejecutar el movimiento iniciado, pero el General se excusó, significando con sobrada razón, que no era posible que otro General pudiera llevar a feliz término un plan de campaña que sólo yo había concebido y estudiado en todos sus detalles.

El Gobierno quedó desde luego embarazado con aquellas tropas reunidas sin saber qué disponer, aprovechando el tiempo para poder operar un movimiento ofensivo sobre enemigos antes que se le fuese encima.. Sin embargo, esto dió por resultado el brillante combate del Rejondon de Báguano y la muerte del terrible Huerta en las Calabazas.

Mientras tanto yo quedé relegado al desprecio y al olvido, pero sin pronunciar una queja y sin dejar de servir a la causa. El Comandante entonces Mariano Torres y el glorioso Juan Millares, fueron los únicos dos Ayudantes que no me abandonaron, y diez rifleros de mi escolta. Eramos por todos 13. Los Doce Apóstoles, les llamé yo.

Establecí mi campamento en un lugar seguro de la montaña, y de allí partía con frecuencia a excursiones sobre los ingenios de Santiago de Cuba, ha-

ciéndole daño al enemigo y apoderándome de recursos que repartía, con heridos y familias, establecidos por las vecindades de mi campamento. Fuí un tiempo como el cacique indio, dueño y señor de mis montañas.

Me encuentra allí el año 1873 y el día 30 de Mayo recibo oficio urgente del Gobierno, llamándome a secas a su presencia.—¿Qué hay, le pregunto al oficial portador del pliego; acaso se me irá a fusilar?—No señor, me contestó, es que hay noticias vagas de que ha muerto el General Agramonte.—¡Qué pérdida! exclamé, y pocas horas después me puse en marcha para la residencia del Gobierno, en la jurisdicción de Holguín, según fecha del oficio que acababa de leer. Este se había movido hacia la de Bayamo, donde le alcancé, después de unos días de marcha forzada, el día 8 de Junio—¡qué coincidencia! la misma fecha de mi deposición—en un lugar nombrado Naranjo. Cuando me bajé en la tienda del Presidente Carlos Manuel de Céspedes, éste me abrazó conmovido, y yo a mi vez sólo pude decirle: "Aquí tiene usted otra vez a su viejo soldado." ¡Cuánto y cuánto hablamos en aquellos días que pasamos juntos!

El día 13, por pliegos llegados de Camagüey, se confirmó la noticia de la pérdida del heroico General. "En marcha, General," me dijo el Presidente, mostrándome el pliego que contenía la noticia.

La noche del 14, acompañado de 15 rifleros la pasé en solitario monte, en marcha hacia el Camagüey a acometer la difícil empresa de ocupar el puesto que, con su muerte, había dejado vacante un hombre de la talla del General Agramonte.

Ahora bien, mis anotaciones existen, aquí están a mi lado, dándome luz y más amor, como sagrados recuerdos para todas las cosas de nuestra Cuba libre, y hay también mucho superviviente inmaculado, testigos oculares de todos los sucesos que acabo de relatar.

Podrá creerse, dada mi conducta humilde en aquellos días aciagos, de amarguras y sinsabores, y de las muestras ostensibles que tengo dadas, entre los que me conocen, del espíritu de disciplina, a pesar de mi carácter violento, que predomina en mí; que fue-

se yo capaz de darle al Presidente la contestación que Collazo pone en mis labios y la cual presupone como causa para mi deposición?

Hubiera Céspedes, por motivo tan nimio, rebajado su grandeza, despojando de mando y prestigios a uno de sus Generales más antiguos?

Todo pueblo, no importa su categoría, sin darse cuenta establece lo que llamamos alta política, cuyos secretos y manejos no los poseen sino aquellos que la forman. Los demás juzgamos por las apariencias y éstas por lo común son engañosas. Collazo, como es natural, ha recogido este percance.

Voy, pues, a explicar lo que yo también me expliqué más tarde.

La cosa pasó así. Hombres intrigantes y miedosos, unos, y desafectos a mí, quién sabe por qué, otros pusieron en el ánimo de Céspedes la duda o la creencia, mejor dicho, que el movimiento que yo iniciaba (tan estupendo lo consideraban) llevaba en sí miras o tendencias ambiciosas de mala índole que podían llevar las cosas a peor terreno, puesto que en el plan solicitaba ''darme las manos con Agramonte'', (su desafecto personal), que una vez unido con aquél y con un cuerpo de ejército triunfante, claro está que sería proclamado Jefe Militar de la Revolución con cuanta más razón, cuando contábamos con lo más selecto del elemento militar y con algunos miembros de la Cámara, amigos y admiradores del General Agramonte.

Hay que convenir en que la invectiva se prestaba a crédito, máxime cuando yo, sin que jamás cruzara por mi mente semejante pensamiento de ayudar a procedimiento de esa índole, hablaba con cándida franqueza de la candidatura del General Agramonte como el futuro gobernante de Cuba libre. He aquí la causa secreta de mi deposición. Larga, extensa, ha sido esta digresión, amigo Estrada pero no podía prescindir de hacerlo así; pues, para quitar la mala nota que Collazo quizás inconsciente ha puesto a mi hoja de servicios, era necesario referir un poco de historia. ''La palabra con la palabra se cura'', le oí decir un día a usted mismo en el campamento.

Voy, pues, a probar de reanudar el hilo de mis relaciones a los juicios erróneos o equivocados, emi-

tidos por el Coronel Manuel Sanguily con referencia a mi conducta o modó de ser en las postrimeras horas de la Revolución Cubana.

Y cuando ninguna de estas cosas habían sucedido; cuando se mantenían apretados por la unión como en un haz, y temblaban los españoles ante la incontrastable fuerza de aquella unión, pues no se habían destacado las sombras siniestras que más tarde proyectaron en el cielo purísimo de la Patria, las figuras de V. García, Payito León, Limbano Sánchez, Belisario Peralta, Francisco Jiménez, Angel Mayo y otros más; cuando no había asomado su cabeza feroz la negra traición con Varona y compañeros; cuando no se había removido el primer mandatario de la República sin causa justificada; cuando no faltaba en las filas del ejército ninguno de sus Generales ya probados, Ignacio Agramonte, F. V. Aguilera, Calixto García Iñiguez, V. García (este último moralmente) el mismo Coronel Manuel Sanguily y su hermano, el intrépido mutilado General Julio Sanguily, no habían abandonado aquellos campos gloriosos y a sus compañeros de armas, para marchar a país extranjero en desempeño de comisión especial.

Y cuando todo eso ha acontecido, y por un cúmulo de circunstancias más o menos adversas todas ellas y que el Coronel Sanguily no le era posible juzgar desde Nueva York, se aproximan las horas luctuosas para la Patria, piensa él que yo pude haber hecho mucho o por lo menos haberlo intentado? Agradezco muy mucho la opinión de cubano tan digno y tan sin tacha, que demasiado me honra, pues en ella está inscripta, al par que una demostración de cariño y de confianza, el tácito convencimiento de que yo pudiera poseer condiciones de un hombre capaz de haber podido dominar aquella situación. Y en realidad, sólo me faltaba una, la necesaria: la de sanguinario. Y así y todo, ¿con quién podía fusilar a quién? Cabía yo por ventura, podía caber acaso en aquella situación nueva con el General V. García, ya investido con la primera Magistratura de la República, y de una manera que adolecía de ilegalidad, por una Cámara casi despojada de verdadera representación nacional por la fuerza de los mismos sucesos?...

No puedo creer que haya cubano de buen sentido que pueda imaginar semejante cosa.

El problema era difícil. Había que buscarle el lado más fácil, más vulnerable a la situación que se nos había cerrado, para abrirle brecha por donde introducirnos los buenos que debíamos quedar; y mucho más difícil para mí, que los sucesos de Las Villas habían dejado mi espada ociosa y mi caballo en descanso. Entonces fué que se me ocurrió que solamente congregando el Ejército podría resultar de aquello un golpe de Estado y surgir de éste un Directorio o Director de la guerra, estable por su actitud inflexible y severa.

Para que pudiésemos llegar a ese fin secreto, no quedaba otro camino que buscar un medio hábil de conseguir una tregua con el enemigo, más perjudicial acaso y deshonrosa para él, que ya dominaba nuestras principales zonas, que para nosotros, y cuya tregua nos concedería, aunque debíamos de estar prevenidos a nuestra vez contra sus miras capciosas. Eso fué, amigo Estrada, lo que yo propuse, y que el Coronel Sanguily me tacha o censura, cuando en aquel día tristemente memorable de desbarajuste se me pidió consejo.[1] Es verdad, preciso es confesar-

---

(1) Y a fe, que fué lástima que no se llevara a cabo mi proposición, pues entonces de seguro que la congregación de todos aquellos elementos dispersos y ya disgregados, hubiera causado el efecto que debía esperarse. Cuando los restos del aquel ejército aguerrido se hubeisen reunido en un solo punto, cuando nos hubiéramos contado, cuando nos hubiéramos entendido y puesto hombro con hombro y nos hubiéramos abrazado, en fin una voz sola habría bastado para levantar de nuevo la Revolución, matando la idea de paz al nacer, y con ella quedaba muerto el prestigio del afortunado Jefe enemigo. La guerra seguiría poco más o menos fuerte, pero al fin y al cabo el triunfo definitivo de la idea de independencia hubiera sido antes de seis meses un hecho positivo, pues aquél era el último esfuerzo posible que podía hacer España para sostener esa guerra. Un pequeño hecho aislado me comprueba que aquello hubiera sido el feliz desenlace de la situación, que el Dios de la guerra nos lo presentó envuelto en el misterio y no se supo aprovechar. Helo aquí.

Cuando el General V. García se retira ya capitulado del Camagüey y se dirige a las Tunas para recoger los restos de su gente y volver a efectuar la capitulación en masa según lo estipulado en el convenio, se encontró en Guarama-

lo: mi inexperiencia no me dejó sospechar que se fuera a parar tan lejos y tan pronto.

Cuando llegó la noticia a mi campamento de todo lo acontecido, y se lo comuniqué al Coronel J. B. Spotorno y Teniente Coronel Ramón Roa, hubo un momento de perplejidad y congoja indescriptibles entre nosotros, y al llegar al siguiente día al lugar de la escena, donde nos trasladamos, ya el Brigadier Gregorio Benítez, Jefe del Camagüey, y el Presidente de la Cámara habían acordado la suspensión de hostilidades, pero en una zona determinada del Camagüey, y se había pronunciado en el campamento la palabra Paz.

Aquella palabra, en el instante primero, resonó por todo el ámbito de la comarca viril, como un eco lóbrego y triste, que poco a poco fué extendiéndose por todo el inmenso recinto de la Revolución sin que nadie protestara con resolución y firmeza, puesto que los últimos esfuerzos—si así pueden llamarse—de Oriente capitaneado por el General V. García, faltando a su palabra empeñada con el Jefe enemigo, no revistieron ese carácter, sino más bien como quedó en seguida comprobado con su final desenlace, prometerse sacar más ventajas personales de aquella situación. Entonces, sí, como dice el Coronel Sanguily me crucé de brazos. Acaso pretende el Co-

---

náo con el Brigadier Francisco Borrero que acampaba por allí con algunos hombres de su escolta y el cual, aunque mucho sabía de lo que estaba pasando, se encontraba sin embargo fuera del radio predominado por la paz.—¿Qué pasa? le pregunta con entereza al General. — Que todo está concluído; la Paz se ha firmado, le contesta aquél.—¿Y usted qué piensa?—Que si todos lo quieren yo tengo que correr la misma suerte.—No; le responde con viveza Borrero, aún nos queda Oriente....

Y de allí surgió en el ánimo de V. García la tardía idea, inconveniente para él, de emprender de nuevo la jornada en Oriente, que dió por mezquino resultado la prolongación estéril de la agonía, sin añadir un artículo más favorable para la Revolución en el pacto firmado en El Zanjón por el Comité de la Paz. De otro modo no hubiera sucedido ese; pues el mismo General V. García y todos los suyos, que acababan de salir de allí y que pretendían levantar más poderosa y fuerte la guerra en Oriente llevaban, tal vez, sin de ello darse cuenta, el contagio de la Paz.

ronel que yo tuviese la virtud de la abnegación al alto grado que la poseyó Jesús, o el asombroso valor y grandeza de Don Quijote necesario en aquel lance? Yo no soy un varón dotado de esas cualidades. Andamos en otros tiempos y nos las entendemos con otros hombres.

Yo creo, amigo Estrada, y usted que fué General y soldado, militar y civil puede asegurarlo, no lo que dice Collazo, que como historiador casi aparece ensañado con la Cámara, sino que aquellos patriotas de los 10 años, no hicieron más que precipitar con su proceder un suceso que venía preparándose lentamente, a la sombra de instituciones demasiado débiles para gobernar a los pueblos cuando se les arma para la guerra. Y esas instituciones, y así lo entiendo yo, y sabiamente lo expresa Sanguily, fueron el resultado y la obra del patriotismo más puro y del republicanismo democrático más acabados, en aquellos sublimes momentos de santo entusiasmo de un pueblo, que más parece que contaba para triunfar con la conciencia de sus derechos y lo notorio de sus cadenas y sus dolores que con la fuerza de los cañones.

Y hay que tener en cuenta, que el que así se expresa, el que así habla sin rencor ni pena, fué la víctima más frecuente de la desconfianza siempre notoria de la mayor parte de los miembros que componían el respetable cuerpo de la Cámara atribuyéndome tendencias dictatoriales.

Para ningún General se desplegaba tanta vigilancia para sus actos, y se comentaba y se censuraba cualquiera procedimiento, en la esfera de sus atribuciones, como se hacía conmigo, bastando para ello que aquel fuese revestido de entera rectitud.

Para ningún otro—ni aún para V. García—sino para mí, tuvo la Cámara un "voto de censura", un día después de haber ganado una batalla y solamente por haber discutido con un Diputado, en privado y con calor lo deficiente a mi juicio, de la ordenanza militar. Y ahora el Coronel Sanguily atestigua eso mismo (página 175).

Y cuando la invasión de las comarcas villareñas que la determiné por mi cuenta y riesgo, para asegu-

rar el éxito con la sorpresa amparada por el secreto, pero no sin celebrar primero un consejo general con mis oficiales (Coronel Sanguily asistió a él) para compartir con ellos la parte de responsabilidad que pudiera caberme y cuando después, humildemente comuniqué el parte de tantas victorias alcanzadas en tan pocas horas, más agradable sorpresa causó en el ánimo de aquellos hombres el tono humilde de mi escrito que las derrotas del enemigo. Y cuando un día, con poca meditación me nombró la Cámara General en Jefe del Ejército, cuyo cargo renuncié incontinenti, porque no me gusta representar papelones; un amigo pensador me dijo al oído: ¿Le han nombrado a usted General en Jefe? pues la cosa aprieta. Tal era la opinión.

Sin embargo, yo jamás me sentí mortificado, ni mucho menos por esas dudas. Yo me había reunido con todos aquellos hombres para ayudarles gratuitamente a defender su causa y no me hubiera parecido digno, rebajando la suma de méritos contraídos, ocupar ningún puesto en la República de Cuba, que no fuera conquistada por mis propias hazañas y por la fuerza de la opinión.

Dos motivos capitales persistían para mantener latentes estas dudas, y que en mí no me era dable evitar. Ser apasionado amante del principio de disciplina, que hacen aparecer un déspota bárbaro al militar, y un poco de fortuna en el campo de batalla. Con esas dos circunstancias avasalladoras, se puede cualquiera apoderar de la voluntad de un ejército, y en realidad hay que temerle a un ambicioso vulgar.

Por lo demás, nada más justo, nada más hermosamente verdadero que aquel arranque feliz del Coronel Manuel Sanguily, que tal parece como la manifestación ardorosa de la Patria agradecida y que la historia repite, por los que supieron sufrir y sacrificarse por ella. Ah! "¿cómo es posible olvidar que la Cámara tiene una historia, si alguna vez triste y crepuscular, al acercarse la noche de la Revolución, fulgurante en muchos años, como la conciencia misma del pueblo cubano, y como la historia revolucionaria escrita también con sangre generosa?"

Voy a concluir, mi buen amigo Estrada; pero antes, como un deber de justicia, es preciso advertir a Co-

llazo de la poca que ha tenido para con las emigraciones. Estas han ayudado siempre en todo lo que han podido. No creo que haya ocurrido el caso de que alguno se dispusiese a ir a combatir en los campos de la Patria y le negaran fusiles y pólvora. No podemos, no, sin cometer una injusticia, hacerlas responsables del funesto resultado, que en muchos casos, para nuestro mal, como combatientes allá en Cuba, fué pésima la administración de caudales con ejemplares sacrificios acumulados. No saquemos a cuenta los tres chelines de Jamaica. Aquellos instantes de dolor punzante por tanta esperaza defraudada y por sacrificios inútiles tantas veces hechos, habían sumergido el espíritu cubano en el marasmo político consiguiente. Después de Sedán, en la noche tenebrosa y lóbrega, que envolvió las banderas de uno de los ejércitos más bravos del mundo, ¿qué debía quedar en el corazón de los franceses?

—Un gran dolor.—Y cuando la Francia volvió de su paroxismo causado por aquella horrenda catástrofe, y se irguió después de caída a los pies del Poder, solamente de los cañones prusianos, se le sobró el oro para rescatarse del predominio de su inexorable vencedor, dejando perpetuo ejemplo de cuanto vale la virilidad de los pueblos. ¿Y quién duda que Cuba, en una época afortunada logre cumplir sus altos destinos después de tantas caídas y desastres? ¿Acaso sea el pueblo más desgraciado de la tierra? Creer eso es colocarse fuera de lo racional y de lo justo.

Pero hoy mismo, en estos solemnes momentos, en que el espíritu criollo se anima, en que revive el entusiasmo de los tiempos de la Galleta, Rejondon y Palo Seco, que parece que una esperanza más viva ilumina la mente y el corazón del desterrado, a quien no acarician las brisas de la Patria, es hermoso y consolador palpar los arranques generosos de los hijos del destierro.

Las sombras que fueron cayendo sobre aquella tierra empapada con tanta sangre generosa, la mano del Destino feliz de Cuba las despejará acaso no muy dilatada, pero es preciso, cubanos, que cuando la Revolución despierte nos encuentre unidos.

Por mi parte, amigo mío, aún no soy todavía un soldado fatigado y, como lo he ofrecido siempre, donde se encuentren los hombres consecuentes del 68, allí estará también su antiguo compañero en las armas y el infortunio.

Reciban Sanguily y Collazo un cordial saludo desde este rincón de mi Patria.

MÁXIMO GÓMEZ Y BAEZ.

MAXIMO GOMEZ EN 1894 VATICINA LOS ACONTECIMIENTOS QUE TUVIERON LUGAR EN CUBA DESDE 1895 A 1898

(Contestación a una carta de un amigo residente en París)

MAXIMO GOMEZ EN 1894 VATICINA LOS ACONTECIMIENTOS QUE TUVIERON LUGAR EN CUBA DESDE 1895 A 1898

(Contestación a una carta de un amigo residente en París)

Monte-Cristy, Rep. Dominicana, Agosto de 1894.

Señor D. F. y C.—París.

Estimado amigo:

Ya podrá usted imaginarse con cuánto placer habré leído su cariñosa carta, por cuanto a la vez que en ella demuestra su afecto hacia mi humilde persona, también me honra como "un soldado autorizado", interrogándome sobre mis opiniones respecto a la actual situación política y económica de la rica y abatida Isla de Cuba, y de mis fundamentos en la esperanza del triunfo de una revolución salvadora,—porque "ya sabe usted que decididamente me he puesto al lado de José Martí", competente y autorizado Delegado del Partido Revolucionario Cubano. Y para que más ampliamente pueda usted —"según lo desea."—presentar mis contestaciones en el círculo de mis amigos, y al mundo entero, porque sólo el crimen trabaja en la obscuridad, allá se las envío en las columnas de un periódico que corresponde nada menos que a la prensa neutral de este tranquilo país (El Montecristeño).

Poco o nada puedo decirle que usted no sepa por la prensa de la misma Isla y de la extranjera, de la situación difícil que abruma a la infeliz Antilla; y digo difícil, porque siendo la descentralización el

último remedio posible para curarla de todos sus males, ese mismo remedio causaría la muerte a seguida del Poder Colonial, cuya existencia ha vivido, para su seguridad, desde Colón, sentado en las puntas de sus bayonetas, pero que desde el 68 acá, ha tenido que rodearse de cañones. Y no siendo ninguna situación de fuerza la paz—la verdadera paz; no constituyendo la fuerza gobierno legítimo, para los pueblos ilustrados, sino para los salvajes, ¿qué se debe deducir de todo eso?

Que el pueblo cubano, que no está en condiciones de los últimos, tiene necesidad de buscar su verdadera paz por el camino de la guerra. Y cuando los pueblos conocen y sienten necesidades, el apremio total producido por ellas mismas, los conduce irremisiblemente a buscar su satisfacción por la vía más pronta, no importa que sea más o menos cruenta y erizada de sacrificios y de peligros.

Esa tierra que usted pisa, de históricos heroísmos, ese París de bellos y grandiosos recuerdos para las almas entusiastas por toda obra humana y de libertad, son ejemplos que palpitan a su lado apoyando mis juicios sobre la actual situación política de sus hermanos oprimidos. Así pienso yo en cuanto al estado de la Isla, que conozco como si viviese en ella.

En cuanto a mis esperanzas de triunfo, ellas se fundan en el derecho y el valor cubanos. Ninguno mejor que yo conoce los motivos porque sucumbió un día la Revolución en Cuba; tal vez estuvo falta de otras cosas, nunca lo estuvo de valor; lo tuvo sobrante hasta para envainar la espada poniendo ella condiciones, parada ya, aniquilada y ensangrentada, en presencia de un ejército de 100,000 hombres armados hasta los dientes. Quien ha visto batirse al cubano; quien vió a esos hombres aprender el arte de la guerra—que para Cuba es inútil enseñarlo, pues cada uno debe saberlo y sacarlo de su valor y su brazo; quien se levantó con la Revolución sin alarde y leal cayó con ella sin abatirse, y a la desgracia de ésta unió la suya, no puede dudar de su triunfo cuando ella, bien ordenada, se levante de nuevo.

¿Los recursos? ¡Ah! los revolucionarios llevan en su propio seno grandes recursos; pero no pregunte

usted esas cosas a ningún revolucionario: todos, por naturaleza, somos optimistas; contamos con la varita mágica que hizo manar agua a la piedra en el desierto. Desde Jesús, que se fué a los barrios de la Ciudad a nombrar sus tenientes, hasta nuestros días, nunca se había ido muy lejos en pos de materiales para las obras de regeneración y justicia. Interrogad ahí mismo a los recuerdos en escombros de la Bastilla, si fueron las manos que usaban guantes las que redujeron a polvo el monstruoso edificio, símbolo de la tiranía y crueldad de una casta privilegiada. ¿Y qué armas tenía ese pueblo adolorido y de envidiable heroísmo y resolución? No se necesita saber si un pueblo tiene armas para pelear, sino si tiene valor para hacerlo y si siente tristeza y amargura en su alma. Y yo sé, y lo sabe usted también que el pueblo cubano tiene lo primero y padece lo segundo.

En cuanto a los demás obstáculos políticos de otro género, no tenga usted ningún temor. Toda solución de reforma en Cuba ya a estas horas, en estos instantes históricos, no tiene razón de ser; es caducar al nacer. Eso tuvo sus días y sus oportunidades que, por fortuna nuestra, España no supo aprovechar. El autonomismo, que nos hubiera sido funesto a raíz del Zanjón, y que yo lo temí, lo veo ya como una idea muerta. Y aunque es muy posible que España —con su política capciosa—*se lo reserve como arma de defensa en los supremos instantes de agonía de su poder en América,* ya esa arma se ha embotado, y no hay que dudar que ese pueblo frenético, como todo pueblo cuando se subleva, SEA MÁS ENCARNIZADO CON TODO LO QUE HUELA A AUTONOMISTA QUE A CONSERVADOR.

Pude notar, durante la guerra de los "Diez Años", que nuestros soldados *se sentían más indignados en presencia de criollos armados en contra nuestra, que los mismos soldados españoles.* Y la razón se explica: no es indispensable que los hombres usen corbata y sepan llevar levita o chaqueta para que sientan en ciertos momentos supremos de la vida, sublevarse desde el fondo del alma un sentimiento de dignidad nacional. No hay pueblo que no sea capaz de

cometer valentías y grandezas en defensa de su tierra, de su nombre y de su honor.

Si entiendo que he podido complacer a usted, será para mí de grandísima satisfacción. Que su salud sea buena, y créame su amigo de siempre.

M. Gómez.

TERCERA PARTE

ORACION

ESCRITA POR EL GENERAL MAXIMO GOMEZ Y PRONUNCIADA A DIARIO EN LOS HOGARES DE SUS DESCENDIENTES

Ser Creador y Omnipotente, yo te amo, y mi corazón es el templo donde quiero que habites para que no entren en él las malas pasiones y pueda yo mirar con desprecio las vanidades del Mundo. No debo quejarme de mis dolores porque los hay más grandes que los míos. No ha habido un solo hombre sobre la tierra que no haya hablado el lenguaje del sufrimiento. Así, ¡Oh mi Dios! yo me someteré y por grandes que sean mis dolores, me inclinaré pacientemente delante de ellos, porque he aprendido que la vida tal cual es, es un bien.

Oh mi Dios! dadme un valor tranquilo y serenos pensamientos, para endulzar el camino de mi vida. Amén.

RECUERDOS A MIS HIJOS

PAGINAS DEDICADAS A MI HIJA CLEMENCIA

Episodio de la Guerra de los Diez Años

(1881)

RECUERDOS

PAGINAS DEDICADAS A MI HIJA CLEMENCIA

> La gratitud es la cadena de seda y oro que une a los corazones honrados.
>
> J. J. PALMA.

A tí, hija amada de mi corazón. A tí, pedazo de mi alma, amor de todos mis amores y esperanza de mi vida. A tí, hija mía, dedico estas líneas que aprenderás como una oración y guardarás en tu memoria como un recuerdo sagrado.

Léelas tú, y haz que tus hermanos las lean, para que tú y ellos sepan cómo y dónde nací, algo de lo mucho que he sufrido, y sepan también a quiénes les debemos un favor, porque quiero que desde la infancia aprendan a pensar, sentir y agradecer.

Hay deudas en la vida de los hombres que jamás acaban de pagarse, y es preciso que los padres las leguen a sus hijos: y cuando tú mano amorosa cierre mis ojos sin luz, porque haya caído para confundirme con el polvo de los demás, a tí y a ellos tocará honrar mi nombre y mi memoria con la gratitud hacia nuestros bienhechores—yo habré desaparecido de la escena de los vivos.

Esos amigos, también pueden abandonar este mundo mentiroso y falaz, pero quedarán sus hijos, justos acreedores para recoger el fruto que sus padres han sembrado.

No olvides nunca, hija mía, que la gratitud es el sentimiento más dulce que conmueve el alma, que agrada a Dios y que siempre ha procurado conservar en su corazón, tu padre que te ama,

MÁXIMO GÓMEZ.

Hay en medio del mar Caribe allá en el Atlántico una Isla (la geografía te la enseñará) que se llama la Isla de Santo Domingo, tan rica y tan bella, que un tiempo fué designada "La Primada de las Indias".

Las brisas de aquel mar siempre inquieto, mecieron mi cuna; allí nací, y aquella tierra, que quizás no vuelva a pisar, es mi patria.

Mis padres que fueron honrados y virtuosos, sino ricos gozaban por lo menos de posición acomodada y decente, y como yo era el único varón, fuí desde luego el principal objeto de su cariño y cuidados, y de este modo mi existencia se deslizaba dulcemente en medio de las caricias del paternal amor.

El ciego cariño que mi madre me profesaba, contribuyó no poco a que mi ilustración fuese menos que mediana, pues no querían separarme de su lado, ni que mi padre me enviara a un colegio extranjero, y fué mi profesor el cura del pueblo, que era mi padrino, íntimo amigo de la familia, y que daba muestra de sentir tierno y sincero afecto por mí.

Este hombre, aunque bastante instruído era de atrasadas ideas, como lo ha sido siempre la gente de sotana, y mi educación primaria, única que pude alcanzar fué puramente religiosa—con mucha más razón, que mi madre como todas las demás mujeres de aquel país, era un tanto fanática y acariciaba la idea de que yo adoptase la carrera eclesiástica.

No obstante todo eso, yo no me sentía muy inclinado a ella; pero jamás me atreví a manifestar lo contrario, por no causar pena a mi madre, a quien tanto amaba.

Así corría el tiempo para mí, cuando en el año 1855, que ya contaba yo diez y seis años, un día, la banda militar de la guarnición de la plaza, a una hora inesperada, tocaba marcha por las calles del pueblo. Se publicaba con gran pompa y solemnidad, un decreto del Gobierno, llamando a las armas a todos los hombres de la República, sin distinción de clases, ni categorías, y de la edad de 15 hasta 50 años.

Hacía algunos años que sostenía una guerra con la vecina República de Haití, en la cual las armas dominicanas habían quedado siempre victorio-

sas; pero esta vez el negro poder de Haití, con el descabellado propósito de sostener bajo su dominación el territorio dominicano, levantó un ejército de más de 20,000 hombres, y marchaba con gran aparato de guerra como un futuro invasor. Esta era, pues, la causa poderosa que obligó al Gobierno a dar aquel perentorio decreto.

La patria está en peligro, decía el decreto, y sólo la decisión y patriotismo de sus hijos podía salvarla de un rudo golpe, no de su pérdida porque eso era imposible.

No se necesitaba más para que el entusiasmo cundiese en todas las clases de la sociedad y sobre todo, en la juventud, dispuesta siempre a las grandes impresiones.

Apenas el oficial que leía el decreto terminó, dando un viva a la patria, varios jóvenes en confuso tropel se dirigieron al palacio del Gobernador de la Provincia a inscribir su nombre en los batallones de voluntarios, y yo era uno de ellos, que olvidando los libros y los cuidados de mi madre, no pude resistir al impulso del sentimiento nacional.

Una lucha terrible tuve que sostener entre las lágrimas de mi madre y el deber ante la patria; y te confieso, que muchas veces me sentí débil, y quien sabe si las primeras hubieran triunfado, si mi padre, de carácter severo, no me hubiera apoyado con su silencio, hasta que últimamente, en una conferencia doméstica que tuvieron en presencia mía, para tratar del asunto, la dijo: ''dejadlo acudir al llamamiento de la patria ya que yo soy tan desgraciado, que por mi edad y mis achaques no les son útiles mis servicios''.

¿Qué más se quería oir? Aquella entusiasta y superior aprobación de mi anciano padre, bastó no sólo para tranquilizar mi pobre corazón, sino para que hiciera subir de punto mi entusiasmo y decisión.

Traté de consolar a mi madre, y ella bien pronto se resignó, como sucede casi siempre, cuando el convencimiento de lo irremediable penetra en nuestro ánimo.

Tres meses duraron los trabajos de organización de los batallones de voluntarios, que fueron de goces y de placeres para mí:—aún lo siento al recor-

darlos, pues hay ciertas impresiones que recibe el corazón cuando está joven, que no pueden borrar los años.

No había en aquellos momentos música más sonora y dulce para mí, que el sonido penetrante del clarín y el ronco son del tambor; ni salón más lucido y elegante, que el destinado a la limpieza del armamento y a los primeros manejos de las armas.

Mi orgullo y el de todos mis compañeros fué el vestir el traje de campaña.

Por fin, organizado todo, se emprendió la marcha, y abrazando a mi madre y hermanas, de cuyos brazos pude arrancarme haciendo un supremo esfuerzo. me despedí de todos, besando también a mi padre.

Este, en su solicitud paternal, no se olvidó de recomendarme a sus muchos amigos, que hacían parte del ejército, pero con especialidad a un General íntimo amigo suyo (Contreras).

Entraba yo, como tú comprenderás, en una vida enteramente nueva, pero tan repentinamente, que mis compañeros se reían, porque yo la llamé transición eléctrica. Había de un solo brinco salido de un polo y caído en el otro.

Separarme del regazo de una madre amorosa, que me hacía rezar el rosario todas las noches, y seguir para la cama, al capricho del sacristán, cuando a éste se le antojaba dar las nueve muchas veces a las ocho, y en fin, del buen cura que me hacía creer en el juicio final y en las penas del purgatorio: de todo esto repito, separarme para trasladarme al cuartel y al campo de batalla; me parece que la distancia era considerable.

Cambiar la voz tierna y dulce de mi madre, por la enérgica y dura del capitán: las inocentes sonrisas y pláticas, también inocentes, de mis hermanas, por las groseras carcajadas y palabras descompuestas del soldado: el buen cura por el sargento de la compañía, que no sabía reprender instruyendo: los libros de moral, por la ordenanza militar y la táctica; el incensario por el fusil; la blanda cama por el duro suelo; en fin cambiar todo lo dulce por todo lo amargo.

Sin embargo te confieso que nada de eso me causó ni tristeza ni miedo, y solamente una vez más que

otra, me asaltaba el recuerdo de los míos. Así es el corazón de los jóvenes ávidos de aventuras y peripecias.

Quedé, pues, en completa libertad de dar rienda suelta a mis pasiones y dueño absoluto de mis acciones, según la línea de conducta que me aconsejaran los ejemplos, no muy edificantes, de gente de guerra en campaña. Pero no sucedió así, porque ¡ay! cuánto valen en un hombre las máximas de honor y virtud, que una buena madre deposita en su corazón de niño: en semejante escudo se estrellan todas las tentaciones del vicio y la corrupción.

Por eso debemos creer que el hombre que no ha tenido una mano bienhechora que lo dirija en los primeros pasos de su vida, por malo que sea, antes de condenarlo, es más justo compadecerlo.

Yo no olvidaba nunca a mi madre, y su solo recuerdo me hacía ser bueno. Tengo placer en decirte que cuando abandoné aquellos campos quedé virgen de todo vicio, y esta conducta me granjeó no pocas consideraciones. Ascendí al grado de Alférez.

Reunido ya el ejército en las fronteras, se aguardó al enemigo, que no tardó mucho en presentarse, y se dió la gran batalla, nombrada allí de "Santomé" (ese es el nombre de los llanos donde se dió). Las armas dominicanas quedaron triunfantes, y aquel enemigo fué deshecho.

Mi batallón pudo distinguirse, y varios jóvenes fuimos agraciados, cuya distinción nos dejaba ligados a las fuerzas permanentes del ejército, que en mi país quiere decir ser soldado por toda la vida.

Limpias de enemigos las fronteras, el ejército debía retirarse, dejando como es costumbre, aquéllas cubiertas con algunos destacamentos, y a mi batallón tocóle prestar ese servicio. Así fué que cuando la mayor parte de mis compañeros iban a abrazar a los suyos, y a pasar alegres y orgullosos bajo los arcos de triunfo que había levantado el entusiasmo y agradecimiento nacional a los hijos de la patria vencedores, yo y otros quedábamos allá lejos en el aislamiento y la soledad.

Te confieso que fué la primera vez de mi vida que me sentí profundamente triste.

Me horripilaba el silencio y soledad del campamento, después de la retirada del ejército: yo les decía a mis amigos:—esto es un cementerio y nosotros somos muertos que nos hablamos.

Teníamos que esperar tres meses para ser relevados, pero yo tuve necesidad de *abandonar* antes mi puesto por una causa inesperada y triste para mí. Un día el General, Jefe de la línea, dió orden al Capitán de mi compañía *para que yo pasara a su oficina,* e inmediatamente que fuí, puso en mi mano un salvo conducto y una carta.

La carta era de mi madre, anunciándome que estando mi padre gravemente enfermo, había fundados motivos para temer por su vida. Ella se había valido de amigos influyentes para conseguir la licencia.

No habían transcurrido dos horas y ya iba yo en camino, y diez o doce días después entraba por la puerta de la casa paternal, que encontré desolada y triste.

Corrí al lado del lecho de mi padre, y allí estaban mi madre y mis hermanas, llorosas y llenas de pesar.

Mi padre aún vivía, pero en los últimos instantes de su vida. Sin embargo con bastante lucidez aún, me dió algunos consejos y me dijo: "te esperaba para despedirme de tí; no puedo vivir más pues siento que la vida se me acaba". A las doce de la noche de ese mismo día expiró.

Este golpe me inmpresionó hondamente, no solo por la pérdida de un padre tan bueno, sino porque temía por la vida de mi madre, que había sufrido tanto por mi peligrosa separación, y la muerte de mi padre vino a poner el sello a sus sufrimientos.

Conseguí que se me prorrogase mi licencia por algún tiempo, y así pude ocuparme de algunos negocios que aunque no los había dejado mi padre encomendados a mi exclusivo cuidado, como mi madre me tenía tanta confianza tuve que entenderme en ellos.

Poco tiempo después tuve que volver a las filas del ejército, y ya en esa época se había desarrollado en mi patria el maléfico espíritu de partidos. Como era consiguiente tuve que seguir la corriente de los acon-

tecimientos políticos que con frecuencia se sucedían, y me ví envuelto muchas veces en peripecias peligrosísimas.

El huracán de las guerras civiles, que todo lo arrasa y conmueve, ha dejado la ruina en aquel país, y muchas familias acomodadas y de posición quedaron en la miseria y el abandono.

Mi madre fué una de ellas: las revoluciones devoraron el regular patrimonio que mi padre nos legaba, y caímos en la miseria.

Era el año 1861, cuando tuvo lugar allí un acontecimiento inesperado y sorprendente: Santo Domingo se anexó a la monarquía de España, y aquel suceso trajo a poco tiempo la guerra que hizo que aquella la abandonase nuevamente.

La anarquía y el desorden amenazaban concluir todo; y yo tuve que refugiarme en Cuba, trayendo conmigo a mi madre y dos hermanas.

Acosado por la miseria y el pesar, lejos de mi patria, busqué en los campos de Cuba un rincón donde trabajar, descansar de vida tan azarosa, y me establecí en la jurisdicción de Bayamo.

En un pequeño caserío que se llama *El Dátil* experimenté el dolor de perder a mi madre, anciana ya, más que por su edad, por sus sufrimientos. Cuando esto aconteció, corría ya el segundo tercio del año 1868, y se trataba de adelantar los trabajos de conspiración cubana y en la cual me encontraba yo iniciado, tanto por sentimientos como porque había palpado los sufrimientos y las vejaciones del pueblo cubano.

Consideré hermanos míos a los hijos de Cuba, y me sentí dispuesto a seguir con ellos en la independencia de su patria.

Un lazo más vino a unirme fuertemente a la causa de Cuba que desde entonces consideré como mía.

Conocí a tu madre, la amé, y segura ella de la sinceridad de mi afecto, me amó también y bien pronto nos unimos.

Desde entonces fuí más feliz, con la esperanza de que tendría una segunda patria si el triunfo era seguro, como debía esperarse; pero ¡ay! el destino otra cosa nos tenía reservada.

En Octubre 10 de 1868, se dió el grito de levantamiento, y principió la lucha más titánica que registra la historia de América.

Diez años de constantes combates y llenos de miles y miles de peripecias horribles y sangrientas, duró la guerra, y allí, en medio de tantos peligros y zozobras, viste tú la luz: allí en los campos libres de Cuba, naciste bajo el humo de las batallas. La estrella solitaria alumbró tu cuna.

Tu madre jamás quiso abandonarme y me seguía a todas partes. ¡Cuánto no pasaría!

Te contaré un episodio tristísimo de tu vida, que siempre recordamos ella y yo con pesar.

Una vez—apenas contabas tú treinta días de existencia—por la delicadeza del estado tuyo y de tu madre, me fué preciso dejarla oculta en una montaña, al cuidado de tu tío, que bien conoces y a quien le debes tanto como a mí.

Yo tenía que separarme para cumplir órdenes en otra comarca distante, a donde marché.

Los españoles, que perseguían tanto a tu madre como a mí, con la esperanza de que una vez en su poder, sabiendo cuánto la amaba, sacarían algún partido de mí, por debilidad, no desperdiciaban ocasión de querer lograr su intento, y por doquiera que sospechaban que ella pudiese estar, lanzaban espías, y esta vez como otras, descubrieron su escondite.

Una guerrilla mandada con tan inicuos fines, asaltó el rancho donde estaba.

Tu tío no se encontraba allí en aquellos momentos, pero la Providencia la había enviado un pequeño, pero poderoso auxilio, que la salvó de caer en poder de aquellos foragidos.

Un oficial del Ejército Libertador con dos soldados, que desempeñaban una comisión de servicio, por una casualidad llegaron allí a tomar descanso unos momentos, al mismo tiempo que la gente enemiga desembocaba por la senda que conducía a la choza.

El valiente oficial y los dos soldados, al sentir ruido, se prepararon y dieron el ¡quién vive! El Jefe de la guerrilla contestó: ¡Cuba! Era un engaño. ¡Alto! gritó el cubano, haciendo fuego en seguida, porque conoció que era el enemigo disfrazado:—no era muy fácil engañar el ojo avizor de aquellos hom-

bres que combatían a todas horas del día y de la noche. Entonces se trabó allí un rudo combate de tres contra veinte. Mientras tanto que aquellos tres valientes le disputaban el paso al enemigo, tu madre, contigo en sus brazos, y ligera como una gacela, huyó hacia el lado opuesto, descalza y cubriendo con su cuerpo el tuyo, para que el plomo enemigo que silbaba a su rededor cortase primero su vida que tu existencia.

Nada es comparable con el amor de una madre.

Ella no debió correr, sino volar.

Pocos instantes después, en el fondo de una quebrada del terreno, cayó exánime y extenuada. Ella me cuenta que no sabe cuánto tiempo le duraría una parálisis que se apoderó de todo su ser; que tal vez más preocupada por tí que por ella misma, pudo dominar, y no perdió del todo el uso de los sentidos, pero que le parecía encontrarse en un mundo de tinieblas, y un sordo rumor atormentaba sus oídos.

Cuando recobró de nuevo todas sus facultades, ya no oía nada: el fuego había cesado, y vió que te tenía oprimida fuertemente contra su pecho, y tú, pobre avecilla del desierto, estabas dormida. ¡Santa inocencia! Tan tranquila que dormías y sobre tu cabeza de angel estaba levantada la sangrienta e insaciable segur enemiga, para cortar tu vida en flor.

Vió tu madre sus vestidos desgarrados por las breñas del matorral, y entonces pensó que no era posible que con sus delicados pies descalzos hubiese hecho huella alguna sobre las hojas secas del monte, pero temió que los girones de su vestido, que habían quedado en su huída, dejaran marcado el rumbo de su carrera, y el enemigo muy bien pudiera seguirla. Entonces más llena de pavor y espanto, trató de alejarse de aquel lugar, procurando no dejar rastro ni señal alguna.

Sin duda eras tú el angel que salvándola a ella te salvabas tú también, como lo verás por la narración que seguiré después, pues la interrumpo, dejándote a tí en los brazos de tu madre, errante en la desierta montaña, sin encontrar ni siquiera una fuente donde apagar la sed que la devoraba, para referirte lo que aconteció en el rancho, o mejor dicho, en tu agreste cuna, con aquellos tres defenso-

res de tu patria, de la vida de tu madre, y de la tuya misma, apenas despertada del no ser.

Tu tío que llegó poco después al lugar del siniestro, me ha referido el caso.

El estaba a alguna distancia de allí porque había ido en solicitud de un poco de miel de abejas, único alimento y poco abundante que se podía conseguir, porque el enemigo, de intento nos había destruído todos nuestros recursos.

No era tanta la distancia a que se encontraba tu tío, que le impidiese oir el nutrido fuego de la refriega, y al momento, conocedor del terreno, comprendió que era hacia donde había dejado a tu desamparada madre; pero lo que no se explicaba era lo nutrido y prolongado del tiroteo, puesto que, si bien al enemigo le era dado dirigirse donde quisiera, no así a los cubanos armados que teníamos gran cuidado de no frecuentar las zonas que ocupaban las indefensas familias y nuestros heridos, para no llamar allí la atención de enemigo—y si lo hacíamos era con sumas precauciones. Sin embargo, no vaciló, y emprendió ligero su carrera al punto del combate.

Pocos momentos después cesó el fuego y ya no oyó nada más; siguió con las precauciones del caso y al acercarse a la choza sintió rumor, se acercó más y entonces conoció que era el enemigo. Escondido por entre los árboles de la espesura les hizo fuego, y aquel se lo contestó en retirada a paso ligero; sin duda creyó que eran exploradores de alguna fuerza mayor.

Sucedió el silencio al ruido de los disparos y gritería y entonces pudo reconocer el campo.

Vió el cadáver mutilado del oficial cubano, con la cabeza separada de su tronco, que no encontró y más allá un soldado muerto y a medio enterrar, perteneciente a la guerrilla enemiga, hechos tiras todos tus pobres pañales y la poca ropa que tu madre poseía; habían tratado de prenderle fuego a la choza, pero siendo ésta de hojas verdes de palmeras no llegó a arder.

Le dió, como pudo, sepultura al cadáver del oficial, tu defensor, y después pensó que tu madre no debió caer en poder del enemigo por haber, quizás,

tenido tiempo de emprender la fuga mientras aquel hombre solo, se batía.

Lleno de esperanza con esta suposición, principió a explorar el terreno en todas direcciones, hasta que descubrió algunos girones del vestido de tu madre que le indicaron la dirección de su huída, mas en seguida se desconsoló, pues sobre sus mismos pasos y siguiendo las mismas señales, se trazaba el paso de la guerrilla española, que había entrado y vuelto a salir parecía indicar que le habían dado alcance y motivos para creer que era inútil toda tentativa de encontrarla.

Dios debió haber tocado al corazón de tu tío, que no obstante le instó a seguir adelante, hasta donde llegó el enemigo en su marcha de retroceso—y allí nada vió que reanimase sus esperanzas ya perdidas.

Sin embargo lleno de pavor y miedo, loco, maquinalmente, trató de hacer una pesquisa circular en aquel punto, y entonces se encontró algunos pasos, uno de tus botincitos que al emprender tu madre la segunda carrera, se te había salido y ella no lo notó. Este fué un rayo de luz para tu desolado protector, pues creyó desde luego que ella y tú se habían salvado, puesto que cerca de aquel precioso objeto no había pisada humana.

Ya entonces, más animado y con esperanza, siguió un poco más y vió en la arena de la quebrada, la huella del pie desnudo de tu madre.

Con este segundo indicio desaparecieron todas sus dudas y creyó firmemente que estaba salvada del enemigo y que vagaba por la montaña—y entonces un horrible y nuevo temor le asaltó; si no la encontraba pronto y pasaba ese día y otro día y otros, ¿qué sería de ella y de tí? El punto que yo había escogido para dejarlas, estaba desierto, por lo menos veinte leguas a la redonda;—no había esperanza de encontrar ningún ser viviente que la protegiera y sí más bien al enemigo que todo lo invadía.

Tu tío me dice que este pensamiento no lo anonadó. Siguió siempre, y no encontrando más que vestigios, continuó buscando a la ventura dando voces de cuando en cuando.

La noche se aproximaba y nadie contestaba a su llamada y ni encontraba hhuella ni señal alguna;

cuando un silbido a corta distancia llamó su atención y miró; eran dos hombres armados tendidos debajo de un arbol y nada menos que los dos soldados que se habían batido al lado de su Capitán hasta consumir el último cartucho, y muerto aquél, no pudieron recoger su cadaver, porque apagados sus fuegos, el enemigo se les echó encima.

Entonces, ellos le aseguraron más, de que tu madre, llevándote a tí en los brazos, había tenido tiempo suficiente de emprender la fuga.

El oficial muerto se llamaba Lorenzo Carmel; fija, hija mía, este nombre en tu memoria y tu corazón, y pide a Dios que su espíritu se haya remontado a la región de la verdad y de lo imperecedero.

Los dos soldados se llamaban Julio Díaz y Francisco Cruz; ignoro su paradero o si son muertos.

Dos días con sus noches anduvo errante tu afligidísima madre perdida y sola por la desierta montaña, sin ningún alimento y sin encontrar por desgracia, ni siquiera una fuente o arroyo en que apagar la sed que le consumía.

Ya tú llorabas de hambre porque sus pechos se secaban y de noche no tenía con que cubrirte, y también llorabas de frío.

Al segundo día de tanta agonía y de tanta congoja que a no ser ella dotada de un espíritu fuerte debió haber sucumbido y cuando ya casi exánime, porque me dice ella que principió a perder toda esperanza, oyó a lo lejos una voz (¿cuál sería la impresión que sintió?), que aunque contestada por la suya débil y de mujer, no era posible que le oyesen.

La voz continuó y se aproximaba hacia ella, que la contestaba con esfuerzo. A poco tiempo, por entre la espesura del monte, se destacó la figura de un hombre.

Era tu tío.

Ni ella, ni él, ni nadie, podrán explicar las emociones que ambos sentirían. Quizás tú puedes darte una idea como me la doy yo: hay cosas que no se pueden expresar, porque en mi concepto, el lenguaje humano está muy atrasado y aún no ha podido encontrar el nombre con qué designarlas y explicarlas. Las siente el corazón, las percibe el alma, los ojos las ven, los oídos las oyen; pero la lengua se queda

muda. Cuanto más puede articular algunas veces es un ¡ay! pero nada más. Los ojos lloran, desahogo del alma que ha sufrido, y después queda el silencio, pero más elocuente que todas las frases humanas juntas.

Tu tío, como pudo, la llevó donde había otras familias, no sin gran trabajo.

Yo estaba a setenta leguas, y cuando recibí noticias del suceso, ya tu madre y tú estaban en más seguridad, pues un General amigo mío y padrino tuyo, Calixto García la había amparado.

A pocos días la mandé conducir donde yo estaba, y entonces te besé y oí conmovido, de ella y de tu tío la relación que acabo de hacerte.

Seguía y seguía la guerra cada día más encarnizada, y ni un solo patriota llegó a dudar del triunfo definitivo de la revolución que la duración de aquella sangrienta contienda parecía asegurar.

No debo sobrecoger tu tierno y cándido corazón, con el relato de las terribles escenas que tuvieron lugar en aquellos campos de Cuba, donde viste la luz por vez primera; tampoco es ese mi propósito.

Yo ayudaba con tanto ardor y tal decisión a la conquista de la independencia de tu patria que ni un día, ni una vez me sentí siquiera fatigado, mi espíritu, ensanchado siempre por su grandioso y bello ideal vivía mecido en mis sueños de porvenir y de gloria. No me preocupaba más que la ambición de, ayudando a hacer una patria libre, conquistar un nombre glorioso que legar a mis hijos.

Pero tanta sangre vertida y tantos sacrificios consumados, fueron inútiles: la muerte de tantos valientes que ví caer a mi lado, fué estéril y el sacrificio de tantos mártires que ví sucumbir nada valió para hacer que aquel pueblo, más servil que ignorante, desgraciado, se levantara en masa.

Eramos un puñado porque nos dejaron solos: los que no se quedaron a los pies de su señor huyeron al extranjero — y una revolución tan hermosa que llamó la atención del mundo entero, por lo grande y sublime de sus principios y por su larga duración en la lucha, vivió agonizando, al fin murió, y se enterró su cadáver en el tratado del Zanjón.

Este fatal suceso llenó mi corazón de pesar y dejó mi alma tristemente abatida.

En tal situación determiné abandonar aquella tierra donde tantas esperanzas había concebido, donde había gastado mis mejores años, consumido mis fuerzas, y donde, en fin, nada me quedaba que hacer.

El país más cercano era la colonia inglesa de Jamaica, y allí dirigí mi rumbo, acompañado de tu sufrida madre, de tus hermanitos y de tí.

La única riqueza con que contaba eran ustedes: mi salud se encontraba notablemente afectada y no teníamos un pan que comer. Mi situación era tristemente difícil; — los españoles lo conocieron y me ofrecieron su oro, pero yo prefería la muerte de ustedes mismas y rechacé su oro antes de cometer una indignidad.

Nos encontrábamos sin patria, sin hogar, ni amigos, ni pan, y sin siquiera podernos entender con los hijos del país, por no conocer su idioma.

Era poco menos que si hubiésemos naufragado en un país desierto.

Pero oye aún más, y verás cuánto se pasa sobre la tierra cuando al destino le ocurre divertirse con nuestras desgracias. Entonces sólo hay un recurso y se encuentra un consuelo: una conciencia tranquila, y un corazón limpio.

Esto me valió a mí, para no sentir mi ánimo abatido en aquellos aciagos días que recuerdo con tristeza.

Había en la isla de Jamaica más de mil cubanos de todos sexos y edades, y en su mayoría aptos para tomar las armas; pero que no habían querido ir a la lucha.

Al llegar al seno de aquella emigración la noticia de la paz de Cuba, se sublevó en contra de los que hacía 10 años que estábamos en los campos de aquella tierra, luchando por hacerles patria.

Creyéndome a mí de tanta significación y poder para haber detenido los acontecimientos que precipitaron aquel suceso, fuí desde luego el blanco de su encono, hasta el extremo de calumniarme que yo había recibido el oro español. Yo, que en aquellos momentos lloraba porque ustedes me pedían pan y yo no tenía pan que darles.

Pensaba yo que al llegar entre aquella emigración llegaría cerca de mis hermanos y juntos lloraríamos la pérdida de Cuba desgraciada y tendría derecho a alguna consideración. Pero no fué así:—el desprecio y la calumnia me recibieron en la colonia inglesa.

Me fué preciso escribir un folleto, relatando los hechos y cuál fué mi conducta en aquel desgraciado asunto, y la opinión entonces se volvió favorable.

¡Pero cuánto sufrí y devoré en silencio, mientras tanto!

Me fuí al campo: un inglés, un judío, me arrendó un pedazo de tierra; me puse a ararla.

Una pobre choza de paja era nuestra habitación.

Cómo logré alimentarlos a ustedes el tiempo que duró aquella situación yo mismo no me lo explico. La Providencia nunca abandona a los hombres honrados.

Un día se me apareció un hombre a la puerta de mi choza y me dijo:—Yo soy amigo tuyo, te conozco, y allá lejos hay otro hombre que también será tu amigo porque lo es mío:—le he hablado de tí y te ofrece su generoso amparo.

El hombre que así se explicaba era José Joaquín Palma: el otro Don Marcos Aurelio Soto.

En la situación que yo me encontraba, te confieso que no había pensado en nada. Abrumado por los desengaños y la miseria, me pareció que debía acabar mis días en la oscuridad, alejado de todo el mundo, y solamente algunas veces, al verlos a ustedes, me aterraba la idea del porvenir que les aguardaba, con semejante resolución mía.

Palma me animó con su sincero ofrecimiento, y luego pensé que el hombre honrado no debe avergonzarse de admitir los favores de otro hombre honrado también, cuando la fortuna le sea tan adversa que a ello le obligue: determiné, pues, pasar a Honduras.

Inútil es decirte que el mismo Palma llevaba los recursos para nuestro viaje.

El Dr. don Marcos A. Soto, Presidente de esta República me recogió, por decirlo así, como un triste despojo de aquel pequeño ejército que combatió por la libertad de un pueblo, y me dió colocación en el de su patria; me ha colmado de consideraciones, y

debido a tan franca y generosa protección, nuestra situación cambió, y abandonando la colonia, hemos venido a vivir en la República, en un pueblo de hermanos.

Nuestro agradecimiento debe ser profundo y eterna nuestra gratitud.

Yo debo morir dejándolos a ustedes, porque así está indicado por el orden natural de las cosas, y desde ahora para entonces, os dejo recomendada deuda tan sagrada.

Ellos también, como yo, tienen hijos que aman, y a esos toca la herencia de sus padres.—Procura, hija mía, en todo el curso de tu vida, buscar siempre la ocasión de corresponder, de un modo digno para tí y para ellos, con afectuosa gratitud a los beneficios recibidos.

Dirige tus hermanos al mismo fin y yo les bendeciré desde la mansión donde me encuentre, cuando los deje aquí para reunirnos después.

Tu amante padre:

MÁXIMO GÓMEZ.

Tegucigalpa, Honduras, 1881.

CARTA DE DESPEDIDA

DEL GENERAL MAXIMO GOMEZ AL MARCHAR PARA LA ULTIMA GUERRA DE INDEPENDENCIA DIRIGIDA A SUS HIJOS MENORES: URBANO, BERNARDO, ANDRES Y MARGARITA

(1895)

CARTA DE DESPEDIDA

Cabo Haitiano, 8 de Abril de 1895.

Mis amados Urbanito, Bernardito, Andresito e Itica.

Como el sueño es la cosa más buena y dulce que se saborea en la vida, después que se ha trabajado mucho y se ha hecho todo el bien que se pueda, pero en los niños es lo más encantador; y yo me recuerdo de mis sueños de niño; y por eso lo respeto como la cosa más sagrada del mundo, pues me parece que se comete un crimen despertando a un angel de su sueño qu es divino. En la madrugada del día primero de Abril de 1895, yo me despedí de ustedes sin ustedes saberlo. Yo los besé dormidos y pedí a Dios, que es el Gran Padre de todo lo que vemos y sentimos, que me guarde y cuide a todos ustedes para cuando yo vuelva que pasemos días muy llenos de contento.

Yo espero que ustedes cuidarán con mucha dulzura y cariño de su mamá, de Clemencia, de sus tías y de Itica.[1] Espero, que en esa casa santa para todos, no se oiga nunca un mal modo, ni una mala palabra, que se respeten unos a otros, y que siendo su mamá, Clemencia y Margarita las reinas de nuestra casa, el brillo de nuestros nombres y donde debe ir a parar todo nuestro amor, es necesario, pues, que a ellas debamos rendirles mucho respeto y consideración.

Yo quiero que ustedes se aprendan esta carta de memoria y que cada uno saque una copia, pues así sé que no me han de olvidar.

Espero también que trabajen mucho y voy a ver todo lo que cuando yo vuelva encuentro hecho en ese

(1) Itica es Margarita.

patio. Muchas cosas bonitas, mucho sembrado, que al mismo tiempo que sea bello, sea útil. Es preciso que hagan ahorros para que lo más pronto que puedan, poner una pluma de agua, pues sin agua no hacemos nada.

Cuando se tenga el agua, de ese patio se puede hacer un conuco y ahí en Monte-Cristy una familia honrada y trabajadora, con un buen patio y que sepa sacar provecho de él, vive tan desahogada y con menos fatiga que Doña Emilia [1] que tiene que atender como los hombres a negocios de fuera.

Muy bien pueden ustedes hacerse grandes agricultores en ese patio y hasta pueden tomar más terreno.

Les he dejado libros (y ustedes saben leer), que les enseñan cómo se cultiva todo y cómo se hacen las cosas de la tierra, de modo que no tienen necesidad de importunar a nadie con preguntas ni consultas.

La distribución del trabajo es lo esencial para que nos dé el resultado que nos proponemos, y eso es lo que ustedes deben hacer; les voy a indicar de qué manera tan fácil y sencilla se puede hacer eso.

Nombran su comisión científica, que la debe componer su Mamá, como Presidente y después Clemencia y Margarita como Miembros. Ellas se ocupan con los libros de ver cómo se siembra, por ejemplo, el tomate, cómo se cosecha la lechuga, y el buen tiempo para los frijoles. Todo eso lo preparan ellas mientras ustedes laboran la tierra que es el trabajo recio y duro, que da fuerza y vigor y buena salud a los hombres.

Ya después de practicar un poco apenas se necesitan los libros sino para consultarlos algunas veces.

¡Ay! qué ganas tengo de volver para ver todas las novedades que me van a presentar. Yo recuerdo que una vez que mi Papá hizo un viaje estando yo muy niño y me dijo lo mismo, yo me volví un loco trabajando, y de contento que se puso cuando volvía y vió todo el empeño que yo hice para quedar bien, me hizo un gran regalo de un caballito.

---

(1) Se refiere a Doña Emilia Jiménez, persona muy acaudalada de aquella localidad y que personalmente dirigía sus negocios, con sucursales en París, Hamburgo, etc.

Voy a darles un recado para Pancho y Maxito.[1] Les dicen que es necesario que se propongan hacer venir un gran velocípedo para éllos, aunque les cueste un buen poco de dinero, pero que si se ofrece pueda ir en él a Dajabón y Guayubín, pues no veo la razón porque un hombre de ese país no haga lo mismo que uno de Norte América, que anda 15 y 20 leguas y más, en un día, en sus velocípedos. Mientras más y más rápido se mueve un hombre será más hombre.

Adiós mis hijos. Guárdenme en su memoria y en sus corazones, que yo los llevo viviendo en mi alma.

Besen a su Mamá, a Clemencia y a todos, de su Papá que los ama.

M. Gómez.

(1) Alude a Francisco, de 18 años, el que siguiéndolo después a él en la Guerra Libertadora no pudo estar a su lado porque se lo impidió la muerte junto al General Antonio Maceo; Maxito (Máximo) de 16 años fué el sostenedor del hogar mientras duró la campaña final de la Independencia.

LA FAMA Y EL OLVIDO

(DIALOGO)

(1886)

LA FAMA Y EL OLVIDO

(DIALOGO)

Obra escrita por el General Máximo Gómez en el año 1886

Fam. ¡Qué hermosos árboles; qué fuentes y frescas hojas y jazmines; qué aves tan lindas y cantoras! ¿Quién aquí vivirá? Pronto lo sabré.

Olv. !Quién se atreve a interrumpir el santo silencio de esta sagrada morada?

Fam. Yo, la Fama!

Olv. ¿Qué me quieres? ¡Atrás, loca meretriz de los palacios, falso ídolo de los afortunados de la tierra. Sacude el polvo de las orgías que traes pegado a tus sandalias, tu planta impura hollar no puede estos recintos!

Fam. Y tú, dime quién eres, estúpido viviente, el único que me desdeñas. ¿Cómo te atreves a insultar así a una deidad del cielo?

Olv. Yo soy el Olvido, nacido en humilde cuna para castigar tus locuras y tu soberbia.

Fam. Necio y loco intento. Yo soy y seré la Diosa predilecta de los mortales. Mis reinos son tan vastos que el mundo entero me pertenece, y mi poder es eterno y sin límites como el espacio. La humanidad toda yace rendida a mis plantas. El más sencillo de los hombres se sacrifica por una sonrisa de mis labios. Por un beso mío se hunden en la tumba. Para hacerlos vivir los mato!...

Olv. Tú no eres más que un sarcasmo; sombra deslumbrante y fugitiva; pasajero celaje como de arco iris.

Cuando de los ojos de los mortales se desprenda la venda, ya floja, habrá entonces terminado tu reinado. Ellos serán más perfectos, y la virtud y el talento para nade necesitan de tu amparo.

Fam. No obstante, la historia siempre será la misma. ¿La negarás? negarme a mí equivale a negarla a ella.

Olv. No, no la niego, y esa es tu peor enemiga, porque el mundo se va haciendo analizador y anda ya en busca de esas verdades.

Fam. Te equivocas; ¿quién es capaz de destruir la tradición? ¿Y quién puede borrar de la memoria de los siglos la antigüedad con toda su grandeza? Mis obras son eternas, y cuento con un poderoso amigo, el tiempo, que me ayudará a cimentarlas. Dime, pues, ¿qué hubiera sido sin mí Platón?

Olv. ¡Si nadie lo conociera!; pero ese fué el primer soñador. Soñó hasta con una República imposible, y aquí a la tierra no se viene a soñar.

Fam. ¿Y Sócrates? ¿Y esos grandes e ilustres filósofos de Atenas, que asombraron al mundo? ¿Quién, sino yo, ha puesto sobre sus tumbas gloriosos epitafiios?

Olv. Sin tí quizás hubieran aparecido mejores, porque al pasar los siglos que van enterrando esas generaciones y cuando sobre sus cenizas se aprenda lo práctico de la vida, que ella misma enseña, entonces los mortales advertirán la verdad de todas las cosas humanas y aquellos filósofos aparecerán como grandes locos, porque a pesar de tí misma todos han dicho que solo habían podido saber que no sabían nada. Y así fué que mientras ellos soñaban el pueblo se moría de hambre y ellos comían; se hizo un monopolio del pan, del cuerpo y del alma.

Fam. ¡Eres injusto! Entre aquellos ilustres varones los hubo muy pobres.

Olv. En todo tiempo siempre lo han sido los poetas.

Fam. ¿Y Catón de Utica y el inmortal Cicerón? Lumbreras de su siglo; inclínate al oir esos nombres.

Olv. Con títulos de sabios pero disolutos. El uno dió su mujer a Hortensius y a la muerte de éste cuando la ve rica vuelve a casarse con ella; el otro repudia a Terencia porque necesita una nueva dote para poder pagar sus deudas.

Fam. Esos fueron atrevimientos que culpa fué de sus siglos, que no de ellos mismos.

Olv. No por eso merecen ser perdonados, porque la falta o delito lo es en todos los tiempos, así como la verdad es una misma. Bien lo sabes tú: aquellos hombres no conocieron el amor. Así en Grecia como en Roma no fué más que un torpe deleite: el impúdico Arístides y Temístocles cometían el crimen contra la naturaleza; se disputaron con furor las caricias de Estasileo de Efesos. Alejandro avergonzaba a sus soldados en sus escandalosas familiaridades con el eunuco Bogias. ¿Y quieres tú enseñarme algo grande donde no hay virtud ni amor?

Fam. ¿Y de aquellos héroes en los campos de Platea y de Maratón, y de Salamita?

Olv. Lo mismo que los de hoy. Victorias fueron esas alcanzadas, más por el favor de las fortuna que por el talento y la bravura. Más lo fueron los que pelearon hasta morir.

Fam. ¿Y Bruto y su puñal redentor? ¿Salvar a todo un pueblo en un segundo no es obra de un Dios?

Olv. Con un crimen nunca se puede salvar nada. La razón humana no concibe a la justicia con los vestidos manchados de sangre. El Tribuno plebeyo asesinando a César enseñó a la plebe a sanguinaria, y ese crimen preparó otros, y no fué por eso Roma mejor. No se enseña al pueblo a odiar la Tiranía, sino amar la Libertad.

Fam. Y bien. ¿Y los Alejandros, y los Napoleones, ejemplos de grandes Capitanes?

Olv. Vulgaridades ensangrentadas que tremolaron con cinismo la bandera del derecho de la fuerza y se pasearon por el mundo sembrando rui-

nas y marchando por encima de cadáveres humanos. ¿Eso es grandeza?

Fam. ¿Cómo concibes la grandeza de los hombres, pues?...

Olv. Como la del Sol que a nadie cobra su luz.

Fam. Entonces, de Bolívar ¿qué piensas?

Olv. No pienso nada. La desgracia no le dió tiempo, y no se le conoció en la dicha. Alejandro cuando acabó sus conquistas marchó derecho a la orgía a entretener su ocio.

Ayudar a un pueblo a ser libre es obra de los intrépidos; pero para gobernarlo se necesita mucha sabiduría y virtud.

Fam. ¿Y Colón y su grandeza?

Olv. Ella es mayor, porque más ha descansado en mis jardines, que vivido en tus palacios. Fué grande porque fué olvidado. Su grandeza está en su desdicha.

Fam. Y Jesucristo, ¿te atreves a ese?

Olv. Casi lo has convertido en un mito, pero la conciencia humana lo salva, porque el genio es verdad inconcusa y él lo fué. No necesita de tí para nada.

Fam. ¿Blasfemas, viejo descreído? ¿Dudas de su divinidad?

Olv. Así dicen siempre para intimidar a los incautos y aprisionar el pensamiento, no dejando que se eleve hacia Dios mismo.

Fam. ¡Eres inexorable!

Olv. Porque amo a Dios y a los hombres!

Fam. Y yo también.

Olv. Mientes! Tú engañas y alucinas a los hombres y pretendes muchas veces hasta burlarte de Dios! Llamas divino como a Platón a cualquier loco de atrevidos pensamientos, y al más guapo sin conciencia le titulas omnipotente. Hiciste que Víctor Hugo dijese de Napoleón que la grandeza de aquel guerrero llegó a molestar a Dios.

Fam. Y bien. ¿Tú qué has hecho? viejo insigne, detractor. Cuéntame tus hechos.

Olv. Yo soy el representante de la verdad eterna, destello del reposo de cosas y de hombres y de mundos. Soy el Santo Sepulcro de grandes y sagrados miramientos, de sublimes aspiraciones, de grandísimos amores!... Yo guardo en mis archivos las memorias, con lágrimas escritas por corazones sublimados en el sufrimiento, cuyos lamentos el ruido de tus orgías no permite que el mundo las oiga. Yo recojo hasta la queja del ave de plumas brillantes que no le es dado saludar a la aurora con sus gorjeos y por eso se siente feliz—porque Dios sabe repartir sus bienes.—Hasta mí llega el lamento del corazón adolorido nacido para amar con amor santo y cuyo seno es infecundo.—Aquí todos son consolados y curados de sus heridas porque se acercan a Dios; porque al buscar la soledad se encuentran con Dios.

Aquí se aprende a amar, y sin el amor no se concibe que pueda vivir ni aun la planta ni el insecto.

En las estancias de mis palacios descansan y viven seguras inmaculadas virtudes, que no pueden avenirse con el escándalo de tus efímeros triunfos.

Aquí todo es amor porque no hay riquezas; todo es verdad porque hay amor; todo es salud porque hay reposo, no hay soberbia porque no hay fingimiento, y todo es bello porque se ama a Dios.

Aquí en mis jardines muchos Césares ignorados descansan en dulce sueño; muchos héroes y heroínas duermen tranquilos sin que el mundo profanar pueda su memoria. Aquí, en fin, bajo estos árboles que ahí ves, cuyas sombras tienen la virtud de curar las enfermedades del cuerpo, vienen a llorar los de sangre enferma en tus bacanales y festines, y con el canto de esas aves y el suave murmullo de esas fuentes se salva el espíritu y a poco se tornan curados sabios y felices.

Mi labor es constante como lo son tu afán y tu locura; curo a la humanidad de los ma-

les que le causas con tus caprichos poniendo en su cuerpo el espíritu de la ambición y el desenfreno.

Fam. Pues en ese caso, adiós; y por opuestos caminos seguiremos nuestros rumbos; yo al que tenga ilusiones.

Olv. Yo a los desengañados.

Cae el telón.

FRANCISCO GOMEZ TORO

RECUERDOS DEDICADOS A LA FAMILIA

Y A SUS AMIGOS

(1897)

FRANCISCO GOMEZ TORO

RECUERDOS DEDICADOS A LA FAMILIA Y A SUS AMIGOS

En presencia de una gran catástrofe que de súbito nos sorprende, por largo tiempo nos quedamos en suspenso. Tiene el dolor así sentido, tal fuerza de superioridad, que en el primer instante nos impone silencio. El golpe fiero se siente hasta ligero. Pero ¡ah!, después, ¿quién es capaz de medir su intensidad? Preguntad eso á la madre que ve muerto á su hijo, repentinamente por un rayo.

Cosa parecida me ha sucedido á mí y he aquí el porqué de estas líneas en estos instantes.

La agudeza del dolor no ha sido tanto por la muerte de un hijo amado y de un compañero y amigo querido, pues en estos campos de muerte, ¿á qué otra cosa se viene si no es á morir?... ha sido por las sombras siniestras que cubren aquel sangriento drama, por la infamia inconcebible de los que, cobardes, se victorearon ellos mismos vencedores audaces...

Para tratar de todas esas cosas; para gozar con los dulces recuerdos de mi hijo muerto ya; para no invocar ahora, sin el soberano respeto que se merece, la memoria de los dos héroes, de los dos desaparecidos en Punta Brava, permítaseme principiar esta manifestación de natural y justísimo duelo, arrancando de épocas lejanas reminiscencias que parecen olvidadas ya por los hombres, pero no seguramente por la Historia.

1,875 para la guerra del 68 por la Independencia de Cuba, fué un año pródigo en acontecimientos notables para nosotros; habíamos hecho esfuerzos inauditos para la resistencia contra un enemigo muy su-

perior en número y en recursos; nos encontrábamos diezmados. Habíamos perdido muchos hombres buenos. Los españoles nunca han dado cuartel, y mucho menos podían darlo en aquella época; nosotros sí, siempre lo hemos dado. Sin embargo, sin saberse cómo, — obra de la Providencia, tal vez — las fases de nuestros asuntos cambiaron y pudimos tomar la ofensiva; y en el Camagüey, sobre todo, el 74 le entregó al 75 nuestras armas en el estado más brillante. El Ejército Libertador se había impuesto al Ejército Español; los soldados de la República habían adornado sus sombreros viejos con hermosos laureles recogidos en aquellos campos gloriosos que tienen los nombres de árboles, como Palo Seco, Las Guásimas, Naranjo y otros. Se invadieron las Villas y este fué un gran paso que recuperaba territorios perdidos, levantando el espíritu de los guerreros y de la Revolución. (Había entonces, como la hay ahora, una gran trocha fortificada, y el día 3 de Enero de 1875, al asomar la aurora, forzamos el paso de esa trocha y se entró triunfante en las Villas. Este atrevimiento y este avance inesperados sorprendió á los españoles, pero enseguida acumularon grandes fuerzas sobre los invasores, y la campaña fué recia, no pudiendo sin embargo ellos impedir que la guerra se extendiese por todas partes. No obstante nuestros pobres recursos,—es preciso hacer justicia,—el pueblo respondió bastante bien á este movimiento. Si Miguel Aldama hubiese mandado enseguida lo que se le pidió—y pudo hacerlo—quién sabe donde se hubiera ido a parar! Sin embargo, se avanzó hasta donde se pudo avanzar y se peleó lo más humanamente posible.

Hay varias fechas para todos inolvidables y para mí también; algunas imborrables. Tenemos un 11 de Mayo unido á un Jimaguayú, y un 11 de Marzo unido á un "La Reforma". En el primero cayó un buen General, perdí un compañero intrépido; la sociedad cubana perdió en este hombre un hijo digno. En el segundo, Dios y mi mujer me dieron mi hijo. En aquel lugar nació Francisco, 11 de Marzo de 1876. Espeso monte, grandes árboles, un arroyo fértil y de agua cristalina, muchos pájaros que cantan, mucho ruido grato del monte, y muchos ruidos de guerra

que se oían á lo lejos; allí está la cuna de mi hijo Francisco. Esto es jurisdicción de Sancti Spíritus: de suerte que mi hijo era cubano espirituano, puesto que en el sitio ese tuvo lugar aquel feliz alumbramiento para su madre y para mí.

No hubo fiestas ni agasajos en su bautismo, que con el agua de aquel arroyo, como Jesús con la del Jordán, unos amigos míos y de mi mujer, le pusimos Francisco, nombre de su abuelo materno. El niño nació perfecto, saludable, no obstante las peripecias de la vida en aquella campaña; jamás atormentó á su madre y mucho menos fué huraño, revelando desde la cuna la bondad de su carácter.

Por un extraño capricho del destino, por causas que no son del caso sacar ahora á cuentas, al escribir estas líneas para la memoria de mi hijo, lo cierto fué que la Revolución se enfermó, que la guerra se descompuso y lo que era natural que sucediera, sucedió: entró en un período de decadencia. Las cosas en decadencia no marchan á paso lento; cuesta mucho ascender, pero descender, tal parece que es una sucesión de impulsos repetidos, sin interrupción. Se resbala por un plano inclinado de tersa lisura; no hay donde hacer firme. El esfuerzo muchas veces sirve para resbalar con mayor rapidez y se va derecho al abismo. Apenas se ha sentido mientras tanto ningún ruido; el ruido lo produce la ca ída; la Revolución cayó en "El Zanjón". Al principio, á los primeros síntomas precursores de este sensible derrumbamiento, ya me había visto obligado á abandonar las Villas y refugiarme en Camagüey, como era natural, con mi m ujer y mis hijos. Siguió el descenso y se fué al abismo, y del fondo, dígase lo que se quiera, nos levantamos, pero fué para dispersarnos. Cosa singular: la paz nos dispersó; lo que indudablemente prueba lo malo que tenía aquella paz.

No quise yo quedarme en Cuba; no era decoroso para mí vivir en paz bajo la bandera que había combatido, y tomé el camino del destierro con los harapos de la pobreza más absoluta y mi mujer y tres niños, contando Francisco tres años próximamente. Caímos como náufragos en una tierra desconocida para nosotros, y era "nada menos" que Jamaica, colonia inglesa. Los que conocen aquello, sabrán en-

tender lo que quiere decir ese "nada menos". Como Dios está siempre detrás de los hombres para castigarlos ó premiarlos, sólo á él debo que mis hijos no se murieran de hambre. Vivimos un tiempo allí; después me recogió Honduras—que amo tanto como á Santo Domingo y á Cuba; más tarde pasamos á Nueva Orleans; después, volvimos á Jamaica, y finalmente fuí á plantar mi tienda á Santo Domingo. De tumbo en tumbo, allí, á mi tierra, fuí á parar, después de rodar un poco—sin éxito, puedo decir—pero eso sí, sin descuidar nunca la educación de mis hijos. Ya éramos nueve: siete hijos, el mayor de los varones Francisco; y curiosa circunstancia: mi casa representa un conjunto de nacionalidades; unos son cubanos, otros ingleses, otros americanos, y no hay más dominicanos que yo y la predilecta de la familia, la última nacida: Margarita.

Francisco, por su seriedad, por su juicio y por su cariño, se había constituído en una especie de jefe de la familia: se había impuesto á todos; conmigo mismo, para muchos asuntos y en muchos casos, era mi consultor. Eso explica de una manera clara y terminante la superioridad de carácter del joven imberbe; cariñoso con todos, pero con su mamá y su hermana Clemencia, era el delirio; con Margarita, locura; ésta no me hacía caso á mí, estando Francisco presente; me la había robado. Su desaparición entristeció de tal manera á la niña, que se enfermó, aunque en mi desolado hogar todos se enfermaron.

Fué Francisco dado al estudio, y aunque mi pobreza no me permitió los medios de ofrecérselos superiores, aprendió, sin embargo, lo suficiente para poder vivir entre gentes cultas: conocía bastante bien nuestro idioma, el idioma inglés y un poco de francés, y era muy fuerte en contabilidad. A pesar de ser tan joven, aprovechaba bien su tiempo, pues no era fiestero, y más bien de genio melancólico, demostrando cierto tono de seriedad que algunas veces contrastaba con su edad. Era inmaculada su pureza, poniendo en manos de su mamá cuanto ganaba y ésta tenía que estar al tanto de lo que le faltaba. pues él sin aficiones al lujo, se conformaba con tan poco, que no se preocupaba de su baúl. Cubano de nacimiento, abandonó cuando niño, sin memoria

y sin conocimiento, su tierra; pero á mi lado y al lado de mis amigos políticos, empezó á crecer, oyendo hablar de las cadenas y de los dolores de Cuba; y él, cubano de nacimiento, se fué haciendo poco á poco cubano de corazón. Un día le invité para ir á New York, y allí fuimos para ver á José Martí y arreglar muchas cosas; abrazó á su Maestro, como llamaba él á aquel coloso de la palabra y el pensamiento, que ya había visto dos veces en Santo Domingo, y se quedó con Martí y viajaron juntos un tiempo: cuando Francisco volvió al hogar, ya se puede suponer como sería: más hombre y más resuelto.

—Hablemos un poco, me dijo. Sé que está próxima tu partida para Cuba; ¿qué piensas hacer de mí?

—Que te quedes, le contesté.

—El deber me manda ir á tu lado; no es posible que yo me concrete á empujar la barca que te ha de llevar á tí al sacrificio por la libertad de la tierra que guarda mi cuna, quedándome después aquí como una mujercilla.

Fué necesario que Martí interviniese en esta conferencia, para que aquel niño hombre se aviniese á esperar, evacuando al propio tiempo asuntos de importancia á él confiados.

En la noche obscura, á las doce, del primero de Abril de 1895, los últimos besos que dí á mis hijos, Francisco y Maxito, á la orilla del mar, aguas dominicanas, nadie los podía oir más que mis cinco compañeros de expedición;(1) pero las palabras que mi

(1) Los cinco compañeros, General Francisco Borrero, General José Martí, General Angel Guerra: estos tres bien conocidos por los hombres y por la Historia. Los otros dos, Capitán César Salas y Comandante Marcos Rosario, soldados valerosos, este último dominicano, hijo de la libre "Quisqueya". En pie solamente quedamos yo y él y de los cuatro compañeros muertos, solamente César no ha muerto combatiendo á nuestro lado. El General Martí, Boca de Dos Ríos, Oriente; General Borrero, toma del pueblo La Altagracia, Camagüey; General Guerra, en el reñido combate ingenio Santa Rita de Baró, la Habana; Capitán César Salas, en un asalto, provincia de Matanzas.

En la reñida acción de Coliseo con cuatro mil hombres que en persona dirigía el General Martínez Campos, me pa-

hijo Francisco murmuró á mi oído, solo yo y Dios las oimos:—"Muerto ó á tu lado"—me dijo.

Cuando amaneció, ya apenas divisábamos (navegábamos en una mala goleta) aquella tierra querida en donde tantas almas tristes habíamos dejado, tantos amigos intranquilos por nuestra suerte habíamos abandonado. No son para referirse en estos recuerdos dedicados á la memoria de mi hijo amado, las peripecias de nuestro peligroso viaje al abandonar las playas dominicanas libres, hasta ganar las playas cubanas irredentas. Eso algún día, quizás, tocará á la Historia relatarlo.

. . . .

Tenía establecido mi Cuartel General en Camagüey y (en Julio del 95) dispuse que César Salas, ya capitán, y el primero de mis Ayudantes de Campo, emprendiese viaje, acompañado de Alfredo Sánchez Agramonte, en comisión expresa, rumbo á Santo Domingo, llevando como principal objeto el de acompañar á mi hijo Francisco con expedición ó sin ella, hasta llegar á mi lado, cuyo arribo debía ser por la misma vía, á ser posible, que él, César, hubiera aprovechado para su salida.

Sin trastornos de consideración, el capitán Salas llega al fin de su viaje, entrega todas las cartas, todas las órdenes, bien claras y precisas, como acostumbro yo a disponer todas esas cosas; pero, sin embargo, desde aquellos momentos, el destino dió principio á su siniestra tarea y preparó una especie de calvario para esos dos hombres desesperados por ocupar su puesto.

Sufrieron ellos los horribles tormentos de la contrariedad pasiva, que para los anhelos es una tor-

---

reció quedar solo ese día. Marcos fué derribado junto con su mula (montaba ese hermoso animal que parecía un caballo). ¡Sacadlo! grité yo, mientras traté de reforzar la línea de fuego. Cuando nos retiramos ví la herida de Marcos, que se había roto una pierna; la mula quedó muerta con cuatro balazos. Con lo que sufrió Marcos en la curación de su herida, se puede escribir un libro interesantísimo. Más tarde y aún no del todo curado, se me incorporó. Es mi compañero inseparable y hombre en toda la extensión de la palabra; es el tipo verdadero de la pureza, la lealtad y el valor probados. Significa una honra para su raza y para sus compatriotas.

tura cruel, y como si dijéramos un enemigo terrible en forma de sombra, que no se ve pero que se siente y que hiere á todas horas, que se va y vuelve como para que se abran campos de ilusiones, de probabilidades, para después cerrarse y no ver más que dudas y obscuridad.

Ese compás de espera, el vuelva mañana, hay que esperar el vapor, no hay dinero suficiente, no ha llegado tal orden, no se puede todavía, falta no sé qué cosa: esa es la situación más desesperada en que pueden verse los espíritus activos y resueltos, y esa fué en la que se colocaron á pesar de ellos mismos, en Santo Domingo, mi hijo Francisco y el capitán César Salas. Las cartas que de ambos conservo exponiéndome su situación desesperada por venir á mi lado, atestiguan de una manera clara que se les colocó, como vulgarmente se dice, en una hamaca.

Ni mis propios amigos—de cuya sinceridad jamás desconfío — pudieron comprender mis deseos para complacerme, y queriendo sin duda hacerlo mejor, perdióse el tiempo lastimosamente, y esto dió origen, tal vez, para preparar la muerte de ambos, muy lejos de donde yo, y ellos también, pensábamos combatir juntos.

No fué menos mi ansiedad esperando. Los que han esperado alguna vez—¿y quién no ha esperado alguna vez en su vida?—comprenderán cuál sería el estado de mi alma. ¡Ah! Eso de esperar es atroz y según lo que se espera: Esperar con los ojos tendidos hacia el mar, deseando ver la nave que conduce al ser querido, para abrazarlo, es un estado de terrible ansiedad para el espíritu. He leído, no recuerdo ahora descrito por quién, del modo más patético, el estado de un alma en una situación tal.

Necesario es convenir que el destino implacable se complacía con una calma inexplicable, pero siempre empleada para sus fines, en ir preparando la muerte, primero trágica de mi hijo Francisco (que ya venía herido en un brazo desde Pinar del Río, en el combate que se dió en San Juan de Dios el dos de Diciembre, para caer cinco días más tarde, el 7, en Junta Brava), y después de su compañero César; y fué tan cruel que los separó para que, al sucumbir, sucumbieran en la soledad. Morir en cual-

quier parte sólo, es muy triste; pero verse sólo en el campo de batalla, frente á la muerte, caído ya, después de haber desaparecido tantos compañeros; la muerte en el silencio después de tanta algazara y de tantos gritos, cuando apenas se oyen algunos disparos y las pisadas de un caballo ó del enemigo que avanza en acecho, eso debe ser horrorosamente triste.

Así han muerto aquellos dos héroes, abandonados, y el abandono es más doloroso y la muerte es más sensible así, pues se tiene que llorar dos veces, ó mejor dicho, por dos causas: primero por el muerto y siempre por el abandonado.

Desesperados Francisco y César por venir á ocupar sus puestos en las filas de este Ejército de valientes, (L. Despradel, compañero de espera junto con ellos y hoy Ayudante de Campo mío, me lo ha explicado todo)[1] claro está que trataron de aprovechar ya últimamente la primera expedición que saliese para Cuba, no importa que fuese á desembarcar á muy lejanas regiones ó distantes de las en que yo pudiese encontrarme, y así fué que se incorporaron á la que condujo el General Ríus Rivera á Pinar del Río, encontrándose al lado del General Maceo.

Cuando me llegó a "Oriente", Camagüey, en donde á la sazón me encontraba preparando la campaña de Guáimaro, la noticia del desembarco, presentí algo triste de mi hijo y su compañero.

Pensé en lo dilatado de nuestro abrazo—doscientas leguas plagadas de enemigos que combatir, varias líneas peligrosas que traspasar, la trocha del Mariel, infranqueable: todo eso difícil, peligroso y obscuro se interponía entre nosotros, separándonos á mayor distancia, si se quiere, que permaneciendo ellos en Santo Domingo, con más que en este último término

---

(1) Despradel, que no pudo embarcarse con mi hijo Francisco y con César en la expedición que condujo á éstos á Pinar del Río, resolvió desembarcar de un buque español á una ciudad marítima de esta isla y salir clandestinamente para estos campos. Se me juntó en "La Gloria", Camagüey, dos días antes del combate de Lugones. El me ha informado de las muchas gestiones que ellos—Francisco y César—hicieron para venir en otra forma y sus innumerables fracasos.

no corrían ningún peligro. Luego pensaba también, conociendo el valor loco é intrépido del General Maceo, que estando ellos siempre á su lado, el peligro no desaparecía ni un momento en aquella recia campaña que sostenía aquel General, el más bravo de los bravos. No perdí tiempo, sin embargo, y el día 25 de Octubre del 96, desde las cercanías de Guáimaro, despaché á cinco hombres guapos de mi escolta, de toda mi confianza y prácticos de Occidente, con pliegos para el General Maceo, enviando á buscar á mi hijo Francisco y á César. Fueron esos cinco escogidos el Teniente Quintín Jorge, los Alféreces Juan Jorge, Clemente Torres, Severino Torres y Alfredo Fernández. Los dos primeros, hermanos e hijos de la Habana, los otros dos, hermanos, y el último de Pinar del Río. Cuantas advertencias juzgué necesarias hacerles á estos hombres para comisión tan delicada, ninguna omití; algunos centenes que me quedaban en el bolsillo, se los dí.

Cuando uno se ocupa de seres á quienes ama, nuestra prudencia inventa casi siempre un peligro donde no hay ninguno, ó demasiados donde hay pocos; además conocía bastante el carácter de mi hijo y realmente me inquietaban los temores.

Citaré como justificación, estos detalles de su vida infantil, que me demostraron lo que pudiera hacer siendo hombre, por lo que hizo siendo niño. Helos aquí: Vivíamos en Kingston, Jamaica, calle de la Ley (esta es la traducción) muy pobres; mi esposa estaba a punto de dar á luz y sintió los síntomas; era bastante avanzada la noche, tempestuosa y obscura, á pesar del alumbrado inglés; la comadrona vivía muy distante de allí, casi por unos suburbios y era necesario su presencia al lado de mi mujer; yo me encontraba enfermo y no nos quedaba más remedio que llamar á Francisco para que por la dirección que le diéramos, saliese á esas horas en solicitud de la partera; así se hizo y el niño salió. A los pocos momentos arreció la tempestad y la noche se presentó tétrica; la situación se prolongó mas de dos horas y cuando ya me disponía á salir y buscar al acaso á mi hijo junto con la partera, he aquí que se siente ruido de un coche que paraba en la puerta, y era Francisco que llegaba conduciendo á la

buena mujer. Lo que sucedió fué lo siguiente: que no encontró á la señora en su casa porque esta estaba muy distante de allí en desempeño de su profesión; se informó de la casa en donde debía encontrarla, tomó un coche que se encontró por casualidad, y arrancó ligero hasta encontrar á la ya mencionada mujer, llegando, como dejo dicho, á nuestra casa, y poniendo término á nuestra ansiedad. Los ingleses son rudos, pero las inglesas son cariñosas y mucho más lo son como comadronas: cuando esa señora entró en mi casa nos dijo en su idioma, ''Panchito es un valiente''.

He aquí el otro rasgo, pero para narrar éste necesito más ámplias explicaciones.

En Santo Domingo no se conciben los pantalones sin el revólver: es una costumbre de los hijos del país el uso de esta arma, y á poco tiempo, el extranjero que va allí, la adopta sin casi darse cuenta de ello; ya es una especie de lujo. Igual que usan las mujeres el abanico ó la sombrilla, usa el dominicano el revólver. Diez ó más hombres ó una partida, se le aparecen á un hacendado en su finca pidiendo trabajo (allí casi siempre el dueño provee la herramienta) y ninguno lleva en la mano un instrumento de trabajo; pero en cambio no le falta su revólver á la cintura. Nadie se sorprende por eso, pues aquellos hombres son, así y todo, respetuosos y tranquilos. En ningún país del mundo, á pesar de todo eso, hay menos muertes alevosas; y en cuanto á ladrones de caminos... eso no se conoce en Santo Domingo.

Hay casas de comercio en aquel país que han hecho su negocio vendiendo entre otros artefactos, revólvers.

La casa rica de Jiménez y Ca., en Monte Cristy es una de ellas.

Mis hijos Francisco y Máximo eran empleados de ella; conseguir cada uno un revólver de primera clase hubiera sido cosa fácil. Don Alejandro Grullón, doña Emilia Jiménez, don Manuel de Jesús Aybar, principales de aquella gran casa de comercio, y el mismo Jiménez le hubiesen regalado, á la menor insinuación, un revólver, á cada uno de mis hijos, pues ellos los quieren como á hijos suyos; pero mis hijos me oían censurar esa costumbre y jamás se les ocu-

rrió portar esa arma; les enseé á tirar un poco al blanco, haciendo siempre uso del mío.

Un día mi mujer viene espantada y temblorosa hacia mí, saliendo del cuarto de Frnacisco, y me dice: "He encontrado un revólver debajo de la almohada de la cama de Panchito".

—Eso no es nada; déjalo, que yo veré eso, le contesté, y ella quedó, por lo menos al parecer, tranquila; pues las madres nunca lo están cuando se trata de peligros para sus hijos. Francisco había venido esa noche de Dajabón, pueblo fronterizo á Haití, distante algunas leguas de Monte Cristy, á donde había ido á evacuar un negocio por cuenta de la casa, con mi amigo Joaquín Montesinos. Esperé que estuviera solo en su cuarto y le sorprendí con esta pregunta: "¿Y ese revólver?" Y, sin inmutarse, ni contestar categóricamente á mi pregunta, se limitó á decirme sonriendo:

—Esa denuncia, seguramente, ha sido de mamá, y hoy mismo iba á devolverlo ó á venderlo.

—Y, ¿cómo y por qué?, le repuse yo algo serio, explícate...

—Me explicaré, me contestó con calma. Tú nos has enseñado que se deben evitar siempre las desavenencias ó causas de duelos con los hombres; pero cuando alguien se nos quiere echar encima, es necesario rechazarlo y entonces está justificado que un hombre mate á otro. Hhará seis ú ocho días, un hombre (ya no tengo para qué decirte su nombre) entendía yo que ciertas palabras que virtió ofensivas, podían ser alusivas á mí, y aquella idea me atormentó y quise pedirle cuenta; pero pensé que debía dar ese paso armado, por lo que pudiera acontecer, y entonces fuí y compré, fiado, ese revólver, en tu nombre. Esperé que todo el mundo durmiese por la noche en Dajabón, y fuime derecho y llamé al hombre, que atendió enseguida á mi reclamo y salió. "Me torturan estas dudas, le dije, y vengo á pedirle á usted cuenta; estamos solos". Entonces pasó una escena satisfactoria á la vez que conmovedora para mí, pues aquel hombre, sin miedo, me dijo: "No, Panchito, contigo nunca," y, abrazándome, repitió: "Ahora te quiero más." Eso es todo lo que ha pasado y si no estás contento de mí, dímelo.

Lacónicamente le repuse:—Guarda ese revólver y no se hable más de ese asunto. Era el mismo revólver que algunos días después le regaló á su Maestro Martí, y que debe estar en poder del General Sandoval, puesto que junto con el cadáver del héroe de Dos Ríos debió recogerlo.

Con todos mis sobresaltos no perdí tiempo, sin embargo, en enviar la comisión, como dejo dicho más arriba.

Pensaba yo que no era difícil que los comisionados pudieran encontrar al General Maceo, y con él á mi hijo y á César, del lado acá de la trocha del Mariel, questo que hacía tiempo que así se lo había ordenado, porque su presencia se hacía necesaria en las provincias de la Habana y Matanzas; pero el General no había podido hacerlo: primero, por su herida, y después, por la llegada de las expediciones, que le embargaban. Mas, después de la llegada de General Ríus Rivera, si pensé yo que todo le sería aliviado y más fácil su marcha. En cuanto á forzar el paso, estaba seguro de que el General Arolas no podía impedírselo al General Maceo.

Pasó tiempo largo y no se tuvieron noticias ningunas hasta el día 16 de Diciembre del mismo año que, acampadas en San Faustino, recibí una esquela del Teniente Coronel Melchor L. de Mola, que andaba en asuntos del servicio, remitiéndome un parte telegráfico impreso, conseguido por conducto de un pacífico de Ciego de Avila, dando la noticia de la tragedia sangrienta de Punta Brava. En aquella noticia telegráfica no podían leerse detalles, y como los españoles mienten tanto, empezaron a ocurrir dudas. Así y todo cayó ese día en el campamento una nube negra y pesada, pues el golpe era rudo. Los hombres de guerra se pusieron pensativos y tristes porque se consideró la muerte del General Maceo como una inmensa desgracia: pero se sucedían los comentarios y se iba á parar á la incertidumbre, situación fatigosa para el espíritu que atribulado fluctúa entre la esperanza y la duda.

Mis subalternos más cariñosos, me consolaban con la esperanza de que todo eso sería falso. Cosas peores que esas—decían todos—se han atrevido á decir varias veces los españoles, que después han resultado

inciertas; pero yo no sé por qué triste presentimiento, mi corazón no me dejaba dudar y sentí el peso de la pérdida de mi hijo. No obstante, como no tenía la noticia oficialmente, me abstuve de dar la orden general de duelo para el ejército por la muerte del General Maceo, y esperé. En esta situación emprendí marcha para Las Villas, y como no hay mal que venga sólo, abrumábanme también contrariedades tristes y decepciones amargas que me obligaron en tan difícil emergencia, hasta á renunciar de mi destino. Marchaba con una columna numerosa, pero que más se componía de impedimenta que de tropas vivas y ligeras dispuestas á la pelea; así y todo forzamos el paso de la trocha de Morón y el día 29 de Diciembre acampamos en Santa Teresa, jurisdicción de Sancti Spíritus.

Mucho he sufrido yo en mi vida azarosa; con muchas pequeñeces y miserias he tenido que luchar en diferentes puestos públicos que he desempeñado, tanto en este país como en otros; muchas tristezas me han quitado el sueño por la noche, pero no recuerdo días más amargos para mí que aquellos últimos del mes de Diciembre del 96 y Enero del 97. Algunas horas después de acampado en el lugar que dejo dicho, se me incorporaron el Coronel Andrés Moreno y el Comandante Cosme de la Torriente; ambos venían de la Provincia de Matanzas; se habían visto con el Brigadier José Miró, Jefe de Estado Mayor del General Maceo y traían la confirmación oficial del desgraciado suceso de Punta Brava. Me llegaron también periódicos españoles dando detalles de aquel combate rudo, dejándose traslucir que rayó en locura el valor de los cubanos en donde quedó tendido en el campo un grande héroe y sobre su pecho el héroe infantil, símbolo no solamente del valor, sino de la lealtad y el amor también. No puede, no, el destino, exigir más grandeza de heroísmo en un niño hombre. ¡Bendito sea el vientre que lo concibió! No lo llores más, madre amorosa, que el espíritu de ese hombre héroe que al mundo diste, desde el cielo te sonríe y vela por tí!

Los detalles del horrible crimen de Punta Brava no se pueden anotar en ningún libro; eso lastima los fueros de la Humanidad; pero sí están estampados

en la hoja de servicios del Coronel español Francisco Cirujeda, y todo eso pasará á la Historia sin que se pueda evitar, de la misma manera que un hombre no puede impedir tampoco proyectar su propia sombra parado ó de cualquier modo frente á la luz. No nos será posible "á ningún antillano", recordar al General Antonio Maceo, á Francisco Gómez y á Punta Brava, á sus cadáveres despojados y macheteados, en fin, olvidando á Francisco Cirujeda. ¡Los héroes titulados de San Quintín, despojando y profanando cadáveres!... Eso es horrible y degradante!

Los que tal hicieron no supieron ser grandes y devolver la honra. De los soldados de San Quintín, 200 fueron muertos por el General Maceo en las hondonadas de "La Galleta", el año 1873; y ese mismo hombre muerto en Punta Brava y cuyo cadáver se profanó, no permitió que se les profanara!

Pero el San Quintín del 96 no es el mismo del 73; todos aquellos españoles valientes, perecieron sin deshonrar su bandera, con su corbata de San Fernando, concedida en premio á los que escaparon por su bravura de aquel tremendo combate, cuerpo á cuerpo, sin cercas de piedras, sin celadas y sin Santanas.

Ah! qué hermosa es la Historia y qué severa y qué justa! ella es égida de la inocencia, la virtud y el mérito y á la vez terrible acusadora de los cobardes, malvados é imbéciles!

De esta guerra en donde España se ha gastado y se ha aniquilado sin recoger ninguna gloria, ni honor ninguno su Ejército, ni aún pensando en un triunfo absurdo, no le quedará ni en Cuba ni en muchas partes de América, más que una abundante cosecha de odios por largos años: tales han sido los atropellos, las profanaciones y las infamias con todo aquelo más hermoso y delicado que amamos los hombres!

Murió mi Panchito amado muy lejos de mí; mis brazos se quedaron abiertos esperándole, porque así lo dispuso el destino.

Descansa en paz, héroe feliz, (flor de un día que esparció sus perfumes entre los suyos); siempre te estaremos llorando, y la juventud cubana—tus compatriotas—y la juventud dominicana, regarán flores de guerreros encima de tu tumba gloriosa, mientras

que en el hogar que tu eterna ausencia ha dejado desolado y triste, eterno será su duelo.

Y tú, sombra querida de César,[1] fiel y leal compañero, muerto obscuro, caído en solitario valle, para tí también tenemos muchas lágrimas y mucho duelo; tu pujanza, tu sacrificio y tus virtudes, jamás serán olvidadas por los que te conocieron, y la Historia, generosa y justa, que jamás olvida la memoria de los hombres que saben sacrificarse por el bien de los demás, no dejará eu su día, de rendir tributo de veneración y de respeto á tu nombre y á tu fama tan justamente adquirida desde que te consagraste al servicio de la Libertad de tu Patria.

Sirvan estas líneas que escribo aún en los campos de Cuba, luchando por la causa que juntos nos trajo aquí, de testimonio de duelo á tu memoria imperecedera.

M. GÓMEZ.

Cuba libre, Las Villas, Octubre 1897.

(Reimpreso en la Habana á 17 de Septiembre de 1899).

---

(1) El buen César, el inmaculado cubano, el leal compañero, no pasó junto con Francisco la trocha. No he podido averiguar bien el porqué de esa separación violenta en los momentos más críticos, cuando mi hijo que venía herido ya, necesitaba de los cuidados de su compañero y amigo.

¡Mucho debieron sufrir los dos!

En este, como en los demás detalles del drama sangriento de Punta Brava, tengo distintos informes, todos por los mismos valientes que, casi todos heridos, escaparon de aquel fusilamiento terrible, pero no hay acordancia entre ellos. Se notan en todos grandes diferencias.

Ultimamente acaba de publicar el heóico Coronel Nodarse, unos informes, que me inclino á creer que sean los más verídicos. Atribuyo esas discrepancias al aturdimiento de estos hombres en presencia de tan grande desgracia. Lo cierto es que César no pasó entonces, pero lo pudo hacer más tarde, y ya en la provincia de Matanzas, sufrió un asalto; los compañeros se dispersaron, y César fué muerto por los españoles seguramente. Pero no he podido averiguar si alguien vió su cadáver ó si lo hicieron prisionero y después lo mataron; nada absolutamente. La única noticia que tuve de su muerte, fué por los periódicos españoles, pero esta misma sin detalles. Todo, hasta ahora, está obscuro.

Ignoro la edad que tendría César al morir; la de Panchito era 20 años, 8 meses y 26 días.

EL SUEÑO DEL GUERRERO

(1898)

EL SUEÑO DEL GUERRERO

(Para Clemencita Gómez Toro)

En campaña, Cuartel General en la Demajagua,

Junio de 1898.

Desaparecía el sol; apenas doraba con sus últimos rayos las cimas de las altas montañas del Jatibonico: el alborotoso pájaro negro, escondiéndose en el ramaje de las altísimas palmas y de los corpulentos árboles, puso término a su atormentadora algarabía de todo el día. El toque de desensillar las caballerías, indica la hora de la muerte del día. Los oficiales se reparten, y ordenan el servicio nocturno. El General recibe los partes oficiales de los destacamentos avanzados, y esta parte del mundo queda envuelta en la negra sombra de una noche sin luna y de primavera; bajo un cielo sin luz, surcado de negros nubarrones del mes de Junio, seguro indicio de próxima tormenta.

Todos nos preparamos al descanso, colgando nuestras armas y diciéndose cada cual: "hoy es un día menos, y un triunfo más". La hora que media entre la muerte del día y la entrada de la noche, es solemne para los espíritus superioes; en todas partes siempre rodeada de cierto tinte de augusta melancolía del cual se aperciben—sin contemplarlo—hasta los espíritus superficiales, así se encuentren en donde la luz eléctrica sustituya inmediatamente la del Astro-Rey, y el humano y eterno ruido no deja lugar a las místicas contemplaciones frente a la naturaleza que se echa a dormir.

¡Cuánto sentimos, los que tendemos bajo estos grandes árboles nuestras tiendas, el peso abrumador

de estas horas solitarias, alejados del trato humano, separados de la familia, del hogar abandonado, y solamente asediados por los recuerdos?...

Al fin el Corneta de Ordenes tocó silencio; los demás lo repitieron y apenas se extinguió el eco prolongado de esta consigna, cuando quedó todo el campamento sumergido en el más profundo silencio y obscuridad. Y yo me tendí cuan largo soy, en mi hamaca de campaña.

Pasado un momento, un hombre, un anciano de aspecto venerable, con blando paso que apenas se siente, se acerca a mi tienda y, como quien no desea ser oído de otro, pide permiso para hablarme, entra y se sienta. Quedéme un tanto sorprendido al apercibirme de aquel extraño desconocido que así se atrevía a faltar a esas horas a la consigna; pero al fin accedí a su súplica, y le permití que hablase, lo que hizo de la manera siguiente:

''Mi nombre poco te importa saberlo; y la mansión de donde vengo, tampoco es del caso que lo sepas; es inútil que me lo preguntes pues no te lo diría; lo que quiero que sepas, y es lo que importa, es mi historia. Nací pobre, mi alumbramiento costó la vida a mi madre; apenas fuí amparado por la Fortuna, pronto el Destino me dejó huérfano, y quedé solo vagando entre los hombres como el fragmento en el espacio, de un planeta muerto. Para mi mayor tortura, puso Dios una idea en mi mente que a medida que el tiempo pasaba y los años maduraban mis juicios, quemaba mi cerebro como lava ardiente, comprimida en el fondo de apagado volcán, y me devoraba el corazón, como el apasionado de una belleza ideal que huyese al contacto de su ardiente mirada.
¡Ah! cuánto he sufrido antes, y cuánto he padecido después... Cuántas veces he maldecido mi existencia, pesándome hasta haber nacido...''

Al mismo tiempo que aquel anciano proseguía en su narración, su semblante lo iluminaba una aureola casi divina, y mi espíritu se sentía sobre cogido por una especie de religioso temor. Después de una breve pausa, continuó, y yo escuchaba asombrado.

''Sometido a varias torturas y contrariedades, víctima de infamias y desprecios, por entre peligros y escollos, solo, perdido y desamparado, sin más ampa-

ro que Dios pude al fin realizar mi empresa, y arranqué al Mundo—para el Mundo mismo—un portentoso secreto. Entonces el Universo entero me saludó entusiasmado, y me apellidó El Glorioso. Las naciones todas me rindieron adoración y respeto, y reyes hubo que se sintieron humillados y empequeñecidos ante la majestad y grandeza de mi gloria. Los más pequeños me creyeron un Dios, y besaban de rodillas mis vestiduras. Rodeado de tanto agasajo y ovaciones humanas, colocado de pie encima de pedestal tan alto como el Sol; alumbrando los rayos de mi gloria dos Mundos a la vez, no sintió mi corazón—por fortuna mía—el tormento de la vanidad y la soberbia: antes por el contrario, yo sentía en mi alma un cecreto dolor que me consumía sin podérmelo explicar. Sobre mi corazón y mi conciencia pesaba un insoportable remordimiento què en vano trataba de averiguar la causa que lo había puesto allí. Era la tortura del criminal a solas temblando ante la presencia de su interno y severo juez. Inútilmente interrogaba mi pasado, y me fijaba a escudriñar mi presente; ningún acto mío acusaba mi alma de maldad. La blanca túnica de mi inocencia no estaba manchada con ningún crimen mundanal; yo no había hecho más que obras de bien, yo no había amado nunca sobre la tierra más que a dos deidades: la Ciencia y la Virtud, que eso es amar a Dios. Yo no había hecho en fin derramar una lágrima, sino más bien provocar sonrisas y alegrías. ¿Por qué, pues, tan tremendo castigo de la inquietud tan acerba y constante que acosaba mi espíritu y que no me dejaba gozar de las delicias que proporcionan la Gloria y la Fama?... Loco me fuí adonde el cóndor hace su nido y desde allí—en la soledad del desierto—llamé a los espíritus para que dijeran la causa de mi secreta angustia; y ni el desierto ni los espíritus, me contestaron; tan solo el silencio y el vacío me circundaban. No pudiendo resistir más mi existencia pesada como un fardo, en un impulso irresistible de desesperación, quise arrojarme al torrente y una mano invisible me separó del peligro.

"Crucé entonces el Oceano y suplicante interrogué al mar y a la tempestad, y el trueno ahogó mi voz. Desesperado me precipité a los abismos para

concluir con el dolor de mi existencia desapareciendo en sus insondables misterios; pero una mano invisible me salvó medio muerto y me arrojó—como el despojo de un naufragio—sobre la arena de la playa. Incorporado apenas, sentí de nuevo en mi pecho el diente que me mordía y me devoraba... ¿por qué, ¡oh, Cielos! tan cruel tortura? Decídmelo... ¿Cuál ha sido mi gran culpa? Los Cielos guardaron silencio. No contento el Destino con el suplicio a que eternamente me ha ía condenado, preparó la Envidia y la Calumnia que armadas me asaltaron en el camino, y los hombres se hicieron mis enemigos y me vejaron y me despreciaron. Largo tiempo—como un mendigo—vagué entre ellos cual un desconocido y apestado. Y cuando creí curarme de mis dolores, porque se cumplió el plazo y abandoné la envoltura que aquí me retenía, me elevé a la mansión en donde termina el misterio de la vida. Yo aparecí entonces manchado en sangre''.

¿Y tú quién eres, asesino?—exclamé indignado—, sin poderme contener y borrándose de improviso en mi ánimo la impresión de compasión y de ternura que aquel *ente* singular y d esconocido me había inspirado, con la narración de sus desdichas.

''Aguarda—me dijo con calma y gravedad aterradoras—aún no he terminado, no me juzgues sin haber antes acabado de oirme. En vez de condenarme, con tu alma grande me tendrás lástima. Demasiado desgraciado he sido, dijo y continuó. Si en la tierra fuí un paria desheredado, sin asilo y sin fortuna, en la mansión de los justos me está prohibido entrar sin el perdón de dos razas; porque ha caído sobre mí—como lava ardiente de encendido volcán—la sangre toda de una raza inocente extinguida, y desde aquella terrible hecatombe quedó marcado sobre ni nombre y mi conciencia como un hierro candente, el crimen de haberla descubierto y el de haberla entregado a la barbarie y la usurpación.

Recogieron los hijos de los nuevos pobladores la desgraciada herencia de tormentos y martirios que les legó la raza desaparecida al furor de los conquistadores bárbaros y estúpidos. Y tú, insigne, ilustre guerrero, que ya estás en vísperas de terminar la

gran obra de la Redención de esta Tierra, por mí descubierta vengo aquí—postrado a sus pies—a suplicarte me consigas el perdón de todos los tuyos y quede cumplida la Eterna Sentencia... Soy Colón'' dijo y calló...

Un sonido estridente me sacó de aquel estado: el corneta tocó diana. Era un sueño.

ENRIQUILLO.

(Pseudónimo del General M. Gómez).

MOMENTOS DE OCIO

(DIALOGO ENTRE LUISA Y ADELA)

(Histórico)

(1898)

MOMENTOS DE OCIO

(DIALOGO ENTRE LUISA Y ADELA)

(Histórico)

Dedicado a mi Clemencita.

Luisa.—("Con semblante alegre entrando en la alcoba de Adela.") ¿Qué es eso Adela, que ni te paras a besrame? ¿qué pesar te agobia? ¿qué abandono es ese? ¿por qué tan contrariada?... ¡Cuéntamelo todo! ¿Acaso ha muerto Arturo o se te ha aparecido una rival?...

Adela.—¡Ay! Luisa, no me digas nada, déjame; estoy que no me doy cuenta de lo que me pasa; y luego que son cosas que ni tú ni nadie puede remediar.

Luisa.—¿Cómo, hijita, que tan grave es el asunto? Explícate, Adela; ya sabes cuánto te quiero y tu pena me causa hondas inquietudes...

Adela.—Oye, Luisa, ¡qué triste destino el mío! Varias veces te he contado, extasiada con los recuerdos, lo alegre y contenta que pasé la temporada del año pasado en París, paseo de feliz recreo que pudo efectuar papá con la familia después de terminada la zafra. Nos obsequió a todos con preciosos regalos; a mí con una espléndida pulsera. Es tan bueno papá, que nos explicó, que no obstante quedar alcanzado con algunos colonos, había convenido con ellos, un tiempo de espera, para liquidar en esta zafra; pues de otro modo él no podría exhibirse y robustecer su crédito, lo que era conveniente para todos, pues solo lo ponía en condiciones de conseguir mucho dinero. Nunca,

Luisa, podré olvidar aquellos días, los más felices que he pasado en toda mi vida; un poco más, y hubiera aprendido francés. Tú no sabes lo que es París, aquello es un edén. Por otra parte–y esto es lo que más me atormenta–las relaciones que dejé allí, y que me esperaban este año con más esplendidez, para gozar de todos modos, hasta con los celos tontos de Arturo. ¡Cuántas emociones extrañas se experimentan en ese gran mundo!

Luisa. —¿Y qué ha sucedido, Adela,... que no vas?

Adela.—¡Ay! Luisa mía, todo se ha perdido en una hora. Sueños encantadores de amores ideales, teatros, paseos, saraos, regocijos de la moda, todo lo de color de rosa; todo se ha perdido. París entero con todas mis ilusiones ha desaparecido de mi entusiasta fantasía. Sí, Luisa, no podemos ir a París y no puedo resignarme a este encarcelamiento, que no otra cosa es esta vida de monotonía en la Habana... Malditos quienes a ello se han opuesto!

Luisa. —¿Y quiénes, Adela?

Adela.—Oye, Luisa, qué noticia. Anoche a las diez recibe papá una carta del administrador del ''Central Adela'', y en términos telegráficos —y en eso se conoce que el pobre hombre está tan atribulado que no sabe cómo escribir— le dice: (Adela lee la carta)... ''Don Antonio son las doce del día—Gómez y Maceo todo el día aquí. Por milagro de Dios cuento con vida. Me tiento para saber si estoy vivo. Me he salvado por Maceo pues Gómez me quería ahorcar, porque dice se ha faltado a su circular—principiando zafra.—Yo bien se lo decía a usted, Don Antonio, cuando la preparaba, que el negocio era muy comprometido. Todos los campos reducidos a cenizas. No queda una caña, ni un caballo; ni un hombre queda aquí; y bueyes muy pocos. Figúrese usted quince mil hombres quince mil fieras. Esto ha sido el día del juicio final. No tengo nada que comer; ayer ha sido preciso matar un buey, que nos hemos comido las mujeres y los muchachos. La ropa de cama, los utensilios de servicio, todo

ha desaparecido. Gómez dice que sus soldados han de vivir del país que van a libertar. Mándeme una frazada para cubrirme y un poco de sal. Y diga... ¿qué hago, qué determino con estas ruinas y con la otra cataplasma que se me ha venido encima? Me refiero a la deuda vieja y a la nueva con los colonos. Varios de ellos así que han visto este ciclón, se me han echado encima cobrando lo suyo con arrogancia, con tonos revolucionarios, amenazándome con cortarme el pescuezo si no les pago, y bien sabe usted que la cuentecita nueva alcanza a más de diez mil pesos; y más fuera si yo no me hubiera ayudado tanto con la romana. Lo que espero tendrá usted en cuenta para mis ahorros; que por lo que respecta a los ocho mil pesos, yo puedo esperar que le venga el dinero de New York y entonces me abonará usted todo. No puedo decirle que le daré a usted más noticias, pues peores que las que le doy en esta carta no puede haber otras, sino la destrucción del batey que es lo que queda, descompuesto y sucio. No sé cómo tengo mi cabeza. De usted S. S. Julián García''.

Luisa.—¡Los compadezco!

Adela.—¿A quiénes, a nosotros a los revolucionarios?

Luisa.—No, Adela; a ustedes.

Adela.—Pues oye todavía más, Luisa, y ayúdanos a sentir. Arturo, que como tú sabes le mandó papá a New York, también le ha escrito dándole pésimas noticias del negocio que allí fué a gestionar y como él—Arturo—me lo cuenta ''todo'' pues así se lo he ordenado que lo haga, he aquí lo que me escribe.

Luisa.—¡Qué papel tan perfumado y tan primorosmenta timbrado!

Adela.—Tonterías de Arturo: para darme tristes noticias, para cartas de duelo, cartulinas perfumadas! Pero oye, Luisa. ''Mi adorada Adela. La pureza de mi vehemente amor, que por tí siento, con toda la fuerza de mi alma; mi constante y vivísimo deseo de labrar tu eterna ventura, de crearte un paraíso donde habites, co-

mo el angel de mis ensueños, bajo un cielo siempre límpido y sin nubes. Todos esos deseoos no obstan para hablarte de un asunto por demás prosáico para dos amantes en la plenitud de su amor ardiente..."

Luisa.—¡Qué lástima de preámbulo!

Adela.—No me interrumpas, Luisa. ¿Acaso no conoces tú lo tonto que es Arturo?

Luisa.—(Continúa la lectura). "Pues esos deseos nada impide que te diga... (ni sé cómo principiar, pues me ahoga la cólera. Sin embargo, allá voy; perdóname pero escúchame) que los giros que traje de tu papá, objeto de mi viaje aquí, no he podido hacerlos efectivo, pues la casa dice que no expone ni un peso más en negocios de zafra con una revolución tan grande que amenaza invadir toda la Isla. La prensa de este país da como cosa cierta la invasión de Gómez y Maceo a las provincias occidentales con un formidable ejército. Se habla además de reconocimiento de beligerancia y qué sé yo de que otras cosas más! No sé qué será ahora de nosotros, Adela mía! Yo me encuentro aquí, prenda querida, en una situación difícil, y no quiero decirle ni una palabra a tu buen papá para no atormentarlo más. Imagínate que vine atenido a tomar dinero aquí para mis gastos personales, y ni por eso; por más que le he suplicado, no he podido conseguir ni para el hotel. Ya el reloj voló con leontina; solamente conservo tu hermoso recuerdo del brillantico; pero, ¡figúrate qué riesgo estará corriendo! Ruégote, para salir de este conflicto en que me ha puesto tu papá, que le hagas una cariñosa indirecta para que saque de apuros a tu Arturo".

Luisa.—¡Situación, en verdad, penosa esa en que se encuentra Arturo! Pero en cuanto a tí, Adela, eso lo veo muy sencillo. Resígnate y quédate tranquila en la Patria.

Adela.—No puedo, Luisa; tú no sabes quizás lo que se sufre al despertar de sueños perfumados con nuevos amores, todos color de rosa, y encontrarse frente a la triste realidad de la vi-

da, y lo que es má sdoloroso aún, expuesta a ser desdeñada, antojadizo como es el mundo y amigo de juzgar siempre por las apariencias. ¡Ay! Luisa, eso es atroz, insoportable hasta para caracteres que no sean como el mío. Yo no concibo la vida sino dominando, cautivando. Lo contrario es el idiotismo. ¿Acaso crees tú que yo amo a Arturo como cualquiera mujer vulgar?... Lo tolero, y eso es mucho concederle; y lo tolero porque es servil y no osa contrariar ninguna inclinación mía: respeta la libertad de mi ser, reverencia a la independencia de mi carácter, como si dijera: la majestad de mi persona. De otra manera jamás seré su esposa. Te confieso que si fuera hombre me pondría al frente de un ejército para exterminar esos negros incendiarios, causa de mis desdichas.

Luisa. —Ni te desesperes ni hables así, Adela; cualquier galán diría que no cuadran bien esas palabras en los labios de una bella. La misión de nosotras las mujeres es más alta y sublime: la de amar a los hombres con afecto sincero y hacerlos buenos haciéndoles justicia para nuestro propio honor y nuestra dicha.

Adela.—¡Oh Luisa! tal parece que defiendes a los insurrectos.

Luisa. —Nada de particular tuviera, pues son cubanos y han escrito en su bandera un gran principio y marchan en pos de un ideal.

Adela.—¿Cuál principio y qué ideal?

Luisa. —El principio, la Libertad; el ideal, la República.

Adela.—Libertad y República sin dinero, arruinando al país, matándolo todo, hasta el deleite de la vida joven y las relaciones en el mundo! ¿Eso es, acaso, ideal político que educa y engrandece el espíritu de las gentes...? No, Luisa; ese Gómez y ese Maceo merecen que, como a Hatuey, los duerman sobre una pira con el sueño eterno.

Luisa. —Te equivocas, Adela, o mejor dicho: tu excesivo amor propio te ofusca y no te deja ver los resplandores de la Libertad para tu Patria,

que la han de hacer próspera y rica por la propia iniciativa de sus hijos; la Libertad es la que engrandece. Nunca fué grande el esclavo y nosotros somos estos.

Adela.—Sospecho que tu Emilio te habrá enseñado todas esas cosas... y él ¿dónde está?

Luisa.—En su puesto. He aquí su carta. "Mi amada Luisa: dos palabras, en esta tira de papel que tengo a la mano, para que sepas de mí. Estoy en mi puesto; ayer me reuní con Gómez y Maceo en el Ingenio "Adela". Todo aquello quedó reducido a cenizas. Yo le predije a Don Antonio que no intentase zafra, pues se exponía a perderlo todo; pero él no creyó en la Revolución y esa falta lo ha llevado a la ruina. Hoy nos hemos batido en Coliseo con ventajas para nuestras armas. No puedo ser más para tí. Ahora, Luisa, todo me debo a la Patria; pero eso sí, espera pura y bella como eres tú, a tu Emilio que quiere volver a tu lado para ser un esposo digno de tí".

Adela.—(Molesta). Un mundo, Luisa, desde hoy se interpone entre las dos.

Luisa.—Lo sabía, por eso he venido a despedirme de tí para siempre.

Adela.—Sí, porque yo soy "española".

Luisa.—Y yo soy "cubana"... Adiós, Adela; pide a Dios que ilumine tu mente y ponga más fervor en tu pecho.

Epílogo

Desde aquel instante principió la soledad de Adela.

Dejemos caer el telón para que cubra este triste rompimiento; que cubraí sí, la ruptura de estos lazos formados desde la infancia y que tal vez se reanuden para no romperse jamás. Caiga el telón, y que no se oiga el triste adiós de la hermosa Luisa.

Se necesita dejar pasar diez años; es un período histórico.

Diez años. ¡Algunas veces nos parecen pocos para la vida de los pueblos; pero... ¡cuántos sucesos no ocurren en diez años! ¡Pasan los hombres y los acontecimientos, como sombras, y vivimos expuestos cons-

tantemente, visitados por los recuerdos; unos nos entristecen, otros nos alegran y enorgullecen, y algunos quizás nos avergüenzan! Así es la vida. Han pasado diez años y el mismo que estas líneas escribió, se encuentra en el restaurant ''Los Laureles'', calle de ''Los Inválidos'' esquina a ''Punta Brava'' en La Habana. Hace frío: se aproxima a una mesa y pide café; son las ocho de la noche de un día lluvioso; se acercaron a él los tres amigos a hacerle cariñosa compañía. Minutos después aparece un caballero bien portado con bigotes de granadero, medio cojo de la pierna derecha y con tres dedos en la mano izquiarda; es un veterano cubierto con cicatrices; le acompaña una mujer notablemente hermosa, una niña de ocho años con cara de angel, y otra mujer de aspecto enfermizo. Los cuatro se dirigieron a la mesa de los cuatro amigos viejos. La niña presentó su frente al más anciano que éste besó, y acariciándola le dijo: ''Ya los esperaba, Rosita;'' y luego, sacando de uno de los bolsillos de su paletó un cartucho de confites ''toma'', la dijo, ya te tenía esto preparado''.

—Gracias, General, dijo la niña con dulzura y cogió los confites.

Todos se sentaron.

—Luisa—dijo el General—¿usted no le ha tenido miedo al tiempo?

—No señor, no amenaza gran cosa, y luego tenía deseos de pasar un rato agradable en compañía de veteranos, y al mismo tiempo para animar a Emilio a que hiciese un poco de ejercicio.

—Y usted, Emilio, ¿cómo va de esa pierna...?

—No muy bien, mi General, contestó el interpelado; esta última operación me ha dejado más adolorido.

—¡Demonios! dijo el General; aquel parque bronceado era terrible. No tuviste la dicha de que hubiera sido Mausser. Pero, en fin; eres un Brigadier a prueba de plomo y esa satisfacción debe compensarte en algo los agudos dolores que te aquejan.

—Gracias, mi General, por la lisonja.

—Mozo, dijo el General, para mí ron y café; para las señoras y los demás a gusto de cada cual. Y como esta noche estamos honrados por las señoras,

os prohibo hablar de política y de guerra mucho menos; de todo, menos de eso...

—Pues no sabe usted quien soy yo, mi General, replicó Luisa, y Emilio le puede decir cómo le mantengo acosado con preguntas de episodios de la campaña. Yo no sé cómo escaparon ustedes con vida!

—Luisa, mi General, se apresuró a decir el Brigadier, con graciosa burla, es una veterana de intramuros.

—Pues no debes decir eso, Emilio, contestó Luisa haciéndose la ofendida; que si yo no me fuí contigo a la guerra fué porque tú mismo no quisiste.

—Y lo creo, añadió el General, p ues soy del parecer del General Carrillo que siempre decía: "las mujeres son más entusiastas que los hombres".

—Cierto, contestó el interpelado que todavía no había hablado.

—Y ¿cómo pudo llegar usted a ese convencimiento, Carrillo? se apresuró a preguntarle Luisa, contenta con el defensor de su causa.

—Muy fácilmente, Luisa, la dijo Carrillo; por tantos hechos que pude palpar; ¿y qué más?... usted misma con su conducta viene a corroborar mi juicio.

—Muchas gracias por la gloria que me adjudica, le contestó Luisa con dulzura.

—No seas imbécil, me has derramado el café! interrumpió la otra señora con voz descompuesta, dirigiéndose al mozo, que respondió con humildad diciendo: "perdone usted, señora, fué sin querer".

—No te apures, Arturo; eso no es nada... Casualidad, dijo Luisa y añadió: No te apures, Adela, que eso se arregla en seguida.

—El General dijo al oído de Emilio: "genio y figura, hasta la sepultura". Pasado ese desagradable incidente, la conversación continuó sobre asuntos de familia.

Momentos después se disolvió aquella agradable reunión de viejos compañeros, y sólo quedó alrededor de aquella mesa el infeliz Arturo limpiando las migajas y mascullando entre dientes estas frases sombrías. ¡Qué triste destino el mío!

Los lectores habrán conocido a Luisa la novia de Emilio, y a éste en la persona del Brigadier. Concluída la guerra se casaron y es un matrimonio fe-

liz. Rosita, la única hija que han tenido, es el angel de este hogar, modelo de compostura y de virtud.

La otra mujer es Adela; quedó sola pues a poco tiempo de la quiebra de su padre, murió éste, luego la madre, y de un hermano menor que tenía no se había sabido. Arturo, novio que fué de Adela, es el mozo que sirve a la mesa, el mejor acomodo que ha podido encontrar en la Habana. Sabiendo Luisa en el desamparo que quedó Adela, le dijo a Emilio el mismo día que se casaron: ''Deseo que Adela venga a nuestro lado''. Lo que tú quieras, le contestó Emilio. Fué, le habló y ella aceptó. Luisa y ella son de una misma edad; pero Adela representa diez años más.

El espíritu turbulento de esta mujer ha quebrantado la envoltura material que lo contiene. No obstante honrada y virtuosa es Adela.

La República reanudó los lazos que la Monarquía había roto entre aquellas dos mujeres amigas, desde la infancia y que se habían separado una de otra durante la guerra de Independencia.

¡Qué hermosa es la paz! Pero es más hermosa todavía después de una gran guerra, en que salen vencedores el Derecho y la Justicia.

ENRIQUILLO.

Cuba libre, Las Villas, Octubre 1897.